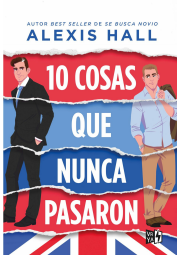
AUTOR *BEST SELLER* DE *SE BUSCA NOVIO*

ALEXIS HALL





AMNESIA FALSA.
PROBLEMAS REALES.
¿Y LOS SENTIMIENTOS?

A Sam Becker le encanta su trabajo en una tienda de camas y baños. Lástima que el dueño sea un imbécil exasperante.

Jonathan Forest contrató a Sam por una decisión sentimental que no funcionó. Decidido a despedirle, le ordena que vaya a Londres para tener una charla difícil… hasta que Sam se tropieza y se golpea la cabeza.

Fingir amnesia parecía una buena idea cuando Sam temía que lo despidieran, pero ahora tiene que lidiar con que su jefe podría tener un lado bueno que nunca había visto…

¿Tendrá Sam el valor de decir la verdad? ¿O todo su futuro penderá de una mentira?

UNA COMEDIA ROMÁNTICA DESOPILANTE DEL AUTOR DE *SE BUSCA NOVIO* .

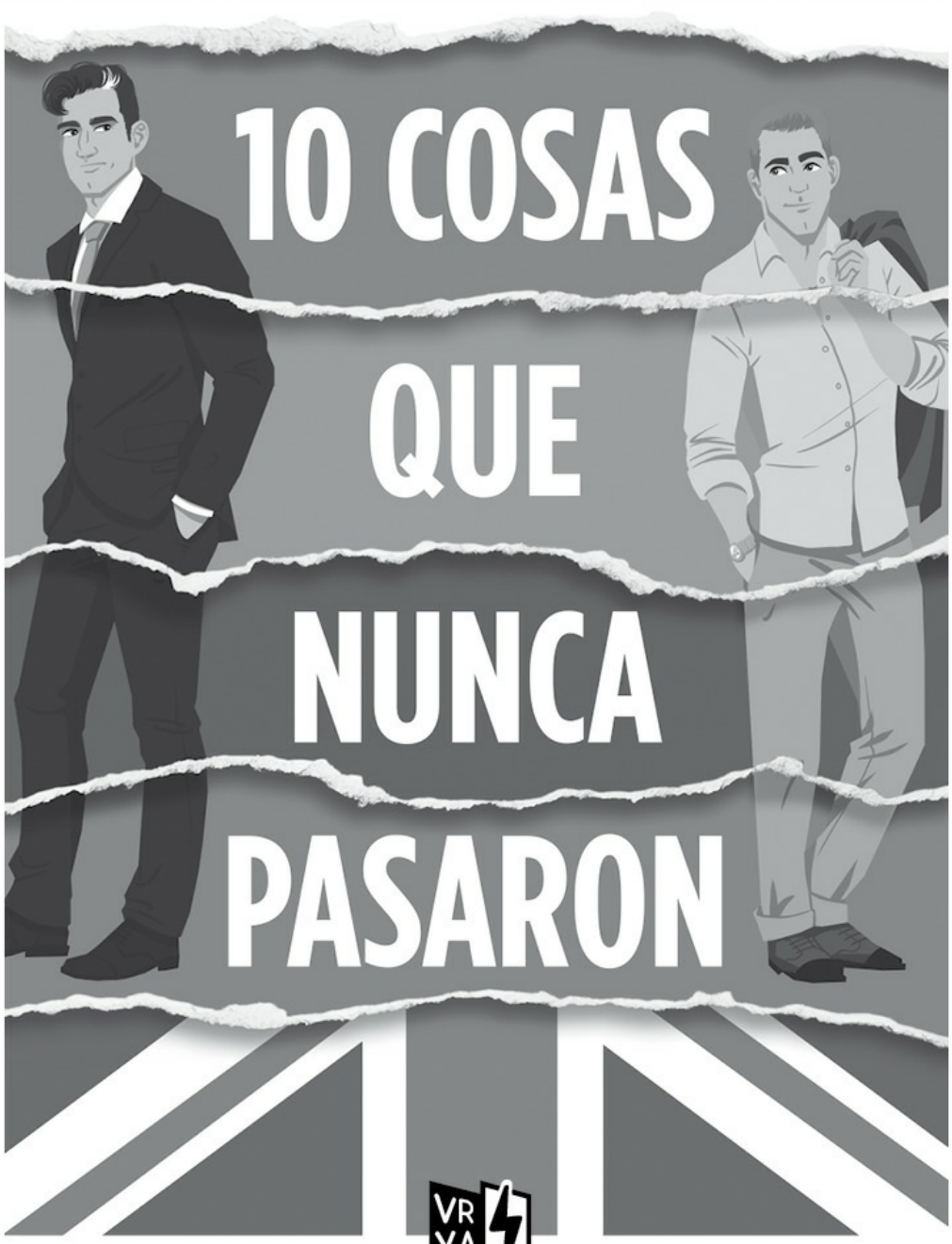
ALEXIS HALL

Es el seudónimo de un autor británico de fantasía, ciencia ficción y romance LGBTQ+. Cuenta con decenas de libros publicados y ha sido nominado en varias ocasiones al *Lambda Literary Award*.

Nacido en la década de los 80 y graduado en Oxbridge, mantiene un perfil extremadamente bajo a pesar de su famoso sentido del humor. Puedes dirigirte a él con cualquier pronombre (él, ella, elle).

¡Síguelo en redes!
@quicunquevult

ALEXIS HALL



NOTA DEL AUTOR

Soy consciente de que muchos lectores de este libro son de otras partes del mundo y, por lo tanto, es probable que no estén muy acostumbrados a los dialectos del Reino Unido. El narrador de este libro es de Liverpool y, en mi cabeza, su narración tiene un acento *scouce* bien marcado. Si quieres saber cómo suena, escucha a Wayne Rooney, Cilla Black, Mel C o The Vivienne.

PRIMERA PARTE

Perder el trabajo y perder la memoria





CAPÍTULO UNO

Probablemente sea algo bueno de la Gran Bretaña moderna (o más bien de Liverpool) que cuando estaba creciendo recibía menos burlas por ser gay que por tener el nombre de un hobbit. Y si bien agradezco que mis compañeros no fueran homófobos, el tema del hobbit sí me salió un poco mal, en especial porque el hobbit del que recibí el nombre ni siquiera era uno de los raros. Llamarse Meriadoc o el Gordo Bolger habría sido una cosa, pero mi nombre era Sam. Todavía lo es, de hecho. Mi nombre *legal* es Samsagaz Eoin Becker, así que cada vez que empezaba un nuevo año, el primer día de clase, la profesora leía la lista y me llamaba «Samsagaz» y yo tenía que decir, «Aquí, señorita», y quedar condenado desde entonces. No ayudaba que la primera tanda de películas hubiera salido cuando empezaba la primaria y la segunda cuando estaba empezando la secundaria, así que recibí bromas desde los cinco hasta los dieciocho años sobre el segundo desayuno y los pies peludos.

Pero no queda más remedio que reírse, ¿verdad? Mi padre me enseñó eso. Y probablemente fue lo más útil que aprendí.

Por ejemplo:

—Ey, Ban —grita uno de mis empleados. Sabe cuál es mi verdadero nombre, pero él es Amjad y Amjad es mucho más *nerd* que mi madre, así que una vez que se enteró de que tenía el nombre de un hobbit le pareció divertido llamarme por el nombre original de Sam en Westron, que había encontrado en los anexos que aparentemente se sabía de memoria. No me molesté en corregirlo porque al menos era original—. Te necesitan con los colchones.

Adoro a mi equipo. Bueno, no lo adoro, obviamente. Más bien lo tolero con desconcierto. Pero escuchar la frase «Te necesitan con los colchones» me produce una sensación tan alejada de la

confianza que casi podría llamarla preocupación.

—¿Por qué? —pregunto.

La respuesta que me da es la única respuesta que necesito.

—Brian.

Suelto un pequeño «mierda» interno y voy hacia la sección afectada. La sección de los colchones ocupa la mitad de la tienda, lo que significa que tengo que recorrer un área bastante grande, pero, como Brian tiene la capacidad de crear una pequeña zona de caos a su alrededor, no me preocupa demasiado encontrármelo.

Y me lo encuentro. Está junto al colchón Hamsterley de Country Living que, con sus resortes *pocket* de calicó de doble capa, sus fibras naturales de lana de cordero y cabra de Angora colocadas a mano y un cubrecolchón belga de tejido damasco cien por cien natural, es uno de los colchones más lujosos, más caros y, no lo olvidemos, más «No le confíes esto a Brian» de toda la tienda.

Parece alterado. Tiene una taza extremadamente ominosa en una de las manos.

—Por favor —le digo en cuanto me acerco lo suficiente para no tener que gritar—, por favor, por el amor de *todo lo que existe*, dime que no acabas de volcar té sobre el Hamsterley de Country Living con resortes *pocket* de calicó de doble capa y fibras naturales colocadas a mano.

—No, nada de eso. —Como una marioneta, respiro aliviado—. Es café —aclara.

No son los detalles por lo que debería preocuparme.

—No sabía que bebías café.

—No bebo. —Su mirada muestra más arrepentimiento—. Pero se me ocurrió que Claire querría uno, así que le estaba llevando una taza a la oficina por si quería y, bueno, aquí estamos.

Tantos detalles. Y tan poco tiempo.

—¿Y elegiste pasar por donde están los colchones más caros de la tienda porque…?

—Bueno, imaginé que debería mantenerme alejado del Flaxby Nature’s Finest 9450 con cubrecolchón después de lo que pasó la semana pasada.

El hecho de que no sé nada de lo que pasó la semana pasada con el Flaxby Nature’s Finest 9450 con cubrecolchón probablemente no dice grandes cosas de mí como encargado de la tienda.

—¿Debería preguntar?

—Bueno, estaba comiendo un sándwich de mermelada…

—¿Manchaste el Flaxby Nature’s Finest 9450 con mermelada?

Brian asiente inocentemente.

—Pero está bien. Tiffany me ayudó a darle la vuelta para que no se vea.

Una vez más, cometo el error de sentirme aliviado. Después, las partes profesionales de mi cerebro, necesarias para saber cómo funcionan los colchones, empiezan a hablar entre sí.

—Espera un segundo, Brian, no puedes dar la vuelta a un colchón con cubrecolchón. Tiene el

acolchado… arriba.

—Aaah —dice Brian, haciendo una mueca de dolor que nunca querrías ver en un hombre que está a cargo de un colchón de más de dos mil libras.

Decido que el tema del colchón con el cubrecolchón puede esperar.

—Bueno, supongo que al menos podemos dar la vuelta a este. Vamos.

Dar la vuelta a un colchón requiere mucho esfuerzo, pero al menos es un trabajo sencillo, y, una vez que le pido que aparte la maldita taza, Brian logra manejarlo de forma bastante competente. Levantamos el colchón y lo ponemos de lado, lo giramos por el medio y lo colocamos cuidadosamente sobre el marco que estamos usando para exhibirlo.

Después doy un paso hacia atrás y me aseguro de que se vea bien, y entonces veo otra mancha oscura en el medio.

—Ah —dice Brian—, eso *sí* es té.

***

Cuando vuelvo de la sección de los colchones, intentando descifrar cómo remplazar no uno, sino dos colchones lujosos de exhibición, Claire, mi subencargada, asoma la cabeza por la puerta de la oficina y grita:

—Su Cretina Majestad está al teléfono. —Se escucha por toda la tienda—. Y no te preocupes, lo tengo silenciado.

—Eso significa —grito— que tú no lo puedes escuchar, no que él no puede.

—Ah, bueno, mierda.

Uno de estos días voy a tener que hacer algo con Claire y su hábito de llamar a nuestro jefe Su Cretina Majestad. Y también con su costumbre de insultar a cada rato. Y también, ya de paso, con Brian, es decir, en general.

Aunque supongo que ahora mismo Su Cretina Majestad va a darle más importancia a los insultos.

Y tengo razón.

—Bueno. —El acento demasiado refinado de Jonathan Forest se desliza por el teléfono—. No te estaba llamando por esto, pero ¿por qué demonios tu subencargada me llama Su Cretina Majestad delante de lo que parecía ser toda la tienda?

No hay manera de tapar esto, pero lo intento de todos modos, por el bien de Claire.

—¿Es con cariño?

—¿Cómo que con cariño?

—Es algo del norte. Ya sabes, como cuando llamas «bastardo» a tu amigo.

—Viví en el norte durante dieciséis años —dice Jonathan Forest; le gusta mencionarlo porque

lo hace parecer como si fuera de la clase trabajadora, aunque es un cretino ricachón al que solo le importan otros cretinos ricachones—. Y ningún amigo me llamó «bastardo».

Entre nosotros, creo que nunca tuvo amigos.

—Solo digo que así es como habla la gente.

—Como quieras, *bastardo* —lo dice como una persona normal, aunque todo lo demás que dice suena como si fuera un miembro de la puta realeza—, tiene una connotación diferente a «cretino».

—Aplica el mismo principio —intento. Suena flojo incluso para mí.

—Vale. —Estoy bastante seguro de que Jonathan Forest no es un robot, pero casi puedo escuchar su cerebro chirriando mientras avanza—. Si bien no era esto sobre lo que quería hablar, está bastante relacionado.

Ah, mierda, sabe que yo también lo llamo «cretino». Todos lo llamamos «cretino» porque es un cretino. Aunque yo lo veo así, si no quieres que la gente diga que eres un cretino, entonces no lo seas.

—¿Seguro? —pregunto, intentando no sonar demasiado como si me hubiera pillado pensando algo indebido.

—Sueños & Salpicones tiene tres sucursales y el año que viene va a abrir otra. A la sucursal de Croydon le está yendo como tenía previsto. A la sucursal de Leeds le está yendo como tenía previsto. A la de Sheffield definitivamente no.

Probablemente no era el momento para decirle que uno de mis empleados acababa de manchar con té dos colchones de dos mil libras cada uno.

—¿En qué exactamente no nos está yendo tan bien como tenías previsto?

—Os habéis excedido del presupuesto y no alcanzáis los objetivos. Y, francamente, me preocupa un poco que no lo sepas.

Ah, ¿por qué este cretino tiene que ser tan cretino? Sí, técnicamente nos hemos excedido *un poquito* sobre el presupuesto por toda la mercadería que Brian echó a perder, y sí, técnicamente no estamos alcanzando los objetivos, pero eso es porque los objetivos de Jonathan son una mierda.

—Ya sé cuáles son los números. Pero somos una tienda nueva, en una zona con mucha competencia, estamos acercándonos tanto como podemos.

—No te contraté para que te *acerques tanto como puedas.* —De algún modo, logra transmitir ira en su voz—. Te contraté para que alcances los objetivos que te asigno y, si no puedes hacerlo, buscaré a alguien que pueda.

Una parte de mí quiere decirle «Está bien, hazlo». Este trabajo no vale tanto como para tolerar esta porquería. Pero no es solo mi trabajo de lo que estamos hablando. Si me echan, entonces Jonathan Forest me reemplazará por alguien que cumpla con sus preciados «objetivos» de

mierda y entonces ¿qué pasará con Clarie, Amjad, Brian y el resto del equipo?

Así que no lo presiono. En lugar de eso, intento caminar por esa línea entre prometer resultados que no voy a cumplir y darle una excusa para reemplazarme por alguien que sí lo haga.

—Estoy seguro de que podemos pensar en algo.

—Ya he pensado algo. —Hace la más breve de las pausas y luego su tono se suaviza levemente—. No quiero dejarte ir, Sam. Creo que tienes lo que se necesita para ser un gran encargado.

Maldita mierda condescendiente. Por lo que sé, soy un buen encargado. O al menos tan bueno como esperas que sea en una tienda de camas y baños de segunda en una zona competitiva con un equipo lleno de Brians.

Claire me alcanza un trozo de papel. Pone: «¿Está siendo un cretino?».

Le digo «sí, obvio» con gestos y levanta otro pedazo de papel que pone «Lo siento, no sé leer los labios».

Normalmente, esto estaría bien, pero normalmente no estoy intentando descifrar si estoy al borde de perder mi trabajo. Sacudo la mano para que se detenga. No lo hace. Y no hay manera de que lo haga, pero a veces me gusta aparentar estar al mando.

—Entonces, por eso —está diciendo Jonathan cuando vuelvo a prestarle atención— quiero que vengas a Croydon mañana para que puedas ver cómo hago las cosas aquí.

Mañana es viernes. Mi día menos favorito para ir a Londres. Mi día favorito para ir a Londres es nunca.

—Estamos bastante ocupados con todo lo de las fiestas.

—Estoy seguro de que Claire puede encargarse. Parece tener mucho tiempo libre. Claramente tiene tiempo para inventarme apodos «cariñosos».

Parece que todavía seguimos con la *mierda condescendiente*.

—Claire es un miembro valioso del equipo y…

Ahora Claire empieza a hacer un dibujo elaborado y encantador de un pene con pelotas.

—… y… y…

Añade pelos a las pelotas.

—… ella contribuye mucho al buen humor del equipo.

—Entonces —dice abruptamente Jonathan—, estoy seguro de que puede encargarse del local por un día. No es una petición, Samsagaz.

Logro no emitir ningún sonido, pero siento mucha incomodidad. Ya sé que es mi nombre, pero nunca nadie me llama así salvo mi madre, y no quiero pensar en ella ahora mismo.

—Por favor, no me llames así.

—El punto es, Sam, que soy tu jefe y mañana vas a venir a Croydon. La empresa te cubrirá el

viaje.

Cuelga antes de que pueda decir algo más. Lo que, en este punto, probablemente sea lo mejor.

—¿Estás bien? —dice Claire, bajando su dibujo del pene, demostrando un poco de clemencia.

Me hundo en la silla y me siento sobre mis manos para que dejen de temblar.

—Sí. Es un… un…

—¿Cretino?

—*Tan* cretino.

—¿Quieres… —ahora me ofrece esa clase de mirada incómoda que nunca deberías recibir de alguien a quien le firmas los cheques—… hablar?

—Siempre sabe dónde pegarme y no me doy cuenta de si es malvado o si no lo sabe o si no le importa, o qué es peor.

Lo piensa durante un momento.

—Es malvado.

—Tengo que ir a Croydon mañana.

—Bueno, qué alivio. Creí que te iba a despedir.

—Todavía puede hacerlo —aclaro.

—No lo veo probable. Si haces ir a alguien desde Sheffield hasta Croydon para poder despedirlo, tienes que ser un completo…. Ah.

—Sí, no tiene buena pinta, ¿verdad?

Otra pausa. Claire pasa una mano por su cabello rubio platino y me mira como si tuviera salsa en la cara y no supiera cómo decírmelo.

—Estoy intentando pensar algo para consolarte, pero estás realmente jodido.

—Lo sé. Pero… —hago un gran esfuerzo por recomponerme y aparentar que esto no me afecta—, ¿qué se le va a hacer? No se puede evitar que un cretino sea un cretino. ¿Estarás bien mañana al mando de esto?

—Cariño, es una tienda de camas y baños, no un submarino nuclear.

—Sí, pero abre Brian.

—Entonces estamos perdidos. —Ahora que Jonathan no está al teléfono, Claire parece más seria. Quizás ha escuchado parte de mi conversación y sabe que estamos en una situación complicada.

—Ya sabes —dice—, si Jonathan te está presionando con los números, entonces quizás sea hora de considerar despedir a Brian.

No puedo creer que esté diciendo esto. O sea, sí puedo, porque lo acaba de hacer, y porque ya lo ha dicho antes, pero aun así.

—Brian es uno de nosotros.

—Es el peor asesor de ventas con el que he trabajado y eso que trabajé con Chel.

Palabras duras.

—Chel golpeó a una niña.

—Una niña muy molesta. Y no nos acarreó pérdidas.

—Técnicamente —nunca nada bueno viene después de un «técnicamente»—, todos acarreamos pérdidas.

No parece impresionada.

—Amjad me contó lo que pasó con el Hamsterley de Country Living. Y no fue la primera vez.

—Ah, vamos, solo derramó un par de cosas sobre algunos colchones.

—Cinco desde junio. Y rompió el asiento de un VitrA Sento sin borde de descarga mientras le mostraba a un cliente lo resistente que era.

Me he metido en un callejón sin salida defendiendo a Brian y ahora no puedo salir.

—Los asientos de los inodoros son fáciles de reemplazar. Además, Brian *necesita* este trabajo. Solo son él y su abuela, y es el único que puede pagar todos los gastos de la casa.

—Lo sé —dice Claire, esbozándome una sonrisa de simpatía, algo que no hace muy a menudo, probablemente porque no suele considerar que merezco simpatía—. Pero si Jonathan busca sangre y tienes que elegir entre salvar a Brian o a mí, honestamente, Sam, prefiero que me salves a mí.

Quiero decirle que no llegará a ese punto. Pero no puedo. Solo espero que Jonathan Forest sea razonable. Lo que, pensándolo bien, significa que estamos *definitivamente* jodidos.



CAPÍTULO DOS

Logro olvidarme de lo jodidos que estamos durante unos diez minutos hasta que camino para asegurarme de que todo esté donde tenga que estar y me doy cuenta de que se supone que deberíamos de tener las decoraciones de Navidad listas y todavía no hay nada. Así que voy a buscar a Tiff, que, por lo general, está a cargo de esa clase de cosas porque es buena con el diseño, aunque no sea necesariamente la persona más confiable del mundo, y me dice que tenían que entregar todas las cosas el miércoles, pero no llegó nada y no se le ocurrió decírmelo hasta ahora porque creyó que se resolvería solo.

—O sea —dice, un mechón de su cabello cubre uno de sus ojos de una manera que tengo que admitir que no irradia profesionalismo—, ¿importa? La Navidad es una festividad pagana y…

—De hecho —dice Amjad, que puede escuchar una inexactitud fáctica a ochocientos pasos en medio de una tormenta—, ese es un error común.

—No —dice Tiff, que es bastante joven y todavía arrastra esos debates adolescentes sin mucha argumentación.

Al decidir que las dos y media de la tarde el primero de diciembre en medio de una crisis de decoración es el mejor momento para entrar en una discusión profunda sobre el folclore comparativo, Amjad empieza a contar con sus dedos.

—El árbol es una tradición protestante alemana, Santa Claus igual, los primeros luteranos lo impulsaron como alternativa al Christkind porque creían que era demasiado católico, los troncos navideños son del siglo dieciocho o diecinueve, los villancicos son…

—Amjad, ¿importa? —pregunto. No lo digo mal. Intento evitar que suene mal; nunca hay una buena razón para hacerlo.

—Va a evitar que Tiff comparta información errónea.

A Tiff no parece importarle compartir información errónea.

—Vale, entonces la Navidad es una festividad *auténticamente cristiana*, pero en estos días es solo una celebración del consumo y…

La miro.

—Ya sé que es una celebración del consumo, Tiff. Pero trabajas en una tienda. El consumo es todo lo que importa.

—No significa que tengamos que estar de acuerdo —insiste Tiff.

—Un poco sí. —Me gusta que mi equipo tenga convicciones, pero a veces necesito que tengan muchas menos—. No vamos a poner luces para que la gente recuerde las maravillas de su salvación, lo hacemos para que puedan gastar un par más de billetes por algún cubrecolchón nuevo con renos.

Tiff me mira con más decepción de la que tendrías permitido sentir por alguien que es casi diez años mayor que tú y también es tu jefe.

—Ese es exactamente el problema del capitalismo tardío.

—Sabes —digo—, eres muy marxista para estar estudiando Peluquería.

—Estilista y maquilladora profesional —me corrige—, y ¿no se supone que el marxismo sea una filosofía para los trabajadores?

Tiene un punto.

—Supongo, pero es raro considerando que el tipo estaba bastante despeinado.

—Estás pensando en Einstein —dice Amjad.

—No. Puede haber más de un personaje histórico con un mal peinado.

Tiff saca su teléfono.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto—. ¿Vas a googlear si *Karl Marx iba mal peinado*?

Levanta la mirada.

—Solo busco una imagen —me muestra la pantalla—, su pelo a mí me parece bien.

La imagen que ha encontrado es de su tumba en el cementerio de Highgate.

—Es una estatua. No puedes usar el pelo de una estatua como evidencia. Además, está en su tumba. Nadie va a poner una estatua despeinada en la tumba de un tipo. —En contra de mi voluntad, saco mi teléfono, busco una fotografía del sujeto en cuestión y se la muestro a Tiff—. Ahí tienes, mira, mal peinado.

—Según esto —ahora Amjad se ha unido a la búsqueda, aunque conociéndolo, ha buscado algo como *El cabello de Karl Marx la gente se equivoca*—, de hecho, se cortó el pelo después de que le sacaran esa fotografía, así que probablemente no sea una buena referencia.

—*Y* —agrega Tiff, se van a poner en mi contra, siempre se ponen en mi contra— no es un mal peinado.

—Me parece bastante feo desde aquí.

Tiff me mira nuevamente con decepción.

—A veces, lo malo no es malo.

—Eso suena a pura mierda.

Suelta un suspiro exasperado, lo cual es una insolencia porque es demasiado joven para sentirse tan exasperada.

—Es el equivalente del siglo diecinueve de esos tipos que se pasan horas arreglándose el pelo para tenerlo perfecto, pero se muestran relajados como si no les importara ser perfectos. Si estás en el negocio, puedes verlo a kilómetros.

—¿Crees que se esforzaba por lucir así?

Tiff asiente.

—Creo que estaba buscando conscientemente la vibra *Das Kapital*.

Al darme cuenta de que me he distraído, guardo el móvil.

—Bueno. Esclarecedor, como siempre, pero si me disculpáis, tengo que ir a averiguar qué está pasando con los adornos de Navidad porque si no los ponemos para mañana…

—¿Los ponemos el lunes? —sugiere Tiff.

—Nos vamos a perder las ventas del primer fin de semana de diciembre y eso va a hacer que el cretino se enfade mucho más de lo que ya está. Y como Claire lo llamó cretino en la cara, estad seguros de que va a estar muy enfadado.

Amjad, quien a veces es útil cuando no es un pesado pedante, se queda pensativo un momento.

—Creo que tenemos algunas cosas del año pasado en el trastero. Podemos usar eso si no queda más remedio.

—¿En buen estado después de un año en un almacén frío? —pregunto.

Está pensando otra vez.

—Algo podrá usarse.

—¿Podemos al menos comprar luces nuevas? —pregunta Tiff mientras se toca distraídamente el cuello de su camisa negra de trabajo—. El año pasado tuve que revisar quinientas luces intentando encontrar cuál estaba rota.

—El árbol también va a ser un problema —dice Amjad—. El año pasado teníamos uno de verdad, lo cual me parecía extraño porque aquí *vendemos* árboles artificiales.

Me aferro a la teoría de que todo esto es factible.

—Vale. Bueno, voy a hablar con el proveedor. En el peor de los casos, usaremos las decoraciones del año pasado hasta que llegue todo lo nuevo.

—¿Y el árbol? —pregunta Tiff, quien creo que está disfrutando del caos más de lo que debería.

—Estamos en un centro comercial en diciembre. Habrá al menos tres lugares donde podamos

comprar uno en cuestión de veinte minutos. —Pongo mi voz optimista porque en un mundo absolutamente ideal no haría falta que condujese para ir a buscar en el último momento un árbol de Navidad que probablemente tenga que comprar con mi maldito dinero, solo para poder decirle al cretino de mi jefe que al menos pude poner las decoraciones de Navidad a tiempo. Pero en un mundo ideal Karl Marx estaría mejor peinado y la Navidad no sería un espectáculo desalmado de consumo desmedido. A veces, necesitas arreglártelas con lo que tienes.

Vuelvo a entrar y llamo al proveedor. Una de las, se podría decir, ventajas de que Jonathan Forest sea un controlador obsesivo es que solo hay un único proveedor con el que hablar. Por supuesto, la desventaja de que sea un controlador obsesivo es que el proveedor no suele estar dispuesto a hablar con los encargados de las sucursales, aunque sería mucho más fácil para todos. Cada año, él le pide a su equipo en Londres que diseñe las decoraciones de Navidad, seleccione nuestro rango bastante limitado de mercadería de Navidad y luego envíe la misma combinación de luces y fundas de almohadas de Santa Claus a todas las sucursales desde una ubicación central. Y como solo hay tres tiendas, podrías creer que es bastante sencillo, pero si hay algo que aprendí en los últimos años como encargado de una tienda de camas y baños es que puede ser sorprendentemente sencillo estropear las cosas sencillas.

—¿Cómo —le pregunto al hombre al otro lado del teléfono— terminaste enviando todas las cosas a la Isla de Sheppey?

Para darle el beneficio de la duda, parece avergonzado.

—No sé qué decir. Hacemos muchas entregas de artículos para el hogar. Estábamos enviando un cargamento a B&M en Queensborough, y Kev, el chico de despacho, tiene una letra horrible y bueno…

—Espera, espera, espera. —No voy a dejar que esto pase de largo—. No me importa lo mala que sea la letra de alguien. *Sheffield* no se parece en nada a *la Isla de Sheppey*, en especial cuando *la Isla de Sheppey* tiene las palabras *«la Isla de»* al principio.

El hombre al otro lado de la línea hace un sonido que suena como si estuviera levantando los hombros.

—Nosotros la llamamos Sheppey. Y sea como sea, ahí fueron tus cosas.

—¿Las podemos recuperar?

—Están en Sheppey.

—Ya sé que están en Sheppey. Las necesito aquí. Las necesito aquí cuanto antes.

Se queda en silencio un momento. No es un momento que creo que esté usando para decidir la mejor manera de satisfacer mis necesidades como cliente.

—¿Puede ser el miércoles?

—Eso es dentro de una semana. —Estoy intentando con toda mi voluntad no enfadarme. No me criaron para que me enfadara—. ¿Cómo es que una semana es cuanto antes?

—Bueno, hay horarios…

No me criaron para que me enfadara, pero *sí* me criaron para defenderme.

—No me importan sus horarios. Se suponía que tenían que hacer la entrega ayer y ahora me dices que debo esperar hasta… —hago una cuenta rápida en mi cabeza, las matemáticas nunca han sido lo mío—, el ocho. Es un tercio de las ventas de Navidad y me imagino que sabes lo importante que es para la tienda.

—No puedo hacer nad…

No voy a dejarlo ir.

—Vale, pero escúchame, ponte de mi lado, ¿de *verdad* no puedes hacer nada o es una de esas cosas en las que *sí* puedes hacer algo, pero va a ser una molestia enorme para ti?

—Sería una molestia enorme para mí —confiesa—, y no *quiero* tener una molestia enorme.

Estoy bastante seguro de que lo he pillado. Además de los Jonathan Forest del mundo, la mayoría de las personas nunca te dirían a la cara que están complicando tu vida para no complicarse ellos.

—Y lo entiendo, amigo —le digo—. De verdad. Pero esto ha sido un error vuestro y me va a costar mucho a mí y a mi equipo, así que sería genial si pudieras encontrar una manera de ayudarme.

Se queda en silencio otra vez, pero creo que ahora está intentando pensar una manera de ayudarme.

—Probablemente pueda conseguir algo para esta noche —me dice al final—, pero será tarde.

—¿Muy tarde? —pregunto. Estoy bastante seguro de que no quiero saber la respuesta.

—Y tardará al menos seis horas, así que puede ser a las… ¿ocho y media, nueve?

Tengo que aceptarlo. Sería un ingrato si no lo hiciera.

Si bien no es culpa mía, poner toda esta mierda *sí* va a ser mi responsabilidad. Redecorar toda la tienda yo solo está completamente fuera de mis capacidades por el hecho de que tengo que ir en un tren a Croydon al amanecer.

Salgo fuera de la tienda para pensar y me encuentro a Tiff tomando un descanso no programado. Es algo que suele hacer y la única vez que la confronté al respecto me dijo que, si fumara, salir para fumarse un cigarrillo sería socialmente aceptable, así que al normalizar eso y no permitirles a los no fumadores tener su espacio de salud mental estaría reforzando hábitos destructivos.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Ah, sí. —Me reclino sobre la puerta de cristal y me quedo mirando el cielo gris en uno de los días más fríos que hemos tenido este año, así que en realidad no. Me alegra tener mi bufanda heredada de mi madre, que es de un azul cielo pasado de moda—. Bien. Aunque acabo de hablar con el proveedor y las decoraciones no llegarán hasta las nueve y…

Tiff ya empieza a sonreír.

—¿Vamos a decorar?

—Vosotros no —explico—. No puedo pagaros horas extras, así que yo…

—Me *encanta* decorar.

—Vale, pero…

Ya empieza a volver hacia la puerta, haciendo un pequeño baile.

—Déjamelo a mí, jefe. Haré que todos se sumen, será grandioso, pero, no sé, pídenos unas pizzas o algo.

—Es que… —intento otra vez. Pero ya ha entrado en la tienda, cantando *Fies-ta de de-co-ra-ciióón* con una melodía que no reconozco.

Y espero, y luego rezo hasta que dejo de hacerlo porque soy ateo, que esto no salga desastrosamente mal.

***

Al final, somos Tiff, Claire, Amjad, Brian y este tipo nuevo llamado Chris que siempre es el primero en ofrecerse como voluntario para todo y sigue diciéndome que en tres años va a ocupar mi puesto. Compro pizza para agradecerles que se queden hasta tan tarde y nos sentamos en la sección de reembolsos comiendo pan de ajo y planificando cómo vamos a decorar la tienda. Bueno, en teoría ya planificamos eso. La mayor parte del tiempo la pasamos discutiendo sobre qué puede ir encima de una pizza.

—No tiene nada de malo —está diciendo Brian—, la pizza con piña.

—Claro que sí —dice Tiff saltando de inmediato; pasó de hablar sobre las injusticias del capitalismo a la pregunta más común de todas: si la pizza hawaiana es una mierda o no—. Es como un baño pintado de verde aguacate, pero en versión pizza.

Amjad esboza una sonrisa engreída.

—¿Dices que está de moda odiarla, pero al final está bien?

—No, quiero decir que objetivamente es la peor.

Nunca deberías usar la palabra «objetivamente» cerca de Amjad. Una vez lo escuché discutir que el cielo no es objetivamente azul por las longitudes de onda.

—No es objetivamente la peor —contesta—, es subjetivamente la peor. El gusto es subjetivo *por definición*. Y, de hecho, si quieres entrar en mediciones *objetivas*, entonces los dos, los baños verde aguacate y las pizzas hawaianas están objetivamente entre los mejores porque siguen siendo populares y la popularidad es algo que de verdad se puede medir.

—Mi abuela tiene un baño verde aguacate —dice el nuevo y entusiasta Chris—. Está bien.

El nuevo y entusiasta Chris todavía no ha terminado de entender al grupo, lo que provoca que

quede un poco aparte en las bromas, así que cada vez que interviene siempre lo hace de una manera que mata la conversación. Estoy a punto de lanzarme de lleno a un nuevo tema cuando escuchamos que llega el camión. El nuevo y entusiasta Chris es el primero en ponerse de pie, seguido por Tiff. El resto los seguimos con un paso más medido, excepto Brian, a quien se le cayó pizza sobre la camisa y está intentando limpiarla con una parte diferente de la camisa.

Afuera nos encontramos con el conductor del camión que, para mi sorpresa, no parece molesto por haber hecho un viaje de seis horas con tan poca antelación, quizás necesita el dinero; y el equipo se acerca para ayudarlo a descargar las guirnaldas cuidadosamente seleccionadas y aprobadas por la empresa. El nuevo y entusiasta Chris y Amjad se ayudan con el árbol de Navidad, mientras Brian y Claire empiezan a hablar distraídos sobre una serie de edredones con bastones de Navidad que ya vendemos, pero que ahora tendrán su propia muestra.

—Lo único que digo —dice Brian— es que no estoy de acuerdo.

—Por más que aprecie el cinismo —responde Claire—, ¿por qué exactamente?

—Son muy yanquis.

Por alguna razón, a Claire le parece perfectamente razonable.

—Me parece justo.

—Espera —digo con varias cortinas de ducha festivas sobre mis brazos—. No es para nada justo. No puedes decir que algo *es muy yanqui*, incluso si *fuera* yanqui, no es una razón para que no te guste.

—Claro que sí —contesta Claire, que, a diferencia de Brian, al menos logra continuar este debate mientras mueve la mercadería.

—La verdad que no me lo parece —insisto. Luego me giro hacia Amjad—. Eh, Amjad, *debes* de tener una opinión sobre esto.

Amjad me mira desde el árbol de Navidad.

—Tengo las manos bastante ocupadas.

Es verdad. Lo ayudaría, pero yo también tengo las manos ocupadas y, además, está trabajando con el nuevo y entusiasta Chris y es difícil ayudar al nuevo y entusiasta Chris con cualquier cosa porque siempre está muy dispuesto a hacer el trabajo de dos personas a la vez. Así que vuelvo a la tienda y Amjad avanza unos pocos metros por el aparcamiento antes de detenerse.

—Pero estoy casi seguro de que son alemanes.

—No vamos a discutir el origen de la Navidad otra vez, ¿verdad? —pregunta Tiff, que tiene los brazos llenos de luces.

—No, si los bastones de Navidad son yanquis o no —explico.

—Superyanquis —coincide Tiff—. Son superyanquis *incluso* aunque técnicamente vengan de Baviera del siglo doce o algo así.

Ahora comprometido con equilibrar un árbol y dar explicaciones sobre la Navidad, Amjad

cambia el peso del abeto y empieza su clase navideña improvisada.

—Siglo dieciocho —dice—, y probablemente eran blancos al principio porque no podían añadirle el color sin la maquinaria moderna. Y no es Baviera, es Colonia.

Brian solo lleva un exhibidor de cartón bastante pequeño.

—¿Qué tiene que ver un perfume con eso?

—Asumo que se refiere a Colonia, la ciudad —le explica Claire, pasándole cinco exhibidores más.

Abrumado por la súbita adición de los exhibidores de tamaño medio, Brian baja la mirada con pánico.

—No puedo con todo esto, se me va a caer.

Claire rara vez está de humor para tolerar las quejas de la gente.

—No se va a caer, están apilados y están bien. Mételos.

Hacemos tres viajes más para meterlo todo. Bueno, toma uno más de la mayoría y dos más del nuevo y entusiasta Chris, quien insiste con «No queda mucho» y «Yo me encargo». Cerca de las diez y media, Amjad y Brian se van a casa, lo cual es justo porque hicieron más que suficiente. Claire se va un poco más tarde porque se da cuenta de que lo tengo bajo control y, como es la segunda al mando, también me va a cubrir mañana, así que no puedo quejarme. Tiff se queda hasta pasada la medianoche colocando las decoraciones.

Tiff es rara, porque el noventa y nueve por ciento de las veces todo le importa tres mierdas y siento la necesidad de regalarle un laxante cuando jugamos al amigo invisible, pero el uno por ciento restante, algo enciende su imaginación y es un maldito milagro. Y, honestamente, me alegra tenerla aquí porque no podría hacer que la tienda tuviera un aire festivo sin ella. Yo simplemente pondría un poco de papel crepé sobre la cabecera de una cama y eso sería todo, pero ella pone las luces y los copos de nieve adhesivos con mucha dedicación, y cuando nos vamos, solo yo, ella y el nuevo y entusiasta Chris, que siempre es el último en irse por ser nuevo y entusiasta, nos giramos un momento y es como si fuera un lugar mágico. Probablemente esté embobado, pero en ese momento, en una zona comercial el primer día de diciembre, mirando una tienda de baños que una estudiante de Peluquería (lo siento, estilista y maquilladora profesional) hizo que pareciera un reino salido de un cuento de hadas, me siento casi orgulloso de nosotros. Sí, nos pasamos un poco del presupuesto y estamos vendiendo poco, pero a juzgar por los estándares específicos de las tiendas de camas y baños, hemos hecho un gran trabajo. Tenemos un buen equipo.

Mejor. Tenemos un gran equipo. Incluso si a veces Tiff no está exactamente donde tiene que estar y si Brian rompe un inodoro estrafalario o si el nuevo y entusiasta Chris sigue siendo más entusiasta que útil, somos… la sucursal de Sheffield. Y no voy a permitir que Jonathan Forest me quite eso. Que nos quite eso.



CAPÍTULO TRES

¿He dicho que Jonathan Forest es un cretino? Por si no lo he hecho, es un cretino. Es la clase de cretino que te dice un jueves por la tarde que tienes que estar en Londres para fastidiarte a las ocho de la mañana de un viernes. Y no me malinterpretes, soy una persona que disfruta de las mañanas. Pero no me gusta levantarme a las cuatro de la mañana. Que fue la hora a la que tuve que levantarme para coger el tren de las cinco y estar donde estoy ahora a las siete y cuarenta y nueve, que es plantado en la calle frente a la oficina de Jonathan Forest con el traje que usé en el funeral de mi abuela, esperando que me haga pasar, y, conociéndolo, no va a ser hasta exactamente las ocho.

Me hace pasar exactamente a las ocho.

Su oficina está en el segundo piso de la sucursal de Croydon de Sueños & Salpicones, y se esfuerza demasiado por hacerla parecer un ático. Si entrecierro los ojos, casi puedo imaginar que estoy en uno de esos rascacielos elegantes de la ciudad y no en un centro comercial entre un Nando's y un DFS. Hay una mesa de conferencias con seis asientos y un sofá en el que parece que duerme más de lo que se sienta. Y hay un escritorio, más desordenado de lo que esperaba, con un portarretratos que apunta para el otro lado y una taza de café muy usada con la frase «Somos miércoles, ¿verdad?», repetida una y otra vez en blanco sobre azul. Detrás del escritorio, está sentado Jonathan Forest, mirándome.

Creo que quiere que me sienta intimidado, pero no le voy a dar el gusto. Durante un rato simplemente me mira con esos ojos oscuros e intensos que tiene y, cuando queda claro que no voy a cagarme encima, finalmente me pide que me siente.

—Lamento tener que llegar a esto, Sam —dice. Por lo menos no me llama Samsagaz esta vez.

—No debes estar tan arrepentido —le digo—, sino no hubieras llegado a esto.

—Lamento llegar a esto —repite—, pero Sueños & Salpicones es un negocio.

Cuando lo dice en voz alta, me cuesta mucho no reírme en su cara. Algo tiene que estar muy mal, supongo, con un hombre que llama a su negocio Sueños & Salpicones y no le ve la gracia.

—Ya sé que es un negocio, Jonathan, pero un negocio que genera dinero, así que no entiendo por qué estás haciendo un drama enorme por un par de números en una hoja de cálculo.

Jonathan Forest se reclina y me mira otra vez. En otras circunstancias, como si no fuera mi jefe y no me hubiera obligado a arrastrarme casi por todo el país a las cuatro de la mañana de un viernes, probablemente tendría un aire sexy-feo. Es que hay algo en su cara enfadada y arrugada y el mechón blanco en su cabello bien peinado que te hace querer que te haga cosas. O quizás que tú le hagas cosas para ver si puedes lograr que se calme de una puta vez.

—Creo que el hecho de que consideres que tu jefe te pida una reunión para discutir tu desempeño suponga un —hace las malditas comillas con las manos— «drama enorme» puede ser exactamente lo que está mal con tu manera de trabajar.

Llevamos hablando menos de cinco minutos y ya quiero meterle un lápiz por la nariz.

—Mi manera de trabajar no tiene nada de malo. Pregúntale a cualquiera de mi equipo.

—Si nadie de tu equipo tiene un problema con tu manera de trabajar, entonces tenemos un problema.

Es absurdo. No mejoran los resultados cayéndole mal a todo el mundo. Él es la prueba de ello.

—¿Por qué tenemos un problema? Es mi trabajo.

Y ahora se sujeta el tabique de su nariz como si estuviera decepcionado porque no hice mis deberes de geografía.

—Samsagaz…

—No me llames Samsagaz.

—No me interrumpas. Me arriesgué contigo… —hace una pequeña pausa desagradable— … *Sam*, porque creí que tenías potencial. Pero estoy empezando a sospechar que no entiendes lo que se necesita para el puesto.

—Suena como si quisieras que trate al personal como la mierda.

—Quiero que priorices los objetivos.

—Priorizo los objetivos —digo—. Solo que no los priorizo por encima de las personas.

Su expresión me hace querer meterle más que un lápiz por la nariz. Es la expresión que recibes cuando tu nuevo cachorrito se caga en el suelo y no puedes enfadarte porque sabes que no es capaz de evitarlo.

—Las personas no pagan tu salario. Yo sí.

Es muy tentador decir que acaba de decir que él no es una persona. Pero se supone que tengo que conservar mi trabajo, no masacrarlo.

—Bueno, no quiero enseñarte nada, pero las personas están a cargo de la tienda. La tienda produce dinero y con ese dinero me pagas. Así que, de cierto modo, sí.

—Y en este momento, esas personas me están costando más que cualquier otra sucursal, están recaudando menos que cualquier otra sucursal y… —Mira su monitor y, durante un breve momento, veo algo. Algo que es casi como si se preocupara. Solo que es explícitamente sobre el dinero—. Es preocupante, Sam. Genuinamente preocupante.

De algún modo, esto está yendo peor de lo que esperaba. Me había ido bien en la entrevista, pero no le había puesto mucha dedicación, lo cual había hecho fácil decir las cosas correctas. Me había preguntado «¿cuál es tu mayor debilidad?» y yo le había contestado con una tontería como «ah, bueno, me concentro demasiado en brindar un servicio de calidad al cliente en el sector de la cama y los sanitarios», y, de algún modo, había funcionado. Ahora, si asiento o le sonrío a lo incorrecto, voy a tener que caminar hasta Sheffield y decirle a mi equipo que va a haber recortes porque este cretino quiere comprarse más cosas.

—Mira —digo—, puedo ver de dónde viene, en serio. Pero ¿no te parece que una empresa tiene una obligación con sus empleados? Quiero decir, ¿de verdad vale la pena hacer más miserable la vida de alguien solo para que podamos vender un par de edredones más para el final del trimestre?

No es lo que quiere escuchar. Pero eso es porque quiere escuchar «tienes razón en todo, volveré y empezaré a despedir gente».

—Sus vidas serán más miserables si tengo que cerrar la sucursal por completo.

—Pero no tienes que hacerlo, ¿no crees? —Estoy tentando mi suerte ahora. Mi madre solía decir que tenía la suerte de los irlandeses y de verdad espero que no se haya saltado una generación—. Podrías *optar* por hacerlo, pero si lo haces, deberías al menos ser honesto.

Y quizás, solo quizás, eso le llegue. No necesariamente en el buen sentido. Si usara gafas, se las habría levantado sobre la nariz, pero no es el caso, así que baja las cejas y me mira furioso.

—Estoy seguro de que piensas que soy un tipo extremadamente egoísta, Sam. Estoy seguro de que piensas que solo estoy intentando que le exprimas más dinero a la gente para que… para que…

—¿Para que puedas comprarte otro Ferrari? —intento, esperando que un comentario gracioso sea mi camino a la salvación.

—Exacto. —Deja que ese «exacto» resuene durante un buen rato antes de añadir—: Pero Sueños & Salpicones —el contexto serio hace que sea más difícil no reírse de ese nombre y apenas lo consigo— es un pez pequeño en un estanque enorme. Estamos intentando competir contra Dreams y Wickes a la vez. Y Bensons for Beds. Y todas las tiendas locales. Incluso Morrisons vende camas estos días.

—Morrisons no vende camas —le recuerdo.

—Venden almohadones y mantas. —No está precisamente relajado, pero tampoco tiene ni la mitad de la energía de jefe que tenía hace solo un minuto.

—No vas a ir a la quiebra porque Morrisons venda un par de almohadas.

—Lo sé. Así como sé que no voy a ir a la quiebra porque la sucursal de Sheffield quiebre —empieza a revisar un documento que parece fatídicamente largo—, una bañera con hidromasaje iluminada con *leds* y con catorce inyectores dobles que vale mil quinientos noventa y nueve libras, arruinada por un *incidente de desembalaje*.

Ese fue un código para no decir «Brian la chocó contra la camioneta».

—O veintidós almohadas blancas de espuma viscoelástica TheraPur, valoradas en ochenta y cinco libras cada una, por un *percance en el almacén*.

Brian otra vez y eso nunca me lo pudo explicar bien, y al final dejé de preguntárselo.

—Después está el hecho de que uno de tus empleados se tomó dieciocho días por enfermedad o para uso personal en los últimos doce meses.

—Es joven y está estudiando.

Ahora Jonathan tiene otra vez esa aura de dueño de un negocio y, de algún modo, me siento aliviado.

—¿Y le estoy pagando para que sea joven y estudie o le estoy pagando para que venda baños y camas?

—Le estás pagando para que venda baños y camas —admito, sintiéndome un poco resentido (no, muy resentido) por la capacidad de Jonathan Forest de hacerme sentir como un niño malcriado—. Pero…

—Pero ¿qué?

No tengo nada que decir, la verdad.

—¿No podrías haberme dicho esto por teléfono?

—Podría —asiente—. Pero es mejor cara a cara.

Mierda. Me va a despedir, ¿verdad?

—Mierda, me vas a despedir, ¿verdad?

—Mi desenlace ideal —se levanta del escritorio y camina hacia la ventana— es que conserves tu trabajo, pero que aceptes que necesitas mejorar la eficiencia de tu sucursal.

Ahora no me mira, está de pie con las manos detrás de su espalda mirando afuera como si fuera un rey que estuviera inspeccionando su dominio. Lo cual sería mucho más impresionante si estuviéramos en un rascacielos sobre Manhattan, en lugar de una tienda de baños y camas que da hacia un aparcamiento y uno de esos lugares que vende madera reciclada a peso.

—No estoy diciendo que no podamos ser más eficientes. —Empiezo a sentir que el bastardo me ha arrinconado—. Solo digo que la única manera de lograr que sea más eficiente es hacer que todo el lugar sea un lugar horrible para trabajar.

Sigue con su pose de emperador.

—No es mi problema.

Suspiro.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? Porque lo único que escucho es «sé mejor» y, si no te molesta que lo diga, no es una muy buena manera de gestionar a tus empleados.

—Primero —se vuelve desde la ventana como si Medusa se enfrentara a él—, me molesta. Segundo, revisé los números y necesitas hacer exactamente esto: tienes que conseguir que tu equipo venda más planes de protección y servicio, reemplazar a tus vendedores con peores resultados, dejar de permitir que el personal al que se le paga por hora se tome descansos durante sus horas de trabajo, implementar la política de la empresa en relación con los días por enfermedad y arreglar lo que sea que esté provocando que pierdas tanta mercadería. Una vez que eso esté en orden, podemos seguir hablando.

—Entonces, se trata de ser básicamente un cretino —digo.

Para mi sorpresa, Jonathan Forest casi sonríe.

—Su Cretina Majestad, si quieres decirlo así. Así se maneja un negocio.

No estoy de acuerdo, pero no es el momento.

—Mi vendedor con peor rendimiento —digo— tiene que cuidar a su abuela, que es muy mayor.

—Yo también.

—Sí, pero tú eres un maldito millonario.

—Mis finanzas personales no son asunto tuyo. Vivimos en tiempos económicos inciertos.

Siento la necesidad de burlarme.

—¿Y te preocupa que tu imperio extremadamente lucrativo de camas y baños vaya a desaparecer de la noche a la mañana y termines en la calle cantando canciones de Ed Sheeran?

Y si bien no lo esperaba, eso le vuelve a tomar desprevenido y lo hace titubear un momento. Como si hubiera soplado una vela demasiado fuerte.

—Pueden pasar cosas peores.

—No, a los de tu clase no.

Jonathan entrecierra los ojos.

—Deberías pensar mejor cómo le hablas a tu jefe.

—¿Por qué? Me estás amenazando con despedirme y no veo cómo preocuparme por mis modales me va a ayudar a vender más colchones CoolTouch de élite.

Como se levantó para añadir mayor tensión, ya no puede sentarse, así que se queda deambulando por ahí.

—Quizás. Pero si eres así de insubordinado conmigo, eso sugiere que dejas que tu equipo sea insubordinado contigo, lo que explica… bueno, bastantes cosas, francamente. Por lo menos,

explica por qué tu equipo no está motivado.

Cuando conseguí este trabajo, Jonathan me hizo hacer un pequeño curso de capacitación porque no tenía experiencia como encargado y me hablaron mucho sobre motivación intrínseca y extrínseca. Lo que aprendí de esos tres días en una sala de conferencias en Burnley fue que los vendedores *intrínsecamente* motivados son cretinos que venderían a sus propias abuelas a cualquiera que ya tuviera abuela, solo por diversión, y los vendedores *extrínsecamente* motivados no podrían alimentar a sus hijos si no consiguieran una comisión. No quería contratar a los primeros ni explotar a los segundos, y es por eso que terminé con Brian.

—Qué tal si… —intento— me das un año para subir los números y, si no funciona a mi manera, hablaremos sobre reemplazar gente.

Le ofrezco un año porque espero que lo baje a tres meses para que podamos arreglarlo en seis.

No lo hace.

—Ya es tarde para eso.

Puta mierda. Pero no digo eso. Llega un punto en el que tentar tu suerte cruza la línea y te convierte en un completo idiota.

—Lamento que te sientas de ese modo.

—Esto es lo que va a pasar. —Suena autoritario de una manera que probablemente sería más atractiva si no fuera a arruinarme la vida—. Hoy me vas a seguir en esta sucursal para que veas cómo manejo las cosas yo. Mañana, vas a volver a Sheffield y empezarás a hacer cambios inmediatos *incluyendo* reemplazar a los miembros del personal que rindan poco. ¿Entendido?

Sí. No me gusta entenderlo, pero sí.

***

Sigo a Jonathan Forest hasta la hora del almuerzo, desde sus instrucciones de negocios matutinas (aquí hay nueva mercadería, véndela, vete a la mierda) hasta sus rondas por la tienda donde detecta a los trabajadores que no se esfuerzan lo suficiente, como una especie de depredador que se alimenta de la inactividad. No es lo único en él que tiene una energía de hombre lobo, sus cejas gruesas y su ceño fruncido permanente lo hacen ver como si en cualquier momento fuera a sacar garras y empezar a desgarrarte la piel. O quizás solo tu ropa, si es como esos de los libros que Claire dice que solo lee irónicamente.

Finalmente, nos tomamos un descanso para el almuerzo. No me ofrece llevarme a ningún lugar ni mostrarme nada, probablemente porque esto es *técnicamente* una reunión de disciplina y, si bien se supone que me debería estar ayudando a aprender y crecer como encargado, parece que para él la mejor manera de hacer eso es recordarme sutilmente que soy un parásito.

Como Croydon es la oficina central, está en un parque comercial ligeramente más agradable

que nuestra tienda en el norte. No es un centro comercial propiamente dicho como Meadowhall en Sheffield o Liverpool ONE en casa, y para nada es la clase de centro comercial al estilo estadounidense, pero comparte un aparcamiento con un cine Vue y también un PizzaExpress a unos metros, así que comparado con nuestra sucursal esto es prácticamente los Campos Elíseos. Pero no tengo ganas de comer pizza, así que voy al lado y me pido algo en Nando's sin mis amigos. Aunque tampoco tengo amigos en Sheffield.

Una chica agradable llamada Rita me acompaña a una mesa y me pregunta si ya he venido a Nando's antes y me ayuda a repasar el menú, aunque le haya dicho que sí. Una vez que estoy sentado, cojo mi teléfono y uso la aplicación para pedir un sándwich de pollo en pan árabe con una salsa de churrasco ahumada y una mazorca. Porque hay algo en los restaurantes de comida rápida que venden pollo que hace que sea necesario pedirse una mazorca, así como solo comes bastones de caramelo en Navidad.

Mientras espero mi pedido, llamo a Claire para no parecer un capullo solitario.

—Todo está bien —dice rápido. Muy rápido. Demasiado rápido.

—No lo está, ¿verdad?

—En gran medida.

—Bueno. —Me acerco más a mi teléfono para no estar gritando por todo Nando's—. ¿Qué ha hecho Brian ahora?

Claire emite un sonido. Un sonido que se guarda especialmente para hablar de Brian.

—Bueno, ¿viste la alarma?

—Sí, vi la alarma.

—¿Sabes el código de la alarma?

—Sí. ¿Supongo que Brian no?

—No.

Empiezo a desear haber pedido un aperitivo.

—Es 1-2-3-4. ¿Cómo se olvida 1-2-3-4?

—Dice que entró en pánico. Aparentemente, el temporizador le causó mucha presión.

—Dime que no fue la policía.

—Vino la policía.

Debería haber pedido ese aperitivo.

—Dime que no dijeron que van a dejar de ir.

—Van a dejar de venir. Dijeron que era la tercera vez en un mes y no pueden seguir acudiendo a falsas alarmas de un almacén de baños y camas.

—No somos un almacén, somos una tienda.

—Extrañamente, no consideraron que esa fuera una distinción relevante. El tema es que ya no van a responder a nuestras alarmas durante seis semanas.

Dado lo mucho que a Claire le gusta gritar por toda la tienda, estoy al borde de entrar en pánico.

—No digas eso en voz alta, nos van a robar.

—No te preocupes, estoy en la oficina con la puerta cerrada.

Eso me preocupa más. Lo que habla mal sobre mi fe en mi equipo.

—¿Estás segura de que no deberías estar fuera supervisándolo todo?

—Está todo bien, Amjad está vigilando a Brian y asigné a Tiff y al nuevo y entusiasta Chris que se encarguen de diferentes departamentos, para que ella no sea una mala influencia para él. ¿Cómo va todo con Su Cretina Majestad?

—Todavía no está contento con que lo llames así.

Hace un sonido de reflexión al otro lado de la línea.

—Apuesto a que sí, sabes. A los hombres como él les encanta en secreto que la gente los odie. Lo confunden con obtener resultados.

Llega mi sándwich de pan árabe y veo que olvidé pedir una bebida.

—¿Puedo pedirte una Coca-Cola, por favor? —le pregunto a la persona que me trae las cosas.

—Lo siento, tienes que usar la aplicación o acercarte a la caja.

Miro la cola de la caja. Está cada vez más lleno, así que minimizo a Claire y hago el pedido por la aplicación. Soy demasiado joven para decir cosas como «y a eso lo llaman "progreso"», pero esto no parece progreso.

—¿Hola? —está gritando Claire al otro lado de la línea—. ¿Sigues ahí?

—Lo siento, me llegó el pollo.

—Ah, ¿fuiste a Nando’s?

—¿Cómo lo sabes?

—KFC no tiene servicio de mesa, recuerdo que hay uno exactamente al lado de la sucursal de Croydon y, en otra vida, era el maldito Sherlock Holmes. Bueno, ¿cómo ha ido todo con Forest?

—Mal.

—Gracias. Muy esclarecedor.

Le doy un mordisco al sándwich con la salsa de churrasco ahumada.

—Bueno, no quiero causar pánico, pero puede que haya dejado implícito que va a cerrar nuestra sucursal si no mejoramos las cosas.

—¿Qué? —pregunta Claire, audiblemente en pánico—. Eso… no… no tiene sentido.

—Creo que solo está haciéndose el duro, pero…

—Estoy bastante segura de que lo *único* duro que tiene ese tipo son sus pelotas.

—¿Podrías por favor no hablar de las pelotas de Jonathan Forest mientras estoy comiendo?

Claire entra en modo negación de inmediato.

—Está exagerando. Tiene que estar exagerando.

—¿Qué, el tipo que acabas de decir que sufre de una rara condición médica que le hace tener las pelotas duras?

—Mierda —maldice por el teléfono—. Mierda mierda mierda mierda mierda. Tienes que hacer algo.

Lo hace bien. Pasa de la ira directamente a la negociación.

—*Estoy* haciendo algo. Voy a seguirlo todo el día y cuando regrese, yo…

—No, quiero decir, hacer algo grande. Algo ahora. Porque si nuestra única esperanza es hacer mejor nuestro trabajo, estamos supermegaarruinados.

—¿Qué quieres que haga? ¿Pedirle que me siga al almacén y le rompa la cabeza con la tapa del váter de cierre suave y efecto de madera?

—Sí.

—No.

—Bueno, quizás no. —Escucho que exhala—. Mierda. Mierda, puta mierda, puta mierda.

Bienvenida a la depresión.

—Lo sé. Es una mierda, pero lo resolveremos.

—Tenemos que volver a considerar despedir a Brian.

—Brian tiene que cuidar a su abuela. Además, cuando hablamos, Jonathan me dejó bastante claro que si solo despedimos a Brian no va a funcionar —le explico los detalles del plan de mandar a la mierda a tu personal por algunos billetes extra.

—Bueno —dice Claire y se queda en silencio un largo rato—. Solo por preguntar, ¿quién *es* nuestro segundo peor empleado, según los números de Jonathan?

—Tiff.

Se queda en silencio otra vez.

—Para ser justa, ella tiene una ética de trabajo bastante de mierda.

Un instinto raro y probablemente un poco sexista me hace querer defenderla, como si fuera mi hermana o algo.

—No está tan mal.

Al otro lado de la línea, escucho a Claire moviéndose por la oficina hacia la ventana.

—Ahora mismo está en el aparcamiento pateando hojas.

—Prefiero que den el cien por cien el ochenta por ciento del tiempo que el setenta por ciento el cien por cien del tiempo —digo, sin estar seguro de si las matemáticas están bien.

Incluso si así fuera, Claire no está de acuerdo.

—Tiff da el cuarenta por ciento el cuarenta por ciento del tiempo y cerca del uno por ciento del tiempo da el diez millón por ciento. Lo cual es de agradecer, pero no es precisamente lo que necesitamos.

—Claire. —No soy brusco exactamente, pero dejo que mi exasperación salga por mi voz—.

Tenemos que ser un equipo. ¿De qué lado estás?

—Del nuestro, obviamente. —Suena resignada—. Supongo que será mejor que busques esa tapa de váter y se la partas en la cabeza.

—No ayuda.

—Vale, pero necesitamos un plan. Y si no vas a soltar a Brian, tiene que ser algo drástico.

—¿Drástico cómo? —pregunto.

Y se queda en silencio otra vez.

—¿Fingir un ataque cardíaco? No puede pedirte que despidas gente si estás en el hospital.

—Tienes razón, te pediría a ti que los despidas.

—¿Engañarlo para que te acose sexualmente?

Me atraganto con mi sándwich con salsa de churrasco ahumada.

—Primero, ¿cómo? Segundo, no. Tercero, creo que es irrespetuoso para las víctimas de verdad.

—Tienes razón. ¿Qué tal si rápidamente encuentras evidencia de sus negocios turbios y lo amenazas con contárselo a los accionistas?

Tengo salsa de churrasco ahumada en los dedos, así que me cambio el teléfono de lado y me los limpio con una servilleta.

—Buen plan. Solo unos pequeños detalles: no tiene ningún negocio turbio y, si lo tuviera, S&S es una empresa privada, así que no tiene accionistas a quienes podría contárselo.

—Bueno, si vas a ponerte quisquilloso…

—Lo siento.

—¿Qué tal si lo invitamos a *nuestra* tienda para que nos vea como personas y se ponga demasiado sentimental para despedirnos?

—Ya te estás yendo por las ramas. Ha tratado conmigo un millón de veces y estoy bastante seguro de que ni siquiera me mearía encima aunque estuviera en llamas.

Se queda en silencio otra vez.

Yo también.

—Mierda —dice al final.

—Lo sé. Tengo algunos meses de margen, sabes, pero creo que estamos jodidos.

—Bueno —no suena muy servicial, ni muy esperanzada—. ¿Haz lo que puedas?

—Lo haré —le digo. Aunque no tengo ni la más mínima idea de por dónde empezar.

He perdido el apetito por mi sándwich de pollo en pan árabe con salsa de churrasco ahumada, así que deslizo el plato sobre la mesa, me levanto y regreso para enfrentarme a Jonathan Forest.



CAPÍTULO CUATRO

Me paso el día siguiendo a Jonathan mientras deambula por la tienda buscando empleados que no están siendo lo suficientemente productivos y estoy seguro de que si le prestara atención podría aprender mucho. Mucho sobre ser un cretino, claro, pero mucho al fin y al cabo. El problema es que resulta difícil concentrarme con la voz de Claire diciéndome «tienes que hacer algo, Sam» en mi cabeza todo el tiempo. Pasamos de la sección de camas a la de los baños arriba y mis ojos deambulan hacia la mercadería como si el plan de romperle la cabeza con una tapa de váter fuera de algún modo posible. Definitivamente no lo es. Probablemente no lo es.

—Aprecio mucho lo que estás haciendo conmigo —le digo. Es mentira, pero lamerle el culo es la única estrategia que se me ocurre que no sea ilegal, inmoral o vergonzosa de intentar frente a una muestra piramidal de escobillas para inodoro Grosvenor Flexi-Fit de Croydex—. Muchos jefes no me habrían dado esta oportunidad.

—¿Me estás lamiendo el culo, Sam?

—¿Funciona?

Levanta una ceja. Empiezo a creer seriamente que las usa demasiado.

—¿Crees que soy la clase de hombre al que le gusta que le laman el culo?

Sí. Pero también creo que es la clase de hombre al que le gusta pensar que no.

—Quizás no, lo siento. Igualmente, agradezco que nos hayas dado una oportunidad para mejorar las cosas antes de empezar con los despidos.

Espero que me siga la corriente con eso, pero no llegas a dirigir una cadena de supertiendas de camas y baños con tres sucursales dejando que las cosas pasen desapercibidas.

—Para dejarlo claro, los recortes *siguen* en pie.

Así que ahora los llama «recortes», ¿eh?

—Lo sé, solo estoy intentando acostumbrarme. Mentalmente y eso.

Me mira de un modo que podría haber sido amable si no fuera una mierda condescendiente.

—Sé que puede ser difícil, pero no estás ahí para ser amigo de nadie, estás ahí para ser su jefe.

Quiero recordarle que ser jefe no significa ser una basura codiciosa, pero como dice que no le gusta que le laman el culo, queda bastante claro que tampoco le gusta que le respondan.

—Es verdad —digo en cambio.

Salimos del sector de los accesorios de baño y pasamos a la sección de duchas y bañeras cuando Jonathan se detiene, y sus ojos avaros de halcón se clavan sobre un miembro del equipo que parece estar cerrando la venta de una mampara Nexa de MERLYN de ocho milímetros con puerta corrediza.

—Entiendo que tiene un precio elevado —dice el miembro del equipo de venta; es un tipo alto, muy alto, pero se maneja bien. Tiene esa habilidad de ser alto sin pegarse demasiado a la gente, algo que aprenden rápido los tipos altos si no quieren ir por la vida asustando a todos—. Pero vale la pena. Es elegante, es lujosa y, por la forma —indica el ancho y la profundidad de la unidad, en gran medida para distraer a las clientas, por lo que entiendo—, encaja muy bien incluso en un baño pequeño.

Las clientas, dos mujeres jóvenes, las dos con trabajo de oficina que probablemente están equipando su primera casa, si mis instintos de venta no me fallan, ponen esa mirada colectiva de «no estoy segura de querer gastar ese dinero».

—El asunto es que —dice una de ellas— acabamos de comprar nuestra primera casa —lo sabía—, y estamos un poco… Bueno, queremos quede bonita, pero también estamos un poco…

—Fue muy cara —dice la otra chica—. Entre la escritura, los honorarios del abogado, los muebles, los electrodomésticos, la Dyson. Todo suma bastante rápido.

La primera le da un leve codazo a su compañera y dice «Allie» con una brusquedad que estoy seguro que quiere decir «Allie, por qué hablas sobre nuestras finanzas frente a un hombre que vende duchas».

—Está bien —asiente el vendedor. Juro que tiene un tres por ciento del acento del sur de Londres. A veces, los acentos de la clase trabajadora hacen que la gente confíe en ti, porque los hace pensar que eres demasiado bruto como para tener un plan encubierto—. Dejad que os cuente algo personal —dice, aunque no es tan personal, sino una parte bien ensayada—. Si queréis un consejo, hay cosas en las que se puede escatimar y cosas en las que no. Y algo que vais a usar todos los días y que os durará diez años es algo en lo que no se puede escatimar.

Miran la mampara Nexa de MERLYN de ocho milímetros con puerta corrediza con una mezcla de deseo y temor.

—¿Tienes una en tu casa? —pregunta Allie; suena como si quisiera pillarlo, pero nos

enfrentamos a esto todo el tiempo.

—Tengo el modelo anterior —dice—, pero, si soy sincero, desearía no tenerlo. Está bien, pero veo esta todos los días y pienso «si hubiera puesto un par de cientos de libras más…».

Están cerca de cerrar la venta. Y el tipo tiene razón, no es algo en lo que se pueda recortar.

—¿Y el envío? —pregunta Allie.

—Gratis. La instalación cuesta un poco más, pero podemos llegar a un acuerdo.

«Llegar a un acuerdo» es una frase en clave para «cobrarte exactamente lo que tenemos pensado cobrarte, pero de un modo más amable».

Las clientas intercambian una mirada y se aprietan las manos de una manera que parece decir «hagámoslo». Y justo cuando el vendedor está a punto de cerrar la venta, el hijo de perra de Jonathan Forest se mete en medio como un adulador molesto.

—Lamento interrumpir —dice—, pero mi colega parece haberse olvidado de contaros nuestro plan de protección y servicio.

El vendedor lo mira y luego, cuando comprende que no servirá de nada, me mira a mí. Y si bien nunca nos conocimos, sé exactamente lo que está pensando, porque es exactamente lo que yo estoy pensando. Y es que bajo ninguna circunstancia intentas venderle de más a una pareja en sus veintitantos que están a solo una palabra incorrecta o un ruido fuerte de salir corriendo de la tienda sin gastar ochocientos ochenta y cinco libras más instalación en una ducha.

—¿Es… algo que necesitamos? —pregunta la que no es Allie.

—Bueno, veréis —dice Jonathan con una confianza que ciertamente no se ha ganado—, con este tipo de unidades, si no se las trata con cuidado, los problemas se pueden acumular, las juntas se pueden romper. Son solo detalles, pero al contratar nuestro plan de protección y servicio ahora pueden ahorrar mucho dinero en las inspecciones para mantenimientos menores.

Lo está estropeando. Mierda, lo está estropeando. Y peor aún, está haciendo que un miembro de su propio equipo pierda la comisión de una venta que sería de casi mil libras una vez que llegara a la caja. El tipo alto me mira como diciendo no sé qué y, como no puede decir nada sin que lo despidan…

Doy un paso hacia delante como un ciervo parándose frente a otro ciervo ante la equivocada creencia de que es inmune a que lo atropelle un coche.

—¿Puedo contaros un secreto? —pregunto. Y para mi *inmensa* buena suerte, Jonathan Forest está demasiado sorprendido como para decirme que me calle de inmediato.

—Lo siento —pregunta la que *sí* se llama Allie—, ¿quién eres?

—Ah, no os preocupéis por eso —digo. Y al igual que el tipo alto, pongo el tres por ciento de mi acento regional—. Trabajo en una sucursal distinta, así que este no es mi sitio, pero el asunto con esta bobada de la garantía extendida —para ser claro, rara vez digo *bobada* en mi día a día —, es que cuando lo piensas, no os la venderíamos si no creyéramos que la necesitáis.

Allie y no-Allie parecen confundidas el tiempo suficiente para que Jonathan diga:

—Sam, no creo que…

Pero lo ignoro. Y resulta muy satisfactorio.

—Lo que quiero decir —continuo— es que es un buen producto. Sé que puede haber sonado a que es difícil de mantener, pero no lo es. Solo es necesario pasarle un trapito al terminar y un limpiacristales de vez en cuando y no dará ningún problema. Si tenéis ahorrado algo de dinero, y queréis quedaros tranquilas, el plan de protección y servicio puede ser un alivio, no os voy a vender nada que no necesitéis o, al menos que no os dure, ni nada que no usaría yo mismo, y tampoco ninguno de mis colegas. —Señalo a Jonathan y al tipo alto, que parece algo aliviado, dado que apenas sigo convencido de que he salvado esta venta.

No-Allie sigue pareciendo un poco nerviosa y dice que no está segura. Solía ser mejor en esto, pero no estoy en el departamento de ventas desde hace tiempo. De alguna manera, lo extraño, no por querer cerrar ventas todo el tiempo ni por el entusiasmo de estar al acecho, pero cuando tienes un trabajo de ventas de verdad sientes que puedes ayudar a alguien. Ser encargado es más bien como lavar los platos. Toda sensación de éxito es pasajera.

—Bueno, déjenme decirles algo —digo—, ¿qué tal si lo habláis con…? —me giro hacia el tipo alto—. Disculpa, no sé tu nombre.

—Liam —dice, su madre debió haber sido fan de Oasis.

—Id a hablar con Liam y él podrá enseñaros algunas opciones y apuesto que encontrará algo que funcione para vosotras.

Gran parte del tiempo, lo que un cliente realmente quiere es que alguien les dé permiso para hacer lo que tenía pensado hacer. Allie y no-Allie asienten agradecidas y Liam las acompaña.

Jonathan ni siquiera espera a que se alejen lo suficiente para empezar a regañarme.

—¿Qué *cojones* —no mantiene el tono bajo, pero susurra la palabra «cojones» como si no le importara que la gente lo vea perder los estribos, siempre y cuando no lo escuchen decir una palabrota en voz alta— ha sido eso?

—Estabas estropeando la venta.

Entrecierra los ojos. Definitivamente usa demasiado sus cejas.

—*No* estaba estropeando nada.

—Sí, amigo. —No debería llamarlo «amigo», pero se me escapa—. Estaban preocupadas por gastar dinero y tú hiciste que el producto pareciera difícil de mantener.

—Estaba demostrándote a ti *y* a Liam cómo informar a nuestros clientes sobre las ventajas del plan de protección y servicio.

—No. —Estoy en un pozo, debería dejar de cavar, pero provengo de un largo linaje de cavadores y, de algún modo, es la conversación más honesta que he tenido con Jonathan Forest desde que estoy trabajando para él—. Estabas haciéndoles creer que el producto no era bueno por

sí solo y necesitaban pagar más o sufrir un montón de molestias que no querían. El problema es que eran lo que llamarías «personas altamente sensibles» a las molestias. Casi las haces odiar la unidad entera.

Durante un momento se queda en silencio y cuando vuelve a hablar su voz suena grave y tensa.

—¿Estás intentando decirme cómo hacer mi trabajo?

—No —digo tan calmadamente como puedo, porque esto está demasiado cerca de salirse de control—, pero vender duchas *no es* tu trabajo. Ni siquiera es mi trabajo, es el suyo. —Señalo a Liam con la cabeza y percibo que él y Allie y la pareja de Allie están flotando en una nube de «no sé cómo reaccionar a esto»—. Y le estaba yendo bien. No tienes que meterte en todo lo que hace todo el mundo.

—¿Estás *intentando* hacer que te despida?

Respiro hondo. Honestamente, a estas alturas podría hacerlo.

—Lo siento. Ya sé que me he pasado de la raya. Solo estaba intentando salvar la venta.

—La venta —insiste con frialdad— estaba *bien*.

Y antes de poder evitarlo, digo:

—Claro que no. Sabes, para ser un hombre que dice que no le gusta que le laman el culo, no se te da bien aceptar las críticas constructivas.

Es un pequeño dardo. Solo un diminuto dardillo. Pero debo haber estado en un terreno más inestable de lo que pensaba, con todas las veces que he dicho «mierda» delante de él hoy, porque así de la nada, es como si algo hubiera cambiado en él. No pierde la cordura exactamente, la impresión que recibo de Jonathan Forest es que no es un hombre emocional, incluso cuando está furioso, pero se queda muy quieto, y muy atento, y de algún modo parece más alto de lo que realmente es.

—Cómo te *atreves.* —No está gritando, pero su voz sube y tiene esa energía que lo hace parecer como si estuviera hablando muy en serio.

—Lo siento, no quería…

—¿De verdad crees que le permito a *cualquiera* que me hable así?

—Obviamente no, pero…

—Estás *despedido*.

—Vale, pero…

—Todo tu *equipo* está despedido.

—Espera un momento…

Da un paso hacia mí. No de un modo amenazador, sino para acortar la distancia, como si me fuera a entregar un formulario de despido imaginario. Y con lo que está en juego y con mi necesidad de mantener la calma, decido darle espacio.

Entonces retrocedo.

Y me tropiezo con el borde de la Nexa de MERLYN de ocho milímetros con puerta corrediza, caigo hacia atrás y todo el maldito armatroste se me cae encima.



CAPÍTULO CINCO

No sé qué es lo siguiente que pasa, pero es como si estuviera viendo la tele y el gato se hubiese sentado sobre el botón de «saltar». Liam está quitándome una lámina de ocho milímetros de vidrio templado, mientras me pregunta:

—¿Estás bien, amigo?

Y luego dice:

—Creo que no está bien.

Y alguien más dice:

—Dejadle espacio.

Y alguien más dice:

—¿Quién tiene el botiquín?

Y alguien más dice:

—¿Quién llama a la ambulancia?

Y luego escucho a Jonathan.

—Hola, ¿Sara? Tengo una pregunta urgente sobre el seguro…

Algo que probablemente sea un rostro aparece sobre mí y siento el peor dolor de cabeza de mi puta vida.

—Mírame —dice, y creo que lo hago pero no estoy seguro de si mis ojos están recibiendo el mensaje—. ¿Cómo te llamas?

Le digo Samsagaz, pero que puede llamarme Sam, pero no sale de esa manera, es casi un balbuceo.

Me pellizca la oreja y me duele.

—Está consciente —le dice a alguien que no puedo ver bien—, y responde bien al dolor, pero no puede responder preguntas sencillas.

Mi maestra también solía decir eso en la escuela.

—Jamie, diles que sí que necesitamos una ambulancia.

Todo se está volviendo cada vez más confuso y, con el dolor de cabeza, lo mejor tal vez sea aceptar esa confusión. Parece lo mejor, pero probablemente no sea lo mejor.

A medida que las cosas se empiezan a oscurecerse y a dar vueltas, veo a Jonathan colgar el teléfono y me pregunto si *de verdad* ha llamado a su abogada en lugar del hospital.

***

Estoy en una ambulancia. Un paramédico atractivo me hace preguntas que todavía no puedo responder.

***

Estoy en una cama separada por cortinas en Urgencias y me siento un poco mejor. Creo que me dieron algunos puntos en la cabeza. Tengo sangre en la camisa. Ya puedo responder bien las preguntas. El médico me pregunta mi nombre y le contesto. Me pregunta qué pasó y no estoy tan seguro.

—Es normal —dice para dejarme tranquilo—. Se espera un poco de pérdida de la memoria después de un traumatismo severo.

Las palabras «traumatismo severo» y «pérdida de la memoria» parecen haber disparado la audición de Superman en Jonathan y entra al cubículo todo sonrisas y simpatía.

—Sam —dice—, espero que todo esté bien. Y no te preocupes, la empresa…

—¿Quién eres? —empiezo. Estoy a punto de añadir: «¿Y qué hiciste con Jonathan Forest?», pero no llego tan lejos porque por su expresión parece que le hubiera llegado una factura inesperada y se gira sombríamente hacia el médico.

—¿Es tan grave la pérdida de memoria? —pregunta.

No. No lo quise decir en ese sentido.

—Yo…

Pero no me escuchan.

—Las lesiones en la cabeza son complicadas —dice el médico—. Está sufriendo mucha confusión.

Pero claro que sí. Recuerdo caerme y *definitivamente* recuerdo a Jonathan Forest despidiéndome a mí y a toda la sucursal y, si bien espero que haya sido una exageración, no quiero correr el riesgo.

—Pero ¿se pondrá bien? —pregunta Jonathan, ya sea fingiendo preocupación por mí u ocultando muy mal su preocupación por su seguro contra accidentes.

—Es probable. —La respuesta del médico es evasiva y sé cómo se siente. Lo que realmente necesito ahora es tiempo—. Como he dicho, es complicado.

—¿Cómo estás, Sam? —pregunta Jonathan un poco fuerte, un poco con esa voz exagerada que la gente usa con los niños y los ancianos cuando no saben bien cómo tratarlos.

—Confundido —digo. Lo cual es verdad—. Es todo muy… —Me quedo sin palabras. En el fondo de mi mente, puedo escuchar a Claire diciéndome que tengo que «hacer algo» y, si bien realmente no sé qué es ese algo, espero que, si mantengo las cosas lo suficientemente vagas, podría tener espacio para que funcione.

—Tienes que vigilarlo —está diciendo el médico—. Al menos durante quince días, sería lo ideal. Probablemente se ponga bien, pero si empieza a experimentar náuseas o mareos, o sigue mostrando síntomas dentro de algunas semanas, tienes que traerlo de vuelta.

—¿Yo? —Casi es gracioso escuchar a Jonathan intentando aparentar que le importo mientras intenta encontrar la forma de no ayudar—. Seguramente haya alguien más adecuado.

Por primera vez, estoy de acuerdo con él; un cocodrilo sería más adecuado que Jonathan Forest, pero la realidad es que no hay nadie. Solo soy yo. Y sentado aquí en esta sala de emergencias en Croydon mirando a un hombre que sé que se preocupa más por su raya del culo que por mi cráneo roto, no puedo enfrentarme a la idea de explicar eso. Porque no es *para* él, no es de su incumbencia. Entonces, simplemente digo:

—Puede que lo haya, yo… no lo recuerdo.

A Jonathan realmente le está costando comportarse como un verdadero ser humano. El mechón canoso cae sobre su frente.

—En cualquier otro momento —dice, entre dientes—, estaría dispuesto a hacerlo, pero empieza la temporada de Navidad y voy a estar muy ocupado.

—No quiero ser un problema. —Actuar como si creyera que Jonathan es un verdadero ser humano me cuesta demasiado. No puedo creer que este hijo de perra me haya despedido, me haya hecho estrellarme contra una mampara, haya llamado a su abogada antes que a la ambulancia y ahora esté explicando por qué cree que su negocio es más importante que asegurarse de que no tenga una maldita hemorragia cerebral.

—¿No puede quedarse aquí durante la noche? —le pregunta Jonathan al médico.

—No tenemos camas. —El médico se mueve como si le estuviera diciendo «necesito irme ahora mismo» con su lenguaje corporal—. Y ya hemos intentado llamar a su contacto de emergencia. No reconoce el número.

Sí, porque me olvidé de cambiarlo. Pero no quiero explicar eso tampoco.

—No puedo creerlo —dice Jonathan a nadie en particular—. Entonces, ¿me estás diciendo que

no tengo otra opción?

El médico no parece estar avergonzado exactamente, pero no parece cómodo.

—Bueno, si te niegas, tendremos que encontrar una manera de asegurarnos de que lo cuiden, pero… —con un ritmo perfectamente dramático, corre la cortina hacia un lado para revelar un pasillo de emergencias lleno de gente con cosas rotas, sangrando y doblados de maneras que no deberían ser naturales—… preferiría que no.

Por un momento, solo un momento, puedo jurar que Jonathan Forest considera abandonarme. Pero o no es un hijo de perra o tiene miedo de que lo demande.

—Está bien —suspira—. Vamos.

Es la única señal que el médico necesita para irse a buscar a otro pobre desgraciado. Mientras tanto me quedo solo con Jonathan Forest y él se queda atrapado conmigo y no estoy seguro de quién de los dos está más resignado.

***

No me sorprende que Jonathan Forest conduzca un BMW. Estoy seguro de que hay, en algún lugar del mundo, un hombre que conduce un BMW y que no es un cretino, pero todavía no lo conozco. El tema con los que conducen BMW es que es el coche que compras si quieres conducir una porquería de crisis de mediana edad, pero eres demasiado inseguro para hacerte cargo.

Me subo al asiento del acompañante y él se sube al asiento del conductor y es más incómodo que la mierda antes de que siquiera salgamos del aparcamiento.

—Gracias por esto —le digo. Si soy sincero, no estoy completamente seguro de a qué me refiero con «esto» y estoy bastante seguro de que no tengo nada que agradecerle, pero solo pienso eso porque sé que es un idiota y sería conveniente que pudiéramos empezar en un lugar donde yo *no sé* que es un idiota o al menos donde él no sabe que sé que es un idiota.

Jonathan me mira brevemente por el espejo retrovisor.

—No es nada. Haría lo mismo por cualquier empleado que tuviera un accidente.

Cualquier empleado que tuviera un accidente que él haya causado, quizás.

Se aclara la garganta.

—¿Cómo te encuentras?

Bastante como la mierda por muchas razones.

—Todavía un poco confundido.

—Y… —se esfuerza demasiado por sonar como si le importara, aunque le importa, solo que no por mí—, ¿de verdad no te acuerdas de nada de lo que ocurrió?

Es por eso que se me da fatal mentir. Requiere mucho esfuerzo.

—No recuerdo mucho.

—¿Incluyéndome a mí?

Mierda. Lo mejor es ser sincero. Decir «de hecho no está tan mal». Solo entonces podremos hablar sobre lo que pasó en la tienda, incluyendo la parte en la que nos despidió a todos. Parece como si estuviera tan dispuesto a olvidarse de eso como yo. No soy tan confiado sobre estas cosas como Claire, pero tengo la impresión de que Jonathan Forest es la clase de hombre que no puede retractarse de algo que dijo, incluso aunque sepa que estuvo mal. Así que quizás esta sea mi oportunidad de empezar de nuevo.

—Sé que te conozco —intento.

—Soy tu jefe —me explica.

—Bueno —quizás sea llevarlo al límite, pero no puedo resistirme—, pareces un gran jefe.

Para darle crédito, Jonathan parece un poco avergonzado, solo un poco. Porque si vamos al caso, un jefe de verdad no acorrala a sus empleados contra una mampara y lo hace terminar en el hospital.

—Yo… —Parece genuinamente perdido—. Gracias.

Si lo que estoy buscando es empezar de cero, probablemente no debería disfrutar de verlo tan incómodo. Y la verdad es que lo disfruto *mucho*. Después de todo, todavía tengo que lidiar con una herida en la cabeza. Pero hay algo que se siente como si el cambio fuera un juego limpio al dejar que este imbécil finja que todo iba sobre ruedas esta mañana. Lo que significa que no puedo evitar picarlo, solo un poco.

—Entonces, ¿qué pasó? Quizás pueda refrescar la memoria.

Hay un silencio mientras Jonathan intenta mantener el equilibrio entre cubrir su trasero ahora y cubrir su trasero más tarde.

—Bueno, yo no… No vi bien qué pasó. Pero creo que te caíste contra la Nexa de MERLYN de ocho milímetros con puerta corrediza.

—¿Cómo pasó?

Adelanta agresivamente a otro coche que avanza a una velocidad perfectamente razonable.

—Creo que te tropezaste.

—Ah, ¿sí? —Dejo que eso resuene un rato—. Espero que ningún empleado haya puesto ahí lo que hizo que me tropezara porque podría demandarte.

Jonathan se pone pálido.

—No creo que sea probable.

—Estoy bromeando.

—Probablemente no deberías bromear sobre hacer demandas, Sam.

Me encojo de hombros.

—Quizás soy esa clase de persona. Soy torpe y hago bromas inapropiadas.

—O quizás —sugiere Jonathan— eres un empleado modelo que nunca bromea con su jefe.

Es la primera vez que escucho a Jonathan Forest demostrar algo que tiene un deje de humor. Es molesto porque, si él realmente fuera así, quizás podría soportarlo.

—No estoy seguro, pero no me suena que sea el caso.

No responde. Pero ¿cómo podría? O empieza a intentar convencerme de que tengo una personalidad completamente diferente como si fuera Goldie Hawn en *Un mar de líos* o dice «de hecho, eras un cretino insubordinado y acabo de despedirte», y ninguna de esas dos son buenas opciones para él. Finalmente se decide por:

—No estamos lejos. —Como si se preocupara de que creyera que me acaba de secuestrar. Aunque como me está llevando por un bosque, no estoy seguro de que ese no sea el caso.

Nunca había pensado mucho dónde vivía Jonathan Forest. Es como un maestro en ese sentido; uno imagina que solo existe en el trabajo y cuando llega a su casa deja de existir a menos que necesite llamarte para expresar su decepción. Si tuviera que adivinarlo, asumiría que tiene uno de esos apartamentos en Londres del tamaño de un rollo de cinta adhesiva que cuesta tanto como una casa de cinco ambientes en una ciudad normal.

No es el caso.

Otra cosa en la que nunca había pensado mucho, dado que nunca vengo al sur a menos que sea por algo relacionado con el trabajo e incluso entonces intento no hacerlo, es si hay alguna zona elegante en Croydon. O sea, no es por sonar ignorante y eso, pero solo el nombre te hace pensar más bien, bueno, en una supertienda de baños y camas en un parque comercial junto a Nando’s que en un montón de casas acogedoras y dispersas con árboles al frente y césped alrededor y pequeños muros de piedra junto al camino. No es tanto una zona de cabañas y praderas porque en gran medida la mayoría de los edificios son nuevos y la mitad son demasiado grandes como para ser cabañas, pero es extraña y abrumadoramente agradable.

Es la clase de lugar que tiene buenas escuelas, eso es lo que digo.

Y la casa de Jonathan es enorme. No es una mansión, ni siquiera una McMansion. Pero es una casa. Una casa de familia, siempre y cuando tu familia tuviera más dinero del que tú jamás ganarías trabajando en Sueños & Salpicones, con un jardín tan grande que podrías perder de vista la casa.

No la veo adecuada para él, de algún modo. Aparca y me hace pasar a su sala de estar, con alfombras mullidas y un espacio abierto que da a la cocina que se supone que debería estar llena de vida y gente, pero simplemente se ve estéril. Una parte de mí espera descubrir que está cuidando la casa para alguien que no es un idiota o que quizás haya matado a las personas que realmente vivían aquí y metió los cuerpos debajo del suelo de madera y ahora va a hacer lo mismo conmigo.

—Siéntate… donde quieras —dice.

Me acomodo en un sillón firme de dos plazas que apostaría lo que sea que no eligió para él mismo, mientras Jonathan está ahí plantado como si no supiera qué hacer en su propia casa. Que, por las camisas y el sofá para dormir de su oficina, probablemente no lo sea. Después de un rato, da un pequeño respingo como si hubiera recibido una descarga.

—Vas a necesitar —dice— cosas. Un cepillo de dientes.

Si no hubiera amenazado con despedir a todos los que conozco, esto sería casi agradable.

—Un cepillo de dientes me vendría bien.

—Y ropa. Necesitarás ropa. No puedes usar —señala mi ropa— eso por las próximas… Hasta que estés mejor.

Es mi mejor traje, así que me siento un poco ofendido.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

—Bueno, para empezar, está lleno de sangre.

Bajo la mirada. Alguien me había quitado la chaqueta, así que llené de sangre toda mi camisa. Me sentiría como un héroe de acción si no hubiera sabido que acabé así por perder una pelea contra una ducha.

—Ah —digo—. Cierto.

—Probablemente deberías quitártela —dice—, o se manchará.

Durante tres segundos, parece una persona normal. Una persona que se preocupa porque tienes sangre en tu mejor camisa y por si la tienda de *fish and chips* está abierta si sales corriendo ahora mismo, y estoy tan distraído que ya casi me he quitado la camisa antes de darme cuenta de que esto es excepcionalmente raro. Pero en este momento ya es demasiado tarde, así que termino de quitármela y se la entrego, y aparento que es la clase de cosa que ocurre a menudo.

No es la clase de cosa que ocurre a menudo y los dos lo sabemos. Jonathan me mira durante demasiado tiempo y luego mira a otro lugar durante demasiado tiempo y la parte de mí que sigue llevando una lista de cosas por las que podría demandarlo se da cuenta de que, desde cierto punto de vista, me lleva al hospital, me lleva a su casa y luego me dice que me quite la ropa.

—Yo… —No sabía que Jonathan Forest podía sonrojarse—. Ehm. Yo.

—¿Quieres llamar a tu abogada? —pregunto.

Jonathan vuelve a mirarme y me empiezo a preocupar por si he fastidiado mi coartada. Pero no. Solo está incómodo.

—No. Pero no quería… es eso. Deberías… Déjame hacer algo con esto y buscaré otra cosa para que te pongas.

Se va trotando hacia la cocina absurdamente grande, absurdamente costosa, y abre una puerta de madera discreta que revela un monstruo de acero pulido que parece una nave espacial.

—Cierto —dice a nadie en particular y luego busca la etiqueta de mi camisa.

Me da lástima.

—Ponlo a cuarenta.

Ahora está arrodillado frente a la lavadora como si estuviera en una secta de mala muerte obsesionada con los ciclos de limpieza.

—No la entiendo mucho. Es la interfaz.

Estoy a punto de decir «¿Qué clase de lavadora tiene una interfaz?», pero la respuesta es claramente «La clase de lavadora que compraría Jonathan Forest». Así que me acerco y la reviso. La nave espacial tiene un dial y una pantalla táctil.

—No me agobies —dice Jonathan abruptamente, olvidándose que está tratando de ser agradable.

Lo ignoro. Es una ventaja de fingir amnesia.

—¿Cómo es que no sabes usar tu propia lavadora?

Sigue mirando a la nave espacial como si quisiera despedirla.

—Tengo a alguien que se encarga de la limpieza.

—Bueno, si tiene que usar esa cosa deberías darle un aumento.

—Te aseguro que recibe lo que se merece —dice mientras toca la pantalla y aparecen una serie de símbolos incomprensibles—. Mierda.

Inclinándome sobre él, le echo un vistazo. De cerca, parece menos una nave espacial y un poco más como un microondas ligeramente complicado. Presiono algunos botones.

—¿Qué estás hacien…? —protesta Jonathan.

Luego se abre la puerta.

—Creo que ahí está —le digo—. ¿Ahora dónde guardas el jabón en polvo?



CAPÍTULO SEIS

Entonces mi camisa buena está en la lavadora y ahora llevo una camiseta que me ha dado Jonathan. Tiene la palabra «Yo» y luego una imagen de un corazón y luego la palabra «Blackpool» y la ilustración de una gaviota. Probablemente sea lo menos Jonathan que podría haber imaginado, además de la casa en la que vive, pero como está de malhumor por no saber usar su lavadora, no está muy dispuesto a contarme su historia. Me dio una toalla y un cepillo de dientes, así que estoy bien cuidado, considerando la situación. Quiero decir, sigo viviendo con mi jefe y de algún modo sigo fingiendo tener amnesia, y técnicamente podría terminar despedido, pero mi padre siempre solía decir que tienes que ver el lado bueno de las cosas porque nadie más lo hará por ti. Quizás no tenía ni idea de qué estaba diciendo, pero a él le funcionó.

Jonathan, mientras tanto, se fue a su estudio donde estuvo hablando por teléfono durante una hora. No sé con quién exactamente, pero estoy seguro de que una de esas llamadas fue a su abogada, otra vez. En cuanto a mí, me escabullo al baño, bueno, a uno de los baños, tiene al menos tres, y abro todos los grifos como si estuviera en una película de espías. Y entonces llamo a Claire.

No me llena de confianza que sus primeras palabras sean:

—¿Ya nos han despedido?

—No exactamente —susurro.

—¿Por qué susurras? —grita Claire.

—Porque no quiero que Jonathan me escuche. Estoy en su casa. En su baño.

—Ah, por Dios. ¿De verdad vas a intentar que abuse sexualmente de ti?

—No. Primero, como te dije, no lo haría. Segundo, cree que tengo amnesia.

Claire se queda en silencio un momento y luego añade:

—Lo siento, tienes que hablar más fuerte porque por un momento me ha parecido escuchar que dijiste que «cree que tienes amnesia».

—Sí.

—¿Cómo?

Si lo supiera, probablemente estaría en una mejor posición.

—Simplemente pasó. Me empujó contra una ducha y me hice una fisura en la cabeza por culpa de una Nexa de MERLYN de ocho milímetros con puerta corrediza, y lo próximo que recuerdo es que estoy en la sala de emergencias y al médico diciendo «se espera un poco de pérdida de la memoria» y le pregunto a Jonathan quién es, como una broma porque empezó a fingir que me trataba bien, y dice «ah, no, tiene amnesia» y no quiero corregirlo porque si lo hago probablemente me despida y si me despide también despedirá a Tiff y Brian…

—¿Por qué te despediría si *él* te empujó contra una ducha?

—Me estaba despidiendo *mientras* me empujaba hacia la ducha. —Sí, no me *empujó* precisamente, sino que yo más bien me *tropecé mientras él se me acercaba*, pero es un detalle para otro momento—. Y si bien no sé exactamente cuáles son las creencias religiosas de Jonathan, «no te arrepentirás» probablemente está en su lista personal de mandamientos.

—Entonces, ¿decidiste decirle que tienes amnesia?

—Hacerlo creer que tengo amnesia. Creo que de hecho no dije las palabras «tengo amnesia». Solo dije, ya sabes, que no recuerdo mucho. Lo cual era verdad en el momento porque, repito, me empujó hacia una maldita ducha.

Se queda en silencio otra vez.

—¿Claire? ¿Sigues ahí?

—¿Qué? Ah, sí, sigo aquí. Estoy repasando todas las maneras en las que esto podría salir horriblemente mal.

—Para ser justo, ya estaba yendo horriblemente mal. ¿No te he contado la parte de que estaba a punto de despedirme?

Suspira.

—Entonces, ¿tienes algún plan ahora?

—Tengo un traumatismo ahora. El plan tendrá que aparecer más tarde. Espero quedarme algunos días aquí, puedo ponerme bien y, cuando se calmen las cosas, veré cómo sigue todo. Además, supongo… Supongo que puedo gustarle un poco y eso quizás me haga tener, ya sabes, influencia sobre él.

—¿Qué clase de influencia? —pregunta Claire. Parece que no está muy convencida de mi ingenio.

—Ya sabes, influencia en general. Como si me pudiera ver como un ser humano, para ver lo

mucho que todos vosotros significáis para mí, lo importantes que somos entre nosotros…

—¿De verdad somos tan importantes entre nosotros? —El tono de Claire empieza a volverse impaciente—. Quiero decir, Tiff y Brian me gustan como cualquier persona, pero…

—Sí, sí. —Reconozco que no estoy controlando bien mi tono—. Te preocupas más por tu trabajo que por el suyo. Lo entiendo. Solo quiero decir que, si empieza a vernos como personas en lugar de como números en una hoja de cálculo, quizás no despida a nadie.

Claire se queda en silencio un rato. Luego, finalmente, dice:

—No suena mucho como un plan.

—Bueno. —Intento sonar más tranquilo—. Estoy en su casa ahora, así que en cualquier momento puedo matarlo con la tapa de un váter si no me queda otra opción.

—Te das cuenta de que te va a hacer algo peor que dejarte sin trabajo cuando descubra que no tienes amnesia.

Me siento al borde de la bañera rectangular Starck de Duravit con doble respaldo y sistema Combi; solo diré esto de Jonathan Forest: de verdad no vende nada que no usaría él mismo.

—No creo que se dé cuenta. La memoria es particular. Si todo empeora, me las arreglaré para golpearme la cabeza otra vez y decirle que eso me ha hecho regresar la amnesia.

—No funciona así —dice Claire con firmeza—. No arreglas el daño cerebral con más daño cerebral.

—Bueno, pues diré que las cosas regresan lentamente.

—¿Toda tu vida regresa lentamente?

—Yo no he dicho que haya olvidado toda mi vida. Solo las partes que convenían no recordar en el momento. Como que él no es un cretino y que me despidió y… Ah, mierda, ¿y el gato?

—¿Quieres decir que te olvidaste de tu gato o que le dijiste que olvidaste a tu gato?

—¿Cómo iba a decirle que me olvidé de mi gato si no podía recordar a mi gato? Pero lo que sí olvidé es que, si me quedo aquí el tiempo que sea necesario para arreglar esto, el gato se va a morir de hambre. No se me ocurrió nada para involucrarlo en todo esto, no puedo aparecer y decirle «espera, acabo de acordarme de que tengo un gato», porque sospechará que sé más de lo que digo. —La cagué, ¿verdad? He levantado todo este castillo de naipes y se va a derrumbar y va a matar a mi gato cuando lo haga.

—¿Crees que —pregunta Claire— has aprendido algo con esto de inventar mentiras absurdas y rebuscadas?

—Claire, ¿puedes darle de comer a mi maldito gato?

—Claro, daré vueltas por Sheffield entrando a distintas casas hasta que encuentre una con un gato que parezca hambriento.

—Te daré la dirección.

—¿Y la llave? ¿Llamarás a tus vecinos y les dirás «hola, si veis a una lesbiana furiosa

entrando por la ventana, no os preocupéis, solo está ahí por el gato»?

—Podrías venir a buscar la llave. Podría salir sin que me vea y… —Esto se me está yendo de las manos. Cualquiera creería que fingir amnesia sería fácil porque no tendrías que saber nada—. Espera, no. Está bien. Puedes decir que te enteraste de que tuve un accidente y viniste desde Sheffield para ver si estaba bien.

—Y asegurarme de que alguien alimente a tu gato.

—Y asegurarte de que alguien alimente a mi gato.

Se queda en silencio otra vez.

—Entonces, ¿a quién dejo a cargo de la tienda mientras hago un viaje de ocho horas hasta Croydon?

Mierda, no hay nadie. Tiff es demasiado joven, el nuevo y entusiasta Chris es demasiado nuevo, Amjad es bueno para encargarse de la tienda, pero odia hacerse cargo de otra gente y Brian es la personificación de la parte de *antes* del vídeo de capacitación corporativo.

—¿Qué voy a hacer?

—Bueno —puedo anticipar que no me va a decir nada útil—, tal como yo lo veo, tienes dos opciones. O le dices a Jonathan Forest a la cara que le mentiste sobre que tenías amnesia o dejas morir a tu gato.

—Parece que ambas opciones terminan mal para uno de los dos… —Tengo una leve sensación de pánico cuando escucho un crujido, aunque no estoy seguro porque tengo los grifos abiertos—. Mierda. Me tengo que ir.

Me preocupa tanto que me descubra que cuelgo antes de que pueda despedirse. Y lo hago justo a tiempo porque cuando cierro los grifos puedo escuchar pisadas.

Luego llama a la puerta.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. ¿Por qué?

—Llevas un rato ahí y el doctor dijo que se supone que tenía que vigilarte.

—Sí, pero… —salgo—, no mientras estoy cagando.

Me mira serio.

—No creo que las hemorragias cerebrales esperen a que la gente termine de ir al baño.

Supongo que tiene razón. Pero es de esperar que, incluso aunque me está cuidando, Jonathan Forest también sea un poco un cretino.

—Gracias, pero estoy bien.

—¿Y no te sientes mareado o con dolor de cabeza? —Casi suena como si estuviera preocupado y probablemente lo esté. Solo que más por su cuenta bancaria que por mi cerebro.

—Por ahora no.

—Y… ya sé que no pasó mucho, pero ¿recuerdas algo? —Y ahora suena incluso más

preocupado. Definitivamente, está preocupado por su cuenta bancaria.

Pero quizás, solo quizás, esta sea mi oportunidad de resolver el problema de mi gato muerto.

—Ahora que lo mencionas —le digo—, mientras estaba en el baño, empecé a mirar algunas fotos para ver si me venía algo a la cabeza y —desbloqueo mi teléfono, esperando que no pregunte cómo es que recuerdo el PIN (no el «número PIN», diría Amjad, porque sería como decir «mi número Número de Identificación Personal») y encuentro una imagen mía con Gollum, que es el nombre del gato porque cuando tu madre te llama Samsagaz simplemente tienes que aceptarlo—, creo que tengo un gato.

Jonathan retrocede ligeramente.

—Esa es… —ser amable no le resulta fácil a Jonathan Forest, pero ser agradable por Gollum no le resulta fácil a nadie— una mascota interesante —termina.

Estoy a punto de decir que era un gato callejero y que sus orejas están así por una infección, pero luego recuerdo que tengo amnesia.

—Sí, debo haberlo recogido de la calle o algo así porque soy una gran persona.

—O eres un bonachón sin sentido de la higiene.

—Espera. De nosotros dos —nos señalo a los dos—, ¿quién es el que no sabe usar una lavadora?

Pone esa mirada de lobo enfadado.

—Tengo. A. Alguien. Que. Limpia.

—Y aparentemente yo tengo un gato que se va a morir de hambre si no lo resuelvo.

—¿No tienes compañeros de cuarto o un vecino o…?

—¿Cómo voy a saberlo? Tengo amnesia.

—Estoy seguro de que… —intenta ser paciente, bendito sea; de hecho, no, que no lo bendigan, que se vaya a la mierda— el gato va a estar bien.

Gollum no va a estar bien. Como es un gato, no tiene un vocabulario muy extenso, pero si lo tuviera, «bien» no figuraría ahí.

—¿Y si no? ¿Y si me importa mucho este gato y recupero la memoria y descubro que lo mataste?

—Yo no lo habré matado. Estoy seguro de que hiciste algo por si acaso estuvieras mucho tiempo fuera de tu casa.

No lo hice. Mierda, ¿soy un pésimo dueño de mascotas? En mi defensa, en el refugio de animales tampoco te dicen algo como «si vas a llevar a este gato a tu casa, asegúrate de que al menos tenga comida suficiente para seis meses en caso de que tengas amnesia porque se te ha caído una mampara encima».

—¿Y si no? —Lo intento otra vez—. Mi contacto de emergencia no funcionó. ¿Y si el contacto de emergencia de mi gato tampoco funciona?

—Parece poco proba…

—Jonathan, por favor. —Agito el teléfono en su cara—. Mira esta imagen. Claramente adoro a este gato. Esa es la cara de un hombre que quiere a su gato.

Jonathan me mira a mí y luego al teléfono, y nuevamente a mí.

—No estoy seguro de que esa sea la cara de un gato que ama a su dueño.

Le diría que Gollum siempre está así, pero se supone que no lo sé, y tampoco marcaría ninguna diferencia.

—Podría ayudarme con la recuperación. Cosas familiares y todo eso. Y dejaré de ser una molestia para ti.

Se lo piensa.

—Necesito organizar algunas cosas primero.

—Por favor —repito—. No quiero llegar a casa y encontrarme al gato muerto.

Suspira.

—Está bien. Buscaré tu dirección entre los documentos e iremos mañana. Con suerte encontraremos a un amigo o algún vecino que pueda hacerse cargo de ti, pero si no lo conseguimos… —esto parece causarle mucho dolor físico—… podemos traer… al animal aquí un rato.

Estoy tan aliviado que podría abrazarlo. No lo hago, claro, porque sería rarísimo. Así que simplemente le digo «gracias» y lo digo genuinamente en serio.

Y Jonathan me mira confundido, como si fuera la primera vez que ha hecho algo agradable por alguien en su vida. Lo cual, si soy honesto, probablemente sea el caso.

SEGUNDA PARTE

Ir a casa y conocer al novio





CAPÍTULO SIETE

A la mañana siguiente, Jonathan llama a Sheffield para hacerles saber que tuve un accidente y que no volveré al trabajo hasta dentro de algunas semanas. No escucho mucho la conversación, pero creo que Claire dice algo como «oh, no, pero ¿quién alimentará a su gato?» con un tono de fingida preocupación que creo que pretende llamar la atención sobre la angustiante situación del gato, y Jonathan le asegura que iremos para encargarnos de ese problema, pero que yo estoy demasiado débil para pasar por la sucursal. Lo cual puede ser tanto agradable como controlador, dependiendo de cómo se mire.

El viaje es largo y silencioso, y me paso la mayor parte del tiempo mirando por la ventanilla, sin saber sobre qué hablar con el jefe que cree que no recuerdo nada.

—Mira —digo cuando llegamos—. Será mejor que esperes en el coche.

Espero que lo acepte, pero no tengo tanta suerte.

—¿Por qué? —pregunta.

—Porque no sé cómo estará todo ahí. —No es la verdad, obviamente. La verdad es que no quiero tener que actuar desorientado y confundido mientras intento alimentar a Gollum y meterlo en su transportín—. Sería vergonzoso.

Acepta mi excusa, quizás porque hemos estado atrapados en un coche juntos durante horas y no le viene mal deshacerse de mí un rato. Y yo, sinceramente, me alegro por poder alejarme de él un rato porque he tenido una dosis más que suficiente de Jonathan Forest en las últimas veinticuatro horas, más de lo que cualquier persona sensata podría desear.

Después de la pelea del gato, quiero decir, la pelea sobre el gato, tuvimos una media hora incómoda, pero después volvimos a ser agradables como si nada hubiera pasado. Jonathan

tampoco sabía cómo usar su horno, así que pedimos comida china en un restaurante que estaba a un par de calles, aunque no tenía mucha hambre con todo eso de la conmoción y el incipiente riesgo de encontrarme con mi gato muerto. Al menos tengo un cuarto propio, porque Jonathan Forest vive solo en una casa con cinco habitaciones, pero sigue vigilándome por la noche para asegurarse de que estoy bien, lo cual sería el caso si no hiciera eso a cada rato. Le dije que lo que estaba haciendo era algo por lo que te llevan ante la ONU por hacerlo a prisioneros políticos y que estaría mejor si simplemente me dejara dormir hasta la mañana. Pero parece habérsele metido en la cabeza que, si estoy más de media hora solo, se me va a salir el cerebro por la nariz y tendrá que pedirle a la persona que limpia que entierre mi cuerpo debajo de las begonias.

Lo que significa que tener un par de minutos solo para hacer lo del gato es un bendito alivio.

Entonces, volviendo a mi apartamento.

Está bien. Está totalmente bien. Es una zona agradable y está situado sobre una carnicería agradable, pero, bueno, está sobre una carnicería, lo cual es conveniente, pero también un poco de la plebe, en especial ahora que estoy con un tío que probablemente nunca haya ido a un supermercado. Y la verdad es que no le puse mucho empeño, en parte porque no puedo ya que es de alquiler y en parte porque… En todo caso, incluso aunque tenga los estándares de un apartamento alquilado es un poco… espartano. Vale, bueno, muy espartano, tan espartano que probablemente podría meter a otros doscientos noventa y nueve tíos dentro.

En cuanto Gollum escucha la puerta, se tumba en el suelo junto a su comedero y empieza a hacer ruidos de cómo pudo haber pasado esta terrible tragedia. Lo cual es una exageración porque le dejé suficiente comida mientras no estaba y, de hecho, come mejor que yo desde que le compré comida *gourmet* para gatos para ayudarlo a que se sintiera cómodo y ahora el maldito se niega a comer cualquier otra cosa.

Intento darle una palmadita para saludarlo, pero sacude la cola como si se sintiera demasiado débil para moverse. Aunque igualmente su cola es bastante movediza. No sé qué le pasó antes de que lo rescatara, pero está siempre doblada en forma de signo de interrogación permanente.

—Muy bien, amiguito —le digo—. La cosa es que tenemos que ir a Londres durante un tiempo.

Hace un sonido como si lo estuvieran estrangulando, lo cual interpreto como si estuviera de acuerdo. Y para mantenerlo tranquilo abro otra lata de su comida sabor salmón salvaje de Alaska y camarones. El resto lo guardo en un bolso de viaje con mi ropa y otras cosas necesarias. Luego limpio su arenero para llevarlo a Croydon y, en el último minuto posible, saco su transportín.

Creí que había sido sutil. Pero no lo fui.

Ni bien escucha el tintineo del transportín, Gollum sale disparado a toda prisa. Afortunadamente, lo bueno de vivir en una habitación pequeña encima de una carnicería en Sheffield es que cuando tu gato sale corriendo despavorido, no tiene ningún lugar al que irse

corriendo despavorido. Aunque, para darle crédito, lo intenta.

Primero, se mete detrás de la tele, justo entre todos los cables, y me pone un poco nervioso porque vaya a electrocutarse, pero logro sacarlo de ahí. Después se mete debajo del sofá como si todo su cuerpo estuviera hecho de paté, así que lo aparto y se lanza entre mis piernas hacia la puerta del baño, donde se estrella contra la escobilla del retrete, y, mientras limpio eso, vuelve a salir disparado y se esconde debajo de la cama. Está acurrucado en una pequeña bolita y empieza a llorar, lo cual sería desgarrador si no estuviera actuando.

Entonces, me arrodillo sacando el culo para fuera y meto la cabeza debajo de la cama, y empiezo a chasquearle la lengua a la bola de pelos y garras, cuando escucho que abren la puerta.

—¿Qué —pregunta Jonathan Forest con una cierta preocupación teñida de un gran desprecio — estás haciendo?

—¿Qué te parece que estoy haciendo?

—Me da miedo responder.

—Intento sacar a mi gato de debajo de la cama para poder meterlo en el transportín.

—¿Y estás seguro de que es tu gato? ¿Así se comporta un gato que es tuyo?

Saco la cabeza para mirarlo.

—¿Cuántas personas crees que viven aquí?

—¿Honestamente? —dice Jonathan, contemplando mi monoambiente muy descuidado—. Ninguna.

Es exactamente por eso que no quería que subiera. Bueno, por eso y porque no quería que viera que todavía sé dónde está todo.

—Probablemente acabe de mudarme o algo así.

—Si tú lo dices. —No lo dice con desdén, pero claramente desearía poder hacerlo.

Deseo ser arrogante con él.

—¿Qué haces aquí arriba? ¿No te pedí que esperaras en el coche?

—Supuse que necesitabas ayuda. Y, por supuesto, tenía razón.

—Supongo que esto es lo que me merezco por burlarme de que no sabes cómo usar una lavadora.

Su boca hace ese gesto reticente, poco practicado, que casi parece una sonrisa.

—Definitivamente lo es. En especial porque no te hice conducir durante cuatro horas para que pudieras rescatar la lavadora.

—Te aseguro —insisto— que sé controlar a mi gato. Es solo un poco más complicado que una secadora. Así son cuando te quieren.

Gollum sigue siendo una bola llena de odio y traición debajo de mi cama, pero meto las manos y lo agarro de todos modos. No se toma bien que lo agarren.

—Trae el transportín —le grito a Jonathan—. El transportín.

De algún modo, a Gollum le han crecido al menos seis patas extra y las sacude por todas partes como si fuera un tipo que ha tomado demasiadas copas un sábado por la noche.

Jonathan parece genuinamente alarmado.

—¿Qué transportín?

Intento señalárselo con mi nariz mientras un gato aullador hace lo imposible por darme cabezazos.

—El que está en medio de la habitación.

Si estoy de humor para ser justo, con una celeridad admirable Jonathan levanta el transportín e intenta abrirlo.

—¿Cómo funciona esta cosa?

Recibo un manotazo en la cara y, si bien Gollum no es un gato muy fuerte, probablemente no sea bueno para mi conmoción cerebral.

—Hay un pestillo arriba.

Tarda un segundo, pero lo encuentra. En cuanto abre la puerta del transportín, me acerco a toda prisa e intento meter a Gollum por la fuerza. En general entra bien, quitando los alaridos de ayuda-me-están-asesinando, aunque logra sacar una pata al final como si estuviera en *Parque Jurásico* y lo acabaran de meter en la jaula de los velocirráptores. Al final, logro meterlo y cierro la puerta, y me mira con unos ojos enormes que dicen «nunca te perdonaré por esto. Mis descendientes acecharán a tus descendientes hasta el fin de los tiempos y su venganza será legendaria».

El mechón canoso de Jonathan cae sobre su frente y se desploma sobre mi sofá.

—Ayer mi vida era muy normal.

Me desplomo en el sofá con él. Gollum sigue maldiciéndonos con sus ojos.

—Bueno, asumo que la mía también.

Intenta arreglarse el pelo. Probablemente no debería llevarlo tan perfecto porque, sinceramente, le queda bien un poco más desarreglado.

—Te conozco desde hace dos años y, de todo lo que he visto, no creo que eso sea verdad.

No debería preguntar. No debería preguntar. Pregunto.

—¿Cómo era entonces?

—Vives en este apartamento con este gato. Dedúcelo.

—Vivo en un monoambiente sin muebles con un gato un poco feo. Creo que lo estás sobreanalizando.

Cruzándose de brazos, Jonathan mira al techo como si no estuviera seguro de qué más decir.

—Eres muy terco y te preocupas demasiado.

De algún modo, esperaba lo primero, pero no lo segundo.

—Creo que prefiero ser alguien que se preocupa que alguien que no se preocupa por nada.

—Intentar preocuparte por todo es lo mismo que no preocuparse por nada.

Perdí la noción de quiénes estamos fingiendo ser, pero estoy bastante seguro de que el yo que quiero ser en este momento es el yo que no está para nada de acuerdo con eso.

—Pero no es así, ¿no crees?

—Sí —dice Jonathan en su tono familiar de no-estoy-acostumbrado-a-que-me-lleven-la-contraria—. Es así.

***

Puede que no tenga amnesia, pero sufrir una conmoción no es ninguna broma. Cuando volvemos al coche de Jonathan con mi bolso y mi gato y las cosas para mi gato, estoy hecho polvo y, lo que es más preocupante, un poco mareado. De todos modos, el lado bueno es que significa que me quedo dormido prácticamente en cuanto emprendemos el viaje, lo que significa que podría saltarme las siguientes cuatro horas de una charla incómoda con el cretino de mi jefe.

Pero.

—¿Sam? —dice el cretino de mi jefe, inclinándose sobre mí—. Sam, ¿estás bien? Si no respondes voy a llamar a una ambulancia.

Quejándome, abro los ojos. Estamos en medio de la maldita carretera.

—Aquí estoy. Aquí estoy. Solo intento dormir un poco.

—Tienes que mantenerte despierto.

—Tenía que mantenerme despierto inmediatamente después del accidente. Pero tengo que dormir en algún momento.

Jonathan me mira con el ceño fruncido. Lo que, para ser justo, casi siempre es así.

—La somnolencia excesiva puede significar que hay complicaciones.

—Estoy somnoliento porque estamos en un coche desde las ocho y tú me despertaste a cada rato por la noche.

—No te desperté a cada rato. Solo pasé a ver cómo estabas de vez en cuando.

—¿Y cómo es que eso no es despertarme a cada rato?

Frunce más el ceño.

—Sam, estás pálido. ¿Estás bien?

—No, intento dormir.

—Sam —casi gruñe.

—Vale. —Tardo un segundo en admitirlo porque probablemente él exagera—. Hubo un momento, muy corto, en el que me sentí un poco mareado, pero creo que es solo porque estoy cansado.

—¿Y si no lo estás?

Me encojo de hombros.

—Entonces supongo que caeré muerto por un aneurisma, pero no habrá nada que puedas hacer al respecto.

Jonathan Forest me mira con mucha intensidad.

—¿Qué?

—Deberías tomártelo en serio.

Sé que está desesperado porque no le lleve a juicio, pero empiezo a pensar que es más que eso.

—Jonathan, ¿te sientes culpable por lo que pasó?

Parpadea un poco preocupado.

—No. No. ¿Por qué me sentiría culpable?

Decido no presionarlo.

—Ya sabes, porque pasó en tu tienda y eso. No tienes que hacerte cargo de mí.

—Creo que sí —dice, sonando casi furioso—. El doctor me dijo que era mejor así y parece que no tienes a nadie más que pueda hacerlo.

Guau, eso se clavó como un cuchillo.

—Mira, estoy seguro de que tengo una vida social próspera y una excelente red de apoyo. Es solo que no lo recuerdo ahora.

—Y por eso estás atrapado conmigo. Y por eso no voy a dejar que te desmayes en el coche.

No sé si me desagradaba más Jonathan cuando estaba intentando meterse en mi trabajo o ahora, cuando intenta meterse en mi recuperación.

***

Mientras descargamos el coche, no me siento al cien por cien y creo que Jonathan lo sabe porque me pide que vaya dentro. Quiero discutir, pero quiero más sentarme.

Y luego pierdo un poco de tiempo porque lo siguiente que sé es que Jonathan está frente a mí con las manos en la cintura.

—Claramente —dice—, esto no va bien.

—Ha sido un viaje de ocho horas un sábado. No va bien para nadie.

Hace un sonido de frustración.

—Sam, ¿puedes aceptar que sufriste una conmoción y que vas a tener que tomártelo todo con más calma?

Creo que voy a odiar esto. Me siento patético y dependiente, y no me doy cuenta de si él está siendo controlador o si está siendo agradable o si está pretendiendo ser agradable y si es que hay alguna diferencia.

—Estoy bien —miento.

Jonathan se sienta a mi lado. Luego se levanta otra vez. Luego se aparta su mechón canoso que no parece querer comportarse.

—Mira —intenta—, entiendo que yo… Entiendo que no es lo ideal para ninguno de los dos…

—Sí, lo sé desde que preguntaste si podías dejarme en el hospital.

—No me interrumpas. Quiero decir, sí… sí, no fue muy… Tuve una semana muy movida y soy un tipo que vive ocupado en general, y creo que lo que quiero decir es que soy consciente de que eso hace que no sea fácil lidiar conmigo.

—¿Quién? ¿Tú? —pregunto, olvidándome que se supone que no lo conozco—. Pero si eres un sol y un arcoíris.

Afortunadamente, no me escucha.

—Y también soy consciente de que puedo ser un poco injusto a veces porque solía estar al mando. Eso no significa que no quiera que estés cómodo aquí o sientas que no puedes tomarte el tiempo que necesitas para recuperarte.

Si tengo que evaluar sus disculpas, le pongo un suficiente como mucho. Pero aparentemente es lo mejor que se puede obtener de Jonathan Forest. En todo caso, me llevó hasta Sheffield a rescatar a mi gato y yo *estoy* en una misión para hacer que se reconcilie con su ser humano interior, así que lo mejor es mostrarse agradecido.

—Está bien —digo—. Gracias.

Sigue pareciendo esforzarse demasiado en hablar como una buena persona.

—Y si hay algo que… necesites. O… ¿quieras? Ya sabes.

Pierde el ímpetu por completo. Y, de algún modo, logra superar la exasperación y parecer adorable. Es un poco como Gollum en ese sentido.

—¿Está bien si descanso? —le pregunto, aun odiando tener que hacerlo.

—Claro.

Y eso debería ser todo, pero Jonathan Forest es una de esas personas que no cree que nada deba pasar a menos que él haga que pase. Entonces, si bien estaría más que contento estando solo en el sofá un rato, él insiste en traerme una manta y una almohada. Y luego una taza de té y una bolsa de agua caliente. Y, en medio de todo eso, lleva mis cosas arriba, pone el comedero de Gollum y el arenero en la cocina y empieza a montar el rascador.

Es un poco raro, a decir verdad. Quiero decir, no necesito todo esto, pero hay una pequeña parte de mí que disfruta viendo a Jonathan hacer cosas, siempre y cuando esas cosas no sean despedirme o hacerme retroceder hasta estrellarme contra una Nexa de MERLYN de ocho milímetros con puerta corrediza. Su idea de fin de semana casual es un traje sin corbata, lo que le da a todo lo que hace un aire de importancia que realmente no merece. O sea, ningún rascador en la historia del mundo se montó con tanta seriedad y concentración.

Quizás lo estoy mirando fijamente porque levanta la vista y entonces nos quedamos mirando.

—¿Hay que hacer algo en particular por el animal?

Gollum ha estado refunfuñando en el transportín todo este tiempo. Pero no está en el veterinario, así que espero que esté agradablemente sorprendido cuando salga.

—Bueno —digo—, está en un nuevo ambiente, así que vamos a tener que tratarlo con cuidado.

Jonathan pone los ojos en blanco.

—Claro que vamos a hacerlo.

—Mira, es un gato. Es un gato rescatado. Los gatos no entienden cómo funcionan los coches. Lo acabamos de traer a la otra punta del país a una casa en la que nunca ha estado. Mejor no estresarlo.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Intento recordar lo que me dijeron los del refugio.

—Tenemos que cerrar todas las puertas para limitar el espacio y asegurarnos de que pueda ver dónde están sus cosas. Y quizás poner mi camiseta frente a su transportín para que sienta un olor familiar cuando salga.

Después de la situación repentina de ayer cuando me saqué la camisa, Jonathan sube y me busca una nueva camiseta sin que se lo pida. Es una camiseta de Disney y tiene a Gruñón de *Blancanieves y los siete enanitos*.

—Jonathan —pregunto—, ¿por qué tu armario está lleno de trajes oscuros y camisetas *souvenir*?

Frunce el ceño.

—Tengo los trajes porque los compro para el trabajo y tengo las camisetas porque la gente me las regala para hacerme una broma.

—¿Quién te regala las camisetas?

—Gente que no sabe qué regalarme.

Siendo sincero, yo tampoco sabría qué regalarle. No parece gustarle otra cosa más que el dinero y ya tiene mucho de eso.

Una vez que me cambio la ropa, Jonathan pone la que estaba usando frente al transportín y luego lo inclina para que Gollum vea bien el rascador. Después abre la puerta y, como si esa acción saturara la parte de su cerebro que no está relacionada con el trabajo, se aleja para revisar sus mensajes.

Me levanto del sofá con la manta para asegurarme de que Gollum pueda verme cuando salga. La primera vez que llegó a casa, estaba tan traumatizado que vivió escondido detrás de la lavadora durante tres días. Esta vez, sin embargo, asoma la cabeza, ignora por completo mi camiseta, el rascador y a mí, y camina en línea recta hacia Jonathan, quien está mirando su teléfono con la completa absorción de un adicto al trabajo o un adolescente.

Y Gollum empieza a frotarse por sus piernas.

Jonathan lo mira con algo de pánico.

—¿Qué está haciendo?

—Te está marcando. Ahora es tu dueño.

—Claro que no.

—Tienes que aceptarlo.

—Ay. —Gollum se ha puesto de pie sobre sus patas traseras y está trepando por los pantalones de Jonathan con mucho entusiasmo—. ¿Qué hace ahora?

—Significa que le gustas. —No tengo ni idea de si eso es verdad, pero se lo digo para que esté tranquilo.

Jonathan sacude la pierna suavemente, pero entiende que quizás sería mejor no lanzar a mi gato de una patada hacia el otro lado de la habitación.

—¿Puedes hacer que pare?

—¿De que le gustes? —pregunto—. Dale tiempo. Ya se cansará.

—En serio. Me está rompiendo el pantalón. ¿Puedes quitármelo?

—Lo siento. —Levanto las manos—. Me has ordenado descansar.

—Sam —hace todo su esfuerzo para no parecer furioso, aunque tenga un gato pegado a su pantorrilla—, no me haces gracia.

—Creo que sí. Tengo la sensación de que soy una persona muy graciosa. En general.

—Te conozco y no. Eres molesto. Ahora, por favor, quítame al gato.

Me levanto y le quito al gato de encima. Al menos, intento hacerlo, pero el gato no quiere. En cuanto lo aparto de Jonathan, empieza a hacer esos sonidos de por-qué-me-arruinas-la-vida.

Jonathan me mira furioso por encima de una bola de tragedia felina.

—¿Qué…? ¿Qué le pasa?

—Creo que has herido sus sentimientos. —Le acerco a Gollum y él cuelga de mis manos como un trapo mojado—. ¿Ves? Mira su carita.

Jonathan, de hecho, mira su carita. Luego mira mi carita y no estoy seguro de cuál le desagrada más. Aunque no puedo leer para nada su expresión. Muy ocasionalmente, cuando no está dándote un sermón o interfiriendo con cosas que no le conciernen, es casi atractivo. Si te gustan amargos e interesantes. Que no creía que fuera mi caso.

De repente, retrocede.

—Es ridículo. Tengo que trabajar.

Se da la vuelta y se marcha hacia su estudio, mientras Gollum, mostrando una preocupante falta de gusto por una criatura en la que creía que podía confiar, se va corriendo tras él.



CAPÍTULO OCHO

Tener una conmoción cerebral es una mierda. Porque el asunto es que, básicamente, estoy bien excepto cuando debo cuidarme por si de repente empiezo a encontrarme mal y estoy a punto de morir. Ya es domingo por la tarde y he logrado mantenerme con vida, y me quedan muchas horas más para mantenerme con vida antes de poder ir razonablemente a la cama.

Jonathan está en su estudio trabajando y Gollum está en el estudio con Jonathan. Y eso, bueno, quiero decir, no me gustan mucho los fines de semana en el mejor de los casos, pero al menos tengo a mi gato. Pero ahora tengo una conmoción, estoy aburrido, estoy solo y mi maldito gato me ha abandonado por mi maldito jefe. Lo cual realmente duele porque es un imbécil. Además, se supone que tengo que hacer todo esto para que me vea como una persona y no me despida una vez que tenga el alta médica, y será muy difícil hacerlo si nunca hablo con él. Lo cual no puedo hacer. Porque está encerrado en su estudio. Con mi maldito gato.

Ya casi son las tres de la tarde y estoy a punto de ver mi cuarto episodio consecutivo de *La saga de los Hammer* cuando me doy cuenta de que tengo que hacer literalmente cualquier cosa. Entonces, me levanto, voy al estudio, miro a Gollum, que está sentado sobre el regazo de Jonathan más feliz que nunca, y, sintiendo una absoluta traición, le digo a Jonathan que voy a salir a caminar un rato.

—Jonathan —digo—, voy a salir a caminar un rato.

No levanta la vista de su portátil.

—Claro que no.

—Creo que sí. Mis pies funcionan bien.

Al menos se digna a girar su silla. Con Gollum ahí parece un verdadero supervillano.

—Lo que quiero decir —explica— es que estoy demasiado ocupado para acompañarte y no puedes caminar solo con una herida en la cabeza que todavía no se ha curado.

Lo peor es que no se equivoca del todo.

—Entonces, ¿me tengo que quedar en el salón mirando la tele hasta que termines de ser un magnate de las camas y los baños?

Asiente. El maldito solo asiente. Qué cretino.

—Me gusta tan poco como a ti.

—No creo que esté de acuerdo contigo. Me estoy volviendo loco. Literal, no aguanto más.

—Y lo lamento, pero… —De repente tiene una idea y empiezo a desear que no la hubiera tenido—. Dame tu teléfono.

—¿Qué?

—Dame tu teléfono. Compartiré la ubicación y entonces podré saber dónde estás.

No estoy seguro de querer que Jonathan Forest siempre sepa dónde estoy. Pero no estoy seguro de que mi versión con amnesia sepa que es una idea espantosa. Además, solo quiero salir de casa, así que saco mi teléfono, lo desbloqueo y se lo paso.

Jonathan hace algunas cosas y después me lo devuelve.

—Listo. Ahora puedo seguirte y he puesto una alarma para recordarte que me escribas cada veinte minutos hasta que regreses.

—Jonathan —intento sonar entusiasmado, pero me ha salido terriblemente serio—, ¿no crees que eso te hace parecer un poco un psicópata?

—No me importa cómo me hace parecer. Me preocupa que, si tienes un colapso, pueda encontrarte antes de que tengas una hemorragia cerebral.

Es difícil discutir sobre eso. Cuando alguien menciona una hemorragia cerebral, eso tiende a dar por terminada la conversación. Así que lo dejo con su trabajo y mi gato, me pongo un abrigo y cruzo la calle hacia el bosque.

La tarde es fría e invernal, así que agradezco tener mi abrigo. Es uno de esos bosquecitos urbanos apacibles con árboles bien separados entre sí y algunos brezos, y cuando llevas un rato caminando, te olvidas de que estás en Londres hasta que te subes a una colina y los árboles se despejan para permitirte ver el centro de Croydon extendiéndose en una dirección y Canary Wharf elevándose como un inmenso reloj de pie en la otra. Pero incluso eso es agradable en cierto sentido, porque te hace entender que la ciudad, sin importar cuán grande sea, sin importar cuánto puedas alejarte de ella, sigue siendo solo edificios junto a un río, y si vas a la parte indicada del bosque indicado el día indicado de diciembre puede verse pequeña, y distante, y sin importancia.

Suena la alarma y le escribo a Jonathan. Tres palabras: «NO ME HE MUERTO». Luego bajo por la colina para seguir divagando. Me detengo junto a uno de esos letreros que pone el gobierno. Este

tiene un mapa alegre del bosque sobre un fondo verde con imágenes de toda la fauna silvestre a la que debería prestarle atención. Hay pájaros carpinteros, aparentemente, y currucas rabilargas de Dartford. Aunque no las reconocería si me cruzara con una mientras canta su distintivo *Soy de Dartford*. Además, es invierno, probablemente ya migraron. Si es que migran. Aunque por el nombre uno creería que se quedarían cerca de Dartford la mayor parte del tiempo.

Es agradable así como es. La clase de lugar en el que querrías traer a tu perro o a tus hijos, lo cual es extraño porque Jonathan no tiene ninguno de los dos. Tiene un gato ahora, claro, *mi* maldito gato, pero la sociedad protectora de animales dice que sacar a pasear a tu gato es una mala idea e incluso si no lo dijeran no podría imaginar a Jonathan Forest sacando a pasear nada. Ni yendo a ningún lugar, la verdad. O sea, obviamente puede caminar, lo vi caminar en el sentido de estoy-en-este-lugar-ahora-necesito-estar-en-ese-otro-lugar. Y nunca se queda quieto. Dios santo, ese tipo nunca se queda quieto. Cuando no está en su escritorio, apenas se sienta porque siempre está haciendo algo o buscando algo para hacer, o subiéndose por las paredes porque no tiene nada para hacer durante seis segundos y ya se está volviendo loco.

Pero no puedo imaginarlo simplemente *saliendo a caminar*. Como si pensara para sí mismo: «ya sé, debería salir a pasear por el bosque que está convenientemente situado al otro lado de la calle de esta casa enorme y muy cara en la que vivo completamente solo».

Y así, sin previo aviso, empiezo a sentir lástima por el maldito Jonathan Forest. No quiero sentir lástima por el maldito Jonathan Forest. Porque es un pesado. Es un cretino. Es un idiota. Es un imbécil. Es solo que llevo viviendo con el tipo desde hace dos días y no sé cómo lo hace. No sé cómo simplemente ser él no lo desgasta por completo hasta convertirlo en nada ante el vacío de todo. Pero bueno, quizás sí, quizás de ahí es de donde viene toda la pesadez y la cretinez y la idiotez y la imbecilidad.

O quizás solo soy yo poniendo excusas por él.

Le vuelvo a escribir «NO ME HE MUERTO», me tomo un último momento para buscar una curruca rabilarga de Dartford y, cuando no veo ninguna, emprendo el regreso.

***

Ni bien abro la puerta, escucho un par de voces fuertes desde dentro y lo primero que pienso es que Jonathan está viendo *Gente de barrio* con el volumen muy alto. Pero nunca lo vi ver la tele, así que deben ser personas de verdad.

—… tienes todo este espacio —está diciendo una mujer mayor con un acento *cockney* muy marcado—, y seremos yo, tu padre, la abuela Barb, el abuelo Del, la tía Jack, Nana Pauline, Barbara Jane, Theo, Kayla, la pequeña Anthea, aunque ya no es tan pequeña…

Jonathan la interrumpe.

—No hace falta que nombres a cada persona de la familia.

—A veces, creo que sí. No nos ves mucho, ¿no te parece?

—Estoy muy ocupado —dice Jonathan entre dientes con brusquedad, y Gollum maúlla en su defensa.

—¿Desde cuándo tienes un gato? —pregunta otra voz. Esta es diferente, el acento es uno al que estoy muy acostumbrado en Sheffield, y lo tomo como mi oportunidad de dejar de quedarme parado en la puerta como un raro y me acerco como corresponde.

—Es mío —digo.

Jonathan está en medio de una discusión con dos personas, que parecen estar a finales de sus cincuenta. Hay una mujer con un cárdigan amarillo chillón sobre una blusa roja y un hombre con una chaqueta de cuero de oveja que parece como si estuviera a punto de venderte un reloj de origen dudoso.

—Tiene un invitado. —La mujer se da la vuelta y me esboza la sonrisa más radiante que he visto en días—. Johnny —se gira hacia el tipo de la chaqueta—, tiene un invitado. —Luego se gira nuevamente hacia Jonathan—. No nos dijiste que tenías un invitado. —Luego sin esperar una respuesta, me mira a mí—. No nos dijo que tenía un invitado. Nunca tiene invitados.

Jonathan tiene una expresión absolutamente furiosa. Es como si quisiera despedir a todos los que están en esta habitación, pero no puede porque son su familia y no funciona de ese modo.

—No es un invitado. Es alguien que… Alguien de la sucursal de Sheffield. Sam, puedes darnos un momento. Es privado.

—No es privado, Sam —dice la mujer para darme un abrazo. Lo cual es algo que no me pasa desde hace un tiempo y lo siento un poco intenso, pero no horrible—. Soy Wendy. Soy su madre. Y él es el tío Johnny.

—Un placer, muchacho. —El tío Johnny me estrecha la mano con tanta fuerza que creo que es una prueba. Se la estrecho no muy fuerte para que no se piense que lo estoy desafiando, pero tampoco tan débilmente como para no verme como una presa fácil.

—Mamá, Johnny, dejad las presentaciones. —No se lo está tomando bien. Se lo está tomando de la manera que uno esperaría que se lo tomara si tuviera dieciséis años—. Sam, ve a tu habitación.

Lo miro.

—¿Qué? No eres mi maldito padre.

Estoy bastante seguro de que Jonathan Forest es incapaz de sentir remordimiento, pero a veces está muy al borde.

—Quiero decir, ¿puedes dejarnos un poco de espacio?

Wendy se lleva las manos a la cintura.

—No le hagas caso. Simplemente no quiere que su amigo sepa lo mal hijo que es.

—No soy un mal hijo —dice, y está cerca de convertirse en un hombre lobo.

—Está bien —dice Johnny—. Nana Pauline también decía que yo era un mal hijo.

Jonathan mira furioso a su tío.

—Por favor, no me defiendas, Johnny, no nos parecemos en *nada*.

—Un poco sí. Te pareces mucho a tu padre.

No hace falta estar, no sé, superfamiliarizado con las situaciones sociales como para saber que es hora de irse. Jonathan prácticamente está echando humo. Está tan fuera de sí que incluso Gollum está captándolo y mantiene la distancia.

—Bueno, un placer conocerlos —digo—, pero parece que es un asunto familiar, así que iré arriba.

Las cosas están tan tensas que Wendy y Johnny se despiden de mí en silencio mientras cojo a Gollum y me escabullo hacia mi cuarto. Ocasionalmente, escucho voces fuertes que provienen de la cocina. Y, por lo general, es Jonathan, pero a veces es Wendy y es extraño, pero de algún modo es reconfortante. Obviamente tener a gente gritándose no es lo ideal, pero los últimos días fueron bastante tranquilos y tenebrosos, así que lo agradezco.

Además, parece que he recuperado a mi gato.

Me agacho y lo acaricio detrás de las orejas.

—Eres un pequeño bastardo —digo—, pero espero que hayas aprendido una lección.

Me ronronea. No creo que haya aprendido nada.

Unos veinte minutos más tarde, escucho un «adiós, Sam» bastante alegre desde abajo, lo que me indica que la familia se está yendo.

Dejo pasar otros veinte minutos y luego bajo. Gollum me sigue corriendo. Jonathan está trabajando con mucha intensidad, como si quisiera dejar algo claro; probablemente a personas que ya no están aquí.

Me quedo deambulando por la puerta.

—¿Estás bien?

No levanta la vista.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—¿Por qué acabas de tener una discusión con tu madre y tu tío?

—Peleas familiares, Sam.

Gollum salta al escritorio y empieza a frotar la cabeza contra la mano de Jonathan hasta que, para mi completo asombro, deja de escribir y empieza a acariciarlo. Tiene las manos grandes, Jonathan Forest, demasiado grandes para sus muñecas huesudas. Y nudillos nudosos como si alguien le hubiera puesto un traje a un Ent.

—Conozco bien las peleas familiares —digo—. ¿Quieres contarme por qué os estabais peleando?

Espero que diga «no» sin siquiera darse la vuelta. Luego simplemente espero que no diga nada. Pero al final dice:

—Mi madre quiere que organice la Navidad este año.

Hago un sonido de disgusto en broma.

—Qué perra.

Ahora sí se da la vuelta, Gollum se lanza hacia su regazo.

—Ya sé que tienes amnesia, pero ¿acabas de llamar «perra» a la madre de tu jefe?

—Era una broma. Quiero decir, suena razonable si vives en una mansión enorme y vacía.

Los ojos oscuros de Jonathan se clavan en los míos.

—Bueno, no es razonable. Yo…

—Ya sé, ya sé. Estás muy ocupado. Pero es la maldita Navidad y son tu maldita familia.

—Trabajas en comercio, Sam. Sabes lo importante que es este trimestre.

Estoy a punto de decir «no es más importante que la gente que quieres». Pero no lo hago porque no todos tienen tanta suerte como yo y no todas las familias son la clase de familia con la que estás desesperado por pasar las fiestas. Y no quiero decir «ah, tienes una obligación» si va a responderme «de hecho, me abandonaron cuando tenía dieciséis».

Aunque Johnny y Wendy no parecían ser esa clase de personas. Pero por lo general nunca suelen parecerlo.

—Mira —intento—, no es de mi incumbencia…

—No lo es —coincide.

—… pero trabajaste duro y tienes éxito…

—Gracias por la validación.

—¿Puedes dejarme terminar de una maldita vez? —Lo miro con enfado, pero no sé poner cara de enfado—. Si no te gusta tu familia o tienes razones para mantenerlos alejados, es justo. Pero si es solo por el trabajo entonces… Ya sabes… Hay otras cosas que importan en el mundo.

Vuelve la atención a su portátil y sigue trabajando, mientras Gollum sigue interrumpiéndolo.

—Me gusta mi familia —dice al final. Las palabras salen lentamente, como si estuviera confesando un terrible pecado—. Pero tengo demandas reales de mi tiempo y esta no es una casa para eventos.

—Esta casa tiene tres salas de estar, cinco habitaciones y cinco baños. ¿Qué parte de eso no es «sirve para eventos»? Y, además, no los tienes que entretener, solo vienen a visitarte. Son dos cosas diferentes.

Mira peligrosamente por encima de su hombro.

—¿Y por qué debería aceptar el consejo de un amnésico que vive en un monoambiente vacío sobre una carnicería?

Ya sé que Jonathan Forest es un imbécil y, como imbécil, a veces, a menudo, dice cosas de

imbécil. Pero eso fue jodidamente personal.

—Bueno, por supuesto —digo—, no lo vas a hacer.

Y luego me giro y me voy.



CAPÍTULO NUEVE

No duermo bien esa noche. Termino pensando en cosas en las que no quiero pensar. Es suficiente para hacerme desear realmente tener amnesia. En cualquier caso, parezco lo suficientemente triste en el desayuno como para que Jonathan, que está bebiendo su habitual café negro con medio pomelo, casi dé la impresión de que podría estar comenzando a sentir algo que en algún momento podría moverse en dirección a la culpa.

—Sobre lo que pasó anoche —dice en lugar de pedir perdón—. Lo que tienes que entender es que mi relación con mi familia es muy complicada. No es que me hayan tratado mal. Es solo que son muchos y no tengo mucho tiempo y, con los años, no sabemos cómo adaptarnos a las necesidades de los demás.

Si estuviera de mejor humor, no lo presionaría. Pero lo hago.

—Lo bueno de ser malo en algo es que puedes ser mejor.

—No es asunto tuyo, Sam.

Tiene razón. No estoy seguro de por qué demonios me importa. No estoy aquí para ser el amigo de Jonathan, estoy aquí para gustarle lo suficiente para que Tiff, Brian y yo conservemos nuestros trabajos. Meterme en todo un drama familiar es exactamente la clase de molestia que no necesito.

—En fin —añade rápidamente—, tengo que salir esta tarde. Pero vienen a limpiar, así que…

—¿Entonces si caigo muerto habrá alguien para decir «oh, no, qué triste»?

Se niega a entrar en ese juego.

—Si necesitas algo, puedes escribirme.

—Gracias —digo—. Gran gesto por tu parte.

Él sigue sin inmutarse ni un poco. Su familia debe haberle tocado una fibra sensible.

Voy en busca del desayuno, lo cual tomo como una buena señal porque no he tenido mucho apetito en los últimos días. Aunque resulta ser una mala señal porque estoy descubriendo que la única comida que tiene Jonathan en casa son frutas frescas y las cosas que traje para el gato. Y si bien es de buena calidad y alardea mucho sobre que está hecha con carne real y pescado fresco, no estoy tan desesperado.

—¿No… —pregunto— comes? ¿Nada?

Jonathan señala su pomelo. Y, pensándolo bien, sí parece la clase de hombre que vive completamente a base de cafeína y cítricos.

—No, quiero decir… No hay pan en casa.

—Almuerzo en el trabajo. Si tengo hambre en casa, pido algo.

Eso fue lo que hemos estado haciendo los últimos días, pero suponía que era porque había alterado su rutina.

—No voy a pasarme las próximas dos semanas pidiendo comida. Es malo para la salud.

—Es conveniente y es comida de calidad.

No sé por qué me molesta tanto. He ido bastantes veces a pedir comida rápida. Pero entonces, quizás por eso me molesta.

—Entonces, ¿tienes esta cocina enorme de última tecnología y nunca la usas?

—Desayuno aquí.

—Cortas un pomelo por la mitad. Eso no es cocinar. Eso es… —Intento pensar una analogía —. Es cortar un pomelo por la mitad.

—Sam, ya sé que tienes una conmoción, pero no te he invitado a mi casa para que te involucraras con mi familia ni para que criticaras mi manera de vivir.

—Y no lo haría —una vez más, intento no presionarlo, pero estoy un poco malhumorado por la falta de sueño—, si no tuviera que vivir mi vida de esa manera durante un tiempo y, la verdad, no quiero comer de cajas hasta volver a Sheffield.

Jonathan se levanta y deja su plato con la cáscara del pomelo a un lado para que se encargue la persona que limpia.

—Entonces, ¿qué sugieres?

Por la manera en que lo pregunta, no creo que quiera una respuesta, pero se la doy de todos modos.

—No estoy haciendo nada en todo el día, ¿por qué no me dejas cocinar?

—¿Sabes cocinar?

No muy bien, si soy sincero. Pero probablemente mejor que Jonathan.

—Puedo hacer un pollo al horno.

—¿Cómo?

—Sí, ya sabes, cojo un pollo, algunas verduras, y lo meto al horno con un poco de cariño.

Me mira serio.

—Ya sé cómo se cocina un pollo al horno, Sam. Quiero decir, ¿vas a hacerme la cena mientras estoy en el trabajo? ¿Y cuando vuelva estará la mesa servida?

—Bueno, sí, si me avisas de a qué hora llegas.

—Tengo alguien que limpia. No necesito una esposa.

Sacudo una mano.

—Vale, dejemos algunas cosas claras, no estoy diciendo que te vaya a traer una pipa y las zapatillas mientras tú te sientas junto al fuego, solo digo que me gustaría comer una comida casera y parece que la única manera de que eso ocurra es si yo mismo la preparo. Y obviamente podría sentarme aquí y comer solo, pero sería un cretino si lo hiciera.

Durante un momento, puedo jurar que está tentado. Y ¿quién no lo estaría? A todo el mundo le gusta un pollo al horno.

—Desafortunadamente, como ya lo dejamos claro, no tengo comida y, si pedimos los ingredientes, no van a llegar hasta mañana.

No voy a soltarlo tan fácilmente, en especial porque tengo una oportunidad de salir y estirar las piernas.

—Escuché rumores de que hay unos edificios mágicos en los que entras y, a cambio de dinero, te dan alimentos.

—Yo no…

—Y no te atrevas a decir que no me vas a dejar ir a comprar. Tengo una conmoción, no estoy bajo arresto domiciliario.

Hay un largo silencio en el que parece que Jonathan está decidiendo si es más fácil darme lo que quiero o seguir discutiendo conmigo hasta que me dé por vencido.

—Está bien —dice abruptamente—. Pero es un día laborable, así que tendremos que hacerlo rápido.

***

Resulta que ir al supermercado es como limpiarse el culo. Por lo general, lo haces solo, así que asumes que todos lo hacen de la misma manera, pero de hecho hay una variación sorprendente. Creo que heredé la costumbre de mi madre. Ella entraba con una buena idea sobre lo que buscaba, pero terminaba deambulando de un lado a otro buscando ofertas. Jonathan parece haber heredado sus costumbres de las películas en las que escapan de un campo de concentración en la Segunda Guerra Mundial. Planea todo por adelantado, se mantiene centrado, no habla, no se distrae y sale tan rápido como puede.

Tolero todo esto durante dos minutos enteros mientras Jonathan me regaña por titubear.

—Sabré lo que quiero cuando lo vea —le digo.

Jonathan mira alrededor impaciente.

—Ya sabemos lo que queremos. Queremos pollo, algunas zanahorias, unos guisantes y eso es todo.

—¿Y alguna salsa?

—Vale, pollo, algunas zanahorias, unos guisantes y alguna salsa.

Miro el arcoíris suntuoso de la sección de vegetales, sintiéndome mejor de lo que me he sentido en los últimos días.

—¿Qué piensas de las chirivías?

—Creo que la cagaron después de su tercer disco. ¿A qué te refieres? ¿Qué pienso de las chirivías? ¿Quién tiene tiempo para pensar en chirivías?

Me pregunto genuinamente si ha perdido la cabeza.

—¿Podemos intentarlo de nuevo? ¿Te gustan las chirivías?

—Supongo que… —Hace un gesto desconcertado—. ¿Me las comería si estuvieran ahí?

—Bueno, bien. Cogeré un par.

Saca su teléfono y mira la hora.

—Estupendo. ¿Podemos darnos prisa?

—¿Y las judías verdes?

—¿Vas a hacer esto con cada vegetal de la tienda?

—No, solo con los que creo que quedarían bien con el pollo. Ah… —algo me llama la atención—, ¿puedo comprar algunos champiñones y panceta para desayunar mañana?

Jonathan suelta el suspiro más exagerado que es técnicamente posible antes de convertirse en un grito.

—Sam, compra lo que quieras. No sé cuántas veces tengo que decirte que estoy ocupado, es día laborable y no me importa.

Quiero decir, «en serio, ¿hay algo más en tu vida además de tu trabajo?». Pero estoy seguro de que sé la respuesta a eso y yo no soy quién para juzgarlo.

—Está bien. —Intento sonar calmado porque parece peligrosamente cerca de tener un brote psicótico en medio de Morrisons—. Iré lo más rápido que pueda.

Y de verdad intento ser rápido o tan rápido como puedo con una conmoción en un supermercado en el que nunca he estado. Cojo el pollo, las patatas y los vegetales, un poco de pan, un poco de panceta y huevos para el desayuno y luego regreso a toda prisa al lugar en el que dejé a Jonathan revisando su e-mail, pero no está ahí. Me hace entrar un poco en pánico, aunque no sé si es pánico como un hijo que ha perdido a su padre o un padre que ha perdido a su hijo. Una pequeña parte amarga de mí se pregunta si se ha rendido y se ha ido a casa sin mí. Pero

después de todo el escándalo que tuve que hacer para que me dejara salir, no parece probable.

Me siento un poco engreído mientras recuerdo que activó la función de compartir ubicación en mi teléfono y supongo que quizás funcione a la inversa. Y sí, pero lo único que me dice es que está en algún lugar dentro del mismo edificio que yo. Así que deambulo con el carrito de la compra por los pasillos buscando a un imbécil miserable con un traje fuera de lugar.

Lo encuentro en la sección de mascotas mirando la comida para gatos. Y cuando me ve, pone cara de susto como si lo hubiera pillado viendo porno.

—Creí que tardarías más —dice.

—Me dijiste que me diera prisa.

—Sí, pero no pensaba que me fueras a escuchar.

Tiene uno de estos juguetes para gatos con un palito y una ratita en una cuerda. Y la idea de que Jonathan Forest cuelgue una ratita frente a Gollum es una mezcla divertida de encanto y un poco de terror. Claramente, quiere comprarlo, pero no quiere admitir que quiere comprarlo, así que se lo quito de la mano y lo pongo en el carrito. Y mientras se mira los pies, pretendiendo no ser agradecido, meto una bolsa de comida húmeda de salmón y trucha, que sé que Gollum adora, pero no puedo admitir que sé que las adora, porque tengo que seguir fingiendo que tengo amnesia. Por suerte, Jonathan sigue demasiado avergonzado como para mirarme.

Mantenerse enfadado con alguien requiere mucho esfuerzo. Seguir enfadado con Jonathan Forest usualmente requiere menos esfuerzo porque es una persona con la que es fácil enfadarse. Excepto que a veces para mi sorpresa no estoy enfadado con él y eso empieza a preocuparme un poco.

***

La encargada de la limpieza llega veinte minutos después de que Jonathan se vaya.

—Hola —dice—. Soy Agnieszka.

Cuando Jonathan dijo que tenía alguien que limpiaba, esperaba encontrarme con una mujer de más de sesenta años con el cabello teñido y un vestido con caléndulas. No una rubia fría de veintitantos que parece una abogada. Así que me siento un poco un estúpido sentado bajo mi edredón en un sofá apenas usado, viendo *Pointless* hasta que sea hora de empezar a cocinar.

—Sam —le digo.

—Lo sé.

—Tengo una conmoción.

—Lo sé. Y amnesia, aparentemente. —Suena escéptica al decirlo.

—¿Te estoy estorbando? —pregunto, intentando distraerla de todo el asunto de la amnesia—. ¿Necesitas que me aparte? O, no sé, ¿que te ayude con algo?

Ella niega con la cabeza.

—Creo que el señor Forest estaría un poco molesto si me pide que te vigile y te hago limpiar la ducha.

—Entre la ducha y la tele, me quedo con la ducha.

—Bueno, me parece bien. —Sonríe, y ya no parece tanto una abogada—. Tú limpia los baños, yo veré *Pointless*.

Está bromeando, sé que está bromeando, y sabe que sé que está bromeando, pero no puedo retirarlo ahora o parecerá que no estaba ofreciéndome a ayudarla, lo que sí era el caso. Muevo a Gollum, que está acostado sobre mí ahora que Jonathan está temporalmente no disponible, y luego, muy lentamente, me empiezo a levantar del sofá con la esperanza de que me detenga.

Pero no me detiene. Se sienta y le da a reproducir, mientras Richard Osman les pide a los participantes que nombren un estado de Estados Unidos que no termine con una vocal.

—Wisconsin —le dice Agnieszka a la tele. El tipo en la pantalla dice Hawái, ya sea porque se olvidó de cómo se escribe o no recuerda lo que es una vocal, y Agnieszka hace una mueca de dolor por él—. Aah, error clásico de *Pointless*.

Estoy a mitad de camino cruzando la habitación y sigo caminando muy lentamente, para que tenga tiempo de detenerme antes de que tenga que descubrir dónde Jonathan Forest guarda sus esponjas.

Sigue sin detenerme.

El siguiente concursante elije Nueva York, que al menos es correcta, pero tiene una puntuación muy alta, lo cual es malo, porque ese es el sentido del nombre del juego. Estoy casi en la puerta.

Luego salgo por la puerta y puedo escuchar un «Arkansas» detrás de mí y no es hasta que mi pie está en la escalera que escucho:

—¿De verdad vas a seguir con esto?

Considerándolo una victoria, aunque una bastante innecesaria, vuelvo.

—¿De verdad ibas a dejarme hacerlo?

—Bueno, no, me despedirían.

Eso me sienta como una patada, aunque probablemente no tenía intención de que sonara así.

—No soy un chivato. Me gustaría mucho ayudarte.

Se levanta.

—En serio, nunca hay mucho que hacer aquí. Es una casa grande, pero creo que no usa ni la mitad. —Camina hacia la cocina, limpia el plato con el pomelo y separa sus componentes en partes para compost y el fregadero, según corresponda—. Solo he visto al señor Forest una vez, pero por lo que sé, cuando se levanta, se come una fruta, regresa a casa y se va directamente a la cama. Probablemente sea el trabajo más fácil que tendré jamás.

—Supongo, pero me sentiría bastante incómodo sentado aquí mirándote.

—Tienes una conmoción. Mejor relájate.

Pongo los ojos en blanco.

—No, tú no. ¿Jonathan te ha obligado a decir eso?

—No, es mi opinión como médica profesional.

Rio el tiempo suficiente para saber que no está bromeando.

—¿A qué te refieres con «médica profesional»?

—Médica totalmente calificada. Pero después hicisteis un referéndum de *¿Debería Agnieszka y todos los que son como ella irse a la mierda por donde vinieron?* y votaron que *sí*, así que después de eso estoy un poco menos inclinada a morir joven por el sistema de salud británico.

—¿Entonces trabajas limpiando casas?

Se encoge de hombros.

—Era algo temporal, pero después tuve suerte con el señor Forest y creo que resulté ser más una persona que trabaja para vivir. Y *sí*, a veces me preocupa que sea un asesino en serie, pero supongo que puedo largarme si alguna vez tengo que limpiar algunas extremidades.

—Estoy bastante seguro de que no es un asesino en serie.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta—. Tienes amnesia.

De algún modo, no creo que decir «ah, sí, se me había olvidado» vaya a ser bien recibido. Porque engañar a un hombre que no le presta atención a nada más que a sí mismo y no se preocupa por otra cosa más que los números de las ventas es una cosa. Pero engañar a una exmédica que sabe cómo funcionan las conmociones podría ser un poco más complicado.

—Tiene una tienda de camas y baños —explico.

—También podría ser un asesino en serie.

—Creo que me habría dado cuenta si estuviera trabajando para un asesino.

—Una vez más, amnesia.

Esto está girando sobre la amnesia demasiado rápido.

—Sigo creyendo que es la clase de cosa que sabría. Como que todavía puedes tocar el piano y eso.

Ahora está limpiando las superficies de la cocina y tiene razón, no es un gran trabajo porque nunca se usa; casi me siento culpable por querer cocinar ahí más tarde.

—¿Y puedes?

—¿Si puedo qué?

—Tocar el piano.

Me preocupa mucho que sea una trampa.

—No sé. ¿No es una de esas cosas en las que no te das cuenta pero luego te sientas al piano y es como, vaya, mira eso?

—La verdad es que no.

—Ah. Mira, no sé qué decirte porque el médico dijo…

Se cruza de brazos y deja de mirarme de manera sospechosa, pero empiezo a pensar que es porque ha pasado de la sospecha a la certeza.

—Me arriesgo a pensar que el médico dijo algo apresurado y evasivo porque tenía ocho pacientes esperando.

Asiento, vacilante.

—Supongo que entiendo por qué preferirías hacer camas.

—Y también me arriesgo a pensar que no dijo «tienes la versión de la amnesia que se ve en las películas, donde olvidas una parte enorme de tu pasado, pero todavía puedes formar nuevos recuerdos perfectamente y también está eso del piano».

—No he dicho eso, no.

Durante un largo, largo rato me mira fijamente.

—No tienes amnesia, ¿verdad?

Y durante un largo, largo rato la miro fijamente. Luego cedo.

—Por favor, *por favor,* no se lo digas. Ya sé cómo suena, pero no es por mí, es por mi equipo.

—Primero, no iba a hacerlo. —Se da la vuelta para hacer que lo que está reluciente sea un poco más reluciente—. Segundo, ¿cuándo lo haría? Solo lo he visto una vez y se comunica solo por mensajes.

—Podrías escribirle un mensaje.

—Es verdad, podría enviarle un mensaje de la nada diciendo «tu traje está en la secadora y el hombre que vive en tu casa no tiene amnesia de verdad». Eso de ninguna manera complicaría innecesariamente mi vida.

—No vivo en su casa —protesto—. Solo… duermo aquí y hago todas mis comidas aquí y mi gato está aquí.

—¿Eso es un gato?

—Sí. Es un gato. Se nota que eres doctora y no veterinaria.

Lo mira de esa manera médica que tienen los médicos.

—Quizás necesite un veterinario.

—Ya lo he llevado. Ya le dieron de todo. Está bien, pero no puedo hacer nada por sus orejas. O la cola. O su cara. Y, de todos modos, no deberías estar burlándote de él.

Sale de la zona de la cocina y se acerca al sofá, y se arrodilla frente a Gollum y le coge una pata.

—Lo siento mucho, gato.

—Se llama Gollum.

—Lo siento mucho, Gollum. Estoy segura de que eres un muy buen gato incluso aunque estés

lleno de toxoplasmosis.

—Eh. —Trato de lanzarle una mirada de advertencia, pero creo que mi afabilidad esencial lo estropea—. No seas mala. Y no tiene toxoplasmosis.

—Probablemente sí. Y, de todas formas, es un gato, no le importa lo que digas ni cómo lo digas. —Se sienta entre nosotros y Gollum se marcha, ya que aparentemente puede sentir las calumnias, aunque no las entienda—. Entonces, ¿por qué finges tener amnesia?

Dudo. En parte porque no quiero meterla en problemas, en parte porque, técnicamente, ella trabaja para Jonathan y en parte porque ahora tengo que decirlo en voz alta y suena como una completa estupidez.

—Bueno, voy a empezar por el final, que es que, si Jonathan descubre que no tengo amnesia, me va a despedir a mí y al menos a otras dos personas que trabajan conmigo, quizás más.

Parece sentir lástima. No lástima hasta el punto de arriesgar su trabajo, pero al menos no en el sentido de «te voy a fastidiar para reírme un rato».

—¿Y por qué haría eso?

—O sea, pensabas que era un asesino en serie, así que creo que despedir a la gente probablemente esté dentro de sus capacidades.

—Creí que podría ser un asesino en serie porque vive solo en una casa enorme con demasiados baños y suficiente espacio para tener un sótano insonorizado. ¿Por qué crees que va a despedir a tus compañeros de trabajo?

—Porque dijo: «Sam, voy a despedir a todos tus compañeros de trabajo si no te comportas un poco más como un idiota».

—Apuesto que no dijo eso exactamente.

—Lo estoy adornando. Hace que la historia sea más interesante. La versión corta es que no le gusta cómo gestiono mi sucursal, quiere que haga recortes y hacer recortes significa despedir gente y no hacer recortes significa que Jonathan me despide primero a mí y luego contrata a *otra persona* para despedir a más gente, o cerrar toda la sucursal y despedirlos a todos.

Agnieszka parece estar prestándome atención de verdad, lo cual es algo que no suele pasarme. Mi equipo es agradable, pero no son buenos escuchando, y Jonathan es igual, solo que sin la parte agradable.

—No entiendo de dónde sale lo de la amnesia.

—Bueno, estábamos teniendo una discusión y me gritó y retrocedí y se me cayó encima una Nexa de MERLYN de ocho milímetros con puerta corrediza…

—¿Importa el nombre exacto de la ducha?

—Sirve para saber lo pesado que es el cristal cuando se te cae encima.

Parpadea.

—¿Cómo de pesado es el cristal?

—Ocho milímetros.

—Esa no es una medida de peso, es una medida de grosor.

Muevo las manos de una manera que espero que ayude a expresar el enorme problema que es que ocho milímetros de cristal templado se te caigan en la cabeza.

—Bueno, ya sabes… muy pesado, ¿está bien?

—Solo preguntaba.

Esto está tomando una dirección que no creo que sea del todo relevante, pero la parte de mí que pasó demasiado tiempo en salas de exhibición no puede dejarlo pasar.

—Ya viste la Nexa —le digo—. Tiene una Nexa arriba.

—Solo la limpio. No le presto atención a la marca.

—La que parece excesivamente cara y tiene el cristal grueso, la que está en el baño de la habitación.

Agnieszka asiente levemente.

—Ah, sí, es un cristal pesado.

—Lo sé, por eso te dije el modelo.

—Y por eso estuvo bien que te haya preguntado por qué me lo dijiste.

Me pilló.

—Sea como sea —sigo—, se me cayó encima una Nexa de MERLYN de ocho milímetros con puerta corrediza…

—Como la que está en el baño de arriba.

—Sí, así es. Se me cayó encima una Nexa de MERLYN de ocho milímetros con puerta corrediza como la que está en el baño de arriba… Lo estás haciendo a propósito, ¿verdad?

Asiente.

—Es una historia larga y muy tonta. Quería ver cómo de larga y tonta podía ser.

—No es tonta, es muy importante. El trabajo de varias personas está en juego. Y se me cayó encima una Nexa de MERLYN de ocho milímetros con puerta corrediza como la que está en el baño de arriba, me llevaron al hospital y estaba un poco confundido, entonces Jonathan empezó a decir «tiene amnesia» y el doctor que, como dijiste, quería deshacerse de nosotros cuanto antes, no dijo que no, así que le seguí el juego cuando me di cuenta de que me iba a dar tiempo para pensar cómo solucionar todo eso de los recortes que quiere hacer Jonathan.

Agnieszka se inclina hacia delante con seriedad.

—¿Y no podías simplemente… hacer los recortes?

—Ah, ¿sí? ¿Y qué va a hacer Brian con su abuela? ¿Qué va a hacer Tiff con su curso? ¿Qué va a hacer Claire…?

—¿Entiendes que no conozco a ninguna de esas personas?

Hago otro gesto evocador.

—Solo le añado un poco de drama humano.

—Olvidaste decir que eras escritor, Sam. —Tengo la fuerte sensación de que está siendo sarcástica—. Pero me temo que esto —sacude una mano hacia mí con un gesto evocador propio — no va a durar mucho.

—Ya sé que no va a durar mucho. Estoy intentando pensar un plan.

Se muestra escéptica.

—¿Y es…?

—No… Todavía no he llegado a esa parte.

—Bueno, si se te ocurre algo, puedes avisarme, pero en todo caso… —Se levanta, sacudiendo la cabeza con tristeza—. Tengo una Nexa de MERLYN de ocho milímetros con puerta corrediza que limpiar.

Le agradezco que me haya escuchado, me desplomo en el sofá con Gollum y vuelvo a ver *Pointless*. Aunque tengo problemas para concentrarme con la pregunta de qué haiku representa a qué serie clásica británica porque Agnieszka tiene razón, ¿verdad? Todo esto no es sostenible y no está ayudando. En el mejor de los casos, solo pospone lo inevitable. En el peor de los casos, solo cambia la razón por la que Jonathan Forest me despedirá.

Y estoy atrapado, porque de verdad necesito recuperarme de la conmoción y, al mismo tiempo, tengo que fingir estar recuperándome de la amnesia para que, de algún modo, Jonathan cambie toda su personalidad y todos sus valores. Y no es completamente imposible; si pasas tiempo suficiente con alguien puedes llegar a, ya sabes, gustarle. Y si le gusto, puede que confíe en mí. Y si confía en mí, no me despedirá y tal vez no me haga despedir a nadie.

Claro, hay una pequeña posibilidad de que no confíe en mí si descubre que he estado intentando hacer que confíe en mí fingiendo tener amnesia cuando no era el caso.

Mierda. Estoy en la mismísima mierda, ¿verdad?



CAPÍTULO DIEZ

Le advierto a Agnieszka que voy a ensuciar la cocina, pero le prometo limpiarla después y me dice que está bien y que probablemente sea agradable que se use. Es una cocina fácil de usar, es espaciosa, elegante y todo eso, y tiene un especiero bien provisto con hierbas y especias, aunque estoy seguro de que Jonathan Forest nunca ha usado ninguna hierba o especia. Como era de esperar, es muy difícil mantener a Gollum lejos de las encimeras porque hay tantas que, si lo espanto de una, simplemente se sube a otra. Al final capta el mensaje y se va a refunfuñar debajo de una silla. Juro que me está diciendo que Jonathan lo dejaría jugar en la encimera. Y probablemente sí porque nunca cocina nada.

Derrito un poco de mantequilla y la mezclo con un poco de limón y tomillo, y, cuando estoy cubriendo el pollo tal como solía hacer mi padre (mi padre no cocinaba mucho, pero hacía un pollo increíble), suena el timbre de la puerta. Por un instante, considero no atender porque es la casa de otra persona, pero luego supongo que puede ser importante, así que me lavo las manos lo mejor que puedo y voy al vestíbulo principal.

Jonathan tiene una de esas puertas de cristal elegantes, así que puedo ver, incluso antes de llegar allí, que hay gente afuera. Y me refiero a mucha gente. Durante un breve instante, se me pasa por la cabeza que me van a arrestar o me van a timar para robarme, pero luego reconozco a Wendy y Johnny entre la multitud.

—Os lo dije —grita Wendy en cuanto abro la puerta—. Tiene novio. Jonathan tiene novio.

Y antes de que pueda decir que no y que tengo amnesia, todos están en el salón.

Una anciana pequeña con gafas enormes que, de hecho, tiene el pelo teñido de azul, va directa a la cocina.

—Y cocina. Se ha buscado uno que cocina.

—Solo estoy haciendo un pollo —intento decir.

—Y —interviene otro tipo con un salpicado de canas sobre su cabeza y una chaqueta elegante — cocina comida de verdad. Nada de esas mierdas vegetarianas.

—La boca, papá —dice Wendy, dándole un golpe en el brazo—. Nos haces quedar como si habláramos como el culo.

El tipo de la chaqueta elegante está mirando mi pollo.

—¿Por qué tú puedes decir «culo» y yo no puedo decir «mierda»?

—«Mierda» es una mala palabra, «culo» no.

—No creo que funcione así, querida —dice la anciana pequeña de las gafas—. Si se refiere a tus partes íntimas, es un insulto.

—¿Y tetas? —pregunta Johnny, que ya está sentándose en el sofá.

Una anciana que no había visto, aunque Dios sabe cómo, porque está vestida como la maldita Marlene Dietrich, con la boquilla para el cigarrillo y todo, le da una calada a su cigarro.

—Creo que te hará bien saber, pequeño Johnny —dice con un acento más sofisticado que el resto—, que las tetas son una parte íntima del cuerpo femenino. Entonces, si aceptamos las condiciones de Barbara, entonces, sí, decir «tetas» es una grosería.

—Bueno, pues *tetas* —dice Johnny.

—En fin —dice Wendy agarrándome del brazo y llevándome frente al grupo, lo que es difícil porque están dispersos por todas partes—, él es Sam. Es el nuevo novio de Jonathan, aunque Jonathan finja que no lo es.

—La verdad es que… —intento otra vez.

—Sam —agrega Wendy—, me conoces, conoces a Johnny. Él es Les… —Señala a un tipo alto, hosco, con arrugas que todavía no ha dicho nada—. Es el padre de Jonathan. Y ahí está la abuela Barb, que es mi madre, y el abuelo Del, que es mi padre.

Empiezo a sentirme un poco mareado, lo cual puede deberse a la conmoción o a la multitud. La abuela Barb es la señora pequeña con gafas y el abuelo Del es al que le gusta decir «mierda». Eso solo nos deja con la que tiene la boquilla para cigarrillos.

—Y ella… —hace una pausa dramática— es la tía Jack que vive en la casa de al lado de Barb y Del.

La tía Jack levanta una de sus finas cejas.

—Barbara y yo somos amigas desde hace mucho tiempo.

Finalmente, hay espacio suficiente para que pueda tomar la palabra.

—Encantado de conoceros. Pero creo que debería aclarar que no soy el novio de Jonathan.

Todos me miran como si acabara de decirles que su equipo de fútbol ha bajado de categoría.

La tía Jack le da otra calada a su cigarrillo.

—Déjame adivinar, ¿estáis viviendo juntos durante un tiempo por razones que no tienen ninguna relación?

Si lo dice de ese modo, suena un poco sospechoso.

—¿Sí?

La abuela Barb se acerca y apoya una mano sobre mi brazo.

—No deberíamos presionarlos —dice—. Lo dirán cuando estén listos.

Aparentemente, falté a la escuela el día que nos enseñaron qué hacer cuando vives en la casa de tu jefe fingiendo tener amnesia y toda su familia aparece y decide que eres su novio secreto, pero no te sientes cómodo admitiéndolo. Al final, entiendo que lo mejor es no discutir.

—Entonces, ¿qué hacéis aquí? —pregunto del modo más amigable posible, lo cual ya es bastante amigable teniendo en cuenta que no soy del sur y no estoy genéticamente incapacitado para saludar a un extraño.

—Es gracioso que lo preguntes —empieza a decir el tío Johnny—, porque Jonathan y yo estábamos hablando sobre una oportunidad de negocio que yo…

—Johnny, ahora no. —Es la primera vez que escucho hablar a Les. Es callado, pero firme. Como sería Jonathan si pudiera controlarse durante cinco malditos minutos.

—Bueno, hemos venido —continúa Wendy—, porque todo esto de que Jonathan no quiere pasar la Navidad con nosotros es pura… es una…

—Una mierda, eso es —agrega Del—. Vamos, cariño, no puedes ir por la vida sin insultar. Bárbara y yo lo organizamos todos los años…

—Bárbara lo organiza todos los años —lo corrige la tía Jack.

—… y no estamos para cargarnos al hombro todo eso. Es hora de que él haga algo.

—En especial —agrega Wendy sin detenerse—, porque viene Barbara Jane desde Texas y va a estar muy triste con todo el tema del divorcio, y además está Donna, que viene desde Romford el mismo día, y también Kayla y Theo y la pequeña Anthea, y la madre de Les desde Sheffield y… Es demasiado, Sam.

—Yo tengo casi ochenta —explica la abuela Barb—. No puedes estar cargando un pavo todo el día cuando tienes ochenta.

—Y lo cierto es que —dice Del, dándome una palmada en la espalda y no estoy seguro de por qué— un pavo es solo un pollo más grande. —Mira intencionadamente el pollo que estoy cocinando.

Tengo las manos en el aire como si me estuviera rindiendo y no estoy seguro de a qué me estoy rindiendo.

—Lo siento, ¿queréis que yo…?

Ahora Wendy está justo delante de mí.

—Creemos que podrías hablar con él, cariño.

—Pero yo solo trabajo para él.

Ella también me da unas palmaditas.

—Lo sabemos, cielo, lo sabemos. Pero el problema es que nunca lo vemos, ¿verdad, Les?

—Verdad —confirma Les.

—Y encima no nos escucha, ¿verdad?

—Verdad.

—Hubo un tiempo —agrega Wendy— en el que escuchaba a su abuelo, pero ahora ni siquiera tú puedes hacer que te escuche, ¿verdad, papá?

Del tiene una mirada extraña de orgullo e irritación.

—Es un hombre independiente —dice—, y lo respeto. Tiene pelotas.

—Más allá de lo que creas, Derek —dice la tía Jack desde el otro lado de la habitación—, no todas las frases deben contener una referencia a los genitales.

Ya de por sí me está costando elaborar un plan para hacer que Jonathan no me despida. Así que no estoy seguro de poder hacerlo bien si además lo tengo que convencer de que prepare una cena de Navidad para toda su familia en esta casa vacía de asesino en serie.

—Mirad —intento decir—, no creo que…

Y entonces escucho que la puerta se abre y aparece Jonathan en el umbral con su traje negro viéndose malditamente maléfico.

—¿Qué —pregunta con brusquedad— estáis haciendo todos aquí?

Todos se quedan un poco en silencio.

Luego Wendy dice:

—Visitando a mi hijo. No sabía que necesitaba una razón para visitar a mi hijo.

Jonathan intenta mirar a todos a la vez y lo está haciendo bastante bien.

—Me visitaste ayer.

—No sabía que había un límite.

—¿Y los has traído a todos?

La abuela Barb aparece al frente del grupo.

—Queríamos conocer a tu novio —explica.

—Sin embargo —dice la tía Jack, soplando una anilla de humo que solo podrías hacer si tienes cincuenta años de práctica—, nos aclaró que solo sois buenos amigos y nosotros obviamente le creemos al cien por cien.

Levanto las manos.

—Espera, nunca he dicho que éramos amigos. Dije que trabajo para él.

—Nuestra relación no es asunto vuestro —agrega Jonathan—. Y, Jack, ¿cuántas veces tengo que decirte que no fumes en mi casa?

—Por lo menos un par de veces más, me atrevería a decir.

Justo cuando estaba preguntándome cómo puede empeorar esto, Del abre la boca.

—Hemos venido a hablar con Sam sobre por qué no quieres organizar la cena de Navidad y nos dio la razón.

Estoy a punto de decir que no siento que esté representando mi postura de una manera completamente precisa, pero solo llego a emitir un «ehm».

—Todos. Fuera —dice Jonathan como si estuviera gritando, aunque no lo hace de verdad, pero desearías que lo hiciera porque de algún modo sería menos tenebroso—. No tenéis derecho a venir aquí y entrar sin permiso, y tengo demasiadas cosas en la cabeza ahora como para estar pensando en rellenar un pavo y colgar guirnaldas.

Por un momento, todos se quedan en silencio. Luego Les dice:

—Preferiría que no le hablaras así a tu madre —tampoco grita.

—No quiso hablarme así —insiste Wendy—. Apuesto a que solo tuvo un día largo.

—Mi día —dice Jonathan levantando la voz, solo un poco— ha sido tan largo como el de ayer y como el de mañana. Eso es exactamente lo que intento decir. *No* tengo tiempo para todas estas *estupideces*. Si la abuela Barb no puede encargarse de la comida, entonces le pagaré con gusto a alguien para que lo haga. Solo que ese alguien no seré yo, no será aquí y no con vosotros apareciendo sin permiso y arrastrando a… —se gira y me mira, y casi parece que es la primera vez que me ha visto desde que entró— arrastrando a Sam a eso cuando no tiene nada que ver con esto.

Sinceramente no quiero que me arrastren a ningún drama familiar de un grupo de desconocidos, pero que me digan que no puedo hacerlo, como un recordatorio de que no soy parte de esto, duele un poco.

—Ahora, *largaos* —sentencia.

Del es el primero en reaccionar. Coge a su esposa del brazo.

—Vamos, Barb, no nos quieren aquí.

El resto los sigue y Les es el último en irse. Se detiene en la puerta y se gira.

—Jonathan —dice, pero entonces no parece saber qué más añadir.

Y Jonathan tampoco parece saber qué decirle.

Entonces se va. Y así nos quedamos solos en el salón, una habitación que claramente está diseñada, más allá de lo que diga él, para tener a más de dos personas y un gato.

—Y en cuanto a ti —dice. Me está apuntando con el dedo como si fuera Perry Mason o Elle Woods y me estuviera diciendo que el acusado no cometió el asesinato porque fui yo—. ¿Qué te hace pensar que puedes…?

—Eh, yo no he hecho nada. —Levanto las manos otra vez—. Solo estaba aquí preparando el pollo y sonó el timbre y apareció toda esta gente.

—Mi abuelo dijo que te pusiste de su lado.

Me encojo de hombros, incómodo.

—Bueno, no lo conozco, pero ¿no crees que es la clase de tipo que no le importaría ni un poco decir eso?

Por un momento, no dice nada o, más bien, parece estar a punto de decir ocho cosas diferentes a la vez. Finalmente, se decide por una.

—No tengo tiempo para esto. No te metas en mis asuntos.

Y coge a Gollum, que se acurruca contra su hombro como un bebé feo y presumido que ha decidido abandonar a la persona que le dio un hogar después de estar en un refugio, y los dos se van al estudio.

Mi pollo asado está ahí en la encimera, dando lástima. Y, en muchos sentidos, sé cómo se siente.



CAPÍTULO ONCE

Mi madre siempre decía que nunca hay que cocinar de malhumor porque toda la comida tendrá sabor a rencor. Pero como mis opciones son cocinar de malhumor o no comer, no me queda otra. Termino de untar el pollo, lo relleno con limón y tomillo, le pongo un poco de aceite y ajo por encima y lo meto en el horno para que se cocine durante una hora y algunos minutos. Cuando pasa un rato, lo cargo todo en el lavavajillas y me pongo con las verduras.

No me enfado como se enfada Jonathan, todo desquiciado y fuera de sí, pero estoy enfadado con él. Es la clase de ira silenciosa que se te mete en las entrañas como un ratón. No me ha tratado diferente a como lo hacía en la tienda, pero en el trabajo no puedes decir nada, y además tienes un lugar a donde ir después de eso. Pero aquí estoy atascado con esto y me hace sentir un poco… Bueno, no bien.

Siempre sospeché de los tipos que alardean que pueden hacerlo todo solos, en especial porque la mayor parte del tiempo terminan perdiendo los estribos como, bueno, Jonathan. Y ya sé que tiene tres tiendas y una casa enorme y todo eso, pero también es la clase de persona que echa a su propia familia de su casa y hace que se le caiga encima una Nexa de MERLYN de ocho milímetros con puerta corrediza a un empleado. Algunos creerán que eso te hace un verdadero hombre, pero no. Solo creo que te convierte en un idiota.

Mi padre nunca fue así. Sabía defenderse si tenía que hacerlo, pero siempre intentaba entender el punto de vista de la otra persona. Lo que significaba que nunca terminaba descontrolado y, si no se echaba atrás, entonces sabías que tenía una buena razón. Y empiezo a pensar que yo podría tener una buena razón con Jonathan Forest. Porque *sí* lo escuché y *sí* entiendo por qué está molesto, y sé que las familias pueden ser complicadas, pero eso no le da derecho a desquitarse

conmigo y mi viejo no querría que lo dejara salirse con la suya.

Suena el temporizador del horno y, mientras dejo reposar el pollo, preparo los guisantes; no me lleva mucho tiempo y, si hubiera empezado antes, estarían fríos cuando empezara a trocear el pollo. Luego pongo todo en la isla de la cocina, lo coloco todo de manera que se vea algo rústico y aviso a Jonathan de que la comida está lista.

—Voy a comer aquí —me responde.

Por supuesto que iba a hacer eso. Entro al estudio sin avisar y debo haberlo hecho más rápido de lo que él esperaba porque lo encuentro sentado acariciando a Gollum y sin trabajar mucho. Se mueve desesperado para aparentar estar ocupado, pero lo único que hace es soltar a Gollum sobre su portátil, donde pisa la tecla de Windows y abre la calculadora.

—¿Cuál —pregunto molesto— es tu problema? He preparado un pollo al horno.

Jonathan levanta a Gollum de su escritorio.

—Yo no te pedí que lo hicieras.

—No, pero me pediste que te lo trajera como si fuera tu maldito sirviente.

—Tengo que hacer muchas cosas y no quería que sintieras que todo tu esfuerzo fue en vano. Si caminar seis metros con un plato es mucho para ti, entonces me pido algo.

Creo que lo voy a matar. Probablemente lo mate.

—No quiero que pidas nada. Quiero que vengas y cenes como un ser humano normal. No me importaría tanto si al menos estuvieras trabajando aquí. Solo te estás escondiendo.

—No me estoy escondiendo.

—Te encerraste en una habitación solo con un gato. Eso es esconderse.

Gollum vuelve a su regazo y Jonathan lo empieza a acariciar sin prestarle mucha atención.

—Solo quiero un poco de espacio. No me parece que sea pedir demasiado.

—Tienes suficiente espacio. Desde que ordenaste a tus padres que se fueran hasta que yo puse el pollo en la mesa, ha habido espacio.

—Sam —me mira con una de sus miradas intensas—, no vamos a hacer esto.

Y ahí está otra vez.

—Tú no me vas a decir qué hacer. Tenemos que hablar y lo podemos hacer comiendo el pollo o aquí mismo.

—¿Sobre qué exactamente crees que necesitamos hablar? —pregunta Jonathan.

—Sobre que tú me tratas como la mierda.

Se encoje levemente.

—No te trato como la mierda.

Supongo que lo vamos a hacer aquí.

—Mira, no sé qué es lo que pasa entre tú y tu familia, pero no puedes desquitarte conmigo. Tienes que dejar de darme órdenes. Ya sé que trabajo para ti, pero no soy tu sirviente. Soy el

encargado de una de tus sucursales y, ahora mismo, soy tu invitado.

—Y se supone que tengo que cuidarte —dice Jonathan—, porque tuviste una lesión traumática en la cabeza.

Sí, por su culpa.

—Esto no es cuidarme. Esto es ser un cretino.

—Por última vez —se levanta tan abruptamente que Gollum sale disparado por la puerta—, no estoy siendo un cretino. Me exigen cosas todo el tiempo y estoy harto de tener que justificarme ante ti y ante todos.

No sirve para nada, ¿verdad? Intenté mantener la calma y no funcionó. Intenté poner límites y no funcionó. Supongo que tendré que volver a Sheffield y decirle a Claire que lo fastidié todo.

—Hay una solución simple para todo eso —digo en voz baja—. Me voy por la mañana.

Empieza a decir algo, «no puedes» o «no te dejaré» o lo que sea, pero no lo escucho. Dejo que la puerta se cierre detrás de mí.

En la cocina, mi pollo se empieza a enfriar, pero ya no tengo ganas de comer de todos modos. Aun así, no tiene sentido desperdiciarlo, así que lo corto, le doy un poco a Gollum y pongo el resto en la nevera con las verduras.

Me voy a la cama. Y quizás sea porque le di un poco de pollo, pero esta vez Gollum viene conmigo.

***

No duermo bien otra vez, en parte porque es bastante temprano, en parte porque estoy estresado y en parte porque Gollum sigue sentándose en mi cabeza. Quizás debería dejar que Jonathan se lo quede. Para empeorar las cosas, empiezo a tener esas dudas que me dan vueltas por la cabeza, porque, si bien agradezco haberle hecho frente, empiezo a dudar de mí, a preguntarme si quizás lo eché todo a perder. O sea, está bien, hirió mis sentimientos, pero es mi jefe, no mi amigo. Y no estoy aquí para ser su amigo, estoy aquí para hacer que me conozca para poder convencerlo de que no me despida ni deshaga a mi equipo.

Pero ahora le he dicho que me voy. Y si me echo atrás, nunca más me volverá a tomar en serio. Además, todo esto de fingir amnesia está volviéndose agotador y probablemente lo mejor sea salir de aquí mientras pueda.

Pasada la medianoche, escucho movimiento abajo. Lo primero que pienso es que será Gollum, pero está dormido a mis pies, así que no puede ser él. Lo segundo que pienso es que es Jonathan. Y probablemente *sea* Jonathan; solo llevo aquí un par de días, así que realmente no sé cuáles son sus horarios cuando no me está vigilando cada veinte minutos. Lo tercero es que son ladrones. Y probablemente no sean ladrones. De hecho, estoy casi seguro de que no son ladrones. Pero esta

pequeña voz en mi cabeza que dice «son ladrones» no parece querer callarse. Así que aparto a Gollum de mis pies, me levanto de la cama, me pongo una camiseta y el bóxer, e intento agarrar algo pesado. Pero no encuentro nada porque Jonathan apenas tiene amuebladas las habitaciones en las que vive, mucho menos van a tener muebles las que tiene vacías para los invitados que nunca tiene. Al final, entro al baño y levanto la tapa del inodoro. Es un poco incómoda para golpear a alguien, pero en todo caso podré confundir al intruso y hacerlo retroceder.

Bajo sigilosamente las escaleras y Gollum se escabulle detrás de mí, aunque intento decirle que se quede atrás donde estará a salvo. Los ruidos provienen de la cocina y no suena como si fueran ruidos de un ladrón, suenan más a alguien que está yendo de un lado a otro, así que me siento un poco un idiota cuando aparezco en ropa interior y descalzo con la tapa del Concept Space de Ideal Standard con mochila integrada y tapa con sistema de cierre suave como si fuera Moisés con los Diez Mandamientos.

Porque resulta que lo segundo que pensé es lo correcto y es Jonathan. Está delante de la nevera, desenvolviendo mi pollo.

—Espera —digo—, dijiste que no querías nada de eso.

Se vuelve hacia mí.

—¿Por qué tienes la tapa de la mochila integrada del Concept Space de Ideal Standard con tapa con sistema de cierre suave?

—Pensaba que había ladrones. Y no me he equivocado. Estás robando mi pollo.

—¿No era nuestro pollo?

Dejo a un lado la tapa del Concept Space de Ideal Standard con mochila integrada y tapa con sistema de cierre suave.

—No creo que hayamos llegado a ese lugar especial de *nuestro pollo* en esta relación.

Ahora que hay un pollo en juego, Gollum se acerca a Jonathan y empieza a frotarse contra él como si le estuviera diciendo «aliméntame, aliméntame, me estoy muriendo». Jonathan se agacha y le da de comer.

—No debería haber… Puede que yo… Fui demasiado duro.

—¿Eso crees?

—Creo que es una posibilidad, sí.

—¿Qué te hizo darte cuenta? ¿Fue cuando dije que «dejes de tratarme como la mierda»? ¿O cuando dije «me voy por la mañana»?

Jonathan parece genuinamente dolorido, aunque creo que en parte es porque no sabe cómo decir algo que se acerque a una disculpa.

—Lo he estado pensando.

—Bien por ti.

Durante un rato, no dice nada, solo deja que Gollum se coma cada pedazo de pollo de sus

dedos y se va a lavar las manos. Después coge el pan que compré.

—¿Quieres un sándwich?

—¿Un sándwich con mi pollo?

—Sí, ¿quieres que te haga un sándwich con tu pollo, tu pan y tu… —mira el bote que está a su lado— algo que no es mantequilla?

No he comido y no estoy orgulloso.

—Como quieras.

—Entonces, ¿qué tal si yo hago esto y tú llevas la tapa al baño y… —se aclara la garganta— te pones unos pantalones?

Con todo lo que estaba pasando, me había olvidado de que estoy ahí con un bóxer gris a cuadros.

—Buena idea —digo—. Ya me encargo.

Cuando regreso con una bata que me puse por encima, Jonathan está sentado en la mesa, comiendo su sándwich de pollo.

—¿Cómo está? —pregunto, sentándome frente a él.

—Está bien —dice.

Estoy a punto de decir que habría sido mejor si lo hubiéramos comido cuando lo preparé, pero la verdad es que lo mejor de un pollo al horno es comérselo frío después. Le doy un bocado a mi sándwich y me hace sentir un poco raro que lo haya preparado Jonathan Forest. No raro en un mal sentido, solo raro. Porque es una persona tan doméstica como un lobo salvaje, y me atrevería a decir que igual de hospitalario, pero supongo que los lobos se cuidan entre sí y esas cosas.

Al principio, solo comemos. Lo cual está bien, dado que no sé muy bien qué está pasando. Quizás no esté pasando nada. Quizás solo tenemos hambre. Pero hay algo en la forma de ser de Jonathan en este preciso momento, con el sándwich y sin atacarme, que me hace sentir… Bueno, no sé cómo me hace sentir. Pero sí sé que un sándwich de pollo no es suficiente para convencerme de que todo irá bien de ahora en adelante. La verdad, no estoy del todo seguro qué lo sería.

Miro al otro lado de la mesa, preguntándome cómo romper el hielo, o si debería hacerlo. Jonathan ha llevado su versión de informalidad al siguiente nivel porque no solo no lleva chaqueta, sino que se ha desabrochado el botón de arriba de su camisa y se ha arremangado. No creo que esté intentando alardear de sus brazos o conquistarme, pero bueno. Hay una buena posibilidad de que sí lo haga. Podrían sujetarte con bastante fuerza. Además, es agradable en estos tiempos ver a un tío que no se depila.

¿Qué puedo decir? Me gustan los hombres que son iguales a mi futuro laboral: robustos y peludos.

—Sam —dice, levantando la vista abruptamente.

—¿Sí?

Suspira con dolor.

—No quiero que te vayas.

—Si hubiera estado a punto de morir, probablemente ya estaría muerto.

—El doctor dijo un par de semanas. ¿Tu memoria empieza a volver?

Mierda.

—Poco a poco —digo, con la esperanza de poder convertir ese poco en una salida cuanto antes—. Quiero decir, he podido hacer un pollo al horno, así que probablemente pueda cuidarme bien. Probablemente mejor de lo que tú puedes.

—Sobre eso —dice Jonathan, soltando otro suspiro dolorido.

—¿El pollo?

—No, el maldito pollo no. —Hace un esfuerzo visible para no hablarme mal—. Sobre toda la situación alrededor del pollo.

—La situación en la que me trataste como la mierda.

—Si insistes en llamarlo así, sí.

Esto tiene buena pinta, pero, honestamente, no creo que Jonathan Forest esté a la altura. Me cruzo de brazos sobre la mesa.

—¿Y bien?

Tarda un buen rato en decir algo.

—Tengo una familia numerosa. —Se frota la sien y mira las sobras de su sándwich.

—Ya me he dado cuenta.

—Y me importan. Mucho. Más de lo que probablemente me importa cualquier otra cosa.

—Sin ofender —le digo—, pero tienes una manera extraña de demostrarlo.

—Lo demuestro trabajando duro para poder ayudarlos.

Es la mayor muestra de honestidad que he visto en Jonathan desde que lo conozco. Y tengo que ser muy cuidadoso en caso de revelar que, de hecho, sí lo conozco.

—Parece que pueden mantenerse por sí mismos. Johnny parece un buscavidas, eso sí, si no te molesta que lo diga.

—Lo es, y cubrí sus deudas más veces de las que debería. Y también me estoy encargando de la hipoteca de mis padres, el abogado del divorcio de mi hermana, la residencia de mi abuela y ayudo con los gastos escolares de Anthea.

—Y bien por ti, pero no parecen la clase de personas que esperan eso de ti.

—No, pero quiero lo mejor para la gente que me importa.

Es un sentimiento encantador y realmente mostraría el lado humano de Jonathan, de no ser porque lo dice todo con cierta amargura y sin mucho entusiasmo, como si estuviera enfadado por algo, pero no estuviera seguro de qué.

—Lo mejor no siempre proviene de gastar dinero.

—No siempre —apenas me lo concede—. Pero la mayoría de las veces sí.

Observo la cocina vacía y resonante de Jonathan, que se abre a una sala de estar vacía e igual de resonante cuya puerta de cristal enorme da a un patio vacío y probablemente no tan resonante.

—No estoy diciendo que no hayas trabajado duro —digo—, ni que no merezcas lo que tienes. Pero ¿qué sentido tiene todo esto —hago un gesto para señalarlo todo— si no tienes a nadie con quien compartirlo?

—Tengo gente con quien compartirlo, acabo de decírtelo.

—Sí, pero nunca lo compartes con ellos.

Empieza a toquetear las migas de su sándwich.

—Sí. Bueno. A veces. Solo que… es un momento difícil.

—¿Cuándo fue la última vez que no fue difícil? —No hay respuesta—. No lo recuerdas, ¿verdad?

—Irónico, realmente. —Hace un gesto que casi parece una sonrisa—. Dado que tú eres el que tiene amnesia.

La parte de mí a la que se le da mal mentir se preocupa de que se esté burlando de mí. De que sepa que no tengo amnesia.

—De acuerdo, entonces. —Hago mi mejor intento para cambiar de tema—. ¿Sería realmente tan malo invitarlos aquí un día?

—Es…

—Sí, sí, es un mal momento, lo sé. Pero ¿por qué?

Parece quedarse en blanco.

—¿Cómo que «por qué»? Es Navidad y tengo una cadena de tiendas. Es la época más agitada del año.

—¿Lo es? —pregunto—. Quiero decir, no lo recuerdo bien porque… —me señalo la cabeza —, pero no es como si trabajaras en una juguetería o vendieras, no sé, chaquetas o joyas o la clase de cosas que la gente compra para hacer regalos. —Estoy haciendo trampa aquí porque sé por mi experiencia no amnésica que, si bien tenemos un aumento de ventas de camas y baños durante esta temporada, tampoco es como la que tienen los sectores que no venden inodoros.

—Sigue siendo una época agitada —insiste Jonathan—. Aun así, *la mayoría* de las personas compra a sus parejas calcetines o pendientes para Navidad, pero algunas familias de hecho invierten en una nueva cama o un nuevo baño, además lo llaman el trimestre dorado por una razón. —Suelta otro de esos suspiros—. Y por encima de todo eso está la fiesta de Navidad que organiza la empresa.

Porque, ah, sí, también está eso. Cada año, llevo a mi equipo a un pub para agradecerles su trabajo, pero tengo que pagar todo de mi propio bolsillo porque Jonathan Forest insiste con que

la empresa tenga solo una reunión para Navidad y sea en Croydon y las personas de las otras sucursales pueden ir si quieren, pero tienen que resolver por su cuenta la manera de llegar. Honestamente, es una mierda, pero por lo general voy porque necesito verme como un miembro del equipo. El resto de mis compañeros no están obligados a ir, así que la mayoría lo rechaza, pero supongo que este año el nuevo y entusiasta Chris insistirá en llevarlos en su coche.

Todo lo que se me pasa por la cabeza es un recordatorio molesto de que debería estar elaborando un plan. Una manera de hacer que mis compañeros y yo parezcamos indispensables. O al menos demasiado útiles como para echarnos. Y esto podría ser algo parecido a una oportunidad.

—¿Hay algo —pregunto— que pueda hacer para ayudarte?

Jonathan resopla. No es muy atractivo cuando hace eso. Pero bueno, ¿quién sí?

—¿Cómo? ¿Ni siquiera recuerdas cómo era la tienda?

—No exactamente. Pero sé lo que es la Navidad y sé lo que son las fiestas, así que, si necesitas que organice una fiesta de Navidad, no creo que mi memoria sea particularmente importante.

Por un momento, creo haberlo asustado, como si el Jonathan humilde que me preparó el sándwich hubiera desaparecido y hubiera vuelto el tiburón del imperio de los baños. Porque me mira fijamente a los ojos.

—¿Quieres que le entregue el presupuesto para organizar un evento a un hombre con amnesia que ni siquiera vive en la ciudad donde se va a hacer el evento? Un hombre que, para que conste, no era bueno con los presupuestos ni siquiera cuando tenía memoria.

Eso no es verdad. Teníamos prioridades diferentes. Eso, y que no soy un cretino.

—Bueno —sugiero—, tal vez he olvidado todos mis malos hábitos. Además, solo es una sala, algo de música y algunas salchichas envueltas en beicon. No creo que necesite habilidades especiales para hacer eso. Y técnicamente sigo trabajando para ti, ¿verdad? —Estoy pisando terreno pantanoso, pero no puedo evitarlo—. Quiero decir, a menos que me hayas despedido y no pueda recordarlo.

Jonathan, en gran medida, no reacciona, pero las líneas de su frente se vuelven un poco más profundas.

—No —dice con cuidado—. Pero…

—Y también podría ayudarte a conseguir las cosas que necesitas para cuando venga tu familia —ofrezco—. Así tendría algo que hacer y no estar sentado todo el día viendo *Pointless* y molestando a Agnieszka.

Se queda en blanco.

—¿La chica que limpia?

—Ah, sí, claro.

Lo miro fijamente.

—¿No…? ¿No sabes el nombre de la chica que limpia tu casa?

Al menos, tiene la decencia de sentirse avergonzado.

—No hablo muy a menudo con ella y debo haberlo olvidado.

Casi estoy tentado a reírme, pero un hombre que olvida el nombre de la chica que limpia su casa es un hombre que necesita reflexionar detenidamente sobre sí mismo.

—¿Porque estás tan ocupado que no puedes tratar a las personas como seres humanos?

—No creo que le moleste mucho si sé su nombre o no.

—Cree que eres un asesino en serie.

Jonathan abre los ojos como platos durante un segundo. Luego sigue aparentando estar hecho de piedra.

—Si piensa eso, no debería seguir trabajando aquí.

—Cree que eres la clase de persona que *sería* un asesino en serie. Al menos, eso debería abrirte los ojos sobre la imagen que transmites.

—Los asesinos en serie pueden ser extremadamente carismáticos.

No creo que estuviera pensando en esa clase de asesino en serie. Sino en la clase de asesino en serie del tipo «ah, debería haberlo sabido». Pero no quiero estar sentado aquí en mitad de la noche discutiendo sobre los distintos tipos de asesinos en serie.

—Cállate y termínate el pollo.

—Disculpa, soy tu jefe.

—Cállese y termínese su pollo, señor.

Coge lo que queda de su sándwich y, cuando parece darse cuenta de que acaba de hacer algo que otra persona le dijo que hiciera, se detiene por instinto y me mira con mucha intensidad por encima de su plato.

—¿Esto significa que te vas a quedar?

—Creo que depende de ti.

—Entonces, básicamente, ¿me estás obligando a dejarte organizar una fiesta e invitar a toda mi familia para Navidad?

—Jonathan —digo, intentando no reírme, porque esto es una tremenda ridiculez—. El hecho de que necesites que te obliguen a recibir ayuda y a ver a tu familia es el verdadero problema.

—No necesito ayuda. —Empieza a ponerse a la defensiva, acorralado como un lobo.

—Todo el mundo necesita ayuda. Y sigues diciendo que estás demasiado ocupado para hacer cualquier cosa. Alguien que está demasiado ocupado para hacer cualquier cosa necesita ayuda por definición. —Le lanzo una mirada punzante porque puedo ser punzante cuando tengo que serlo—. A menos que no estés realmente ocupado y todo sea una excusa para no ver a tu familia.

Abre la boca y la vuelve a cerrar. Porque probablemente *sí* sea una excusa. Un poco. En algún nivel. Luego frunce el rostro levemente.

—Está bien. Pero si acepto hacer esto, entonces tú te quedarás hasta que te encuentres mejor de verdad y no me llevarás a juicio.

Le ofrezco mi mirada más inocente.

—¿Por qué iba a llevarte a juicio?

—Tuviste un accidente en mi propiedad. La gente denuncia por esa clase de cosas todo el tiempo.

—No te voy a denunciar —le digo, y una parte de mí desea que, por una vez, la preocupación principal de Jonathan Forest no sea lo que le dijo su abogada—. Pero si me voy a quedar y vamos a hacer todo esto…

Decir que lo *vamos* a hacer juntos parece estremecerlo un poco. Pero no se queja.

—… entonces —termino—, tienes que empezar a ser un diez por ciento menos cretino.

Ahora empieza a quejarse.

—Yo no soy…

—Olvidaste el nombre de la chica que limpia tu casa. Sigues dándome órdenes. Tú… —estoy muy cerca de decir «amenazaste con despedir a toda la sucursal de Sheffield», pero me detengo justo a tiempo—, básicamente le dijiste a tu propia madre que ibas a cancelar la Navidad.

Espero que empiece a discutir, pero no lo hace. En cambio, simplemente frunce el ceño un poco más y agrega:

—Sé que no soy una persona muy agradable.

—Sabes, ese es un problema que puedes solucionar.

—No estoy tan seguro. —Mirándome con el ceño fruncido, nunca he sentido una mesa de cocina tan larga y tan corta a la vez—. No soy la clase de persona que le gusta a los demás.

—¿Alguna vez lo has intentado?

—No, he estado alejando deliberadamente a todos los que conozco desde que tenía seis años.

No bromea muy a menudo y no estoy del todo seguro de si esto es una broma.

—Y ¿qué? ¿Decidiste no molestarte?

—Decidí no desperdiciar mi tiempo intentando complacer a otras personas con las que no tengo nada en común.

Parpadeo.

—¿Como quién?

—Cualquiera. —Se encoge de hombros, impaciente—. En la escuela, era un chico gay de Sheffield rodeado de heterosexuales de Londres. En la universidad, era el hijo de un metalúrgico rodeado de hijos de doctores, abogados y, en un caso particularmente inusual, estrellas del rock.

Para ser justos, eso suena fatal.

—¿No había, no sé, un grupo de estudiantes LGBTQ al que podías unirte o algo?

—Sí, pero eran en su mayoría artistas o activistas y yo no era ninguna de esas cosas.

—¿Ahí es donde conociste al hijo de la estrella del rock?

—Entre otros. Ninguno de ellos me entendía. —No parece sentir lástima de sí mismo. Solo lo dice como si fuera un hecho. Luego pone esa cara distante, casi como si se hubiera olvidado de que estoy cerca, y juro que su voz adquiere un ligero acento de Sheffield—. Recuerdo hablar con un estudiante de Literatura, en mi primer año, y me preguntó por qué estaba estudiando Gestión de empresas y le dije que era porque quería estudiar algo con lo que pudiera ganar dinero cuando me graduara y me miró con un odio *absoluto*. Ni siquiera dijo «ah». Y entonces cambió de tema y empezó a hablar sobre Keats.

Estoy bastante seguro de que esta es la primera vez que escucho a Jonathan Forest hablar tanto. Y estoy seguro de que es la primera vez que lo escucho hablar sin que le diga a nadie que lo va a despedir. Se termina el sándwich, tira las migas al cubo de la basura y pone el plato en el lavavajillas antes de terminar la anécdota. Me quedo quieto para ver si seguirá hablando.

Para mi sorpresa, lo hace.

—Lo que me sorprendió, incluso entonces, fue que él no podía *imaginar* por qué mi seguridad financiera era algo que tenía que considerar. —Se inclina hacia atrás, apoyando la cadera sobre la encimera, prestándome atención solo a medias—. Y así fue la mayor parte de mi vida universitaria. Intentar no desperdiciar el dinero de mi matrícula mientras todos mis compañeros me miraban desde su lugar *ligeramente* más arriba en la pirámide de Maslow.

—Es duro —digo, porque lo es—. Pero ¿sabes que no todos son así?

—Puede ser. —Está perdido en sus pensamientos y me pregunto si lo he llevado demasiado lejos.

—¿Qué pasó con el estudiante de literatura? —pregunto. Parece una buena manera de seguir la conversación.

Jonathan se encoge de hombros otra vez.

—Se casó con un *youtuber* al final. Fui a su boda.

—¿Por qué?

—O sea, ¿por qué se casó con un *youtuber* o por qué fui a su boda?

—Supongo que… ¿las dos cosas?

—Bueno… —tiene esa expresión sarcástica que es lo más cercano que estará de verse relajado y juguetón—, el *youtuber* era joven y atractivo. Y, en cuanto a la boda, era un grupo social complicado. Aparecer era la mejor manera de demostrar que no me importaba.

Lo miro con cierta incredulidad.

—Claramente te importaba lo suficiente como para demostrar que no te importaba.

Presiona los labios.

—Un poco.

Hay un largo silencio, Jonathan sigue reclinado sobre la encimera de la cocina que nunca usa

en una casa elegante que nadie visita. Y me encuentro pensando que todo es una lástima. Porque no creo que sea un cretino de nacimiento. Creo que lo empujaron a ser un cretino. Y, ahora, parece jodidamente miserable. Y como si siempre se hubiera sentido jodidamente miserable. Y como si siempre fuera a sentirse así.

—Jonathan —digo.

Su expresión no se reanima, más bien se apaga. Pasa de estar triste a no mostrar emoción alguna.

—¿Qué?

—Ven un momento.

—¿Por qué?

Empujo la silla a mi lado con el pie.

—¿Puedes no discutir por todo al menos una vez?

—La gente normalmente no empieza un negocio porque le gusta que le digan lo que tiene que hacer.

Intentar consolar a Jonathan Forest ya es más difícil de lo que vale la pena.

—No te estoy dando una orden, te lo estoy pidiendo bien. Y lo único que te pido es que te sientes en una silla.

—¿Puedo no sentarme en la misma silla en la que estaba sentado antes?

—Solo siéntate en la maldita silla. *Por favor*.

Se sienta en la maldita silla.

—¿Qué?

—Solo quiero decir —empiezo, ya deseando no haberlo hecho—, más allá de lo que creas, que no me desagradas.

—¿Y tenía que estar sentado en esta silla para que me dijeras eso?

De algún modo, logro no apuñalarlo con un tenedor. En parte porque no hay ningún tenedor cerca.

—Ah, vete a la mierda, hombre. Estoy intentando hacer algo. Intento ser agradable. Y supuse que, ya sabes, sería más personal si estuviéramos sentados uno al lado del otro en lugar de que tú estuvieras en la otra punta de esta estúpida cocina gigante que tienes sin ninguna jodida razón.

Frunce el ceño y de cerca se ve más aterrador.

—¿Cómo de personal puede ser…? Tienes amnesia, ¿no?

—Lo que significa que no tengo ningún prejuicio. —Ojalá no tuviera ningún prejuicio—. Y solo juzgo lo que veo delante de mí.

—¿Y te gusta esto? —pregunta Jonathan señalándose a sí mismo—. O solo no te desagrada. Dios, me siento tan expuesto.

Es mi turno de suspirar.

—Ya sé que estás siendo sarcástico, pero sí. Te veo.

Se cruza de brazos, alejándose levemente de mí.

—¿Y qué crees que ves?

—Veo a alguien motivado y ambicioso al que le dijeron que esas son cosas malas cuando en realidad no lo son. Veo a alguien que se preocupa por los demás, pero no sabe cómo demostrarlo. Veo a alguien que cree que tiene que estar solo, así que finge que es una elección. —Me pongo de pie antes de que pueda objetar o contestar algo—. Y también, eres sorprendentemente bueno con los gatos.

Y, por primera vez, Jonathan Forest no tiene una respuesta.



CAPÍTULO DOCE

Como era casi de esperar, Jonathan se pasa la mayor parte del día en su oficina con la puerta cerrada y con mi maldito gato. Como no me fui, herví las sobras del pollo para preparar un caldo y mezclé las verduras para hacer unos buñuelos. Me estoy sentando a comer cuando Gollum aparece corriendo hacia su comedero, seguido por Jonathan con la carpeta más grande que he visto en mi vida.

—¿Y eso? —pregunto.

Pero Jonathan me ignora por completo y cae rendido ante la actuación de «ah, pobre de mí, moriré si no como enseguida». Cuando termina de darle de comer al gato, mira mi sartén con intención.

—¿Son buñuelos de verduras?

—Sí. Es una buena manera de usar los vegetales que sobraron.

—Yo… Hace años que no como eso.

Habría sido un momento casi tierno y nostálgico de no ser porque Jonathan Forest no es una persona tierna ni nostálgica y Gollum tiene la cara enterrada en un tazón de su paté sabor pollo e hígado con un toque de leche de coco y hace ruidos que se parecen a cuando succionas un trapo húmedo con la aspiradora.

Intento ignorar los gorgoteos de gato.

—¿No lo comes en Navidad?

—Mi padre lo prepara al día siguiente, pero casi siempre estoy trabajando.

—Puedes comer si quieres —le ofrezco—. Pero no será igual de bueno.

—¿Por qué? —Ya está agarrando uno con una espátula—. ¿Eres un cocinero espantoso?

—No, quiero decir, por la parte emocional y todo eso. —Luego me doy cuenta de que está sonriendo con superioridad. Y eso en las profundidades laberínticas del cerebro de Jonathan Forest es lo que cuenta como un chiste—. No eres gracioso.

Se sienta a mi lado.

—Soy consciente de eso.

Y me hace sentir mal porque creo que lo está intentando. De verdad. No solo para que no lo demande.

—Bueno, un poco. A veces.

—No —dice Jonathan—, tenías razón la primera vez.

En algún momento vamos a tener que hablar del elefante en la habitación y por elefante me refiero a la maldita carpeta gigante.

—Bueno —digo—, ¿qué pasa con esa carpeta gigante?

—Me quedé pensando en lo que dijiste. Sobre la fiesta de Navidad. Y si sigues interesado en ayudarme a organizarla entonces… bueno. —Desliza la carpeta inmensa llena de documentos hacia mí—. Aquí tienes.

Mientras empieza a comer, miro lo que me ha dado. Es mucho… Mucho más de lo que hubiera esperado para planificar algo relacionado con el trabajo. Honestamente, es mucho más de lo que hubiera esperado para planificar el desembarco de Normandía.

Cierro la carpeta.

—¿Qué… es esto?

—Lista de salones, costes, regulaciones, evaluaciones de riesgo, lo habitual.

—Esto no es habitual —digo—. Es lo opuesto a lo habitual. Es poco habitual.

Jonathan levanta la mirada de su plato ya casi vacío y su mirada no es alentadora.

—Sabía que era una mala idea.

Extiende una mano y empieza a llevarse la carpeta. Intento detenerlo y puede decirse que tenemos el juego de tira y afloja más burocrático de la historia sobre la mesa de la cocina.

—Vamos. —Sujeto la carpeta con un poco más de fuerza—. Lo siento. No quería hablar mal de tu… de tu enorme libro de fiestas.

—No es un libro de fiestas —dice entre dientes, todavía sin soltar la carpeta—. No tengo seis años. Es una recopilación de información que es importante para propósitos legales e impositivos.

Yo tampoco la suelto.

—Eres el verdadero espíritu navideño, ¿eh? Te puedo imaginar de niño corriendo por las escaleras en pijama abriendo tus regalos y diciendo «mamá, mamá, ¿esto es deducible de impuestos?».

—No es lo mismo, Samsagaz.

Ya le he dicho que no me llame así. Y solo estoy bromeando; al menos empecé bromeando, aunque, si soy honesto, meter a su familia fue un golpe bajo por mi parte y no tendría que haberlo hecho, pero estaba empezando a fastidiarme con toda esa mierda de su tacañería y de cerrar la sucursal.

—Es Sam —le recuerdo—, y ya sé que no es lo mismo, pero sigue siendo Navidad. Tiene que ser divertido.

Me mira a los ojos. Su comida se empieza a enfriar, pero no parece importarle.

—Te garantizo que cada momento de diversión que tuviste en toda tu vida fue posible gracias al trabajo duro de otra persona.

Si hubiera sido menos imbécil al respecto, admitiría que tiene su razón. Pero no es el caso, así que no lo hago.

—Vale, algunas veces es verdad, pero no es verdad todo el tiempo. Las cosas también pueden ser espontáneas. No sé, ¿nunca fuiste a caminar por la playa y decidiste meterte corriendo al mar solo para ver qué se siente?

—¿Y crees que la playa sigue siendo utilizable, segura y que no está llena de aguas residuales?

Suspiro otra vez.

—De verdad, no ayudas.

—Te ofreciste a hacer algo por mí. Intento darte los recursos necesarios para que lo hagas y me lo tiras a la cara.

Bueno, esa es *una manera* de encuadrar nuestra más reciente interacción. No creo que sea la mejor ni la más justa.

—No, solo he expresado mi sorpresa cuando, después de decir «eh, quieres que te eche una mano con tu fiesta», tú creíste que quise decir «eh, quieres que leamos un montón de papeles más largos que la Biblia».

—¿Entonces cuál *era* tu plan? —pregunta Jonathan reclinándose sobre su silla y cruzándose de brazos—. ¿Llevarlos a todos a un bar?

—¿Qué tiene eso de malo?

—Que tengo ciento cincuenta empleados. No puedes decir «eh, escuchad, quedaremos en El perro y el pato a las diez. La primera ronda corre por mi cuenta».

Empiezo a pensar que me he metido en algo que es más grande de lo que puedo abarcar. Claramente ahora entiendo por qué las fiestas de Jonathan son horribles. Siempre asumí que era porque odiaba la diversión.

—No, pero puedes hacer que sea, ya sabes, menos corporativo.

—¿Y cómo voy a hacer eso? Estamos hablando de un evento de trabajo organizado por un hombre que es dueño de una empresa.

—Mira. —Logro quitarle la carpeta de las manos—. Déjamelo a mí y veré qué se me ocurre.

Durante un segundo, nuestros dedos se rozan sobre la tapa azul de plástico de la extremadamente exagerada carpeta de planificación de fiestas. Y Jonathan Forest retira su mano como si se hubiera quemado.

—Muy bien —dice—, lo dejo en tus manos. Pero tienes que tomártelo *en serio*.

Es un cretino.

—Me lo estoy tomando en serio.

No sé con seguridad qué va a decir a continuación, pero inhala profunda y lentamente.

—No te acuerdas de esto —dice al final—, pero la razón por la que viniste a Londres era porque… no siempre fuiste el mejor con los presupuestos. Confío en ti ahora, pero es importante que lo hagas bien.

Es un cretino, es un cretino.

—Lo haré.

—Hablo en serio. El tope máximo, máximo del todo, son ciento cincuenta libras por cabeza. No puedes pasarte ni un centavo.

Es un cretino. Es un cretino. Es un cretino *controlador*.

—Vale —digo—. No lo haré. Ahora dame la lista y empezaré a llamar a los servicios de *catering*.

—Ni un centavo de más —repite.

—Ya te he escuchado la primera vez. Ya lo he entendido. Te lo prometo.

Esto, esto mismo, es la razón por la que necesito recordar que gustarle a Jonathan Forest es imposible. Estoy intentando ayudarlo por pura bondad de mi corazón. Bueno, por la bondad de un plan desesperado y poco pensado para convencerlo de que es buena idea dejar tranquila la sucursal de Sheffield. Pero el caso es que estoy intentando ayudarlo y me trata como si fuera un idiota que no sabe contar. Y ni mencionemos su imitación para nada sexy de Ebenezer Scrooge. Todo me hace sentir extrañamente decidido a hacer la mejor fiesta que jamás haya visto. Lo cual, en cierto modo, confirma que su horrible estilo de gestión, de hecho, es realmente motivador. ¿Y no es eso una patada en los huevos?

***

Es uno de los días en los que viene Agnieszka, así que Jonathan se va a la oficina por la tarde, lo cual probablemente sea un alivio para los dos, para ser sincero. Siempre está un poco nervioso cuando trabaja desde casa porque es completamente incapaz de confiar en nadie y encima, en cuanto me hice cargo del asunto de la fiesta, se puso cien veces peor porque saca todo ese exceso de control reprimido y me lo lanza a mí. En cuanto empiezo a hojear la lista innecesariamente larga de lugares, me bombardea con sugerencias que más bien parecen órdenes. «Sí o sí tienen

que estar sentados» (no estoy de acuerdo, pero no quiero contradecirlo), «no contrates un barco de fiesta» (no planeo hacerlo), «asegúrate de que haya lugar para bailar» (increíblemente obvio) y «fíjate en que el DJ lleve sus propias luces» (ídem).

No ayuda que lo que en realidad quiero hacer es hablar con mi viejo equipo y pedirles su opinión, en especial sobre cómo puedo usar este trabajo que tanto me costó conseguir como organizador de la fiesta de Navidad para evitar que nos despidan a todos. Y es bastante difícil si tengo a Jonathan respirándome en la nuca y estoy fingiendo tener amnesia.

Entonces, en cuanto se sube al coche y se va, y Agnieszka se encuentra en algún lugar donde estoy bastante seguro de que no me molestará, llamo a la tienda, pongo el teléfono en altavoz y le pido a Claire que junte a todos en la oficina para tener una reunión. Bueno, por todos me refiero a ella, Tiff y Amjad, porque Brian se tomó el día libre y el nuevo y entusiasta Chris es demasiado nuevo y demasiado entusiasta como para confiarle un plan que involucra mentirle al jefe.

—¿Que tú qué? —pregunta Claire.

—Voy a organizar la fiesta de Navidad —repito.

—¿La fiesta de Navidad no es siempre una mierda? —dice Amjad, sin filtro.

Hago un gesto a mi teléfono, aunque nadie puede verme.

—Sí, pero por eso es genial.

Claire hace la clase de ruido que la maestra hacía en la escuela cuando intentaba alentarte a pesar de que acabaras de decir algo que era una completa estupidez.

—¿«Genial» es la mejor palabra para describir esto?

—No —protesto—. Escucha. El problema con la fiesta de Navidad es que Jonathan la organiza a su manera y, como es Jonathan, la vuelve miserable y desangelada. Entonces, si la organizo a mi manera y es grandiosa, entonces significa que puedo mostrarle que mi estilo de gestión funciona y no despedirá a nadie.

—Suena falaz —dice Amjad diciendo las cosas como probablemente son, si soy honesto.

—Estoy de acuerdo —dice Agnieszka, que entra por la puerta para limpiar la mesa de té—. Es *extremadamente* falaz.

Hay un momento de silencio desde el otro lado de la línea, luego Claire pregunta:

—¿Quién es esa?

—No pasa nada, solo es Agnieszka, la chica que limpia, pero es guay. Trabaja para Jonathan, así que sabe que es un cretino.

—Eso no lo sé —insiste Agnieszka mientras quita mi manta del sofá, esponja un almohadón, luego vuelve a poner la manta mucho más ordenada—. A mí siempre me ha tratado bien. Solo sospecho que descuartiza mochileros en su tiempo libre, eso es todo.

Esto parece gustarle mucho a Tiff.

—No creo que lo haga, ¿no te parece?

—Bueno, a menos que podamos encontrar suficientes pruebas sobre sus asesinatos para encerrarlo antes de que nos despida… —hago mi mayor esfuerzo por volver al tema del que estábamos hablando—, nuestra mejor opción sigue siendo el plan de la fiesta.

—Sigo creyendo que es falaz —dice Amjad.

Agnieszka se gira hacia mí mientras sube por la escalera.

—Y sigo coincidiendo.

—Haremos una cosa —sugiero—. Voy a poner un temporizador en mi teléfono para que suene dentro de seis minutos y si a nadie se le ocurre un plan mejor cuando suene, entonces intentaremos el mío.

Se lo piensan. No durante los seis minutos que propongo, lo cual está bien porque no he puesto el temporizador.

Entonces Tiff interviene.

—¿Sabes algo sobre organizar fiestas?

—No empieces tú también. —Miro el teléfono frunciendo el ceño—. Ya he tenido esta discusión con Jonathan Forest esta mañana.

Hace un (y estoy revelando mi edad con esto) sonido muy de adolescente.

—Yo no soy Jonathan. Solo digo que… Bueno, tú tampoco eres muy divertido.

Ah, ya estamos.

—¿Cómo que no soy divertido?

—Bueno, no es que no seas divertido. Eres divertido, solo que un poco como… como… ¿un padre?

—Tiff, tengo veintisiete años. Para ser tu padre, tendría que haberme tirado a tu madre cuando tenía diez.

—Sam —dice Claire—. Creo que nos estamos metiendo en un jardín del que tenemos que salir ya.

Tiene razón. La frase «haberme tirado a tu madre» no es una de las que quisieras usar con una empleada, incluso aunque te esté haciendo sentir viejo.

—Mira —intento—, lo único que digo es que no puede ser tan difícil.

—Eso es lo que dijo mi madre —dice Tiff—, cuando no me dejó organizar la fiesta de los cincuenta años de mi tía Rita. Y después nos quedamos sin alcohol a las seis y media y el tío Colin se puso tan violento que lanzó un plato de miniquiches al señor Pettiforth del cuarenta y dos.

—¿Está bien el señor? —pregunta Claire al mismo tiempo que Amjad dice:

—Qué desperdicio de miniquiches.

Golpeteo la mesa intentando traer un poco de algo parecido al orden.

—Entiendo lo que dices, Tiff, y soy muy consciente de que… —miro la inmensa carpeta—

hay cuestiones de logística y todo eso. Pero el asunto es que esta fiesta no tiene que ser la boda real. Solo tiene que ser mejor de lo que Jonathan lo haría y eso es un listón muy pero que muy bajo.

De algún modo, escucho a Claire hacer una mueca al teléfono.

—¿Recuerdas la vez que nos metió a todos en un barco?

—Sí —digo, sin querer defenderlo, pero, por alguna razón, haciéndolo de todos modos—. Ya aprendió la lección. No mucho, pero algo.

—A la que yo fui —dice Amjad— fue en un hotel donde había otras seis fiestas más. Y tuve que sentarme con un tipo de la sucursal de Leeds que seguía intentando convencerme de que Age of Sigmar era mejor que Warhammer Fantasy.

—No sé qué significa ninguna de esas palabras —dice Tiff.

—Bueno —dice Amjad, empezando una explicación que se ve venir a más de un kilómetro de distancia—, Warhammer Fantasy era un escenario clásico con treinta años de historia y contenido ligado a un sólido juego de guerra táctico con un modo de juego asimétrico y, debo admitir, con un balance de facciones bastante cuestionable. Pero luego tomaron ese mundo y lo destruyeron, es como si se hubieran cagado por completo en el canon y lo hubieran reemplazado por un juego de escaramuzas para niños y jugadores esporádicos.

—Tampoco sé qué significan ninguna de esas palabras.

De alguna manera, no quiero interrumpirlos. Sé que debería, pero hay algo reconfortante en escuchar a Tiff y Amjad discutir como si fueran hermanos. Es casi como estar en casa. Pero soy el jefe y esto es importante, así que digo:

—Y no hace falta que lo sepas porque no es relevante para la fiesta que tengo que organizar.

Amjad resopla como un hombre que cree que nadie lo aprecia.

—Solo digo que no la hagas en un hotel y no invites a Leeds.

—Tengo que invitar a Leeds.

—Pero tiene razón con lo del hotel —dice Tiff—. Nada dice «no le puse voluntad» más que hacerlo en un hotel.

—Entonces, ¿dónde queréis que la haga? ¿En un aparcamiento vacío en Dagenham?

—Estás en Londres —dice Tiff con un tono que suena levemente menos respetuoso que lo que creo que debería sonar para alguien cuyo trabajo intento salvar—. Está *repleto* de lugares para hacer fiestas.

Cojo un trozo de papel de la parte trasera de la carpeta y empiezo a tomar nota.

—Bueno. Un hotel no. Un barco tampoco. *Sí* invitamos a Leeds.

Amjad suspira.

—¿Al menos puedes hacer que no se sienten con nosotros?

—Sí, pero —protesta Claire— eso significa que tendremos que sentarnos nosotros todos

juntos y vamos a viajar en tren más de trescientos kilómetros para cenar con gente con la que trabajamos todos los días.

—Prefiero eso —responde Amjad— a viajar más de trescientos kilómetros en tren para cenar con gente que *apesta*.

Los interrumpo.

—Vale, lo único que escucho es que no queréis sentaros con otra gente y no queréis sentaros juntos y, si soy sincero, no me estáis ayudando mucho.

Hay una breve pausa mientras todos dejan de quejarse por cosas que odian y empiezan a intentar resolver los problemas. Desafortunadamente, eso extiende la breve pausa a una bastante larga, y empiezo a recordar que esta gente tiene que estar trabajando en lugar de hacer esto y cuanto más tiempo los tenga alejados de la planta de ventas, menos probabilidades tienen de alcanzar los preciados objetivos de mierda de Jonathan Forest. Y por encima de todo eso siempre está la probabilidad de que aparezca sin previo aviso porque se olvidó algo o decida ver cómo estoy. Y entonces descubrirá que no solo estoy fingiendo tener amnesia, sino que mi equipo entero está al tanto de ello, y eso podría empeorar su predisposición hacia ellos. Miro la aplicación de seguimiento en mi teléfono y definitivamente sigue en la tienda, pero, de todas formas, decido empezar a terminar todo esto.

—Creo que ya tengo suficiente para empezar —digo, sin mentir del todo—. Si se os ocurre algo, anotadlo y esperad a que os vuelva a llamar. Porque lo último que necesito es estar cenando con Jonathan y recibir un mensaje que diga «eh, ya hemos encontrado la manera de usar esta fiesta para engañar al cretino de nuestro jefe y que no nos despida».

Hay otra pausa, pero no resulta nada útil.

—¿Vas a cenar con él? —pregunta Claire.

—Vivo en su casa. ¿Qué esperas que haga? ¿Comer en mi habitación como un adolescente malhumorado?

—Es solo la manera en que lo dijiste. Sonó raro.

Me pongo a la defensiva.

—No es raro.

—Es un poco raro —dice Tiff.

—Lo es —coincide Amjad.

—Estoy intentando ganármelo —les recuerdo—. Tengo que ser amable.

Claire no parece aprobarlo.

—¿No has olvidado la colosal mierda que es?

—Ah, créeme, lo recuerdo todos los días. Pero… es complicado, ¿sabéis?

—No es complicado —dice Claire con brusquedad—. Hizo que se te cayera una mampara encima, te provocó una conmoción y amenazó con despedirnos a todos, no en ese orden.

Tiff parece tomar una bocanada de aire repentina.

—Mierda, tiene el síndrome de Estocolmo.

—Yo no…

—Bueno, de hecho —dice Amjad—, el síndrome de Estocolmo fue inventado por un tipo que se sintió ofendido porque una de las rehenes lo criticó por cómo manejó la negociación. O sea, no está en el DSM.

Estoy muy tentado de colgarles.

—Sea real o no, no lo tengo.

—Es lo que dirías si lo tuvieras —dice Tiff.

—A menos que —agrega Amjad en respuesta— no lo tenga porque no existe.

—No lo tengo —digo sin enfadarme del todo, pero ya alcanzando mi límite—, porque estoy aquí fingiendo tener una condición médica para salvar nuestros trabajos y no me gusta Jonathan Forest. Y ahora me voy porque tengo que seguir planificando esta fiesta que, recordémoslo, es una parte vital de la estrategia para salvar nuestro trabajo.

Empiezan a hacer algunos sonidos como si se lamentaran cuando cuelgo. Y cuando ya no están, me quedo sentado ahí agitado en este lío de frustración y afecto. Porque definitivamente no tengo el síndrome de Estocolmo. Pero también es tan típico de Tiff creer que sí y tan típico de Amjad estar más preocupado por si es un diagnóstico técnicamente correcto y tan típico de Claire caminar por el medio de los dos e intentar mantenerme concentrado.

De todas maneras, no tengo ninguna clase de síndrome de ninguna ciudad europea. Jonathan y yo hemos tenido quizás dos conversaciones buenas desde que estoy aquí. Y, está bien, ha habido momentos en los que casi mostró un lado más humano. Y, de acuerdo, se lleva bien con el gato, así que no puede ser completamente terrible. Y, sí, sabe hacer un sándwich de pollo bastante decente. Pero hará falta más que eso para que me caiga bien. Mucho más. Probablemente más de lo que es capaz de demostrar. Y no estoy seguro de por qué siquiera me importa gustarle o no porque estoy más que seguro que para él no es relevante.

Intento dejar de pensar en él y vuelvo a la carpeta. Pero eso no ayuda para nada porque, al igual que el debate sobre el síndrome de Estocolmo que es tan Tiff y tan Amjad, el enorme libro de reglas sobre cómo disfrutar es tan, *tan* Jonathan Forest.



CAPÍTULO TRECE

Digan lo que digan sobre Jonathan Forest (y se puede decir mucho), es un hombre de palabra. Razón por la cual ahora mismo me están abrazando todas las mujeres de su familia. No es un grupo en el que los hombres se abrazan, pero hacemos una ronda de saludos estrechando la mano y algunas palmadas en la espalda.

—Os lo dije —dice Wendy—. Os dije que no nos dejaría de lado. Tenía un buen presentimiento sobre ti, Sam. No lo dije, Les, ¿no dije que tenía un buen presentimiento sobre él?

—Sí —confirma Les.

Wendy pasa a mi lado con un vestido morado con un patrón que logra combinar hojas con lunares.

—Sabía que era bueno para nuestro Jonathan.

—Como dije —tengo la sensación de que tendré que repetir esto muchas veces—, solo trabajo para él y me estoy quedando aquí porque tuve un accidente en la tienda y le preocupa que tenga una conmoción.

—Sí, sí —dice la tía Jack, pasando también a mi lado—. Solo sois amigos. Lo entendemos. Lo entendemos muy bien.

No estoy seguro de si me ayuda o me hunde que la familia crea que soy el novio secreto de Jonathan, pero tengo la sensación de que no hay nada que pueda hacer. Y, si bien quiero insistir sobre ese asunto, no puedo porque empiezan a dispersarse como niños en la tienda de regalos de un museo.

—Podemos poner un árbol enorme aquí —grita Wendy desde la segunda de las tres salas para visitas.

—Pero necesita una mesa nueva —contesta la abuela Barb, aunque con un volumen más bajo. Lo que significa que tiene que añadir—: Del, dile que necesita una mesa nueva.

—Tu madre dice que necesita una mesa nueva —grita Del, asomando la cabeza por la puerta.

—Lo sé —dice la voz de Wendy, de algún modo más fuerte cuanto más se aleja—. Les, ¿todavía tenemos la mesa vieja en nuestro garaje?

Les, que no es de gritar, pero puede hacerse escuchar si lo desea, cruza a la otra habitación antes de contestar.

—Sí, pero no caben trece personas.

—¿Qué? —pregunta Barb, quien sigue inspeccionando la cocina de Jonathan con el aire de una mujer que cree que usar una jarra eléctrica es hacer trampa.

—Dice que tiene una pero no caben trece personas —repite Del para ella.

Pregunta cuántas personas caben y Del sigue con la cadena.

—Ocho —grita Wendy.

—Seis, cariño —la corrige Les.

—Ocho si la extendemos.

—¿Cuántos? —pregunta la abuela Barb otra vez.

A estas alturas, Del ha vuelto al centro de la primera sala.

—Ocho —dice—, si la extendemos.

Y esto, al final, hace que Jonathan se levante y salga de su estudio con Gollum escabulléndose de un modo amenazante detrás de él.

—¿Podéis dejar de gritar sobre una mesa mientras intento trabajar? —Mira a toda la multitud amontonada—. ¿Qué hacéis aquí?

Wendy regresa desde la tercera sala como si fuera la madre pródiga.

—Bueno, ahora que tú y Sam vais a ser los anfitriones de esta Navidad…

—No existe ningún yo y Sam —dice Jonathan entre dientes.

La abuela Barb también se une a nosotros en cuanto termina de hacer inventario de toda la cocina.

—Ah, *cómo eres*. Parece que aún estamos en mil novecientos sesenta y siete.

—No somos pareja, abuela, y si lo fuéramos, estoy seguro de que Sam tiene su propia familia con quien preferiría estar.

—No sé —respondo enseguida—. Tengo amnesia.

No me gusta mentirles, pero no sé qué más decir.

—No… —dice Del, impresionado.

Wendy parece más preocupada.

—¿No recuerdas nada?

—Poco. —Ya estoy deseando no haber empezado esto—. Sé quién soy y sé hacer cosas, pero

tengo muchas lagunas todavía.

Se amontonan a mi alrededor y Jonathan interviene casi de un modo protector.

—El doctor dijo que al final acabará recuperando la memoria. Hasta entonces lo mejor que podemos hacer es darle *espacio*.

Retroceden. Pero no antes de que la abuela Barb me dé una palmada firme en la parte baja de la espalda, que es hasta donde puede llegar, y me diga que soy bienvenido si quiero pasar la Navidad con ellos.

—Pero eso hará que seamos trece —comenta la tía Jack—. Aunque en lo personal no soy supersticiosa.

—Está bien —dice Wendy, a quien no le parece que esté para nada bien—. Uno puede quedarse de pie todo el día.

—Creo que, aunque se quede de pie, sigue contando. —Algo me dice que la tía Jack está disfrutando mucho con esto.

Cada vez más agitada, Wendy se gira hacia la abuela Barb.

—¿Y si traes a alguien más para jugar al bingo?

—Le preguntaré a Mavis.

Del parece horrorizado.

—Ni se te ocurra preguntarle a Mavis.

—Mavis no tiene nada de malo —insiste la abuela Barb.

—Creo que, de hecho —dice Les, aún parado en la puerta, aún manteniendo la voz baja—, hay algunas cosas que están mal con Mavis.

La tía Jack enciende otro cigarrillo.

—El problema con Mavis es que las cosas que están mal con ella son precisamente las cosas que la hacen interesante.

—Dadme una buena razón por la que no debería invitar a Mavis. —Empiezo a pensar que la abuela Barb va a duplicar la apuesta de la manera en que solo la gente de más de ochenta puede.

—Hace trampa en el Cluedo —dice Wendy.

—Hizo llorar a la pequeña Anthea —agrega Les.

—Ah, no exageréis —dice la tía Jack—, con esos *brackets* parecía como si hubiera intentado hacerle sexo oral a un carrito de supermercado.

—No parece algo apropiado para decirle a una niña de catorce años.

—Y se coló en el cumpleaños de Kayla cuando cumplió trece —agrega Wendy—, vomitó en la tarta, le dio una patada al perro y robó el coche de Johnny.

—Bueno, bueno —incluso Barb no puede responder a todo esto a la vez—, pero al final devolvió el coche.

—Cuando la arrestaron —dice Del.

—Sí, pero…

—Por conducir borracha.

—Tenía…

—En Mallorca.

Ya veo que esto puede seguir durante un buen rato y, si bien no es una situación propicia para decir algo, lo que sea, no quiero generar ningún conflicto familiar.

—Está bien —digo—, seguro que encontraré otro lugar adonde ir.

—No —dice Wendy con un tono que es muy, muy contundente—. No puedes no saber dónde vas a pasar la Navidad. Vendrás aquí y nos arriesgaremos a la maldición de la muerte.

Ya supuse que eran un poco supersticiosos. Pero no me había dado cuenta de que podría haber muertos.

—¿Maldición de la muerte?

—Si trece personas se sientan a cenar —entona la abuela Barb—, uno debe morir en el plazo de un año.

—¿Estás *segura* de que no deberíamos invitar a Mavis? —pregunta la tía Jack.

Del suspira.

—Dejadme que os diga una cosa, probablemente ya me quede poco tiempo, solo aseguraos de que nadie se levante antes que yo.

—Ah, eres un morboso, papá —dice Wendy, que no va a aceptarlo—. Sea como sea, no funciona de ese modo, alguien se olvidará y dirá «ah, tengo que ir al baño», y entonces se sentará en el retrete y «bam».

No debería preguntar. Pero lo hago.

—¿Bam?

—Un ataque cardíaco fulminante —explica Wendy—. O una tostadora se cae en el váter mientras estás meando.

Por alguna razón, esto ya es llevarlo demasiado lejos para Jonathan.

—No tengo. Tostadoras. En mi baño. Además —añade con el mismo aire de finalidad que usó cuando me estaba despidiendo—, con el gato somos catorce, así que Sam puede quedarse si quiere.

Y eso es todo. Por lo que vi, la dificultosa energía alfa de Jonathan no siempre funciona con su familia, al igual que no siempre funciona conmigo, pero de vez en cuando, cuando la aplica bien, sabe imponer la ley como nadie. Y sinceramente me sorprende que haya elegido hacer eso por mí.

—Bueno entonces, asunto resuelto —dice Wendy entusiasmada—. Obviamente tendremos que conseguir comida para gato con sabor a pavo.

—Y tu madre dijo que puedes usar nuestra mesa —agrega Les—. Si la pegamos a la tuya,

deberíamos caber todos.

—No creo —dice Del, que es la clase de hombre que siempre le encuentra la quinta pata al gato. Me pregunto por un momento si se llevaría bien con Amjad—. Si en la tuya entran ocho y en la suya entran seis, eso solo deja lugar para doce.

Es una provocación, sé que es una provocación, pero supongo que lo mejor es hacerme cargo yo antes que otra persona.

—¿No serían catorce?

—Pero si las juntas —dice Del juntando las manos para hacer la mímica de dos mesas unidas por los bordes—, entonces pierdes un lugar en cada una. Son doce.

Habiendo superado sus preocupaciones de trece personas en la mesa, Wendy sacude la mano restándole importancia.

—Está bien, estaremos más apretados, es más acogedor. Me preocupa más el árbol.

Lo del árbol es nuevo para Jonathan.

—¿*Qué* árbol?

—Tiene que haber un árbol si vas a celebrar la Navidad —dice la abuela Barb. Es bastante tajante con eso y tiene razón—. No hay Navidad sin un árbol. ¿Dónde irán los regalos de las niñas?

—Hay solo una niña —dice Jonathan—, y tiene dieciséis.

Empieza a preocuparme que se esté arrepintiendo de esto. Y sinceramente necesito que no se arrepienta para que pueda estar relajado y no quiera despedir a todo mi equipo por no alcanzar unos objetivos de ventas ridículos.

—Tengo una idea —ofrezco—, yo puedo ayudarlos con el árbol.

Y debería haber sabido que esto no iba a dar por zanjada la discusión. Solo estaba empezándola. Indefinidamente.

—¿Y los adornos? —pregunta la abuela Barb—. Están todos en una caja en nuestro desván.

Jonathan se cruza de brazos. Cuando Jonathan se cruza de brazos no es buena señal.

—¿No podemos comprar adornos nuevos?

No quiero hacer muchas suposiciones, porque todas las familias son diferentes, pero si yo le llegara a sugerir a mis padres que compráramos adornos nuevos para Navidad, se lo tomarían como si les hubiera sugerido que nos comiéramos a Papá Noel. Y al parecer, aquí la dinámica es similar.

—No, ni de coña. —Observando a Wendy, empiezo a ver de dónde sacó Jonathan su temperamento—. Los adornos son una tradición. Los usamos desde que eras así de pequeño. —Se inclina para ilustrar lo pequeño que era Jonathan cuando empezó la gran tradición de los adornos de Navidad.

—Yo puedo ayudaros con eso —agrego.

—Creo que nos vamos a quedar cortos —dice Les mirando receloso la espaciosa vivienda de Jonathan—. Tienes mucho espacio por decorar, hijo.

Jonathan se pellizca el puente de la nariz de una manera que dice «en cualquier momento voy a tener dolor de cabeza», aunque el dolor de cabeza, definitivamente, ya está aquí. Metafóricamente hablando.

—Estoy seguro de que podemos comprar más adornos.

—Sí —digo, intentando mantener el entusiasmo—, podemos ir de compras.

—Hay un mercado navideño al norte —sugiere Les, pero eso parece enfurecer a Del.

—Ni te atrevas —dice—, ahí solo venden cosas para estafar a los turistas. Hay un mayorista en Acton donde estoy seguro de que conseguirás todo lo que quieras a mitad de precio.

Una sombra aparece en el rostro de Les. Ya tuvo esta conversación antes o una muy parecida.

—¿Podemos no…?

Antes de que pueda terminar la frase, la puerta se abre y una mujer de cabello oscuro con unas gafas de sol enormes entra contoneándose como si fuera la dueña del lugar. De alguna manera, se las arregla para combinar un vestido hasta las rodillas y unas botas vaqueras. Me recuerda mucho a Jonathan; es como se vería si fuera mujer y si su rostro hubiera sido ensamblado con más cuidado. O sea, menos nariz y mucho menos cuello.

—La puerta estaba abierta —dice—, ¿qué me he perdido?

Jonathan la mira furioso.

—¿Cómo supiste que estaban todos aquí, BJ?

Por la expresión de BJ, no es un apodo que le guste.

—Bueno, cogí un taxi desde el aeropuerto a la casa de mamá y papá y cuando llegué encontré una nota en la puerta que ponía «Jonathan va a organizar la cena de Navidad, estamos en su casa». —Hace una mueca de «esto es incómodo»—. Lo que significa que he dejado todas mis maletas en tu jardín, lo siento por ti.

Antes de que Jonathan pueda decir algo, hay otra ronda de abrazos (los hombres también se suman esta vez porque las reglas dicen que está bien hacerlo cuando no es un varón) y me presentan a la nueva visita. Se llama Barbara Jane, por eso BJ, y es la hermana de Jonathan que acaba de llegar de Texas tras un divorcio desastroso.

—Me encanta tu vestido, mamá —le dice a Wendy.

Wendy sonríe.

—Gracias. Dieciocho libras, Bonmarsh.

Dejando las cortesías de lado, vuelve la atención a su hermano.

—¿De *verdad* vas a organizar la cena de Navidad?

—¿Por qué te sorprende? —dice Jonathan, notablemente a la defensiva considerando la firmeza con la que insistió en que no lo haría.

Barbara Jane se cruza de brazos. Ella y Jonathan tienen un estilo muy similar de cruzarse de brazos.

—Porque claramente sería un desastre. No sabes cocinar, tu casa es el lugar menos acogedor en el que he estado y eres bastante desagradable.

—Vete a la mierda, BJ.

—Está bien —dice la abuela Barb, quien sale a la defensa de Jonathan o, al menos, algo que se asemeja a salir en su defensa—. Se va a encargar su nuevo novio.

—*La persona con la que solo está conviviendo* —la corrige la tía Jack.

Subiendo sus gafas hacia su frente, Barbara Jane me somete a una larga y detenida inspección.

—¿Eres su novio? ¿Qué hiciste, Johnny, lo hipnotizaste?

—Tengo una conmoción cerebral —digo.

—Bueno —sonríe—, eso lo explica.

—No explica *nada* —dice Jonathan, tan conectado con su hombre lobo interior que olvidó negar que estamos saliendo. Pero bueno, yo también—. Ahora, por favor, ¿puedes aceptar que Sam y yo somos capaces de hacer un pavo al horno y colgar algunas guirnaldas? Tengo que trabajar y no tenéis ninguna buena razón para estar aquí.

Wendy parece contrariada.

—Hemos venido a agradecerle a Sam que te convenciese para que celebres la Navidad.

Me preocupa que lo fastidie todo. Jonathan no es la clase de hombre al que le gusta pensar que alguien piense que otra persona lo convenció de algo.

—Sam no me convenció de nada. —No se muestra amenazador con su familia—. Sam me va a *ayudar* a hacer esto para Navidad, pero lo habría hecho igual.

Con una descomunal fuerza de voluntad, no me uno al coro de gente que dice «no, claro que no».

Jonathan levanta las manos en el aire. Probablemente sea el gesto más afeminado que jamás haya hecho, pero le sale del corazón.

—Es tan típico de vosotros. Me acosáis hasta que acepto hacer algo y después seguís acosándome por el hecho de que acepté hacerlo. Si vuelvo a ver a uno de vosotros antes del veinticinco, voy a cancelar la Navidad.

Es lo máximo que vi a esta gente quedarse en silencio desde que los conozco. Que, a decir verdad, solo son un par de días.

Luego BJ empieza a reír.

—Johnny, ¿acabas de amenazar con cancelar la Navidad?

—No me llames Johnny.

—Bueno, no me llames BJ.

—Jonathan —dice Wendy, poniéndose en medio de los dos como por costumbre—, solo nos

alegramos de verte. Pero tienes razón. Creo que abusamos de tu bienvenida. Sigue con tu trabajo y hablaremos dentro de poco.

—No acabo de decir… —empieza Jonathan.

—Vamos, todos —dice Wendy, sacando a la familia por la puerta. Una vez que salen todos, empieza a cerrarla. Se detiene para dar un pequeño saludo feliz con su mano—. Adiós, cariño. Nos vemos pronto.

—Son imposibles —dice Jonathan, un poco para mí, más para él.

—Solo demuestran que les importas.

—Entonces desearía que lo demostraran sin ser tan exasperantes.

Me encojo de hombros.

—Bueno, así son las familias, ¿no? No deberías darlo por sentado, en especial en esta época del año.

Se gira para enfrentarse a mí. Está un poco sonrojado y su cabello está suelto otra vez, así que hay un mechón que cuelga sobre uno de sus ojos; ya sé que así es como se pone cuando está molesto, pero me empieza a resultar cada vez más difícil no imaginarlo así por otras razones.

—Te vas a arrepentir de esas palabras, Sam Becker.

No estoy de acuerdo con Jonathan Forest en muchas cosas. Pero esta es la primera vez que puedo decir con seguridad que está completamente, puramente, equivocado.

TERCERA PARTE

Cortar el árbol y enfrentar el pasado





CAPÍTULO CATORCE

—¿A dónde vas? —pregunta Jonathan un par de días más tarde.

—¿Afuera? —intento. Probablemente no debería ser tan impreciso, pero espero que, si le sugiero lo suficientemente fuerte que debería preocuparse por sus cosas, se preocupará por sus cosas.

—¿Afuera dónde?

—A ver un local para la fiesta. Ya sabes, la fiesta que estoy organizando por ti. —Ni siquiera es mentira. Es solo que también iba a mirar el local con mi equipo por FaceTime, algo que sería difícil hacer si tengo a Jonathan Forest respirándome en la nuca.

—¿Y si te desmayas mientras haces eso?

Me encojo de hombros, intentando parecer despreocupado.

—Entonces estaré en medio de Londres y, si bien vosotros los sureños sois un montón de bastardos egoístas, estoy seguro de que al menos uno llamaría a una ambulancia.

—¿Y si te mueres antes de que llegue la ambulancia?

—Entonces tú probablemente tampoco habrías podido ayudarme.

Jonathan parece perturbado por la idea. Aparentemente, el tipo es tan controlador que la idea de que yo muera sin que él pueda hacer nada parece arruinarle la vida.

—Yo te llevo.

Mierda. Es bastante generoso por su parte (me ahorraría tiempo, dinero, molestias y un riesgo real de caer muerto con sangre brotando de mis orejas), pero decir «no, gracias, prefiero ir solo porque sí» sonará increíblemente sospechoso.

—Voy a buscar un árbol de Navidad después, así que probablemente no valga la pena que te

molestes. Estoy seguro de que tienes cosas planificadas y no quiero que reorganices todo tu día.

Revisa su teléfono, es uno de esos plegables que te dejan escribir en la pantalla.

—Bueno, tendré que hacerlo, ¿verdad?

No sé si está genuinamente ofendido o intenta estarlo. Y es extraño no estar seguro de eso. Porque si no está ofendido, significa que de verdad quiere acompañarme y no sé qué pensar de eso.

—No. Tienes la cosa esa de la ubicación, voy a encontrarme con tu padre y tu abuelo, así que, si empiezo a sentirme un poco raro, te llamaré.

No me escucha. Ya está enviando correos y reprogramando reuniones.

—Espera ahí.

—¿Cuál es la palabra mágica?

—Sam —suspira—. ¿Puedes *por favor* esperar ahí mientras voy a por mi portátil?

Es bueno saber que el viejo Jonathan adicto al trabajo no ha desaparecido por completo.

—¿Para qué necesitas tu portátil? ¿Vas a tener una videoconferencia entre árboles de Navidad?

—No tengo que seguirte por todos lados. Puedo seguir trabajando mientras tú estás dentro y después te paso a buscar; ¿dónde vas a quedar con mi familia?

La pregunta queda flotando en el aire un segundo.

—Portobello Road.

Me mira como si dijera «es obvio» y va a buscar su portátil. Está bastante callado durante el viaje, quizás incluso un poco inquieto por todas las duchas que se están vendiendo sin él, pero se relaja un poco cuando logra aparcar detrás de un Budgens y dejarme ir a ver a un tipo para un local.

—Si no vuelvo en media hora —le digo—, envía a los perros.

—No eres gracioso.

Sonrío de una manera que espero que diga «lo soy, y tú lo sabes», y luego me marcho para ver el local.

El encargado me encuentra abajo y me explica la disposición. Tienen varias salas. Algunas grandes, otras pequeñas, algunas caras, otras mucho más caras y, honestamente, estoy un poco perdido intentando revisarlas, pero me da un folleto y me deja deambular por el lugar.

Bastante confiado de que Jonathan no va a entrar y verme en toda mi gloria sin amnesia, abro FaceTime. Tiff, que parece haberse designado a ella misma como la encargada de la sucursal de Sheffield en mi ausencia, me mira con más entusiasmo del que creo que jamás he visto en ella.

—Muy bien. —Giro el teléfono alrededor del salón elegante con techo abovedado y candelabros reacondicionados con la nueva iluminación eléctrica—. ¿Qué te parece?

—¿Cuántos caben? —pregunta.

Reviso la lista.

—Doscientos.

—No es tan grande.

Sigo cayendo en trampas como esa, pero me preocupa que, si dejo de hacerlo, empezaré a caer en otro tipo de trampas.

—¿Cómo es que no es tan grande si solo somos ciento cincuenta?

—Son doscientas personas de pie. La gente tiene que poder sentarse. Incluso si puedes hacer que Jonathan cambie de opinión sobre lo de las mesas…

—No lo hará —le aseguro—. Ya lo intenté.

—Entonces necesitas la mitad del salón para las mesas y si también quieres una pista de baile, que es el caso, tienes que tener la otra mitad para eso. Necesitarás algo que sea casi el doble de grande.

Se ve bastante grande desde donde estoy y la idea de que sea todavía más grande me pone nervioso. Consulto el folleto.

—Creo que tienen una sala más grande.

Tiff me mira con un silencio sepulcral durante más tiempo del que una persona razonable consideraría apropiado antes de añadir:

—Bueno… ¿me llevas ahí?

Resulta que el salón más grande es *desquiciadamente* grande. O sea, tiene toda una estructura gigante para la iluminación, tan grande como una maldita galería. Muevo el teléfono para mostrarle el lugar a Tiff y hace sonidos de aprobación.

—Sí —dice—, esta está bien.

—¿No es un poco demasiado?

—Sam, es una fiesta de Navidad. Es una celebración donde la gente cuelga luces en cosas que por lo general no llevan luces y pone renos gigantes de plástico en su jardín. Que sea un poco demasiado es *lo suyo*.

Giro el teléfono para mirarla. Tiene esa cara de «no sabes qué estás haciendo», que es bastante normal en ella y yo usualmente se lo atribuyo a su aire adolescente, pero hoy parece más directa que de costumbre.

—¿No hay…? ¿No existe un límite por una razón? O sea, este maldito lugar tiene paredes de mármol. No creo que quiera organizar una fiesta de Navidad en un lugar con paredes de mármol. Probablemente venga Brian. Y Brian no es un tipo de paredes de mármol.

—Les estás pidiendo que viajen más de trescientos kilómetros para pasar un tiempo que no tienen con gente que no les gusta de un trabajo que no les importa…

—Ey. —No voy a tolerar eso, el trabajo puede ser monótono, pero seguimos siendo un equipo —. A mí me importa mi trabajo. Y espero que a *ti* también te importe porque no olvidemos que

estoy aquí *fingiendo tener amnesia* para proteger tu trabajo para que puedas seguir pagando tu curso de peluquería y belleza.

—Cierto, pero —se muerde el labio—, ¿el hecho de que esté haciendo ese curso no deja claro que quiero hacer otras cosas con mi vida?

Sí. Y probablemente tenga razón, pero estoy seguro de que la mayoría de las personas que trabajan en ventas en el gremio de los baños y las camas no lo hacen por pasión por las colchas y los hidromasajes.

—Vale, ¿y eso significa que quieres estar en un salón con paredes de mármol?

—Significa que, si mi jefe rico me va a arrastrar hasta Londres para poder mostrarme lo agradecido que está por mi duro trabajo, al menos puede reservar un salón agradable. Además, no tenemos otra opción.

Tiene razón con eso. Porque aparentemente reservar un lugar para celebrar una fiesta de Navidad en Londres es mucho más difícil, y mucho más molesto, de lo que había creído. Entonces busco al encargado y le pregunto cuánto cuesta el salón lujoso con la galería y las paredes de mármol, y me dice ochocientas libras, lo cual me parece bastante razonable, y luego me aclara que son ochocientas libras por *hora*, lo cual supongo que no lo es.

Llevo a la Tiff virtual a un rincón.

—¿No es demasiado? —le pregunto.

Por primera vez parece tan despistada como yo.

—Sí. Pero… No sé, es Londres. Probablemente no puedas alquilar un retrete por menos de trescientos dólares la hora en Londres.

Tiene razón. Londres es, para los estándares de cualquier persona razonable, lo peor.

—Tenemos un presupuesto de ciento cincuenta libras por persona. ¿Cuánto tiempo vamos a necesitar la sala?

—Como la gente va a tardar al menos tres horas en llegar ahí, yo creo que bastante. Quizás desde las siete hasta las doce para la fiesta, algunas horas para arreglarlo todo antes. ¿Ocho horas quizás?

Nunca se me han dado bien las matemáticas, así que minimizo a Tiff y pongo ocho por ochocientos en mi calculadora. Después seguro que pongo una expresión rara, porque escucho a Tiff riéndose de mí.

—Es mucho —le digo.

—Jonathan puede pagarlo. Debe cagar dinero.

Sí. O sea, no literal, sino figuradamente. Su casa es la clase de lugar donde vivirías si cagaras una cantidad bastante decente de dinero.

—El presupuesto es ciento cincuenta por cabeza.

—Y si te pasas —vuelvo a Tiff justo a tiempo para atraparla levantando los hombros

despreocupada—, ¿qué va a hacer?

—Va a decir «Sam, sabía que eras pésimo con los presupuestos, estás despedido y tu sucursal está cerrada».

—Y si gastas menos —tiene un destello de confianza en sus ojos que estoy seguro de que yo también solía tener a su edad—, entonces dirá «ves, tomar atajos funciona, ahora despide a la tía del pelo raro».

Puede ser. Es la clase de cosa que haría.

—Si ayuda, estoy bastante seguro de que quiere que Brian sea el primero en irse.

No ayuda. Y a pesar de que Tiff me meta prisa para que reserve el maldito salón, le digo al encargado que estoy mirando otras opciones y vuelvo al coche.

Encuentro a Jonathan escribiendo furioso en su portátil, haciendo lo que sea que hace cuando no está en la oficina, pero siente la necesidad de matarse trabajando igualmente.

—¿Y bien?

—Es una opción.

—Tienes que reservarlo rápido o lo van a coger.

No creo que me esté provocando a propósito, pero creo que pude haber perdido la capacidad de darme cuenta. Y habiendo tenido a Tiff en una oreja y ahora teniéndolo a él en la otra siento la necesidad de cambiar de tema.

—¿Quieres buscar un lugar para almorzar?

Y, para mi sorpresa, dice que sí.

***

No estoy del todo seguro de si Jonathan va a llevar su portátil, pero no lo hace. Lo guarda debajo del asiento, donde queda fuera de la vista, y empezamos a caminar por la calle en busca de algún lugar donde comer. Considerando que no somos especialmente amigos, la dinámica de jefe/empleado quedó borrada cuando me provocó una conmoción, le mentí sobre tener amnesia, y me mudé a su casa, todo el tema de «¿A qué clase de restaurante vamos?» resulta muy incómodo. Lo resolvemos entrando al primer lugar que encontramos que no dice a gritos «lugar obvio para tener una cita».

Resulta que es una pizzería que hace pizzas a la piedra con francamente todas las variedades típicas del centro de Londres. En resumen, poco pepperoni, mucha rúcula. El interior del lugar es casi rústico, lo que sería agradable si no fuera porque me recuerda que es lo más rústico que se puede ser en Shoreditch. Está lo más alejado del campo como le es posible en Inglaterra. En todo caso, la atmósfera de «definitivamente no es una cita» queda un poco destrozada cuando nos llevan a un cubículo en un rincón y me doy cuenta de que voy a tener que pasar una buena hora

mirando a Jonathan Forest a los ojos por encima de una mesa de madera delicadamente decorada.

De hecho, tiene unos ojos tan agradables que me irrita. O quizás solo resaltan porque todo el resto de él es tan particular.

Durante un rato, evitamos interactuar escondiéndonos detrás de los menús recién impresos en hojas A3. Las opciones son bastante acotadas, pero, después de ver *Pesadilla en la cocina de Ramsay*, lo tomo como una buena señal porque significa que están especializados y deberían cometer menos errores, aunque sí me fastidia un poco hacer ver que lo estoy leyendo.

—Casi me veo tentado —le digo cuando empieza a sentirse que el silencio pasó de ser demasiado agradable a lo opuesto— a pedir la pizza de carne de wagyu, solo porque no creo que vuelva a tener oportunidad de pedir una pizza de carne de wagyu.

Jonathan baja el menú ligeramente.

—¿Quieres una?

El problema con la actitud incesantemente negativa de Jonathan es que puede ser bastante divertida cuando está dirigida a cosas que no son yo. No es un hombre cuyo vaso está medio vacío, es un hombre que quiere saber por qué le diste un vaso cuando pidió la botella.

—Bueno, no, pero esa es la razón por la que la pediría.

—Empiezo a ver por qué… —Se detiene y estoy un noventa por ciento seguro de que iba a decir «por qué te despedí», pero luego recuerda que se supone que yo no sé nada de eso. Además, quizás también entendió que no es lo más adecuado para decirle a una persona en una pizzería *bijou* en Shoreditch.

—¿Por qué qué? —pregunto, porque a veces quiero torturarlo.

—Por qué… —termina con valentía— me preocupaba darte el control del presupuesto de la fiesta.

—¿Porque quiero probar un nuevo sabor de pizza?

—Porque… —se inclina sobre la mesa— gastarás treinta y dos libras en algo que ni siquiera crees que te gustará solo por la experiencia.

—A veces, por si no lo sabías, cuando pruebas cosas que no crees que te gusten, no son tan malas como creías.

—Y a veces —dice con brusquedad—, son exactamente tan malas como creías.

Perdí la pista de si seguimos hablando de pizzas, pero cada vez que intento tener una conversación con Jonathan Forest, me recuerda por qué no tener amigos es un círculo vicioso.

—Mira, la voy a pedir igual.

—Te das cuenta de que cada pizza trae ocho porciones. ¿Vas a pedirte una pizza de ocho porciones para el almuerzo?

Mierda. Vamos a tener que dividirla. Vamos a tener que comer una pizza de carne de wagyu

como en *La dama y el vagabundo* que ninguno de los dos quiere comer.

—¿Y si hacemos mitad y mitad?

—No voy a comerme media pizza de carne de wagyu.

—Ah, vamos. —Pongo mi mejor voz de persuasión—. Así tendrás algo de lo que quejarte. Te encanta quejarte.

—Sam, vives en mi casa y estás intentando organizar la Navidad para mi familia. ¿De verdad crees que tengo pocas cosas de las que quejarme?

—Verás —señalo—, la mayoría de las personas estarían agradecidas por eso.

—No, la mayoría de las personas fingirían estar agradecidas por eso mientras te odian en secreto.

Hace una semana eso me habría molestado, pero ahora simplemente me parece un poco gracioso. Doble mierda, quizás sí tengo el síndrome de Estocolmo.

—Bueno, no estás fingiendo estar agradecido, así que no debes estar odiándome.

—Tienes razón, no te odio. Casémonos.

Probablemente no hable bien de Jonathan y de mí que no sé si está intentando coquetear conmigo, hacerme reír o simplemente ser muy insultante. Sea como sea, antes de poder encontrar una respuesta para incomodarlo, el camarero se acerca y nos pregunta si ya estamos listos para pedir.

—Vamos a pedir la de carne de wagyu —le digo—. Una para los dos.

—De ninguna manera —dice Jonathan de inmediato.

—Ignóralo, está de pataleta.

Todavía en ese extraño límite entre estar fastidiado y participativo, Jonathan mira enfadado al camarero.

—¿Parece que tengo una pataleta?

El mozo da un paso hacia atrás con una leve sonrisa incómoda.

—Si estuvieras en mi lugar, ¿cómo responderías esa pregunta?

Jonathan suspira.

—Buena observación.

—Lo que muchas otras parejas hacen —dice el mozo— es pedir mitad y mitad.

—No somos pareja —decimos Jonathan y yo a la vez, lo cual honestamente no es la mejor manera de dejar claro que no somos pareja.

—Pero sí —continúa Jonathan—, probablemente sea la mejor opción. Pediremos mitad carne de wagyu y mitad margarita.

—Ah, vamos —protesto—. Tienes que estar bromeando.

—La margarita no tiene nada de malo.

—Claro que… —Me doy cuenta de que el camarero sigue esperando, probablemente por las

bebidas, así que pido una Coca-Cola y Jonathan un agua—. Claro que la margarita no tiene nada de malo —continúo cuando el camarero se va—. Pero tampoco tiene nada de *bueno* porque una margarita es una pizza sin nada. Es solo un sándwich de queso y tomate con varios pasos extras.

—El sándwich de queso y tomate no tiene nada de malo.

Ahora estoy seguro de que lo está haciendo a propósito.

—Sí cuando pagas veinticuatro libras en un restaurante en Shoreditch.

—Tú elegiste el sitio.

—Tú eres el que vive en un lugar que te cobra treinta libras por una pizza.

Me desconcierta un poco cuando se irrita y no de la manera a la que estoy acostumbrado, que no es exactamente juguetona, pero es lo más cercano a eso que parece llegar.

—¿Podemos dejar de lado —cambia repentinamente a su acento de Sheffield— la rutina de «eh, caray, Londres es lo peor»?

Abro mucho los ojos.

—Solo digo que las cosas son un poco caras aquí. Porque es verdad.

—Sí, sí. —Frunce el ceño más pronunciadamente—. Todo es caro. La gente no es amable. El suelo es demasiado plano y el cielo tiene el tono incorrecto de gris. He escuchado todo esto antes. Pero, a pesar de eso, diez millones de personas eligen vivir aquí.

Hay una parte genuina de mí que cree que esos diez millones de personas están muy *muy* equivocadas. O al menos no saben lo que hacen. Pero tengo el presentimiento de que terminará mal. Decido dejarlo pasar, en nombre de la armonía y de que no despidan a nadie, pero después de quedarnos ahí sentados en silencio unos buenos minutos, tengo que admitir que no soy capaz de dejarlo pasar. Más bien me quedo preguntándome en silencio y quizás teniendo una de esas discusiones internas como cuando alguien en la tele dice algo con lo que no estás de acuerdo.

—Espera un segundo —empiezo. Bueno. Reinicio—. Creí que este lugar no te hacía sentir bienvenido. Con todo eso de los hijos de las estrellas del rock y los estudiantes de Literatura y eso.

—No digo que sea perfecto. Es solo que estoy cansado de escuchar a la gente del norte decir lo mejor que son las cosas en un lugar que abandonaron por una buena razón.

—Jonathan —digo gentilmente—. No quiero meter la pata ni nada, pero ¿estoy en lo cierto al pensar que no estás hablando de mí ahora? Recuerdas que todavía vivo allí, ¿verdad? Y volveré en cuanto se me pase todo esto de la amnesia.

—Ya vi el lugar donde vives, Sam. Y no entiendo qué tiene el norte para ofrecerte.

Que me parta un rayo, tiene razón, y no siempre sabe que tiene razón.

—Eh, no tengo ni idea de por qué mi apartamento estaba así. Podría estar en un programa de protección de testigos. O podría ser algo temporal. Pero, si viviera en Londres, no podría pagar un lugar tan lujoso como ese.

Su ceño fruncido se convierte en una expresión de molestia. Una expresión que parece estar destinada a permanecer un buen rato.

—Primero, podrías. Tu apartamento es horrible. Segundo, en Londres tienes mejores oportunidades. Al menos las tendrías si tuvieras la iniciativa de tomarlas.

—No todos son millonarios en Londres.

El camarero vuelve nervioso con la pizza. Estoy seguro de que todavía cree que somos pareja. Solo que ahora cree que somos una pareja que tiene problemas domésticos.

—Gracias —dice Jonathan y toda la hostilidad desaparece de su voz de inmediato. Y me sorprende que pasar de estar furioso con una persona a ser amable con otra de un segundo a otro es una habilidad altamente específica que agradezco no haber sentido la necesidad de desarrollarla nunca.

—Su pizza —dice el camarero—. Mitad margarita, mitad carne de wagyu secada al aire, *crème fraîche* de trufa, cebollas cipollini y salsa verde. ¿Necesitan algo más?

No, así que se va. Y nos quedamos mirándonos por encima de la que es, francamente, demasiada pizza por la que estamos pagando, francamente, mucho dinero.

—Ya sé —noto por su tono que intenta mostrarse conciliador y noto por mi experiencia que no va a ser muy bueno en esto—, que no todos en Londres son millonarios. Soy un cretino, no un idiota. Pero yo logré prosperar en esta ciudad de una manera que mi familia nunca pudo en Sheffield.

Dios, es un hombre contradictorio. Con razón está gruñón todo el tiempo.

—Si Sheffield vale tan poco, ¿por qué abriste una tienda ahí?

Se queda en silencio un largo rato.

—Por sentimentalismo.

Luego se corta una porción de su pizza superaburrida y se la come sin hacer ningún otro comentario.



CAPÍTULO QUINCE

Encontrarnos en Portobello Road tenía mucho sentido cuando iba a venir por mi cuenta en el metro y caminando, pero tiene mucho menos sentido cuando somos Jonathan y yo en su coche, que tiene que meter en un aparcamiento privado por cuyo precio incluso él se habría quejado de no ser porque acabamos de discutir exactamente sobre esa clase de cosa.

Para empeorarlo todo (y no voy a admitirlo porque se va a poner muy preocupado o al menos controlador), estoy un poco cansado y es un nivel de cansancio del que ya no puedo convencerme de que no tiene nada que ver con la conmoción. Así que probablemente sea algo bueno que Jonathan esté conmigo. No creo que vaya a desmayarme ni nada por el estilo, pero la gente se aparta de su camino. Incluso los londinenses se apartan de su camino y esos tipos ni siquiera se detienen por un camión. Me da vergüenza admitirlo, pero me hace sentir un poco seguro, aunque, dado que él es la razón por la que tuve la conmoción en primer lugar, quizás podría ser el síndrome de Estocolmo otra vez. Cualquiera que sea el caso, gracias a él no me empujan de un lado a otro en un lugar que, de cualquier modo, está bastante abarrotado.

La mayoría de las ciudades, en mi experiencia, tienen ciertas partes a las que solo vas si eres *realmente* de ahí o *realmente* no, y Portobello Road es una de esas. Jonathan me guía a través de un mercado callejero lleno de puestos coloridos repletos de turistas que compran basura con la bandera del Reino Unido y londinenses de mirada fría que regatean ferozmente los precios de unas tazas de té. Sería bastante abrumador aunque no tuviera una conmoción, porque, si bien ni Liverpool ni Sheffield son lo que se podría llamar pueblos pequeños, Londres tiene una *londinidad* tan intensa que te gusta o no, y a mí definitivamente no.

No es que no lo aprecie. Hay algo atemporal aquí, las fachadas de las casas pintadas como un

arcoíris, las tiendas y los pubs rebosantes de personas sumidas en un caos alegre. El asunto es que no se siente como un hogar. Por otro lado, como sigue diciendo Jonathan, nada se siente como un hogar últimamente.

Por suerte, Jonathan sabe exactamente a dónde va y nos abrimos paso entre puestos de chucherías, exhibidores de bufandas y cajas de verduras y frutas frescas, hasta que vemos a Del en medio de la que parece ser una conversación muy seria con un hombre en un puesto de antigüedades. Los dos llevan boinas y chaquetas de vellón azules e idénticas.

—Vernon —está diciendo Del—. Vern. Amigo. ¿Cuándo te he hecho tomar una mala decisión?

Vernon-Vern-Amigo se cruza de brazos.

—Todo el tiempo, amigo. —Tiene un leve acento jamaicano bajo una gruesa capa de acento londinense.

—Mira, te juro que no sabía que los relojes eran… Ey, Jonathan. —Se gira hacia nosotros, sonriéndonos—. Vern, ¿recuerdas al hijo de Wendy? Jonathan. El que tiene tres tiendas enormes en tres ciudades diferentes.

—No —sonríe Vernon—, nunca escuché hablar de él porque nunca lo mencionaste. —Levanta el brazo y le estrecha la mano a Jonathan con firmeza—. Me alegro de volver a verte. ¿En qué andas?

Jonathan se ve diferente, no emana precisamente calidez, tampoco es la clase de persona que llevarías a una fiesta y no esperarías que la arruinase, pero muestra su mejor cara. Como cuando tienes seis años y visitas a un amigo de la familia.

—Trabajando, hay muchos temas administrativos ahora. En muchos sentidos echo de menos ensuciarme las manos.

Eso hace que Vernon ría con fuerza, una risa nostálgica, y luego pasa un brazo sobre el hombro de Jonathan y se vuelve hacia mí.

—Este muchacho —dice, señalando a Jonathan y sonriendo—, cuando tenía catorce, solía venir aquí y ayudarme en el puesto y puedo jurar que podía venderle lo que fuera a cualquiera.

Jonathan casi se sonroja.

—Solo era muy insistente.

Por lo que sé, todavía lo es. Y quizás no siempre sea algo malo.

—No lo sueltes —me dice Vernon—, es un gran partido.

—De hecho, él no… —empiezo, pero no logro terminar porque Barbara Jane, usando otro par de gafas de sol gigantes y un jersey rojo que pone «Feliz Navidad, inmundo animal», aparece entre la multitud y empieza a abrazar a todos indiscriminadamente.

—Vern —grita—, han pasado tantos años.

—Lo sé y de algún modo no parezco tener más de veinte. Bonito jersey.

—Gracias. —Se sujeta el cuello—. Nueve con cincuenta en un puesto por ahí. —Señala detrás de ella—. Pedía doce, pero logré que lo bajara.

Del le da una palmada en la espalda.

—Buena muchacha. Aunque si hubieras ido a Crissy habrías conseguido que lo bajara a ocho si hubieras insistido. Ahora —se gira hacia Vernon—, sobre la cristalería…

Con una expresión de gran escepticismo, Vernon levanta un decantador de cristal tallado y lo gira en sus manos.

—Si esto es victoriano, Del, yo soy un maldito escocés.

—Buena observación. *Puede ser* eduardiano.

Vernon mira con detenimiento las marcas en el objeto de cristalería ambiguamente antiguo.

—Estoy bastante seguro de que es de Debenhams.

—¿Y? Debenhams estuvo abierto cientos de años hasta que cerró.

—Creo que los venden en su página web *hoy*.

—Diseño clásico.

No vi llegar a Les, pero ahora sí.

—Del —dice en voz baja—, deja de intentar venderle cristalería dudosa a Vernon. Tenemos que pasar a buscar el árbol que compraste sin decirnos nada.

—Estaba en oferta y la cristalería está bien. —Del sigue hablando principalmente con Vernon —. Piénsalo, te veo mañana.

Vernon hace algunos ruidos muy evasivos sobre que lo va a pensar y luego los miembros de la familia de Jonathan avanzan por la calle hacia una camioneta blanca aparcada en un espacio que probablemente está reservado para el dueño de algún puesto. Como Jonathan y yo somos un poco más lentos que los demás, los asientos delanteros quedan ocupados enseguida y nos metemos en la parte de atrás, sentados uno enfrente del otro sobre unos asientos sin cinturón. Hay toda clase de cosas en el suelo. Cajas y cajas de *cosas*, y todas ellas, estoy seguro, pronto se venderán a sobreprecio.

—¿Puedes —dice Les cuando arrancamos— dejar de lado la rutina de vendedor mientras organizamos la Navidad?

—¿Qué te parece si no te metes en mis cosas y yo no me meto en las tuyas?

—No lo harás, ¿verdad?

—Vaya, no es *agradable* —dice Barbara Jane, no exactamente gritando, pero con la habilidad de su madre de hacerse escuchar cuando tiene que hacerlo— tener reunida a la familia. ¿Cuándo fue la última vez que fuimos a comprar un árbol juntos, Johnny?

—Más de una década —contesta Jonathan, que también parece querer evitar una discusión—. Te acercabas a la fecha del examen final.

—No, me lo salté ese año porque estaba… —mira de lado a su padre—, *repasando*

muchísimo.

Jonathan hace esa mueca con la boca que es casi una sonrisa.

—Creí que era porque habías ido a una de las fiestas de droga y sexo de Abigail.

—Deja de decir tonterías. Abigail no hacía fiestas de droga y sexo. Ella organizaba la fiesta y la gente *casualmente* tomaba droga y *casualmente* tenía sexo.

—¿No os parece —dice Les— que podríais hablar menos sobre fiestas de droga y sexo en frente de vuestro padre y vuestro abuelo?

—*Yo* no estaba hablando de fiestas de droga y sexo —insiste Barbara Jane—. *Johnny* estaba hablando de fiestas de droga y sexo. *Yo* estaba hablando sobre lo agradable que es tenernos a todos reunidos haciendo algo como una familia.

Me parece un poco extraño estar incluido en *como familia*, dado que soy un completo extraño y todo eso. Pero como Jonathan y Barbara parecen disfrutar de este patrón de discusión mientras avanzamos por Londres, me siento casi relajado, como si fuera tan familiar para mí como para ellos. Como si perteneciera a este lugar, aunque no fuera el caso.

***

El lugar donde aparentemente vamos a buscar el árbol está bastante alejado de la ciudad, una granja con acres y acres de árboles silvestres y retroexcavadoras adecuadas para transportarlos. Y, mirando a mi alrededor, entiendo lo que eso significa. Los árboles aquí van de muy grandes a demasiado grandes a increíblemente colosales. Y cuando nos detenemos al final de una entrada larga para vehículos, no me parece haber visto ninguno que quepa en una sala de estar.

Del se baja de la camioneta y se acerca corriendo para saludar a otro tipo con boina, con una barba blanca y el cabello atado en una cola de caballo corta.

—¿Tienes uno bueno para nosotros? —pregunta.

—El mejor —dice el tipo de la coleta. Y nos lleva hacia un árbol ya cortado y envuelto en una red que definitivamente mide como seis metros.

—Precioso —dice Del—. Perfecto. Vamos, Jonathan, Sam, echadnos una mano.

El resto simplemente lo miramos.

—¿No es —intento— un poco alto para el salón?

Barbara Jane se ajusta sus gafas de sol increíblemente imprácticas ahora que la luz empezó a bajar.

—Es más alto que la casa.

—Solo hago valer nuestro dinero. —Del, ya sea por orgullo o por una genuina incapacidad de ver cuál es el problema, no cede en su entusiasmo por el árbol de seis metros.

—Solo lo mejor para un amigo —dice el tipo de la coleta.

Les, sin embargo, no lo va a dejar pasar.

—Ni siquiera entra en la camioneta.

—Lo pondremos arriba. —Claramente, Del no tiene tiempo para discutir sobre un árbol de Navidad—. Lo podemos meter por atrás.

—Ah, sí —dice Barbara Jane, sonriendo con picardía—. Justo lo que necesita la Navidad, que alguien meta algo por atrás.

Jonathan avanza. Debo reconocer que es un tipo bastante práctico.

—Tenemos que hacerlo entre todos. ¿Quizás tres al frente y dos atrás?

Para mi completa falta de sorpresa, Del accede como si no midiera uno sesenta y tuviera setenta años. Me siento un poco reacio a intentar levantar un árbol sin entrenamiento ni supervisión, pero supongo que si no lo hago se va a lastimar. Desafortunadamente, lo único que logramos hacer los tres es girar esa cosa de lado. No esperas que un árbol de Navidad sea tan pesado, salvo cuando te das cuenta de que es un árbol de verdad.

—Les —grita Del—. Barbara J. ¿Qué hacéis ahí parados?

Barbara Jane levanta sus gafas sobre su cabeza.

—No puedo hablar por papá, pero lo que yo estoy haciendo es mirar cómo tres idiotas intentan meter a un abeto de Douglas entero en una furgoneta.

—Bueno, si vosotros dos nos echáis una mano, seremos cinco idiotas —contesta Del.

Y tiene su punto, supongo, aunque personalmente hubiera preferido que abordara el tema de los idiotas de otra manera.

—Del —dice Les con su tono tranquilo otra vez. Y es entonces que empiezo a entender que es una calma que reviste algo que no es exactamente aterrador, sino profundo—. Solo piénsalo. Un segundo.

Del suelta el árbol para discutir, lo que significa que Jonathan y yo lo tenemos que soltar muy, muy rápido.

—Lo he pensado. Y lo que he pensado es que puede que no esté aquí la próxima Navidad…

—Abuelo —dice Jonathan, cansado—, vas a vivir más que cualquiera de nosotros y lo sabes.

—Como tú digas —dice Del, que no parece ceder—, es la primera vez que estamos juntos como familia desde hace años, con Barbara J. en Estados Unidos y Jonathan siempre ocupado y Theo y Kayla pasando la Navidad con sus padres, y quería hacer algo especial. Y tú, muchacho —mueve un dedo de arriba abajo; nunca es una buena señal cuando alguien empieza a mover el dedo de esa manera—, lo estás estropeando.

Les no parpadea.

—No. Va. A. Entrar. En. La. Casa.

—Está bien. Lo cortaremos.

—Entonces, ¿quieres celebrar —pregunta Les— una Navidad especial y familiar que no

tenemos desde hace años con un árbol sin cabeza?

—Funcionará —insiste Del—, si lo hacemos funcionar. En lugar de quedarnos llorando y poniendo excusas.

Hay un largo silencio. Lo suficientemente largo como para darme cuenta de lo horribles que quedan los árboles de Navidad en la oscuridad, como si fueran gigantes malvados que intentan estrangularte. Y también lo suficientemente largo como para entender que hay un trasfondo en todo esto al que no quiero acercarme.

Luego Jonathan dice:

—Vamos, papá. Podemos resolverlo cuando lleguemos a casa —también suena cansado. Casi decepcionado.

Nos lleva media hora de sudor y esfuerzo poner el árbol en el techo y atarlo como a James Bond en *Goldfinger*. Pero la primera vez que lo subimos, lo hacemos de la forma incorrecta, y toda la parte de arriba tapó todo el parabrisas, entonces tenemos que rotarlo para que el tronco quede al frente y la parte de arriba cuelgue por atrás, tanto que prácticamente toca la calle. Honestamente, con las ramas que salen en todas direcciones sobre el techo, incluso a pesar de la red que intenta valerosamente sujetarlo, es como si toda la camioneta hubiera sido devorada por un Ent. O, como diría mi madre, por un Ucorno, que son los árboles reales, en lugar de pastores de los árboles.

—Es muy peligroso —dice Barbara Jane—. Me encanta.

Del golpea un lado de la camioneta con confianza.

—No es peligroso si sabes lo que haces.

Creo que probablemente se equivoca con eso. La única pregunta que tengo en mi mente mientras nos subimos, abriéndonos paso por un bosque de agujas de pino, es si todo esto va a volcar o nos van a arrestar. Afortunadamente, la camioneta tiene un centro de gravedad bastante bajo y más de una década del desfinanciamiento de los Tory significa que la policía metropolitana no tiene la capacidad para detenernos. Entonces, por un milagro de Navidad francamente injustificado, llegamos a la casa de Jonathan intactos y sin un árbol confiscado por ser un peligro para la seguridad pública.

Estoy un poco mareado cuando me bajo y ansío bastante tirarme en el sofá e intentar en vano tentar a Gollum para que se empiece a preocupar por mí de una maldita vez. Pero tenemos un árbol gigante con el que lidiar y no quiero decepcionar a nadie.

—Estás hecho una mierda —dice Jonathan, encantador como siempre.

—Gracias —respondo.

—No, yo… —Frunce el ceño—. Tienes mal aspecto. Deberías entrar y descansar.

—¿Qué? ¿Y enviar al gato a ayudarlos con el árbol?

—Nosotros nos encargamos. Bajarlo será más fácil que subirlo.

Como de costumbre, no tengo ni idea de si está siendo agradable o muy condescendiente.

—No hay problema. Me sentaré cuando terminemos.

—Me empieza a preocupar que no terminemos hasta la próxima Navidad.

Por lo general, cuando Jonathan se refiere a «nosotros» se refiere a «él solo» o a «él y yo haciendo lo que sea que él quiera». Pero esta noche de verdad está hablando sobre un grupo de personas con un objetivo en común, del que formo parte. Incluso si el objetivo en cuestión es hacer entrar un árbol de Navidad de seis metros en una sala de tres metros como si estuviéramos en *Taskmaster*.

—Vamos —dice Del, señalándolos las ramas—. Ese parloteo no va a ayudar a bajar al bebé.

Barbara Jane mira la camioneta, luego la casa y otra vez la camioneta.

—No creo que el bebé quepa por la puerta.

—Podemos abrir la ventana de atrás —dice Jonathan—. Pero no se va a mantener de pie una vez que esté dentro.

Del está mucho más ocupado en su propia realidad.

—Lo inclinaremos un poco.

—*¿Cómo?* —pregunta Barbara Jane, que a estas alturas está hablando por todos nosotros. Excepto quizás por Les, cuya actitud parece decir «yo no tengo nada que ver con esto».

—Lo apoyamos contra la pared.

Casi a la vez, Les, Jonathan y Barbara Jane deciden que lo único que es más imposible que hacer entrar un árbol colosal en la sala de estar de Jonathan será convencer a Del de que no deberían intentar hacer entrar un árbol colosal en la sala de estar de Jonathan. Los cinco lo bajamos del techo de la camioneta y luego, ante la insistencia de Jonathan, dejo al resto para que lo entre a la casa mientras yo voy a preparar una ronda de té.

—Tuvo una conmoción muy grave —le recuerda Jonathan a su familia—. Así que no debería estar haciendo esto.

Intento decirles que la conmoción fue hace una semana y probablemente ya esté bien, pero no quiero insistir, en parte porque pasé de estar mareado a tambalearme, y en parte porque no quiero que me hagan preguntas sobre por qué la amnesia no se va. Afortunadamente, a nadie parece importarle, probablemente porque alguien dijo la palabra «té» y ya me están haciendo pedidos.

—Dos cucharadas de azúcar para mí.

—Leche, sin azúcar, gracias, Sam.

—Si puedes preparar café, sería fabuloso.

Voy a la cocina y pongo a hervir la tetera. Y luego me doy cuenta de que todavía no he preparado té en la cocina de Jonathan. Asumí que no tendría té porque no parece tener nada, pero cuando abro la alacena, encuentro una lata de café molido y una caja de bolsas de té Yorkshire a la mitad.

Entre la cocina abierta y la ventana que da al jardín, tengo una vista perfecta del árbol que están arrastrando por el frente. Desde dentro, parece más que un desastre. Del y Les sujetan la base, mientras Jonathan y Barbara Jane lo llevan desde el frente, pero el jardín de Jonathan fue diseñado para verse bien en folletos, no para que arrastraran un abeto noruego por ahí, y estoy bastante seguro de que sus flores no van a llegar vivas a la noche.

Preparo las tazas de té según las indicaciones que me dieron y, para mostrarme especialmente útil, abro la ventana francesa de atrás. Toma una discusión entre Jonathan y Barbara Jane para hacerlos entrar, pero finalmente lo logran. Excepto que cuando llegan al fondo de la sala, el árbol sigue entrando, como los banderines de la manga de un mago, y antes de que Les y Del entren con la base, la parte de arriba sale por la otra punta de la sala y entra en el estudio de Jonathan.

—Odio decir que os lo dije. —Les no suena como si, de hecho, odiara decir que nos lo dijo. En el mejor de los casos, suena neutral al decir que nos lo dijo.

—Está bien —dice Del, que logró escabullirse por la puerta y ahora está en una de las zonas relativamente pequeñas que no está completamente ocupada por el árbol de Navidad—. ¿Ese es mi té? Gracias.

Lo es y se lo entrego.

—Está bien —repite—. Compré uno grande porque es como siempre digo… ¿Cómo digo, Jonathan?

Desde dentro de su estudio, Jonathan trepa a la punta del árbol y sale para inspeccionar el daño.

—Dices muchas cosas, abuelo, pero creo que esta vez te refieres a «preferible que sobre a que falte».

—Exacto —dice Del, sonriendo—. Lo único que tenemos que hacer es cortarlo por la mitad.

Les lo mira como si creyera que es un plan terrible. Barbara Jane lo mira como si creyera que es un plan terrible, pero le encanta de igual manera. Y Jonathan, bueno, va a buscar la sierra. La cual no es exactamente la reacción que esperaba. Más bien esperaba que siguiera con una variante de su actitud de esto-es-ridículo, posiblemente convirtiéndola en sacad-esto-de-mi-casa. Quizás está demasiado agotado para discutir. O quizás fue la pizza de carne de wagyu.

O quizás solo, ya sabes, lo está intentando.

Lo que significa que quizás está funcionando lo que le dije a Claire. Influenciarlo y todo eso. Aunque no lo siento como creí que lo sentiría. Porque uno realmente no espera que un hombre como Jonathan Forest cambie. Y él… en parte… lo está haciendo por mí. Y bueno, no estoy seguro de merecerlo.



CAPÍTULO DIECISÉIS

Sacaron el árbol y encendieron las luces del jardín para poder ver qué estaban haciendo, y yo me retiré a la cocina para preparar algunos sándwiches porque parece que va a ser una noche bastante larga. Barbara Jane me acompaña, ya que, si bien tengo la sensación de que es una persona práctica, hay tres generaciones de su familia afuera intentando cortar un árbol de Navidad de la manera menos navideña posible, así que supongo que se siente un poco superflua.

—¿Siempre son así? —pregunto.

—Casi siempre. —Está bebiendo una taza de café negro y los mira con una energía del tipo mejor-ellos-que-yo—. A veces creo que es algún tipo de masculinidad tóxica y otras creo que solo somos un montón de cretinos.

Afuera, veo a Jonathan y Del discutiendo por quién va a encargarse de cortarlo. Espero que gane Jonathan porque creo que se vería bien haciendo trabajo manual. Le daría algo donde dirigir su hostilidad.

—Entonces —dice Barbara Jane pasando a un tema completamente diferente—, ¿cómo os conocisteis Jonathan y tú?

—Ya te lo dije, no estamos saliendo, trabajo para él.

Pronuncia el «ajam» más escéptico que he escuchado nunca y eso que escuché los «ajam» escépticos de Claire.

—En serio —le digo. Porque no hay nada más que convincente que decir «en serio» con una inflexión ascendente.

—Vives en su casa y él está tan preocupado por tu bienestar que te envió adentro en lugar de hacerte ayudarlo con el árbol. Eso es más consideración de la que ha mostrado a sus novios de

verdad.

—Creo que le preocupa que le mande a juicio.

Otra vez responde con «ajam».

—Estoy bastante segura de que tiene mejores abogados que tú.

Solo porque estamos a punto de entrar en un silencio incómodo y porque no estoy seguro de qué decir después y porque tengo una conmoción, digo:

—Entonces, ¿tuvo muchos? Novios, me refiero.

Eso la hace reír. Hay mucho en ella y en Jonathan que es tan parecido, pero la risa no es una de esas cosas.

—Ay, Dios, no. Un par, pero prácticamente está casado con su trabajo. Además, por si no lo has notado, es una basura de persona.

—Eh, tranquila, es tu hermano.

—Y por eso tengo permitido llamarlo basura.

—No está tan mal. —No sé por qué lo defiendo.

—Sam —esta vez dice «ajam» con los ojos—, es mi familia y lo quiero. Pero es exactamente así de malo. Es como Ebenezer Scrooge en los primeros dos tercios de *Cuento de Navidad*. Francamente, si no estás saliendo con él, entonces estoy bastante segura de que morirá solo.

—Suena muy melodramático.

Barbara Jane levanta las cejas y este gesto sí que es más de Jonathan que la risa.

—Por si no lo has notado, somos una familia bastante melodramática y yo soy uno de los miembros más melodramáticos. Desde que tiene once años le digo a Johnny que se va a morir en su oficina y lo va a encontrar el conserje a la mañana siguiente.

—Eso ha sonado un poco fuerte. —Una vez más, no sé qué estoy diciendo porque una semana y media atrás hubiera estado de acuerdo—. Y por lo que escuché, tu vida tampoco es tan color de rosa.

—Mi vida está *bien*, te lo aseguro.

—¿No te acabas de divorciar?

Ahora ríe otra vez.

—Lo cual es *extremadamente* bueno para mi vida amorosa.

En el jardín, Jonathan se ha quitado la chaqueta y ha empezado a serrar. Tenía razón, se ve bien haciéndolo.

—¿Estás absolutamente seguro —pregunta Barbara Jane con lo que se podría decir que es un tono insinuador— de que no estáis saliendo?

Así que le tiro los tentempiés y voy a lavar los platos.

Cortar el árbol lleva un rato y meterlo y levantarlo un poco más. Barbara Jane se acercó para alentarlos y/o molestarlos, y yo en mayor medida me quedo en la cocina, porque me siento un

poco cohibido. Al final, me llaman al salón para dar mi opinión.

Mi opinión, si soy completamente sincero, es que son una mierda. Y no quiero decirlo, pero, por la expresión en el rostro de todos, todos piensan lo mismo.

—Con algunas guirnaldas —dice Del—, quedará bien.

—Creo que el problema —dice Barbara Jane, mirando la escena con un ojo crítico— es que la parte de abajo de un árbol de Navidad es la parte menos interesante de un árbol de Navidad. Así que lo que tenemos aquí es un tetraedro triste de pino y ningún lugar para poner la estrella.

—Puedes poner la estrella en cualquier lugar —afirma Del, sobre la base de ninguna evidencia.

Jonathan está parado ahí, con los brazos cruzados, sudoroso y enfadado, lo cual no debería ser muy atractivo. Pero lo es.

—No voy a poner eso en mi salón. Es horrible y ridículo.

—Está bien, está bien —empieza a decir Del—. Nosotros…

Pero Jonathan lo interrumpe.

—No. Mañana a primera hora, voy a ir a buscar a alguien para que venga y saque esto y compraremos un árbol normal.

Es la respuesta correcta y lo más razonable, al menos si tienes el dinero de Jonathan, pero no creo que se dé cuenta de lo duro que suena. Y para ser un hombre beligerante, Del parece sorprendentemente destrozado. Y entiendo de donde viene porque, sí, esto es un fiasco. Es solo que, después de ir a buscarlo a ese lugar y traerlo hasta aquí, y cortarlo por la mitad con una sierra y meterlo en la sala y levantarlo y mover todos los muebles porque las ramas sobresalían demasiado, parece nuestro fiasco. Bueno, su fiasco.

No, nuestro fiasco. O sea, yo estaba ahí con ellos. Y entre una pizza con sobreprecio y un árbol de Navidad exageradamente grande, empiezo a pensar que tuve un muy buen día. Quizás el mejor día que he tenido en mucho tiempo. Y no quiero que termine con un viejo triste y un equipo de decoradores de interior.

—¿Qué tal si —sugiero— vemos cómo queda desde fuera? Quizás quede mejor a través de la ventana, en especial si lo imaginamos encendido.

Jonathan no parece estar de acuerdo (me preocupa que en cualquier momento nos vuelva a echar a todos de su casa), pero el resto parece estar sorprendentemente de acuerdo. O quizás no tan sorprendentemente porque son personas bastante dispuestas.

Marchamos hacia el desastre del jardín y nos paramos junto a la parte de arriba del árbol, desde donde miramos la parte inferior del árbol a través de la ventana francesa. Honestamente, no se ve mejor. Es como una pared verde triste con un gato confundido que lo mira con rechazo desde el otro lado de la sala.

Del suspira derrotado.

—Vale —dice—. Ya lo veo. Puede que no haya sido la mejor de las ideas.

Mis ojos deambulan hacia la parte superior de la casa. El cuarto en el que duermo está justo por encima de la sala de estar y tiene la misma clase de ventana.

—¿Qué tal si —digo— llevamos la otra parte y la ponemos en la habitación de arriba y luego ponemos la punta en el techo para que parezca que el árbol atraviesa todos los pisos de la casa?

Jonathan me mira de una manera que es difícil de describir. Es un veinte por ciento traición, un diez por ciento resignación, un treinta por ciento resentimiento y un cuarenta por ciento «¿De qué rayos estás hablando?».

—¿Tu solución para un árbol de Navidad exagerado es añadirle más árbol?

—Sí —digo—. Es el equivalente festivo a cuando una película es tan mala que termina siendo buena.

—Esto es como lo de la pizza de carne de wagyu, ¿verdad?

—Vamos, ¿qué tienes que perder?

—Tiempo —empieza a enumerar cosas con sus dedos—, dignidad y, ante la posibilidad de que se caiga el techo, nuestras vidas.

—Está bien —dice Barbara Jane. Empiezo a tener la sensación de que no va a ayudar—. Podemos hacer subir a Sam al techo y, si se cae, probablemente su amnesia se cure.

—Vete a la mierda, BJ.

—Creo que vale la pena intentarlo —decide Del—. Será una Navidad que nunca olvidaremos.

—En especial si uno de nosotros muere —agrega Barbara Jane.

Del se encoge de hombros.

—Yo probablemente no esté aquí el próximo año.

—Abuelo —dicen Jonathan y Barbara Jane al unísono—, dices eso todos los años.

Les parece haber estado pensando en esto todo este tiempo.

—Deberíamos intentarlo —dice—. Ya estamos aquí.

—Está bien. Iré a buscar la escalera. —Apartándose de la frente el cabello completamente despeinado, Jonathan gira sobre sus talones—. ¿Qué sentido tiene tener una casa si no dejas que tu familia la destruya?

—Ese es el espíritu —dice Del.

***

Me hizo sentir un poco culpable haber enviado a Jonathan y a su padre al techo, aunque intenté consolarme con la idea de que, si se caía y moría mientras luchaba con un árbol de Navidad, al menos no podría despedirnos. Pero bueno, venderían toda la empresa y acabarían despidiéndonos.

Después de muchos «un poco más arriba, un poco a la izquierda, no está bien alineado», nos reunimos en el jardín y contemplamos la ilusión.

—Debo admitir —dice Barbara Jane— que ha quedado mucho menos horrible de lo que esperaba.

Creo que no le hace justicia. Yo me arriesgaría a decir que está bastante bien. Colocaron las partes del árbol para que, visto desde fuera, pareciera una cosa enorme que empieza en el suelo, atraviesa el techo hasta el cuarto de invitados, mi cuarto casualmente, y sale por el techo como un mismísimo Godzilla festivo. Apuesto que se verá mejor cuando lo decoren, aunque eso significa que tendremos que sacar la escalera otra vez para ponerle la estrella en la parte de arriba.

—Lo veis —dice Del, haciendo un gesto triunfante como si este hubiera sido su plan desde el principio—. Os dije que lo resolveríamos. ¿No es mejor que una cosa insignificante comprada en John Lewis?

A Jonathan claramente le está costando horrores decir algo agradable sobre una de mis ideas.

—Es impactante. Y me ha impactado todo el día.

—Ha sido divertido, ¿no creéis? —pregunta Del.

Barbara Jane se pone de nuevo sus gafas de sol, aunque ya es completamente oscuro, y sonríe.

—Definitivamente una historia de árbol de Navidad de cinco estrellas. Casi tan divertido como el año en el que accidentalmente dejamos a Jonathan en el vivero y el abuelo no se dio cuenta hasta que pasamos Watford.

—O —dice Jonathan, contraatacando— el año que te arrestaron por robarle a Papá Noel.

—Solo asumí que, si tenía suficientes juguetes para todos los niños del mundo, podía separar algunos extras para mí.

—Tenías diecisiete años.

—Claro que no —dice Barbara Jane, enfrentándose desafiante a su hermano—. Tenía ocho. Solo intentas hacerme quedar mal frente a Sam porque te gusta.

Es un poco difícil darse cuenta en la oscuridad, pero creo que Jonathan se ha sonrojado notablemente.

—Claro que no. Sam no me parece para nada atractivo.

—Ey, gracias —digo.

Eso hace que Jonathan se incomode aún más.

—No lo decía… No digo que no lo seas… Trabajas para mí, Sam. No sería adecuado considerarte en una escala de cuán atractivo eres.

—Ey, gracias —repito.

La insistencia que le servía tan bien a Jonathan en el puesto del mercadillo y al comenzar su propio negocio también significa que no tiene ni idea de cuándo parar.

—Es un problema de las leyes laborales. Crearía un ambiente de trabajo hostil.

—Jonathan —le digo—, tú ya creas un ambiente de trabajo hostil. Eres un ambiente de trabajo hostil andante.

—Claro que no —gruñe Jonathan con hostilidad, mientras Barbara Jane observa con regocijo —. Ahora, largaos. Ya hicimos lo del árbol y tengo que ir a buscar mi coche a Notting Hill antes de que la tarifa del aparcamiento me deje en bancarrota.

—Creo que —dice Les, pasando un brazo alrededor de Barbara Jane— probablemente debamos irnos. Tu hermano está un poco cansado.

Jonathan empieza a gesticular. Creo que quizás está bastante cansado.

—No estoy cansado. Es solo que fue un día demasiado largo.

—Nos vemos pronto, hijo —dice Les.

Y la familia se marcha de una manera sorprendentemente alegre para ser un grupo de personas a las que acaban de echar. Jonathan, mientras tanto, va a llamar un taxi. Le ofrezco acompañarlo, pero lo rechaza de inmediato y, para ser honesto, me alegra que lo haga. Porque estoy agotado, hecho polvo y reventado.

Evitando la sala con el enorme árbol de Navidad, voy a la cocina y me preparo otro sándwich de queso para mantener las energías. Probablemente haya queso para tres sándwiches, contándome, y hago una nota mental de hacer otra compra de alimentos mañana para evitar depender de la comida para llevar. Mientras saco el pan, le preparo un sándwich a Jonathan y lo envuelvo en papel film para que se mantenga fresco si me quedo dormido antes de que regrese. Y sabe que lo tiene porque le envío un mensaje que dice Te he preparado un sándwich, pero no responde.

Luego me desplomo sobre el sofá y pongo a reproducir lo primero que aparece en mi iPlayer, que resulta ser una repetición de *Gavin & Stacey*. Gollum sale de la otra habitación con la panza pegada al suelo y las orejas hacia atrás, sugiriendo que está reconociendo que la primera ronda, al menos, la gana el árbol de Navidad, aunque conociéndolo habrá una segunda ronda. Solo espero llegar al veintiséis sin que lo destruya todo y lo haga caer sobre la cabeza de alguien.

Se pone cómodo sobre mi regazo con el aire descontento de un gato que desearía estar con otro humano, pero no me lo tomo personalmente. Así como tampoco me tomé personalmente que Jonathan Forest dijera que no soy atractivo. Y de todos modos, antes de que *Gavin & Stacey* llegue al final de los créditos, me quedo dormido.

***

Me despierto, no sé cuánto tiempo después, pero lo suficiente como para que la BBC me esté preguntando si quiero seguir mirando *Gavin & Stacey* de esa manera juiciosa que tienen cuando

dejas algo encendido de fondo. De repente, soy consciente de cierto peso sobre mi hombro y, cuando abro los ojos, noto que es Jonathan. Bajo la pálida luz del televisor, puedo ver que está dormido, con medio sándwich sobre su regazo y Gollum sentado junto al sándwich con una expresión que parece decir «qué mierda es esto».

Dicen que la gente es diferente cuando está dormida. Más joven o más suave, o más atractiva o más vulnerable, o algo de eso. Pero no Jonathan. Cuando está dormido parece una obra experimental de un escultor que está atravesando una etapa abstracta, líneas fuertes y ángulos marcados con sombras pintadas sobre sus mejillas.

Y quizás sea porque está oscuro y quizás sea porque estar inconsciente lo mejora sustancialmente, pero creo que voy a tener que aceptar el hecho de que, al menos visualmente, Jonathan Forest es un hombre muy interesante.

Me doy cuenta de que, si me muevo, se despertará y ha tenido un día largo. En parte por mí. Entonces me quedo donde estoy y lo dejo dormir.



CAPÍTULO DIECISIETE

La mañana siguiente durante el desayuno ninguno de los dos menciona el tiempo que pasamos dormidos en el sofá. En cambio, menciono que nos quedamos sin queso.

—Y en solo dos semanas —agrego—, vas a tener que alimentar a toda tu familia con una variedad de platos complicadísimos y no querrás salir a comprar a última hora.

Jonathan levanta la vista de su portátil, en el que ha estado absorto desde que bajé.

—Te das cuenta de que esa es la clase de cosa por la que puedes pagarle a alguien para que lo haga por ti.

—Ah, sería conmovedor. «¿Os ha gustado el pavo? Le pagué cincuenta libras a un extraño para que lo eligiera por mí».

—También tengo intenciones de pagarle a un extraño para que lo cocine por mí.

Suelto un gritito y Gollum se gira como si estuviera preocupado de que estamos bajo ataque.

—No puedes hacer eso. Es la cena de Navidad. La regla es que tienes que pasar todo el día preparándola y luego quejarte de que nadie aprecia el hecho de que te pasaste todo el día preparándola. Es parte de la magia.

—No es magia, Sam, es una molestia.

—No puedes referirte a tu familia como «una molestia».

—Puedo hacerlo cuando son una molestia —responde bruscamente.

Abro el armario, cojo una taza y pongo a hervir la tetera para el té. Jonathan es una persona que toma café por la mañana, pero ahora que sé que está la opción del té, tengo que aprovecharla.

—Bueno —pregunto a la pared que tengo delante de mí—, ¿preferirías que no existieran?

—No, claro que no.

Sigo hablándole a la pared.

—Entonces tienes que dejar de comportarte como si fueran un gasto que intentas recortar.

—No hago eso. Pero no seré de utilidad para nadie si mi negocio se va al traste.

—Primero —digo, volviéndome hacia él—, sí, porque son tu familia y te quieren igual. Segundo, tu negocio no se va a ir al traste porque eres bueno en lo que haces, la gente siempre necesitará un lugar donde dormir y cagar, y tienes equipos que trabajan para ti que saben lo que hacen.

Jonathan sostiene su taza de café con mucha más fuerza de la que es realmente saludable.

—Igualmente, no puedo abandonar el negocio.

—Tomarse un día libre no es abandonar el negocio. Y definitivamente no lo es cocinar tu propio maldito pavo.

—No —levanta sus cejas furioso hacia mí—, pero contratar a un profesional hará que sea mejor para todos. Para eso sirve contratar profesionales.

Suspiro.

—Si tu familia quisiera una experiencia de alta calidad, iría a un restaurante y probablemente no pedirían un pavo porque no es la clase de cosa que alguien quiera comer de verdad. Lo que quieren es que compartas algo con ellos. Algo por lo que no pagaste.

—Trabajo muy duro para poder pagar cosas.

—Y es encantador —le digo—. De verdad. Pero ahora lo usas como una excusa. Y lo que es raro es que ni siquiera estoy seguro de por qué lo usas como una excusa.

Mira su café. Tiene el mismo color que sus ojos.

—Sinceramente —dice finalmente—, yo tampoco estoy seguro.

Por un momento, nos quedamos ahí sintiéndonos levemente melancólicos por nosotros mismos.

—Lo único que tenemos que hacer —digo— es ir al supermercado, llenar un carrito con carne y meter todo en el enorme refrigerador que nunca usas. Y mientras estamos ahí, podemos comprar más comida porque se está acabando otra vez.

—Ves —dice Jonathan, llevando su taza de café vacía al fregadero—, por eso pido comida para llevar. Empiezas a comprar comida y nunca paras.

Lo miro serio.

—¿Es una broma? ¿Estás haciendo una broma?

Me mira serio.

—Es solo una observación.

—En serio, deberíamos ir a comprar.

Jonathan vuelve a la mesa y se sienta. Parece pensativo.

—¿Qué tal si hacemos un compromiso?

Hasta ahora, había asumido que esa palabra ni siquiera estaba en su vocabulario.

—¿Qué clase de compromiso?

—Tenemos comida en casa durante el tiempo que te quedes aquí y yo cocinaré el maldito pavo para Navidad, aunque estoy seguro de que será un completo desastre, *pero* aprovechamos el hecho de que vivimos en el siglo veintiuno y al menos pedimos que nos traigan las cosas aquí.

Estoy decepcionado y tardo un segundo en darme cuenta de *por qué* estoy decepcionado.

—Tenía ganas de salir de casa.

—Saliste de casa ayer y… —se detiene como si estuviera a punto de decir «y te quedaste dormido en el sofá y yo me quedé dormido encima de ti»—. Y terminaste muy cansado.

—¿Qué? ¿Entonces no me vas a dejar salir nunca más?

Sus labios forman una línea delgada de una manera que dice «estoy intentándolo, pero tú sigues haciéndolo todo más difícil y no lo aprecio».

—Solo creo que sería más práctico que nos lo trajeran todo. Pediré algo a Waitrose.

Resisto la tentación de decirle lo pretencioso que es pedir que te envíen las compras de Waitrose en lugar de ir a un supermercado de verdad porque no quiero tentar mi suerte. Y, al final, es eficiente con eso; apenas termino de lavar mi tazón de cereales, ya lo tiene todo preparado, ingresa la información de envío y llena el carrito.

Gira su portátil hacia mí.

—¿Algo que se te ocurra, para abastecimiento general? Tienes que enviar las compras de Navidad separadas.

Me siento un poco incómodo haciendo las compras con el dinero de Jonathan, pero como vive en una casa sin huevos, pan o leche en la nevera, al menos me encargo de solucionarle eso. Luego agrego algunos paquetes de patatas fritas muy caras e ingredientes para una comida o dos.

—¿Está bien?

Él revisa el carrito con la mirada, no hace ninguna pregunta y paga.

—Llegará mañana. Ahora, ¿qué quieres hacer con… —hace una pausa innecesariamente dramática— la familia?

—¿Te refieres a las cosas de Navidad? No debería ser muy difícil, ¿no?

Navega por algunas pestañas más y me muestra las opciones. Hay más de lo que esperaba.

—¿Por qué —pregunto— alguien querría un pavo relleno con jengibre?

—¿No es un sabor navideño? —No parece especialmente convencido.

—Sí, pero no con carne.

—¿Es más extraño que los arándanos?

No voy a dejar que se salga con la suya.

—Sí. Mucho. No lo compliquemos. Busca un pavo, relleno, un poco de jamón, quizás carne

picada. —Sigo mirando—. Mierda, es mucho, ¿no crees?

—Ves por qué no quería ir por el supermercado con un carrito con una rueda rota.

Se acerca para mirar por encima de mi hombro, entonces me giro hacia él.

—Es una preocupación muy específica.

—Los carritos siempre tienen las ruedas rotas. Y tengo la sensación de que esto escalaría. ¿Pido carne de ciervo?

Parpadeo.

—¿Qué?

—Ciervo —señala la pantalla—. Dice que un costillar alimenta de seis a ocho personas, así que debería comprar dos.

—Es tu familia —le recuerdo—, no el maldito Enrique Octavo. Estaremos bien sin el ciervo.

—¿Pero no sin el jamón, el relleno, la carne, la tabla de quesos y los tres tipos diferentes de salchicha envuelta en beicon?

Tengo la sensación de que se está enfadando.

—Sabes qué —digo—, será mejor que contrates a un profesional después de todo.

Pero ahora tiene esa mirada de millonario hecho a sí mismo. Esa mirada que dice que si la industria de las camas y los baños no pudo derrotarlo, entonces asar un pavo para trece definitivamente no lo hará.

—No, creo que nosotros podemos hacer que esto funcione.

Ahí está ese *nosotros* otra vez.

Y compra el ciervo.

***

No sé muy bien qué le pasa a Jonathan el resto del día. No es como si de repente estuviera impregnado por la alegría de la temporada. Sigue siendo un bastardo huraño y sigue pasando la mitad de su tiempo en su portátil asegurándose de que la sucursal de Leeds envíe suficientes cubrecolchones de espuma viscoelástica y que esté todo en orden para que la sucursal de Birmingham abra el próximo año. Pero empieza a poner la misma atención obsesiva a los detalles en todas las cosas de Navidad también. Salió al jardín dos veces para ver cómo queda el árbol desde fuera y a eso de las tres sacó una cinta métrica y empezó a hacer algunas mediciones que no entiendo y no puedo seguir.

—Papá tenía razón —anuncia—. Nos vamos a quedar cortos con la decoración.

Aparto la vista de *Pointless*. Joder, he visto demasiado *Pointless* estas últimas semanas.

—¿Y no te podías dar cuenta solo con verlo?

—Mide dos veces, corta una.

—Vas a colgar adornos, no poner estantes.

—Es el mismo principio. Todos, y me refiero a *todos*, vienen mañana. Así que si tengo que dejar de poner *excusas* —mierda, eso se le subió a la cabeza—, entonces tengo que asegurarme de que todos tengan todo lo que necesitan.

—Y quieres arreglar eso *ahora*.

En gran parte, estoy sorprendido. Pero Jonathan se lo toma de la peor manera posible.

—Tú eres el que siempre me dice que tengo que hacer más por la gente.

—No es lo que dije.

—Es lo que das a entender.

—Tampoco es lo que doy a entender. —Respiro profundo—. Ya estás haciendo bastante. Es solo que… a veces, está un poco mal dirigido.

Pierde su malhumor quizás un dos por ciento.

—Entonces ahora voy a redirigirlo.

—¿Con los adornos? —Solo Jonathan Forest decoraría su casa para Navidad solo para demostrar algo.

—Sí —dice con un tono más agresivo del que el tema puede soportar—. Los necesitamos.

—Está bien. ¿Dónde los conseguimos?

Mira su teléfono. Aparentemente googleó la misma pregunta.

—Fortnum & Mason. Voy a ir a buscarlos, tú descansa.

—Jonathan, se supone que esto tiene que ser divertido. No será divertido si vas solo. Iré contigo.

Parece dubitativo.

—¿Cómo está tu cabeza?

No le digo que no me puedo quejar. No es que no crea que lo entienda, es solo que no creo que lo aprecie.

—No tan mal como para no dejarme deambular por una tienda lujosa comprando guirnaldas.

—No creo que sea tan divertido como piensas.

—Puede que no, pero no lo sabré si me quedo sentado en esta casa, ¿no crees? Además, nunca he ido a Fortnum & Mason. Será algo para contarle a los niños.

Jonathan entrecierra los ojos.

—¿Los niños?

—En el futuro. Dentro de muchos años estaré sentado junto al fuego diciendo «oh, dejad que el abuelo Sam os lo cuente todo sobre las enormes tiendas que había en Londres».

—Eres ridículo.

Me encojo de hombros.

—Es sábado, casi Navidad, vivo a base de palomitas de maíz y el fantasma de un sándwich de

queso; claro que soy ridículo.

Hasta ahora, Jonathan nunca me había sonreído, pero sigo creyendo que está cada vez más cerca.

—No vas a convertir esto en algo, ¿verdad?

—¿Yo? —Pongo mi mejor expresión inocente—. No. Solo es una salida de compras. Una salida de compras totalmente normal a un lugar que es famoso por sus cestas.

—Las cestas no tienen nada de malo. Son buenos regalos.

—Claramente no te gusta darle un toque personal a nada, ¿no?

Me mira con una expresión que no es ni la mitad de fría de lo que cree.

—Tienes dos opciones, Sam. Puedes quedarte ahí criticando mi personalidad o puedes ir a buscar tu abrigo.

—Probablemente pueda hacer las dos —le digo mientras cojo mi chaqueta—. Estoy recuperando gradualmente mi capacidad de hacer varias cosas a la vez.

Pero Jonathan no me está escuchando. Está demasiado ocupado asegurándole al gato que no tardaremos mucho.

***

Nunca había visto Fortnum & Mason en carne y hueso o, supongo, en ladrillo y cemento, y no me decido si parece más un hotel o una prisión. Tiene la uniformidad de una prisión, con sus ventanas simétricas enumeradas con un calendario de adviento, ya sabes, para la temática navideña, pero tiene una entrada elegante, un reloj enorme y un emblema inmenso de la realeza. Aunque, pensándolo bien, probablemente también haya algunos de esos en las prisiones de Su Majestad. Dentro, básicamente, es una tienda. Una tienda agradable, claro, con alfombras mullidas, candelabros y exhibidores elegantes con pequeños árboles de Navidad en su interior.

Está bastante lleno de gente, aunque en parte es porque todos los que cruzan la puerta se detienen a mirar embobados el lugar. Bueno, todos menos Jonathan, que entra directo y no deja de hacerlo hasta llegar a la escalera de caracol innecesariamente majestuosa que lleva al primer piso, donde están todas las cosas para las fiestas. Y vaya si hay muchas cosas para las fiestas.

—Bueno —dice Jonathan, sacando su teléfono y mirando una lista que claramente escribió antes de venir—. Necesitamos bolas para el árbol porque, puede que te sorprenda, el árbol que teníamos en casa no se extendía a lo largo de dos malditos pisos de una casa bastante grande. Probablemente también necesitemos una corona para la puerta y oropel para todas las superficies.

—¿Qué es oropel? —pregunto.

—Debo confesar que no estoy del todo seguro, pero creo que es una guirnalda para la clase

media.

Hay algo que me resulta divertidísimo sobre Jonathan Forest parado en medio de Fortnum & Mason, con un traje casual, mirando un teléfono de más de mil libras despreciando a la clase media.

Levanta la vista de repente.

—¿Qué?

—Nada —digo—. Eres divertido, eso es todo.

—No soy divertido. —Por la manera en que me mira, no puedo evitar pensar que quizás quiera serlo. Un poco—. Estoy en una tienda comprando adornos para decorar un árbol con mi familia. Es algo completamente normal para hacer en Navidad.

Cojo una bola de un estante cercano. Es azul y brillante, y tiene bailarinas de ballet pintadas sobre ella.

—¿Esto es normal? —le pregunto.

La mira, haciendo su mejor intento por encontrar la normalidad.

—Es una bola de cristal para un árbol de Navidad. ¿Qué tiene de anormal?

—Primero, tiene bailarinas de ballet. Segundo, cuesta cincuenta libras.

—¿El juego?

—No, una sola.

Durante un breve momento, tiene una expresión muy muy de Sheffield.

—Estás bromeando.

Le muestro la etiqueta.

—Mierda.

—¿No eres extremadamente rico? —bromeo.

—Sí, pero no soy extremadamente estúpido. Deja eso.

Rio a carcajadas. Porque empiezo a pensar que mi cosa favorita del mundo es que Jonathan Forest se enfade excesivamente por cosas por las que yo también estoy un poco enfadado en secreto. Dejo la bola de cristal con sobreprecio y Jonathan está tan compenetrado en su misión que me coge de la muñeca. Aunque no de un modo controlador. De una extraña manera, es más como si se dejara ir.

—*Tiene* que haber algo que sea más razonable. —Empieza a revisar el lugar con una eficiencia sistemática que es más entretenida de mirar de lo que pretende ser.

—Sabes —siento la calidez de su mano sobre mi brazo—, no creo que haya nada.

—En todas partes dice que es el mejor lugar para comprar adornos de Navidad en Londres.

Miro una bola más tradicional, una con un aire algo *vintage*, pero cuesta lo mismo.

—Quizás sea porque si haces un viaje especial a Londres para comprar adornos, quieres que sea una experiencia. No creo que *Time Out* pueda decir «Si quieres decorar tu salón, visita el

Aldi más cercano».

En un ataque de ira apenas contenida, Jonathan levanta un reno larguirucho con zapatos rosas y velas en sus astas.

—Vamos —dice—. Adivina.

Es más grande que la bola, pero también más feo.

—Cien.

Señala hacia arriba.

—Nunca son más de cien libras.

—Ciento cuarenta.

Y entonces, empieza la fiesta. Deambulamos por los pasillos, intentando elegir las porquerías más exageradamente caras y adivinando lo que Fortnum tiene las agallas de cobrar.

Las primeras rondas las gana Jonathan, porque el reno había sido una gran apertura inspiradora y, si bien el adorno del piano musical que encontré después era más *caro*, no tenía una proporción tan brillante de precio-fealdad. Tomo la delantera un poco más tarde con un higo de cristal que tiene una energía más genital de la que en lo personal me gustaría en una festividad familiar, y él me responde con un conejillo de indias mullido y diminuto en un sombrero de Papá Noel que, de hecho, me parece bastante tierno.

—Vale —digo—. Es un peluche, no pueden cobrarte un riñón por un peluche. Voy a decir… ¿treinta y cinco?

Jonathan revisa la etiqueta.

—Doce.

Lo miro. Luego miro el conejillo de indias. Y lo miro a él una vez más.

—Creo que llevo aquí demasiado tiempo, porque creo que me engañaron para que piense que es un precio razonable.

—Tómalo de un exvendedor ambulante —dice Jonathan—, ese es el plan. Este pequeñín —hace rebotar el conejillo de indias desde su hilo— nunca podría venderse por más de cinco libras, pero si lo pones al lado de uno de estos —levanta un pequeño hombre de nieve de cristal que aparentemente vale treinta y ocho libras— parece una ganga.

Si bien dejó bastante claro por qué ese adorable roedor mullido es una trampa para turistas despistados, no lo devuelve a su sitio.

—¿Nos lo llevamos entonces? —pregunto.

Jonathan parece ligeramente avergonzado.

—Es bastante bonito.

Me coje del brazo otra vez y me parece un movimiento natural, como si fuera la clase de cosa que hacemos siempre. Aunque no llegamos muy lejos hasta que se detiene.

—Tenemos que salir de aquí —me dice.

Estoy de acuerdo, pero quiero saber qué es lo que le ha hecho cambiar tan repentinamente. No parece poder decirlo en voz alta, así que solo sigo su mirada a una muestra de *crackers* de Navidad. Están bien presentados, aunque parecen un poco básicos, con un color rojo fuerte y detalles en plateado. La cesta de mimbre en la que vienen es un buen detalle. Como era de esperar.

—Debo estar leyéndolo mal.

—No creo.

—No pueden costar mil libras.

—Retrocede y finge que no has visto nada.

No estoy seguro de que pueda. Me quedo congelado en el lugar como un ciervo sin dinero frente a un par de luces con sobreprecio.

—Solo son seis. ¿Qué tienen dentro? ¿Cocaína?

Jonathan saca su teléfono otra vez y empieza a buscar algo, mientras el pequeño conejillo de indias cuelga de uno de sus dedos.

—Bien —dice—, nuevo plan. Pagamos por este pequeñín y vamos a B&Q.

***

Un par de horas más tarde, volvemos a casa y ayudo a Jonathan a descargar el coche lleno de adornos navideños a precios más razonables. Nada de eso son renos con patas rosas o bolas con bailarinas de ballet, pero, por lo que a mi respecta, eso es una ventaja. Además, si bien es bastante sensible a que lo estafen, Jonathan no es tacaño, así que hemos comprado suficientes cosas para decorar toda la casa y el jardín con cualquier estilo. Millones de guirnaldas, hadas de purpurina, kilómetros de lucecitas de colores y bolas más brillantes que una temporada entera de *RuPaul's Drag Race*.

Dejamos las cosas en las cajas porque las colocaremos mañana y Gollum revisa cada uno de los objetos para asegurarse de que no sea un gato de reemplazo. Cuando está seguro de que no lo es, se acomoda sobre una montaña de purpurina que sé que voy a tener que sacar de su cuerpo durante semanas.

Cuando terminamos, y después de que finalmente cedí y dejé que Jonathan pidiera comida para llevar para pasar el rato hasta que lleguen las compras del supermercado, mete la mano en el bolsillo de su chaqueta y saca el conejillo de indias de Papá Noel, que me entrega con solemnidad.

—¿Por qué? —pregunto—. O sea, no te lo tomes a mal, me parece muy bonito, pero no estoy seguro de estar listo para hacerme cargo de un roedor falso con un sombrero festivo.

—Es la tradición —me dice—. Todos en la familia tenemos un adorno que… es un poco

tonto.

—Es Navidad, todo es tonto. Llenamos de plástico un árbol dentro de casa.

Tardo un momento en lidiar con una emoción que no es irritación.

—Todos en la familia tienen un adorno personal, ya sea su adorno favorito o algo que alguien les regaló y, en ocasiones, algo que hicieron cuando tenían seis años —habla bastante rápido ahora, como si estuviera leyendo el descargo de responsabilidad en un anuncio. Es enternecedor que esté avergonzado—. Y siempre es el último que se cuelga y, cuando están todos, el árbol queda terminado y empieza la Navidad. Entonces… —Señala el conejillo de indias—. Este es para ti. Porque tú… eres parte de esto este año.

Mi deseo de burlarme se evapora por completo. Y, durante un momento, no puedo pronunciar ninguna palabra. Probablemente sea por la sorpresa, porque Jonathan Forest ha hecho algo genuinamente agradable sin que estuviera motivado por otra persona. Y lo hizo por mí.

—Gracias —logro decir. Y ahora *yo* me siento avergonzado porque lo siento increíblemente inadecuado. No puedo recordar la última vez que yo…

No importa.

—Bueno —dice Jonathan, cada vez más incómodo—, has sido de gran ayuda. Y soy consciente de que yo… No soy muy bueno con… No he sido muy…

Y no sé cómo ocurre o qué estoy pensando ni qué espero que suceda, pero lo beso.

En la práctica, lo que ocurre es muy muy rápido. Tengo casi medio segundo para pensar que la boca de Jonathan es hermosamente suave para tratarse de un hombre que, de cierto modo, no lo es. Una de sus manos está sobre mi hombro, casi sujetándome. Y cuando me devuelve el beso, siento como todo su cuerpo simplemente se vuelca sobre mí. De todas maneras, así como empezó, terminó, y Jonathan se aparta como un gato al que acaban de echar agua.

—Mierda, lo siento —digo mientras él también se disculpa—. No quería… —Y él dice «Soy tu…» y de repente la situación pasa de incómoda a completamente jodida.

—Y tienes una conmoción cerebral —concluye Jonathan—. Y amnesia. Y, por lo que sé, podrías tener novio.

—Bueno, si lo tuviera —respondo—, es un novio horrible porque estoy desaparecido desde hace una semana y ni siquiera me ha enviado un mensaje.

Me da la espalda, lo cual honestamente es un poco exagerado. Pero siempre he tenido razón. Se ve bien cuando se pone sensible, incluso más cuando la emoción no es la ira.

—Estás en una posición delicada —dice—. Y me estoy aprovechando.

Esto ya es bastante difícil sin entrar en los detalles de quién es responsable de qué. Especialmente porque lo que realmente importa es que lo he besado porque quería, y todavía quiero hacerlo.

—No te estás aprovechando. Solo he tomado una mala decisión.

—Algo que no habrías hecho —insiste—, si no te hubieras partido la cabeza hace poco.

Quizás debería quedarme con esa historia. Pero no me parece justo. Puede que Jonathan sea un cretino, pero no merece pasar toda la vida pensando que tienes que tener una conmoción cerebral para besarlo.

—Perdí la memoria, Jonathan. No la cabeza.

—También soy tu jefe.

—Y por eso te dije que fue una mala decisión. Pero, si sirve de algo, no me arrepiento.

Me mira otra vez, sonrojado y despeinado. Quizás solo sea yo, pero las personas parecen otras después de besarlas. O tú las miras diferente al menos.

—Sería… —Suena un poco perdido—. Sería completamente imposible e inapropiado.

—Lo sé. Pero deberías saber —y no puedo creer que le esté diciendo esto a Jonathan Forest y no puedo creer que lo diga en serio—, para que conste, o sea, si no trabajara para ti y no tuviera una conmoción y tú estuvieras de acuerdo, lo volvería a hacer.

Jonathan simplemente me mira, como si no tuviera ni idea de qué hacer o decir. Ni siquiera intenta persuadirme de que no lo envíe a juicio, por eso sé que está completamente en *shock*. Así que supongo que soy yo quien tiene que sacarnos de esta situación. Lo cual tiene sentido porque he sido yo quien empezó.

—Mira —digo—, no tiene que ser un gran problema.

—Vale —dice Jonathan, poco convencido.

Y no sé cómo decirle que no lo quería hacer de esa manera. Que no quería hacer que todo fuera más difícil o algo por el estilo.

—Bueno —añade—. Debería… Tengo que ir a trabajar.

Y desaparece en su estudio, y me siento como una mierda y culpable. Porque debería haber sabido que Jonathan no es la clase de hombre que se toma un beso a la ligera.

Pero bueno, yo tampoco.



CAPÍTULO DIECIOCHO

—¿Qué horas son estas de levantarse? —grita Del desde el otro lado de la habitación cuando Johnny aparece a diez minutos para las doce el día siguiente.

—Es domingo por la mañana —contesta Johnny. Lleva la misma chaqueta de borreguito que llevaba la última vez y, al igual que esa vez, no se la quita.

Les mira a su hermano. Ni siquiera muestra una expresión de decepción; la decepción entró por un lado y salió por el otro.

—Estamos aquí desde las diez.

Así es. Y de alguna manera fue una bendición porque Jonathan y yo no tuvimos que pasar mucho tiempo sin hablar sobre lo que sucedió el día anterior.

—Te prepararé un té —le digo.

—Como quieras —dice Johnny—, no soy el último.

La abuela Barb, que había estado esperando que Johnny apareciera antes de empezar, ya está abriendo las cajas.

—Kayla y Theo vienen esta tarde. Tienen su propia familia de la que ocuparse.

—Mientras que tú, Johnny querido —dice la tía Jack, observándolo desde el reposabrazos del sofá—, no tienes nada y a nadie —suspira—. Pero bueno, yo tampoco. Pero he traído ginebra.

De hecho, ha traído mucha ginebra. Prácticamente todos trajeron algo, pero la mayoría solo optó por algunos aperitivos.

—Bueno. —Ahora que todos estamos juntos, las cosas empiezan a ponerse en su lugar y, como siempre, Del es quien lleva la batuta—. En esas cajas hay guirnaldas. En esas hay cosas para colgar en el árbol. En esa hay cosas para el techo y en esa última están las bolas familiares.

—¿Como en todas las Navidades? —pregunta Barbara Jane. Viste otro jersey gracioso, que pone «¡Bah! ¡Tonterías!», y ya ha empezado a catar la ginebra.

La abuela Barb me mira fijamente.

—Lo explica para Sam.

Eso no parece convencer a Barbara Jane.

—¿Y a quién se lo explicó el año pasado?

—Ya sé que nadie ha preguntado nada —interviene Jonathan—, pero estas *otras* cajas son adornos que compré ayer para asegurarme de que tengamos suficientes.

Del mira las nuevas adquisiciones de la manera que mirarías un lunar que estabas seguro que no tenías la última vez que te revisaste.

—Creo que bastan.

—Bueno, si no es suficiente, tenemos más. Me pedisteis que organizara esto, y aquí estoy.

—Y lo estás haciendo de maravilla —dice Wendy, que lleva un jersey navideño un poco menos irónico. Es blanco con un reno inmenso en el centro—. Aunque habría traído rollos de salchicha si hubiera sabido que no tenías.

—Ha estado muy ocupado, cariño —le recuerda Les—. Ahora, vamos, empecemos.

Se levanta y abre la caja más cercana y, una vez que lo hace, todo queda sumido repentinamente en la anarquía. Johnny va directo a las luces de colores, no las nuevas que compramos para las ventanas, sino una maraña enorme de los años ochenta que parecen flores. Barbara Jane se lanza sobre un juego de campanas pequeñas y Jonathan intenta recordarles a todos que primero hay que poner las guirnaldas o se van a enganchar por todas partes.

Sentado en un rincón, Les desenreda una guirnalda de papel muy larga y muy desgastada, que parece a punto de deshacerse.

—¿Tienes pegamento?

—Creo que en el estudio —dice Jonathan con una guirnalda que en vano sigue intentando hacer que prioricen por encima de otros adornos más interesantes—. Sam, ¿puedes ir a buscarla?

Estoy a punto de ir, pero Les me dice que ya va él. Pero eso me deja en una especie de encrucijada porque, aunque no quiero parecer distante, tampoco quiero entrometerme en el ritual familiar de otra persona. Incluso aunque me dieron un conejillo de indias para participar.

—¿Quieres una escalera? —pregunta Del, mirando al techo. En una mano tiene un colgante reluciente y algo arrugado hecho con papel aluminio—. ¿O te acercamos la mesa?

Renunciando a la guirnalda, Jonathan se acerca a toda prisa.

—No, ni se te ocurra. Ahora traigo la escalera del garaje.

Johnny levanta la vista de su maraña de luces. Estoy seguro de que están peor que cuando empezó.

—Trae el alargador cuando vuelvas.

—Acostúmbrate —dice una voz en mi oreja. Me giro y miro a la tía Jack. Tiene una copa en una mano y un pequeño Papá Noel de plástico en la otra—. Se calmarán en un minuto.

Aparto la mirada un momento y miro al resto de la familia, y vuelvo a mirar a la tía Jack.

—¿Eso crees?

—No mucho, sinceramente. Pero no deberías preocuparte por estar en medio. En todo caso, es prácticamente imposible *meterse* en medio. Es como intentar frenar un crucero.

Jonathan vuelve con una escalera y un cable de extensión, y de inmediato empieza a discutir con Del sobre quién va a subir para poner las chinchetas en el techo.

—Entonces —me inclino hacia la tía Jack—, no quiero entrometerme, pero ¿pasas todas las navidades con ellos?

—Desde hace mucho tiempo, sí. Desde que Barbara se casó.

—Debe ser agradable.

Asiente y logra transmitir una melancolía profunda a un gesto que rara vez la tiene.

—En muchos sentidos.

—Atrás todos —dice Johnny. Ha dado con el enchufe de las luces y un tomacorriente para conectarlas.

Barbara Jane se gira desde la ventana, donde está colocando una serie de hojas artificiales.

—¿Hace falta? Son luces, no fuegos artificiales.

—Solo intento añadir algo de suspense —dice Johnny, enchufándolas, encendiendo el interruptor y, con un destello y un chispazo, las luces se encienden y se apagan enseguida.

—He comprado luces nuevas —dice Jonathan, algo irritado—. No tenemos que usar las luces viejas.

La abuela Barb sacude la cabeza. Tiene una piña a la que alguien, hace muchos años, le pegó un poco de brillantina.

—Las luces viejas son tradición.

—Pero Johnny no las puede hacer funcionar —agrega la tía Jack.

—Ven, Sam, sujeta la escalera —empiezo a sentirme un poco abrumado por todas las voces que se dirigen a mí, al menos me digo que eso es lo que me abruma, pero me giro para mirar a Del ya a mitad de camino de una escalera insegura con una estrella roja y dorada en una mano y en la otra la guirnalda de papel desgastada que Les estaba reparando antes.

Como no quiero ser indirectamente responsable de que un anciano se rompa el cuello, me acerco a toda prisa para ayudarlo.

—¿Estás seguro de que estás bien ahí arriba?

—Sí. —Ni siquiera me mira—. ¿Por qué no iba a estarlo? Ahora pásame las chinchetas.

Miro a Jonathan para asegurarme de que no pasa nada si le clavan cosas en el techo y parece que sí, así que me giro y se las paso, mientras también intento mantener la escalera firme.

Entre los ocho, el maravilloso mundo festivo de la casa de Jonathan empieza a tomar forma. No es precisamente de buen gusto, tiene un aire a cápsula del tiempo, con adornos que son tan viejos que deben ser de cuando Del y Barb estaban empezando a vivir juntos y la familia entera tenía definitivamente una filosofía de «más es mejor» cuando se trataba de, bueno, todo en realidad. Pero hay una calidez en ello que me desconcierta más de lo que pensé que lo haría. Es como cuando no te das cuenta de que se te durmió el pie hasta que intentas levantarte.

Entonces intento mantenerme ocupado preparando el té mientras todos cuelgan cosas de distintos lugares y a veces cuelgan más cosas sobre las que ya estaban colgadas. Estoy preparando la quinta ronda del día cuando llega el resto de la familia y la tía Jack se encarga de las presentaciones, dado que ella es la única que no está hundida hasta el cuello entre cosas brillantes.

—Bueno, ella es —señala a una mujer un poco más mayor que Jonathan con los mismos ojos oscuros que él y Barbara Jane— Kayla, la hija de Johnny de su matrimonio increíblemente fallido.

—Eh —gritan Johnny y Kayla a la vez.

—¿Preferís que diga absurdamente fallido?

—Era muy joven —protesta Johnny, como si fuera una vieja discusión—. Ya he cambiado.

La tía Jack lo mira con desdén.

—Y una mierda cambiaste.

—Esa boca —grita Wendy desde la otra habitación—. Hay una niña.

—Tengo dieciséis —dice la persona que, por descarte, es la pequeña Anthea, aunque no es particularmente pequeña. Ya que, como dijo, tiene dieciséis y heredó la altura de su madre—. La gente dice mierda en frente de mí todo el tiempo.

—No en mi casa. —Probablemente sea su padre, un hombre delgado, ligeramente canoso con gafas redondas y una camisa azul arremangada.

Anthea se cruza de brazos. No precisamente enfadada, pero está en ese limbo adolescente donde nunca estás seguro de cuándo saltará de rabia, y quizás tampoco lo esté.

—Pero no estamos en tu casa. Estamos en la casa de Jonathan. Y Jonathan dice mierda más veces que nadie.

—No cuando hay niñas —dice Jonathan al pasar y sacando un montón de guirnaldas algo escuetas de una caja.

—Tengo dieciséis —repite Anthea—. No soy una niña.

Como las presentaciones quedaron completamente desbaratadas, le corresponde a Kayla, que tiene una sensatez que debió saltarse una generación, reencaminar la conversación.

—Por si te ayuda —le dice a su hija—, Barb me llamó niña hasta que tú tenías tres. —Luego extiende una mano hacia mí—. Lo siento, cariño, creo que no he escuchado tu nombre.

—Essso —dice la tía Jack, arrastrando un poco la ese— es porque me interrumpieron groseramente. Sam, ellos son Anthea, Kayla y Theo. Todos, él es Sam. Estamos fingiendo que no está saliendo con Jonathan.

Esa broma es un seiscientos por ciento menos graciosa desde anoche.

—Hola —digo.

Johnny, que todavía no encontró el cortocircuito en las luces, se acerca para abrazar a su hija y a su nieta, y le estrecha la mano como un hombre a su yerno.

—Anthea —grita Wendy desde la otra habitación—, ven aquí y mira el árbol. Es inmenso.

Anthea se asoma por la puerta. Lleva pendientes con puntas de pluma estilográfica, y se balancean ligeramente cuando inclina la cabeza.

—Lo vi desde el jardín. Es… *¿Cómo?*

—Conozco a un tío. —Es la única respuesta que parece ocurrírsele a Del y la dice desde arriba de la escalera que, una vez más, nadie está sujetando, así que me muevo en silencio para mantenerla firme.

—Jonathan —dice Theo, levantando un táper—. He traído melomakárona. ¿Dónde quieres que los guarde?

—Hay mucho espacio en la cocina —responde Jonathan.

—Porque nunca la usa —agrego.

Del, que está estirándose demasiado sobre la escalera para su seguridad, me mira.

—Eso es porque está esperando que le hagas otro pollo.

—Prueba una melomakárona, Sam —dice Kayla, cogiendo el táper de su marido, abriéndolo y poniéndolo bajo mi nariz, y el olor a miel y especias flota suavemente hacia mí—. En nuestra casa no es Navidad hasta que pruebas una.

Entonces la pruebo. Y mientras como, Kayla lleva el resto a la cocina y Del termina de poner lo que sea que haya estado poniendo en el techo y, si bien la tía Jack tiene razón de que esto es caótico y nunca cesará, la gente parece encontrar su lugar de todas formas. Está Wendy en la otra habitación encargándose del árbol, y Jonathan, ayudando a Johnny con las luces que, al final, logran encender solo para descubrir que no alcanzan para un árbol de seis metros. Incluso Gollum se suma, sentándose con orgullo sobre el regazo de la tía Jack, con ese instinto felino para elegir a la única persona en la habitación a la que no le gustan los gatos. Mientras tanto, sigo de pie, comiendo una melomakárona, intentando no pensar demasiado en cómo es que terminé aquí o cuándo fue la última vez que podía decir «en nuestra casa no es Navidad hasta que…».

Se me seca un poco la boca, por razones que estoy seguro no tienen nada que ver con la galleta. Y nadie me habla ahora, lo cual está bien, porque *de hecho* no soy parte de esta familia, sin importar cuán entusiasmados estén todos al respecto. Así que me deslizo por el borde de la cocina y salgo un rato al jardín.

El aire fresco es bienvenido, aunque es un poco punzante, como es de esperar en pleno diciembre. No he traído una bufanda y la echo de menos más que cualquier otra cosa. Durante un momento solo… deambulo. Lo malo de la Navidad es que es grande. Demasiado grande. Estúpidamente grande. La gente la convierte en algo enorme y, en cualquier caso, es solo un día. Como cualquier otro. Y no es justo para nadie tener toda esa presión.

Aún puedo ver a todos por la ventana y por primera vez la casa de Jonathan, su casa absurda que tiene más dinero invertido que sentido, bueno, tiene un poco de sentido. Porque todas esas salas fueron hechas para recibir gente, no para quedar vacías solo para él, yo, un gato y un televisor. Fueron hechas para estar vivas y desordenadas y…

Empieza a hacer mucho frío. El viento me pica la cara y me hace lagrimear. Busco refugio junto a algunos árboles, intentando protegerme de lo peor del clima. A pesar del caos del viernes, el jardín sobrevivió sin problemas. Un par de begonias terminaron decapitadas, pero eso es todo. Y digo begonias aunque no podría identificar una begonia ni aunque se convierta en un perro y me muerda. Probablemente sean resistentes. La clase de flor que es lo suficientemente estúpida como para estar por ahí en invierno.

—Entonces, ¿de *verdad* eres el novio de Jonathan? —pregunta una voz detrás de mí.

Me giro y veo que es la pequeña Anthea. A quien probablemente debería dejar de llamarla así porque probablemente no le guste.

—No.

Ese *no* debió haber sonado muy convencido porque no parece para nada convencida.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como puedo estarlo. ¿No deberías estar dentro poniendo las guirnaldas?

Mira por encima de su hombro.

—Volveré en un rato. Pequeñas dosis, ¿sabes?

No lo sé, en realidad.

—Deberías apreciarlos mientras puedas.

Eso hace que me gane una risa adolescente y desdeñosa.

—Suenas como el bisabuelo. Nos viene diciendo que se va a morir el próximo año desde que tengo memoria.

—Supongo que en algún momento tendrá razón.

Es un comentario inintencionadamente morboso, pero no parece molestarle.

—Es verdad.

Hay unos segundos de silencio. Los suficientes para hacerme reflexionar sobre cómo siempre pensé que, una vez que creciera, sería uno de esos adultos que se llevarían bien con los jóvenes, y aparentemente no lo soy.

Al otro lado del jardín, el árbol empieza a tomar forma. Aunque el consejo de Jonathan de

poner primero la guirnalda ha sido completamente ignorado y, con el tamaño del árbol, apenas han terminado un tercio del primer piso.

—Tengo que admitir —dice Anthea, mirando en la misma dirección— que la idea de que atraviese el techo es genial.

—Fue idea mía —digo, y luego me doy cuenta de lo patético que suena estar alardeando de tus elecciones sobre las decoraciones de Navidad con alguien que es una década más joven que tú.

—El bisabuelo dice que fue idea suya.

—Lo del árbol grande fue idea suya. Digamos que fue trabajo grupal.

Por la ventana, Les acerca una escalera al árbol y empieza a colgar pequeñas cosas *vintage* estilo pompones en las ramas de arriba. Luego Jonathan se acerca y dice algo. Les le responde algo. Y si bien no soy un experto en lenguaje corporal, me parece ver que se empieza a acumular algo de tensión. La atmósfera empieza a derretirse, lenta pero inevitablemente, como un helado que se desliza sobre un cucurucho, y pasa de ser algo acogedor a algo incómodo a algo completamente desagradable.

No se están gritando, por lo que veo, Les nunca grita, pero mientras Jonathan parece haber heredado algunas cosas de su padre, la calma no es una de ellas. Y ahora Wendy interviene, pero la situación no mejora. Los dos están formando el centro de un pequeño vórtice de ira.

—Creo que debo entrar —le digo en parte a Anthea y en parte a mí mismo.

—¿Por qué? No es tu problema.

No lo es. Pero sí. Porque si Jonathan está nervioso, entonces yo soy parte de eso, o podría serlo. Y porque simplemente lo siento… como un nudo de un malestar punzante y afilado, y porque no está bien ver cómo las cosas se desmoronan así para estas personas que, a pesar de sus diferencias, claramente se quieren y han sido amables conmigo cuando no tenían por qué serlo.

Entonces entro.

—… en mi propia casa —está diciendo Jonathan. Nada bueno termina nunca con las palabras «en mi propia casa».

—Puede que sea tu casa —dice Les, que ya bajó de la escalera y está a pocos metros de Jonathan con las manos en los bolsillos, aunque creo que las tiene cerradas en dos puños fuera de vista—, pero sigues siendo mi hijo y no permitiré que me hables como si fuera un jodido niño.

Es la primera vez que escucho a Les decir una palabrota.

—Basta, los dos —dice Wendy—. Es Navidad.

La tía Jack levanta la vista desde el sofá con los instintos impecables de una reina del drama de ochenta y tantos años.

—Es once de diciembre. Deja que se descarguen.

—Nadie te ha preguntado, Jaqueline —dice Les, apenas moviéndose mientras habla. Solo mueve los ojos un instante en dirección a la tía Jack.

—Nadie te pregunta nada —agrega Del.

Les gira la cabeza ligeramente.

—No creo que tú puedas hablar mucho.

—Eh, no la tomes conmigo, estoy de tu parte.

—No tienen que haber partes —dice Wendy, poniéndose cada vez más nerviosa—. Estábamos pasando un momento estupendo, no estábamos juntos desde hacía mucho tiempo…

—Sí, y empiezo a recordar por qué —dice Jonathan.

No sé con seguridad, porque yo soy yo y él no, pero he llegado a conocer bastante bien a Jonathan Forest en las últimas semanas y creo que se arrepiente en el momento en que eso sale de su boca. Pero también estoy seguro de que nunca lo admitirá.

—Eso —la atención de Les vuelve a centrarse en Jonathan y tiene cierto peso, un peso extraño que solo entiendo a medias— ha sido innecesario.

Y esto saca al otro Jonathan. El que me acorraló contra una Nexa de MERLYN de ocho milímetros con puerta corrediza y amenazó con cerrar toda la sucursal de Sheffield si no vendía más garantías extendidas.

—¿Seguro? Yo nunca he pedido *nada* de esto. Os estoy haciendo a *todos* vosotros un *inmenso* favor y venís aquí como si fuerais los dueños del maldito lugar, llenáis mi casa de… —levanta un ángel de plástico pequeño con un ala rota y la brillantina toda desgastada de su aureola—, porquerías y…

Wendy parece más ofendida por esto que cualquier otra persona.

—Eh, *no* te desquites con el ángel. Era de mi abuela.

—Ah, *puta mierda* —dice Jonathan, perdiendo la cabeza, definitivamente la está perdiendo—. ¿Es que no te *escuchas*? Lo estoy *intentando*. Estoy intentando hacer todo esto —extiende sus brazos— como se supone que lo tengo que hacer, aunque eso signifique dejar que esta chimenea humana —esa es la tía Jack, aparentemente— fume en mi sala y soportar que *tú* —es Del esta vez— me arrastres por todo Londres porque tenemos que hacer todo a tu manera y *tú* —finalmente llega a Johnny—, ¿por qué siquiera estás *aquí*?

—Es parte de la familia —dice Wendy con firmeza.

—Sí, pero a nadie le *cae bien*. Ni siquiera a Kayla y es su hija.

Anthea levanta una mano.

—A mí me cae bien.

—Eres una niña. —Parece haber perdido la noción de por quién o por qué se ha enfadado en primer lugar, así que ahora solo es un lío de ira y veneno—. Y por alguna razón *tú* —regresa a Les finalmente— elijes quedarte callado por todo menos por mi sugerencia *perfectamente razonable* de que me dejaras que me encargara del árbol.

—Hijo —nunca escuché una palabra con tanta carga en ella.

—Ah, no empieces con «Hijo».

Involucrarme ahora probablemente sería la peor decisión que podría tomar. Pero como estoy fingiendo tener amnesia para filtrarme en la familia de mi jefe en Navidad con la esperanza de no perder mi trabajo, creo que podemos aceptar que las buenas decisiones no son lo mío.

—Jonathan, no te parece que…

—No. —Se gira hacia mí—. Lo que sea, no, *no* me lo parece. A menos que, por algún milagro navideño, lo que estás a punto de decir sea «no te parece que yo, Samsagaz Becker, debería cerrar la maldita boca y ocuparme de mi propia mierda por una vez en mi puta vida».

Esto molesta más a Wendy que todo el asunto del ángel. Lo que supongo que me parece halagador.

—Jonathan, es un invitado.

—De hecho, mamá, *todos* son invitados y ahora son unos invitados bastante *molestos*. Así que, pensándolo bien, ¿por qué no me escucháis por una vez en vuestras malditas vidas y me mostráis un poco de respeto?

Su padre da medio paso hacia delante.

—No voy a permitir que le hables así a tu madre.

—Pero tú sí, ¿no? *Ese* es el problema.

—Jonathan —dice Les dando otro medio paso hacia delante—. Te estoy pidiendo que te calmes.

—Estoy supertranquilo —dice Jonathan. Creo que nunca escuché decir «estoy supertranquilo» a una persona que estuviera de verdad tranquila—. Solo estoy harto de…

Por lo que sea que esté harto, no puede articularlo e, incluso si pudiera, no tiene oportunidad de hacerlo.

Les mira a su esposa.

—Wendy, creo que debemos irnos.

—Pero es…

—En serio —dice Les. Por lo general, emana una especie de dignidad y resignación, pero ahora se ve triste—. Entiendo que las cosas han sido difíciles —le dice a Jonathan—. Pero ahora todos necesitamos un poco de espacio. Nos vemos luego.

Y se van y el resto de la familia se va con ellos porque sería extraño que no lo hicieran. Entonces, después de seis minutos, solo estamos Jonathan, Gollum y yo en una sala de estar parcialmente decorada.

No dice nada. Solo empieza a guardar las cosas agresivamente en las cajas. Excepto cuando se cruza con una caja en particular. La pequeña, la que tiene los adornos especiales que son los últimos en colocarse en el árbol y es una tradición y todo eso. La levanta y la mira.

Y entonces empieza a llorar.



CAPÍTULO DIECINUEVE

No digo mucho porque no hay mucho que decir después de que alguien te suelte con bastante claridad que te preocupes por tu propia mierda, pero le preparo una taza de té y la toma sentado en el sofá con Gollum sobre una de sus rodillas y la caja de adornos especiales en la otra. Está abierta y ahora puedo ver que su interior está lleno de una mezcla de toda clase de cositas pequeñas. Hay un copo de nieve hecho con cartulina un poco desgarrado y pegado con cinta adhesiva, una bola roja con un Papá Noel de mejillas sonrojadas, una manzana de cristal y muchas otras cositas que no puedo identificar.

—Iba a sugerirte que pusieras el conejillo de indias aquí —me dice—. Pero no creo que sea una buena idea.

Es una vieja caja de cartón con la palabra «ADORNOS» garabateada en la parte de arriba con un rotulador degastado, así que no estoy seguro de poder entender el inmenso peso simbólico que Jonathan le pone.

—¿Por qué no? —pregunto.

Se queda con la mirada fija en su té y no responde.

—Mira —me arriesgo a decir—, sobre lo que pasó, quiero decir, si lo que pasó tuvo algo que ver con lo que pasó. —«Perfecto, Sam. Más claro, agua».

Sigue mirando su té y sigue sin responder.

Después de haberle traído una taza de té y haber intentado levantar la extremadamente incómoda pregunta de «¿Te desfogaste con tu familia porque te besé esa única vez?», no estoy seguro de qué más puedo hacer.

—Estoy estropeándolo todo —dice, y no queda claro si me está hablando a mí, a su té o a

Gollum.

—No, claro que no.

—Discúlpame si no te considero el mejor juez.

Entonces va a ser así. Supongo que besarlo esa única vez fue parte del problema después de todo.

—Quiero decir, estoy bastante acostumbrado a joderlo todo, es lo que hay.

La mirada que me lanza parece en parte traicionada y en parte… bueno, diría nostálgica si fuéramos personas diferentes en circunstancias diferentes.

—Pero no es verdad, ¿no crees? No de la misma manera.

—¿Qué demonios significa eso? —pregunto, porque es como si me estuviera acusando de algo, aunque no estoy seguro de qué.

—Tú sabes cómo… —hace un gesto algo limitado por el té y el gato— hacer todo esto. Tú le gustas a la gente, incluso cuando no deberían.

—¿Cuándo no deberían? ¿Por qué no deberían? No soy un asesino en serie ni un Big Mac.

—Ah, no te hagas el inocente —dice Jonathan con brusquedad.

No debería poner los ojos en blanco frente a un hombre que acaba de llorar, pero lo hago.

—¿Es porque te besé?

—Sí —dice enfáticamente. Y luego—: No —igual de enfáticamente. Golpea su té sobre la mesa, salpicándolo por todas partes, y estoy a punto de ir a buscar una servilleta, cuando me doy cuenta de que eso sería demasiado forzado—. Sabía desde el principio que era una mala idea. Y, créeme, si tuvieras a alguien, te habría enviado con esa persona y nada de esto habría pasado.

Estoy seguro de que Jonathan no se da cuenta de lo hiriente que es eso, es demasiado bajo. Y si bien mi padre siempre me diría que tomara el camino correcto, no está aquí ahora y, cuando se trata de Jonathan Forest, estoy harto de tener que poner la otra mejilla.

—Sí —le digo—. Créeme que sí. Si hay algo que vi en los últimos días, es que no necesitas la ayuda de nadie para alejar a las personas. Incluso a tu propia familia.

Se pone frío, como su té.

—¿Y tú qué sabes de mi familia?

—Sé que no son perfectos, pero ¿quién lo es? Y sé que siguen apareciendo por ti, aunque tú te esfuerces para que dejen de hacerlo. Y sé que tu padre no merecía que lo trataras de esa manera, porque nadie lo merece.

—Mi padre estará bien. —Hay una vieja nota de odio en su voz—. Tiene mucha experiencia lidiando con la mierda.

—Entonces no deberías seguir tirándole más.

Me mira furioso. Y Gollum me fulmina también, ese bastardo traidor.

—¿Recuerdas cuando dije que deberías ocuparte de tu mierda? Bueno, pues deberías, porque

fue hace menos de veinte minutos.

—Ah, lo recuerdo —le digo—. Solo elijo creer que no lo dijiste en serio, así como elijo creer que no dijiste en serio todas las otras cosas horribles que dijiste.

Estoy acostumbrado a ver a Jonathan Forest enfadado, pero ahora pasó a un lugar completamente diferente. Un lugar que no me gusta nada.

—No puedo decidir si me estás dando demasiado crédito o demasiado poco. Hablo en serio, Sam. Todo lo que dije lo dije en serio. Pero *en particular* eso —sacude la mano de atrás hacia delante entre nosotros dos—, esto, lo que sea que creíste que era, no es nada. No somos amigos. No somos… —Se atraganta con sus propias palabras—. No somos amigos. Tú eres un tipo que trabaja para mí, que se está quedando en mi casa hasta que el doctor diga que puede irse. Y entonces te irás. Esa es la única relación que tenemos.

Quiero decir que no. Quiero decir que vi un lado diferente de él y que no tiene que ser de esta manera. Quiero decir que estuve fingiendo tener amnesia y que lo siento y no sé cómo llegamos aquí. Pero también, ahora mismo, quiero decirle que se está comportando como un idiota y que debería irse a la mierda y todos esos deseos terminan cancelándose.

—Está bien —digo en cambio.

Y lo dejo solo.

***

Los días que siguen son difíciles. No me había dado cuenta en su momento, pero me había acostumbrado al ritmo que estaban tomando las cosas con Jonathan. Creo que lo estuvo intentando y creo que habíamos empezado a llegar a algún lugar. Quiero decir, dejó de ladrarme por completo y yo casi había dejado de considerarlo un cretino. O, al menos, había empezado a considerarlo un cretino con una profundidad oculta. La clase de cretino que te compra un conejillo de indias a un precio excesivo porque no quería que te sintieras excluido de su Navidad familiar.

Pero ahora estamos de vuelta al punto de partida: él constantemente tenso y yo deseando constantemente poder estar en cualquier otro lugar. Pasó suficientemente tiempo desde el accidente, de modo que, si veo al médico y le digo «oh mira, me ha vuelto la memoria, me dará el alta». Es solo que no sabría qué sería de mi trabajo y en qué situación dejaría a mi equipo todo esto. Entonces tengo que superarlo, sin importar lo pesado que me resulte.

En muchos sentidos, todo estaría mejor si pudiéramos aparentar que todo eso nunca ocurrió. Que nunca vine a Londres, que Jonathan nunca me amenazó con cerrar la sucursal de Sheffield, que nunca me despidió y que nunca se me cayó encima una Nexa de MERLYN de ocho milímetros con puerta corrediza. Y quizás podamos salirnos con la nuestra si nunca volvemos a

mencionar algunas de esas cosas. Porque el accidente, a pesar de que Jonathan esté convencido de que le denunciare si lo llego a recordar, en realidad fue un accidente. Pero el resto, lo que estaba haciendo ahí en primer lugar, soportar que hablara mierda sobre cómo administro mi tienda, me pasará factura, de una u otra manera.

Lo que me deja en este patrón de espera. Y el asunto de estar en un patrón de espera es que al final te quedas sin combustible y te estrellas. Aunque ya lo he hecho. Quizás el beso fue eso. Y ahora probablemente nunca vuelva a confiar en mí.

Al menos tengo una fiesta de Navidad que planificar. De otro modo, estaría completamente perdido en *Pointless* y sintiéndome como una mierda. En gran medida, empezó a tomar forma. Tomé una decisión ejecutiva (ahora que lo pienso, no se me ocurre nada que a Jonathan Forest le guste menos que una decisión ejecutiva hecha por otra persona) de optar por un bufet en lugar de un único plato. Porque Claire y ellos tienen razón, quedarse atascado en una mesa la mitad de la noche, intentando entablar conversaciones educadas con personas que no conoces o personas que ves todos los días es una verdadera porquería. Hay un DJ bastante bueno que no cobra mucho a quien le pagamos lo suficiente para que traiga su propio sistema de luces, pero ni un centavo más. Y separé una parte del presupuesto para gastos de viaje y hospedaje para que las personas que vienen de Leeds y Sheffield no se sientan completamente abandonadas por algo que se supone que tiene que mostrar el aprecio que les tiene la empresa. En cuanto al salón, tuve que elegir el salón elegante porque ningún otro que pudiera contener a tanta gente era un centavo más barato.

Mientras añado las últimas cifras en la hoja de cálculo no negociable del portátil que me prestó para este propósito, me siento bastante satisfecho conmigo mismo. Todo termina sumando ciento sesenta libras por cabeza al final, lo cual es un poco más que lo que me había asignado, pero así es como se manejan los presupuestos. Si estás muy por debajo, el próximo año te darán menos. Si te pasas demasiado, quedas como si no supieras lo que haces. Hay una suerte de arte en estirarlo hasta el punto justo y creo que lo logré. Además, hay una parte de mí que quiere demostrar que puedo. O sea, sí, puedo gastar un poco más de vez en cuando y no terminar dejando todo el negocio en bancarrota o haciendo que ocurra algo inesperado.

Jonathan ha estado en su oficina cada vez que Agnieszka pasó para echarme un vistazo, en parte porque no puede dejar de trabajar ni diez segundos, pero también porque estoy seguro de que me está evitando. El resto del tiempo se queda encerrado en su estudio con Gollum, que claramente eligió su bando. Cuando llegué en tren aquí, creí que el peor escenario era perder mi trabajo. Resulta que ahora podría perder mi trabajo y mi gato.

Guardo la hoja de cálculo en la unidad compartida y asomo la cabeza por la puerta del estudio.

—La fiesta ya está lista —digo—. Así que, si la apruebas, puedo enviarles los detalles a todos.

Jonathan no responde. Solo mira su pantalla y hace clic varias veces con el ratón. Luego:

—Te pasaste del presupuesto.

—No por mucho.

Se queda en silencio un rato, como si estuviera luchando con algo. Y cuando finalmente habla, es en ese tono muy tranquilo que usa en el trabajo cuando está disgustado.

—Si te hubiera dicho que el presupuesto era de ciento cincuenta libras por cabeza, pero estaba bien si te pasabas un poco, siempre y cuando no fuera mucho, estaría bien. Pero lo que dije fue que el presupuesto era de ciento cincuenta por cabeza y punto.

Esto es muy típico de él. Solo quiere hacerte superar obstáculos por el mero hecho de hacerte superar obstáculos. Diría que lo disfruta, pero no y, de alguna manera, eso es peor. Significa que solo lo hace porque cree que debería.

—Jonathan, maldita sea, son mil libras. Eres millonario. ¿No puedes hacer algo agradable por tus empleados por una vez?

—Sam. —Sus ojos se fijan sobre mí, intensos e inflexibles—. Ya sé que las cosas han sido… inusuales. Pero soy tu jefe y esta es una conversación de trabajo. No puedes maldecir delante de mí.

Suspiro. Está en plan cretino, pero tiene razón, por más que me pese.

—Lo siento, es solo que… No estás siendo razonable.

—No te corresponde decidir qué es razonable.

—Ya ves, esto es una mi… —Logro no decir «mierda»—. Esto es lo que no pareces entender. Yo *sí* puedo decidir lo que es razonable. No puedes decirle a la gente cómo quieres que los traten, ellos te lo dicen. Y te estoy diciendo ahora mismo que tus empleados no quieren sentirse como que no valen diez libras extras para ti una vez al año.

No cede. Apenas parpadea.

—Es un tema impositivo.

—Mie… Olvídate de los impuestos. ¿De eso se trata nada más? ¿Nunca pensar en mostrarle a la gente que te importa, solo para conseguir tu deducción anual?

—Si cuesta más de ciento cincuenta libras por cabeza —humedece sus labios, como si estuviera a punto de dar un discurso importante, aunque por lo que sé está hablando sobre el código fiscal—, entonces constituye un pago en especie.

—¿Qué?

—Un pago en especie cuenta como parte de sus salarios y se cobra un impuesto como parte de sus salarios. Si organizo una fiesta para mis empleados que le cuesta a la empresa ciento sesenta libras por cabeza, entonces efectivamente les estoy haciendo pagar treinta y dos libras por tener ese privilegio.

Lo miro inexpresivamente.

—Bueno, quizás tengas razón. Es solo dinero, después de todo. Estoy seguro de que alguien

que trabaja media jornada vendiendo esponjas vegetales en mi tienda de baños estaría encantado de que les cobren treinta y dos libras esta Navidad si eso significa tener una cena de bufet en un lugar agradable.

Y es en este momento exacto que aprendo que lo más exasperante de Jonathan Forest es que parece querer dejar claro un punto de la peor manera posible.

—¿No podrías haberme *dicho* eso antes, joder?

—Te di instrucciones claras.

Esto está a punto de volverse muy poco profesional. Me giro hacia la puerta un segundo con la esperanza de que decida *no* ser poco profesional, pero es en vano y siempre lo será.

—Con todos mis respetos —empiezo, y sabe de inmediato que es un comienzo ominoso—. Señor Forest, señor. ¿Qué es toda esta *maldita mierda*? Esto… O sea… No soy un jodido perro. No me siento cuando me dices que me siente ni voy a buscar algo cuando me dices que lo haga y recibo una bofetada en el hocico cuando no devuelvo la pelota.

—En cierto modo, sí. Yo estoy al mando y tu trabajo es acatar mis órdenes, no cuestionarlas.

Sería divertido si no fuera tan horrible.

—Disculpa ¿acabas de decir «sí, eres un perro»?

—He dicho que sí, que deberías hacer lo que tu empleador te dice que hagas.

¿Por qué creí que podía hacerle entender esto? ¿Por qué siquiera creí que podía hacerle entender algo? Estas últimas semanas fueron una completa pérdida de tiempo.

—No significa que yo, que cualquiera que trabaja para ti, no tenga derecho a tener un poco de consideración y algo de contexto.

—¿Y no crees que la gente que trabaja para mí *me debe* consideración por hacer su trabajo de la manera que yo les digo que lo hagan? —Ni siquiera suena a la defensiva. Habla como si fuera la cosa más razonable del mundo.

—Pero no podemos hacer nuestro trabajo si no nos dices por qué lo hacemos. Eso… Por Dios, Jonathan, los seres humanos no funcionan de esa manera. Si me hubieras dicho por qué importaba tanto el presupuesto, no me habría pasado. Es motivación básica.

Parpadea lentamente, como si yo no valiera nada.

—Entonces, puesto que sentiste que no me expliqué como crees que debería, ¿desperdiciaste mi dinero a propósito?

—Mierda. Tu padre tenía razón. —En cuanto lo digo, percibo el inconfundible olor a puentes ardiendo y probablemente debería buscar un cubo de agua, no una lata de gasolina—. Tratas a la gente como niños. Como menos que niños. Como si nadie en el mundo fuera capaz de nada excepto tú.

—Hasta ahora me ha funcionado.

—Claro que no. —No grito, pero tampoco no lo hago—. Vives solo, no tienes amigos, alejaste

a tu propia familia. Y por encima de todo eso, eres un jefe de mierda.

No estoy seguro de qué es lo que espero. Que me grite como lo he visto hacer con su propia familia o que me haga callar como lo he visto hacer en el trabajo. Pero no hace ninguna de las dos cosas. Solo se queda ahí, no lo sé, triste, casi; triste y desolado y agotado.

—En algún momento dijiste que te caía bien —susurra.

—Sí, bueno, cometí un terrible error.

No hay manera de arrepentirse de eso. Pero al menos calla.

—Solucionaré lo del maldito presupuesto —le digo.

Y me voy. Dejo la puerta un poco abierta para que Gollum venga conmigo si quiere.

Pero no lo hace.



CAPÍTULO VEINTE

Después de haberme peleado con Jonathan por tratarme como un niño, voy y me escondo en mi cuarto como un adolescente malhumorado.

Lo he jodido todo de muchas maneras. He jodido mi trabajo, he jodido mi sucursal, he jodido la maldita fiesta de Navidad y he jodido a Jonathan. Metafóricamente hablando. Estoy bastante seguro de que lo convertí en un jefe peor y es posible que también en un ser humano peor. Quizás pueda retirar haber metido a su padre en una discusión de trabajo, pero no creo que pueda retirar haberle dicho que todas las cosas agradables que le dije eran pura basura.

Sinceramente, no estoy seguro de que lo merezca.

Durante un rato, me quedo sentado en la cama sin mi gato, sintiéndome como la mierda y preguntándome cómo es que todo esto se salió de control. El plan, admitiré libremente, no era exactamente infalible desde el comienzo, pero realmente creo que tenía una base sólida. Y si hubiera podido mantener las cosas entre Jonathan y yo relativamente simples y placenteras, entonces quizás cuando todo esto terminara se habría dicho a sí mismo «sabes qué, Sam es agradable, quizás le dé a él y a su equipo otra oportunidad». Pero en lugar de eso, me metí demasiado en su drama familiar, lo besé y luego tuve una discusión fuerte en la que le recordé exactamente por qué me había despedido en primer lugar *y* en la que lo insulté a un nivel muy personal. La mayor parte de eso probablemente sea irreparable. Pero por el bienestar de la gente con la que trabajo, necesito, al menos, hacer que olvide todo eso de despedirme. Lo que me lleva a la inevitable conclusión de que, incluso si no puedo arreglar todo lo demás, definitivamente tengo que arreglar la cagada de la fiesta.

Redoblando la energía de adolescente rebelde, me escabullo hacia el baño (estar en la casa de

un hombre que amasó su fortuna vendiendo baños tiene su ventaja), cierro la puerta y saco mi teléfono.

Le mando un mensaje de emergencia a Claire. Ayuda. Desastre con la fiesta. Estamos jodidos. Y un par de minutos más tarde recibo una llamada del equipo. En un esfuerzo por ser discreto, conecto los auriculares y mantengo la voz baja, lo que lleva a que la conversación tenga, de algún modo, un comienzo predecible.

—Se te escucha mal —dice Claire.

—Estoy susurrando —susurro.

—Suena como si estuvieras susurrando.

—Porque lo estoy haciendo.

—¿Nos oyes, Sam? —Es Amjad—. Di si puedes oírnos.

—Os oigo. Estoy susurrando.

—Creo que tienes que revisar la configuración —dice—. Activa la reducción de ruido.

—Estoy susurrando —repito alzando un poco la voz.

—Tienes que ir a ajustes y poner el modo del micrófono…

—Digo que estoy susurrando —digo sin susurrar.

—¿Estás seguro? —pregunta Tiff—. Suenas bastante fuerte.

—Eso es porque ya no estoy susurrando porque no me podíais escuchar.

—¿Por qué estabas susurrando? —pregunta Claire.

—Porque Jonathan está abajo y no quiero que sepa que recuerdo quienes sois.

—Ah —dice Claire y se toma un momento para pensar—. Probablemente deberías hablar en voz baja.

—Es lo que estaba intentando hacer, pero…

—Espera —es Amjad otra vez—, te subiremos aquí.

Los siguientes minutos pasan entre un pequeño baile de «no, ese botón no, el otro, sí, ya sé, entonces por qué no lo haces bien» hasta que finalmente llegamos al punto en el que puedo hablar bajo y poder ser escuchado en Sheffield, lo que, pensándolo, es un milagro de la tecnología moderna.

Cuando terminan, Claire retoma la conversación.

—¿Por qué estamos jodidos?

—Porque me he pasado del presupuesto de la fiesta diez libras por cabeza —explico, sentándome en el borde de la bañera Devon de Heritage de hierro fundido con doble extremo y cuatro patas—. Y resulta que Jonathan no estaba siendo solo un tacaño. Teníamos que dejarlo por debajo de ciento cincuenta porque si no les van a cobrar impuestos a todos los invitados.

Hay una breve pausa.

—¿Por qué no nos dijiste eso? —pregunta Tiff.

—Porque no me dijo nada.

—¿Por qué no te dijo nada? —pregunta Claire.

Hago un gesto de «ni idea» frente al inodoro victoriano Silverdale con mochila en altura, que es uno de los diseños que siempre me pareció un poco cursi.

—Porque es un cretino. Y ahora tengo que arreglar esto porque, en lugar de estar llevando a toda la empresa a una fiesta estupenda, os he regalado un impuesto de treinta y dos libras a cada uno.

—Está bien —dice Claire rápido, algo que hace cuando hay un problema—. Solo tenemos que hacer algunos recortes.

Sería muy útil tener la hoja de cálculo delante, pero el portátil está abajo y conseguirlo sería un dolor de cabeza. Además, quizás me cruce con Jonathan y, ahora mismo, apuesto que los dos estaríamos mucho mejor si no nos vemos la cara.

—No estoy seguro de si se puede recortar algo. Si consigo un DJ más barato, no traerá sus propias cosas y solo será un tipo con una lista de Spotify. Si no reembolso los gastos de viaje de la gente, entonces les estoy haciendo gastar más dinero. Y, peor, solo le estaría cobrando a la gente que no vive en Londres.

—¿Comida más barata? —sugiere Amjad.

—Elegí un bufet porque un buen bufet es mejor y más barato que una cena formal. Pero si escatimo en el bufet, nos van a servir basura.

Claire hace un sonido como si estuviera pensando.

—¿No puedes hacer que todos… no sé… te hagan un pequeño descuento?

—Necesito bajar mil quinientas libras. Es casi un diez por ciento de todos.

—De hecho —dice Amjad, que no puede evitarlo—, es un seis por ciento, lo cual está más cerca de cinco que de diez, incluso si lo redondeas.

—¿Lo acabas de calcular mentalmente? —Me debato entre estar molesto e impresionado.

—Sí, tengo buena aritmética mental.

—Está bien. —Esto es culpa mía por desviarme del tema, pero hago lo mejor para volver a encarrilarlo—. Pero como no podemos negociar bajar los gastos de viaje de las personas, significa que vamos a tener que recortar en otra cosa, así que digamos que son diez. Y eso no va a pasar. No en Londres. En Navidad. Con el clima que estamos teniendo. Y las amenazas de huelga del metro. —Debo admitir que las últimas dos solo soy yo descarrilando.

Tiff suspira.

—Bueno, si no podemos conseguir muchos descuentos, necesitas un recorte mayor. ¿Cuál es el gasto más grande?

—El maldito salón, ¿verdad? —Esto parece cada vez más imposible—. Son seis mil

cuatrocientas libras.

—Veintitrés coma cuatro por ciento —dice Amjad amablemente.

Es definitivamente imposible. Me deslizo lentamente dentro de la bañera Devon de Heritage de hierro fundido con doble extremo y cuatro patas.

—Es imposible conseguir eso. Podría hacerle una mamada al tipo y no alcanzaría.

—Sería una mamada bastante cara —dice Claire. Lo piensa un poco más—. Incluso para los estándares de Londres.

—Probablemente sea la mejor opción —dice Tiff—. No la mamada. El salón.

Intento respirar hondo para calmar los nervios.

—Vale, pero…

—Sin peros, Sam. —Lo mejor de Tiff es que es lo suficientemente joven para tener confianza en cosas en las que bajo ninguna circunstancia deberías depositar tu confianza—. Puedes hacerlo.

Decirle que no puedo parece bastante cruel y me convertiría en un encargado tan malo como Jonathan Forest, aunque desde una óptica diferente. Entonces digo «gracias». Y luego se quedan en silencio un rato y supongo que probablemente estén ansiosos por volver a su trabajo, en especial los que cobran comisiones. Entonces los dejo ir y me quedo recostado un rato en el fondo de la bañera Devon de Heritage de hierro fundido con doble extremo y cuatro patas y me repito que mi equipo depende de mí, que al menos algunos de ellos creen en mí y que de verdad soy capaz de darle la vuelta a esta situación.

No logro convencerme por completo. Pero me engaño para llamar al sitio y decirle al tipo que me lo está alquilando que le haré una visita para hacerle algunas preguntas.

***

Por primera vez en dos semanas, salgo de la casa sin que Jonathan intente detenerme. Y nunca pensé que echaría de menos su insistencia controladora de cuidarme a su manera, pero lo hago. Una parte de mí lo hace. Porque ya es invierno y hay un frío en el aire que penetra hasta lo más profundo de tus huesos cuando estás estresado; y en este momento estoy muy muy estresado.

Sin Jonathan para que me lleve, es un viaje horrible, un viaje en autobús de extremo a extremo, un tren de Thameslink en medio, y, mientras espero mi combinación en el andén de la estación de East Croydon, pienso qué fácil sería coger el tren de regreso a Sheffield o, quizás, incluso a Liverpool. Olvidar todo esto y fingir que las últimas semanas, o los últimos años, nunca pasaron.

Pero no puedo, porque sí pasaron.

Para cuando llego al puente de Londres, el frío ya me ha calado los huesos y, mientras camino

fatigosamente hacia la parada del autobús, intento pensar en cosas que detesto más en este preciso momento que ir a preguntarle a un extraño si estaría dispuesto a hacerme un descuento del veintitrés coma cuatro por ciento por un salón que fácilmente podría ofrecerle a cualquier otra persona ahora que ya pagué el depósito.

La lista es realmente corta y excluye notablemente cosas como «ser devorado por tiburones». Y odio a los tiburones.

Para empeorarlo todo, si bien mi conocimiento de la geografía de Londres no es excelente, me doy cuenta de que estoy cerca de Fortnum & Mason y eso me hace pensar en el conejillo de indias y la caja de adornos y Jonathan.

Mientras subo por la escalera del lugar y le digo al tipo de recepción que vengo a ver al otro tipo que hace las reservas de las salas, intento irradiar confianza, aunque ahora mismo me siento tan asertivo como un roedor inusualmente tímido.

Y ahí está el conejillo de indias otra vez.

Me hacen pasar a la oficina del tipo y es muy agradable y todo eso, pero puedo notar por su expresión que no tiene ninguna intención de ceder.

—De acuerdo —empiezo—, este es el asunto. Resulta que no podemos pagar por el salón que reservamos y, si bien sé que eso no es estrictamente tu problema…

—Me alegra que lo sepas —sigue pareciendo amable, pero de un modo práctico—, porque definitivamente no lo es.

—En todo caso, esperaba que, como es Navidad, quizás podrías ofrecerme algunas opciones.

Esboza una sonrisa alegre, pero tengo la sospecha de que intenta venderme más de lo que tiene intenciones de ayudarme.

—Claro que podemos. Si quieres cambiarte a uno de los salones más pequeños, podemos hacerlo y te transferiremos con gusto tu depósito.

—El asunto es que —le digo— los salones más baratos son demasiado pequeños.

—Entonces puedes cancelarlo. Pero sinceramente no creo que encuentres el mismo tamaño por menos. No en esta zona.

—Ni en esta época del año —agrego, lo cual probablemente no es de mucha ayuda para mí.

El tipo asiente.

—Ni en un clima como el que estamos teniendo.

—Y con rumores de una huelga en el metro —termino—. El problema es que literalmente no podemos seguir adelante con este salón a menos que recibamos algún tipo de descuento.

Se me ocurre que Del estaría encantado con esto. También lo estaría haciendo mucho mejor.

—Te voy a decir una cosa —el hombre escribe algo en su ordenador y mira detenidamente la pantalla—, veremos qué podemos hacer. ¿De cuánto esperabas que fuera el descuento?

—De mil quinientas libras —digo rápido con la esperanza de que lo desoriente para que no

note lo poco razonable que es eso.

—Eso es… —Lo veo abrir la calculadora y lo interrumpo.

—Veintitrés coma cuatro por ciento —digo—. Soy muy bueno con la aritmética mental.

Me mira con escepticismo.

—¿Cuánto es siete por ocho?

—Vale, lo calculé de antemano. Y ya sé que estoy pidiendo mucho…

—Estás pidiendo la puta luna, con perdón de la expresión.

Es verdad. Y sé que lo estoy haciendo y él sabe que sé que lo estoy haciendo.

—Me ayudaría mucho.

—También me ayudaría mucho si me dieras mil quinientas libras.

—No, pero, o sea, *de verdad*.

Ahora parece menos amable.

—Esto va a sonar un poco absurdo —empiezo, sabiendo bastante bien que todo irá cuesta abajo de ahora en adelante—. Pero ¿me creerías si te dijera que necesito planificar esta fiesta sin pasarme del presupuesto para poder convencer a mi jefe, que cree que tengo amnesia cuando en realidad no la tengo y que ahora mismo no me habla porque discutimos sobre su padre, de que sé lo que estoy haciendo para que no me despida a mí y a todos los que trabajan para mí?

Eso lo hace acomodarse en su asiento y parpadear exactamente una vez.

—Te creo. Pero no tanto como para darte un descuento del veinticinco por ciento…

—Veintitrés coma cuatro por ciento —lo corrijo.

—Es un salón que podría darle a cualquier otra persona por el precio completo y conservando tu depósito.

Si lo pone de esa manera, sí parece algo un poco tonto desde su perspectiva.

—Toma. —Me desliza un folleto sobre la mesa. Es para el próximo año, no el que vi la última vez, aunque probablemente tenga precios más altos—. Si quieres cambiar a otra sala, lo podemos arreglar. Si quieres un descuento de un par de libras por buena voluntad, lo podemos arreglar. Pero si buscas un regalo de más de mil libras, puedes largarte de aquí.

Suspiro. Está siendo bastante justo. Hojeo el folleto solo por si acaso los salones más baratos se volvieron mágicamente más grandes o si el salón más grande se volvió mágicamente más barato y, de algún modo, no. Pero *sí* hay un salón que no vi antes. Y cuesta ciento cincuenta con cena y baile, y está a mitad de precio que el otro. Aunque las fotos lo hacen ver… cuestionable. Veo algunas tuberías expuestas que hacen todo lo posible por ocultar y una pared de ladrillos desnuda que es tres niveles menos elegante que las paredes de mármol del salón que no podemos pagar.

—¿Qué es esto? —pregunto.

—El sótano —contesta—. Estará disponible el próximo año, ahora todavía no está listo, así

que no puedo reservártelo.

Después de la situación del presupuesto, siento que hay otro punto importante que hay que aclarar.

—Y cuando dices que «no puedes», ¿te refieres a que hay una razón verdadera sobre por qué no puedes o es solo, no sé, política?

—Ya te lo he dicho, no está listo todavía.

—Vale, pero «listo» no es un término legal, ¿verdad? —Siento la oportunidad, aunque también siento mi propia desesperación y podría estar mezclando las dos cosas—. ¿Es inseguro?

—No, ya tiene hechos todos los trámites de habilitación y seguridad.

—¿Y hay algún otro problema de licencia?

—No, igualmente, eso cubre a todo el edificio.

—Entonces. —Estoy cada vez más seguro de que una «oportunidad» es la manera correcta de llamar a esto—. ¿Es solo porque todo está todavía un poco como el culo?

—Sí, así es. Todavía no está listo.

—¿Y si no me importa?

Parece indeciso.

—Tenemos una reputación que mantener.

«Muy bien, Sam, hora de encender el encanto que Jonathan parece creer que tienes». Le sonrío.

—Bueno, no quiero menospreciar mi lugar de trabajo, pero somos una cadena pequeña que vende baños y camas, así que nuestra capacidad de perjudicar la reputación de alguien es extremadamente limitada. Tenemos ciento treinta seguidores en las redes sociales y uno de ellos es la madre del jefe.

Aún me mira con su cara de «no estoy seguro».

—Sabes qué, déjame echarle un vistazo.

Y lo hace.

***

Para ser sincero, no estoy seguro de qué estoy mirando. Así que llamo a Tiff.

Ella contesta. Lo cual es un alivio en algún sentido porque la necesito y es un problema porque no debería estar atendiendo su teléfono en el trabajo.

—¿Qué necesitas, jefe? —pregunta. Por encima de su hombro veo a un joven con un jersey verde esperando con un nivel de paciencia francamente inapropiado.

—¿Estás con un cliente?

—No pasa nada, le dije que era una emergencia navideña.

Me doy cuenta de que no debería estar alentando a Tiff a abandonar a los clientes. Pero, por otro lado, también me doy cuenta de que Tiff ha estado trabajando y disponible cada vez que la he llamado, en lugar de tomarse días libres no programados repetidamente, así que lo considero una victoria.

—Pásamelo.

Ella sostiene el teléfono y veo al cliente con mayor claridad. El juicio de Tiff va bien encaminado, parece la clase de tío que aceptaría una emergencia navideña como excusa. Su jersey verde tiene renos por todas partes y lleva unas gafas del NHS que le dan a sus ojos enormes un aire optimista.

—Lo siento —le digo—, ya sé que es muy poco profesional.

—Está bien —dice, y realmente parece sentirlo así—. No tengo prisa.

—¿Estás seguro? Porque podemos ayudarte con lo que sea que necesites.

—No, no. —Asiente levemente—. Ahora me interesa. ¿Qué está pasando?

—Es una larga historia.

—Sigo sin tener prisa.

No quiero contárselo todo a un extraño, así que le doy la versión resumida.

—Estoy en Londres intentando organizar nuestra fiesta de Navidad y resulta que está costando más de ciento cincuenta libras por cabeza…

—Oh, no deberías hacer eso —dice el cliente—. Te cobrarán un impuesto por pago en especie.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto.

—Soy contable.

—¿Y no quieres que te mostremos dónde están las escobillas para retretes rápido?

Sacude la cabeza.

—De todos modos, intento ahorrar algo de dinero y eso significa cambiar el salón caro y lujoso que habíamos reservado —giro la cámara del teléfono hacia los pasillos angostos con la pintura descascarillada y las vigas de metal expuestas— por esto.

Tiff empuja al cliente hacia un lado (probablemente debería hablar con ella sobre su conducta en el lugar de trabajo) y mira la pantalla. Toma una bocanada de aire sorprendida mientras avanzo por el laberinto de salas y fila tras fila de sótanos en ruinas con estantes desnudos y chimeneas destrozadas y en desuso.

—Guau —dice por fin.

—Lo sé —contesto—. Es horrible.

—Es una puta *maravilla*.

Giro el teléfono otra vez. El salón en el que estamos ahora tiene una columna en el medio del salón.

—¿Estamos viendo el mismo lugar?

—Es perfecto.

—Es un *basurero*.

El cliente vuelve a aparecer en la imagen.

—Estoy con… —mira la placa con el nombre de Tiff— Tiffany. Está bien. Tiene un aire urbano.

—¿No es esa una manera elegante de decir que es un basurero?

—Es inmersivo —dice Tiff, como si eso significara algo.

No estoy de acuerdo con eso.

—Todas las salas son inmersivas. Estás dentro de la maldita cosa. No se puede volver más inmersivo.

—Será memorable. Tú *querías* que este evento fuera memorable.

Intento en vano ver lo que Tiff está viendo.

—Sí, por ser una fiesta divertida, no por hacer que la mitad de los invitados pille el tétanos.

—Sam. —Ahora Tiff se ve inusualmente seria—. Te lo prometo. Dame cien libras para decorarlo y un día libre y puedo hacer algo fantástico.

Sigo sin verlo. Pero decido confiar en ella.

—Vale.

Suelta un gritito de felicidad, luego con una admirable eficiencia empieza a dirigir al tipo del jersey verde y las gafas del NHS hacia los colchones con muelles *pocket*. Cuando se va, me preparo para subir y decirle que nos quedamos con el sótano. Mi teléfono suena mientras subo.

El mensaje dice: ¿Qué haces en Shoreditch?

CUARTA PARTE

Conservar la cabeza y conservar el corazón





CAPÍTULO VEINTIUNO

Jonathan no está contento de que me haya ido a Shoreditch sin él y no está exactamente convencido de que pasar de «salón con paredes de mármol» a «sótano oscuro» sea la mejor manera de abaratar costes, pero ahora estamos muy por debajo del presupuesto, así que no se puede quejar y, para darle muy poco crédito, me agradece haberlo resuelto con una especie de amabilidad distante de jefe que es su propio nivel de destrucción.

La ventaja-barra-desventaja de haber ido al centro sin la aprobación de Jonathan y volver más o menos bien es que está dispuesto a dejar de estarme encima y lo hace ni bien tiene la oportunidad. No es que lo eche de menos precisamente, en todo caso recuperé mi gato, es solo que por primera vez desde el accidente estoy bastante solo en la enorme y vacía casa de Jonathan. Y bueno… es una mierda. Y si estuviera menos enfadado con él de lo que estoy, entonces pasaría más tiempo del que paso reflexionando sobre la mierda que debió ser para él vivir así durante, bueno, gran parte de su vida, por lo que sé. Pero no estoy menos enfadado, estoy tan enfadado como puedo estarlo, así que en gran medida solo siento lástima por mí.

Y si bien estoy aliviado de haber resuelto el tema de la fiesta de Navidad, significa que oficialmente ya he agotado lo único que me mantenía útil, lo que significa que vuelvo a estar en el sofá viendo *Pointless* e intentando averiguar si Gollum me ayudará a pensar un buen ejemplo de un primer ministro británico que no tenga una «e» en su nombre.

Estoy rompiéndome la cabeza con este problema en particular e intentando decidir si John Major es demasiado obvio cuando escucho a alguien en la puerta. Dado que Agnieszka tiene llave y es uno de sus días libres, me acerco a investigar, tranquilizado por el hecho de que los ladrones rara vez llaman a la puerta.

En cualquier caso, no es ni un ladrón ni la chica que limpia. Resulta que es Les.

—¿Está Jonathan? —pregunta.

—Eh, no —digo—. Me temo que no.

Me mira cabizbajo.

—Creí que no debías dejar solo a alguien con una conmoción.

Aunque todavía no estoy en la mejor situación con respecto a Jonathan, creo que es injusto dejar que su padre piense que es un mal cuidador de personas con conmoción, porque eso es algo en lo que ha destacado, si acaso, demasiado bien.

—Ya han pasado dos semanas y todavía no me he muerto. Así que creo que estoy bien.

—Sin contar la amnesia.

—Bueno —no sé si sospecha o no—, la memoria es extraña.

Me mira con una silenciosa preocupación.

—No quiero meterme, pero ¿habéis discutido?

—Un poco —digo. Lo que no es necesariamente la mejor manera de refutar la teoría de que estamos saliendo, pero es la verdad. Luego añado—: ¿Quieres una taza de té?

Sin importar de qué parte del país seas, rechazar una taza de té es básicamente un tabú social imperdonable, aunque en este caso de verdad quiere una. Entra y se sienta en la primera de las tres salas de Jonathan, la que tiene el árbol enorme. Y hay algo profundamente triste en ver a un hombre adulto sentado en un sofá un par de semanas antes de Navidad en una sala que solo está decorada a medias porque tuvo una discusión tan intensa con su hijo que toda la familia tuvo que irse.

Le llevo una bandeja, la dejo sobre la mesa de té entre los dos y me siento en la silla frente a él.

—Lamento que no esté aquí —digo.

—No debería haber esperado que estuviera —dice Les, tomando la taza, soplándola y dándole un sorbo a su té—. Solo creí que podría estar por… —Me señala con la cabeza.

—Sabes que no estamos saliendo.

—Sí, pero todavía tienes una conmoción.

Ya tuvimos esta conversación, pero parece más seguro tenerla otra vez en lugar de tener una nueva.

—Estoy bastante mejor.

Durante un momento centra toda su atención en su té y no lo interrumpo. Tengo algo de experiencia con hombres de su generación y no suelen hablar mucho a menos que tengan la necesidad de hacerlo. Y sospecho que Les la tiene, considerando que ha venido hasta aquí y no se ha ido.

—Es un buen muchacho —dice al final.

—A veces —coincido a medias—. Aunque para ser justo, otras veces es un poco idiota.

Toma otro sorbo de té.

—Bueno, lo ha sacado de su padre.

—Sin ofender, pero no creo.

—Pero es lo que se supone que tienes que decir, ¿verdad? —Hace calor en la casa, pero Les todavía no se ha quitado su abrigo y parece casi como si se estuviera escondiendo—. No queda bien decir «ah, bueno, lo sacó de su madre».

Mi taza descansa ahí, caliente entre mis manos.

—Creo que se puede si se diera el caso. Está bien admitir que otras personas influenciaron a tus hijos. Es normal. Está bien, incluso. Es tarea de todos, ya sabes.

—Aun así. —Sus palabras quedan flotando en el aire un buen rato, como si supiera con qué seguirlas, pero no pudiera hacerlo—. No creas que fui un muy buen padre.

Quiero decirle que no es verdad. Quiero decirle que no es verdad *con muchas ganas*, aunque ni siquiera tenga idea de qué clase de padre fue. Al final, me quedo con:

—Estoy seguro de que sí.

—Tu hijo no crecería tan resentido si hubieras hecho un buen trabajo.

Quiero decirle que eso tampoco es verdad. Y tengo mis razones porque llevo viviendo con Jonathan desde hace un tiempo.

—No creo que sea un resentido. Creo que solo es, ya sabes, mandón.

Hay otro silencio y Les hace un buen progreso con su té. No tengo muchas ganas de beber el mío, así que lo apoyo en el suelo y hago una nota mental de recogerlo antes de que alguien se lo lleve por delante o Gollum le pille el gusto.

—Era diferente —le explica Les al suelo—, cuando era más joven.

—La mayoría de las personas lo son. —Intento mostrarme tranquilo, pero también hay una parte de mí que siente curiosidad y quiere saber cómo y por qué—. Venir al sur debió haber sido difícil para él —agrego, recordando lo que había dicho sobre ser un niño gay del norte en una escuela de Londres.

Y una vez más, Les parece muy interesado en su taza.

—No teníamos otra elección.

—¿No? —No se me ocurre una mejor respuesta. Quiero mostrarle que lo estoy escuchando, pero no para decir «por favor, sigue hablando sobre esto que claramente te está poniendo mal y por lo que yo no tengo ningún derecho a estar interesado» en caso de que salga mal.

—Mis padres no podían cuidarnos, los de Wendy sí.

No pido que me aclare nada porque «además, no podía encargarme de mi propia familia lo que, para ser un hombre de mi generación, era literalmente mi única razón de ser» queda bastante implícito.

—¿Qué pasó? —pregunto. Luego añado de inmediato—: Aunque no tienes que decírmelo si no quieres.

—Contracción del crédito. —Prácticamente se ha terminado todo el té, pero Les sigue sosteniendo la taza como si tuviera miedo de volcarlo—. Solía trabajar en la industria del acero. Ya no hay acero en Rotherham.

—Debiste haber tenido algún conocimiento que te sirviera para otra cosa.

—Sí, pero también otros mocosos.

Eso era cierto.

—Trabajé —agregó—, solo que no en la clase de trabajo para la que me había especializado ni por la cantidad de dinero que solía ganar. Al final, salimos adelante, un poco, pero el daño ya estaba hecho y Jonathan… bueno, digamos que aprendió algunas lecciones que no debería haber tenido que aprender.

Me inclino hacia delante con los codos sobre mis rodillas.

—Pero debes estar orgulloso de él. —No estoy tan seguro de por qué digo eso, dado que me trata como la mierda últimamente, pero en este preciso instante no puedo tolerar la idea de que Les Forest crea que decepcionó a su hijo.

—Claro que lo estoy. —Hay algo de amargura en su voz y algo parecido a la culpa—. Pero es duro saber que tu hijo alcanzó las estrellas porque estaba determinado a parecerse lo menos posible a ti.

—Me parece la manera incorrecta de verlo.

Hace un movimiento imperceptiblemente pequeño que podría ser un encogimiento de hombros.

—Es lo que hay.

Sintiendo la necesidad de hacer algo útil, recojo mi taza de té y cojo la taza ahora vacía de Les.

—Estabas en una situación difícil —le digo, aunque estoy seguro de que cien personas le habrán dicho lo mismo—, y lo hiciste lo mejor que pudiste.

Gollum se acerca y se sienta sobre su regazo, aunque no estoy del todo seguro de si espera que sea Jonathan.

—Quizás, pero lo mejor que pude hacer no fue mucho.

—Pero fue suficiente —le digo, y me sorprendo a mí mismo por lo firme que sueno.

—¿Lo fue?

—Tiene que serlo —digo—, si no ¿qué sentido tiene?

No queda mucho más de lo que hablar después de eso. Le hago saber que Jonathan regresará por la noche y que, si quiere, puede esperarlo, pero no le puedo decir exactamente cuánto tardará y me dice que tiene que regresar porque Wendy quiere que recoja una pierna de cordero de camino.

En la puerta, al marcharse, apoya una mano sobre mi hombro.

—Tú también eres un buen muchacho, Sam.

Cuando se va, lavo las tazas, y es gracioso porque no empiezo a llorar exactamente, pero sí tengo esta sensación de… No lo sé. Vacío.

—Ahora solo estamos tú y yo —le digo a Gollum mientras guardo las tazas.

Levanta la mirada y *maúlla*.

—Está bien —digo—. No me gusta más que a ti.

Ahora hace una especie de «mrrging» que es como un ronroneo, solo que medio nervioso.

—Todavía no es la hora de comer.

Otra vez hace «mrrgs».

—No.

Me siento y se sienta a mis pies mirándome con una expresión acusatoria. Y me alegra que esté aquí en muchos sentidos, porque es un pequeño bastardo egoísta la mayor parte del tiempo. Es solo que siguen pasando cosas que me recuerdan a todos los que podrían estar aquí, pero no lo están. Como Les y Wendy. Como mi madre, mi padre y mi abuela. Incluso el maldito Jonathan Forest, que no está incluso los días que sí está.

Mi madre me llamó Samsagaz, pero quizás debería haberme llamado Frodo. Porque empiezo a sentirme invisible. O como si algo me hubiera picado y no hubiera curado bien.

Gollum hace «mrrgs» una última vez y cedo.

—Está bien —le digo—, puedes comer una de tus golosinas. Pero no te la has ganado.

Le doy un par de bolitas de salmón y trucha, pero no se muestra muy agradecido. Mientras las come, me desplomo en el sofá y enciendo el televisor, buscando una manera de apagar mi cerebro.

Al final, encuentro algo para ver. Aunque si me lo preguntaras después, no podría decirte de qué trataba.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

Me siento mejor cuando Jonathan llega a casa esa noche. Quizás porque ha llegado tan tarde que me dio tiempo para sentirme normal. Gollum, por supuesto, está contento de verlo y llena de pelos el traje negro de Jonathan, lo que, a pesar de su larga estancia en Villa Gruñón, no parece molestarle.

—Hay lasaña en la nevera —digo—. Y ha venido tu padre.

Jonathan, que está inclinado saludando a Gollum, se queda muy rígido.

—¿Por qué?

—Tenía ganas de hacer lasaña.

En algún otro momento, esto le habría sacado una de esas casi sonrisas.

—Quiero decir —dice con brusquedad—, ¿por qué vino mi padre?

—¿Por qué crees?

—Sam. —Se endereza nuevamente, con Gollum en sus brazos, ronroneando y con las patitas en el aire—. ¿Lo estás haciendo a propósito?

—No —le digo, decidiendo que la autoridad moral parece requerirme mucho esfuerzo—. Las palabras salen de mi boca aleatoriamente y forman frases por pura coincidencia —suspiro—. Vino porque tuvisteis una pelea gigantesca y él se sintió muy mal.

Jonathan ya está dirigiéndose directo a su estudio.

—¿Estás seguro de que estamos hablando de la misma persona? Mi padre nunca mostró una emoción fuerte en toda su vida.

—Tampoco tú, pero aun así las tienes.

Deja de caminar.

—Soy perfectamente capaz de demostrar emociones.

—Solo si esa emoción es la *ira*.

Curiosamente para un empresario de los baños que se forjó desde cero, Jonathan toma la oferta mínima.

—Y eso sigue siendo más de lo que obtendrás de mi padre.

No debería haber esperado que Jonathan Forest prestara atención, incluso a su propia familia, pero esto me sorprende.

—Vale, puede que no estemos hablando de la misma persona.

—Ese hombre ni siquiera levanta la voz.

Hace tres semanas, escuchar un comentario como ese me habría dejado pensando en lo cretino que es Jonathan. Hace una semana y media, me habría hecho pensar que tenía profundidades ocultas. Ahora me hace pensar que tiene profundidades ocultas, pero muchas de esas profundidades son profundidades de idiotez.

—Sabes que hay maneras de expresar emociones que no son intensas.

—No en mi familia. —Ahora me ofrece una de esas sonrisas que no son precisamente sonrisas, pero tiene cierta agudeza que no me gusta mucho.

—Sí, en tu familia. —Me estoy hartando bastante rápido—. Es solo que no las notas entre todo el ruido. Y no me malinterpretes, el ruido es bueno de vez en cuando. Pero solo porque tu padre no sea así no significa que no merezca que lo escuchen.

Jonathan está ocupado intentando abrir su estudio sin soltar al gato.

—¿No hemos tenido ya la conversación en la que te dije que no te metieras en mis cosas?

—Sí —empiezo. Y luego cambio de parecer—. De hecho, no. No tuvimos una conversación. Solo volviste a darme órdenes y a recordarme que soy tu empleado.

—*Eres* mi…

—Lo sé. Pero también no lo soy, ¿no crees? Quiero decir, lo soy. Pero esto es —hago el gesto de «qué cojones»—, tienes a mi gato. Vivo en tu casa. Tu familia viene y me habla y… y me preocupo por ti.

—Entonces te gusto, luego no te gusto, ahora te importo. —Apoya su cabeza contra la puerta, viéndose, si soy sincero, un poco desesperado—. Y no metas a Gollum en esto.

—Es un gato. No un adolescente emocionalmente herido cuyos padres están en medio de un divorcio desastroso.

—Los gatos son sensibles —declara Jonathan con la autoridad de un hombre que nunca tuvo un gato.

Se equivoca, los gatos están genéticamente programados para ser narcisistas, pero no lo corrijo. Porque por alguna razón incomprensible el único ser vivo en todo el mundo con el que Jonathan Forest eligió abrirse emocionalmente es un gato con una cara que parece como si otros

gatos la hubieran usado de rascador.

—Lamento —digo— haber dicho lo que dije antes. Estaba enfadado. Y, en mi defensa, tú también.

—No podemos… no deberíamos… Esto es lo mejor.

—Jonathan, esto es una mierda.

Gira la cabeza levemente y me mira de un modo desafiante.

—¿Tienes una alternativa?

—¿Podemos hablar? Sobre esto. Sobre nosotros. ¿Sobre lo que ocurrió?

Aunque no parece entusiasmado, al menos empieza a volver a la sala.

—¿Sobre la vez que me besaste o sobre la pelea que tuve con mi familia después?

—Cualquiera. Las dos. Lo que sea.

Se sienta en el sofá, donde se sentó su padre. Hay un cierto rastro de semejanza en sus ojos, pero tienen energías muy diferentes. Jonathan está mucho más tenso para empezar.

—¿Sobre qué hay que hablar?

No había planificado esto de antemano.

—No lo sé, pero tiene que haber algo.

Gollum sigue ronroneando sobre su regazo y, durante un rato, es el único sonido en la habitación. Al final, Jonathan se relaja lo suficiente para preguntar:

—¿Qué ha dicho mi padre?

Probablemente sea el punto de partida más seguro.

—Solo te estaba buscando, al principio. Creo que probablemente quería calmar las cosas.

—No hace falta calmar nada —dice Jonathan y acaricia a Gollum detrás de sus orejas. Para ser un hombre tan severo, tiene un tacto sorprendentemente suave—. Así son las cosas.

—¿Qué? ¿Enfadarte por tener que pasar más de veinte minutos con tu familia es como son las cosas?

Tuerce la boca.

—En cierta medida. Puedes ver por qué prefiero mantenerlos alejados.

—No —le digo—. No puedo. O, mejor, sí puedo. O sea, entiendo tus razones, solo que creo que son una mierda.

—Me alegra tanto —dice con su tono más severo y seco— de que hayamos encontrado tiempo para tener esta conversación.

Pongo la cabeza entre mis manos.

—Mierda, no lo quise decir en ese sentido. Solo… No puedes lidiar con las cosas que te importan alejándolas.

—No es lo que hago. Yo solo… Hay ciertas cosas que llevan a discusiones e intento evitarlas.

—Como tu padre.

—Está bien. Sí. —Parpadea con brusquedad—. Como mi padre.

—¿Por —pregunto— como perdió su trabajo y eso?

La expresión de Jonathan se vuelve precavida.

—¿Qué te dijo?

—No lo dijo como si fuera un enorme secreto familiar. Solo mencionó que perdió su trabajo en el norte y fue difícil para ti.

—No estoy sugiriendo que fuera un secreto. Es solo que no es algo que haga falta seguir revolviendo.

—Si sigues discutiendo sobre eso quince años después, quizás un poco de reflexión os haría bien.

Calmando con cuidado a Gollum, que parece incomodarse sobre su regazo, Jonathan se levanta y empieza a caminar de un lado a otro.

—Es gracioso, cuando me enviaste tu currículum no mencionaste que eras psicólogo.

—Eso no… Sabes, es imposible hablar contigo.

—¿Ahora entiendes por qué prefiero mantenerme alejado de ti?

Intenta provocarme y no voy a dejar que lo haga. Esta es una ocasión en la que Jonathan Forest no va a tener el control.

—Cree que fue un mal padre, sabes.

Jonathan se encoge de hombros.

—Bueno, lo fue.

—¿En serio?

—Sí.

Ves. Es imposible hablar con él.

—¿Cómo? —pregunto con mucha menos paciencia que un psicólogo.

—Lo despidieron, nos mudamos a la otra punta del país y fracasó por completo intentando encontrar un trabajo decente.

—¿Lo despidieron solo porque sí? ¿O no tuvieron más remedio que hacerlo como a la mitad del maldito norte?

Jonathan se pasa una mano por el cabello.

—¿Qué diferencia hay?

—Hubo una maldita crisis financiera. Toda la industria del acero se vino abajo. No puedes culparlo por eso.

—Yo no he dicho que lo culpo porque lo echaran. Lo culpo por no haberse recuperado.

—Sí que se recuperó —aclaro.

Ahora Jonathan pone su cara de desprecio. Y no me gusta para nada su cara de desprecio.

—¿Y tú qué sabes?

—Solo veo lo que veo. Un hombre que hizo lo que pudo por su familia.

—Bueno, lo que hizo no fue suficiente. —A la mierda, Jonathan puede ser frío a veces. Pero hay algo debajo de eso. Algo un poco crudo. Un niño que no puede entender por qué su padre no lo está protegiendo—. Fue bastante difícil ser el chico gay con el acento gracioso con las burlas constantes de «Johnny Forest, Johnny Forest, ¿por qué tu padre sigue en el paro?».

Lo miro fijamente.

—Jonathan, ¿de verdad me estás diciendo que, después de veinte años, sigues guardando la mierda que decían en la escuela sobre tu padre?

—No, claro que no —murmura Jonathan—. Solo que no quiero terminar como él.

Y luego hay silencio, Jonathan un poco conmocionado con los ojos bien abiertos y un poco sin aliento, como si acabara de escupir un chile que no sabía que había comido.

—Mira —digo—, no los conozco muy bien, pero por lo que vi, estoy seguro de que te podría ir mucho peor que terminar pareciéndote a Les Forest.

—Y eso es lo que quieres que sea, ¿verdad? —dice Jonathan, quedándose muy quieto—. ¿Ser un hombre que se conforma saltando de trabajo de mierda en trabajo de mierda, sin luchar ni por él ni por nadie, jugando con una mano perdedora, demasiado débil para ser un ganador?

No tengo ni idea de cómo lidiar con nada de eso. Así que hago un Julie Andrews y empiezo por el principio.

—En primer lugar, no quiero nada de ti. No en el sentido de querer que seas diferente.

—Me pides constantemente que sea diferente.

—Te he estado pidiendo que te comportaras diferente con relación a ser un cretino. Pero cómo te comportas no define quién eres.

No parece convencido.

—Uno es lo que hace.

—No. Uno hace lo que hace. Tú eres lo que eres. El hecho de que tu padre tuviera trabajos de mierda no lo convierte en una persona de mierda…

—Claro que no. —Es bueno saber que la opinión de Jonathan sobre Les no es lo suficientemente baja como para dejarlo pasar—. Pero lo convierte en un fracasado.

Jonathan no deja de caminar de un lado a otro y me está volviendo loco. Entonces me levanto y me detengo frente a él, con la esperanza de que pare. Y lo hace porque la alternativa es que se choque conmigo o doble hacia la izquierda como una cochinilla en un laberinto.

—No es un fracasado. Hizo lo que tenía que hacer. Imagina cómo habría sido tu vida si tu padre hubiera sido demasiado orgulloso como para aceptar ayuda de nadie o hacer un trabajo que considerara inferior.

Una sombra destella en los ojos de Jonathan mientras estamos ahí, mirándonos en esta habitación a medio decorar. Gollum se frota sobre su pantorrilla, pero, por primera vez, me está

prestando más atención a mí.

—¿Si hubiera estado menos dispuesto a aceptar la derrota te refieres?

A veces, me pregunto por qué me gusta Jonathan Forest. Pero, extrañamente, esta no es una de esas veces. Quizás entré en este hábito de discutir con él. O quizás sigo discutiendo con él porque estoy seguro de que en el fondo hay alguien que vale la pena.

—Sí —digo—. Saber cuándo estás vencido no es algo malo. Porque cada tanto, simplemente la vida es *así*. E intentar aferrarse a cosas que ya no tienes no ayuda a nadie.

—Entonces debería estar agradecido de que mi padre dejara que el mundo lo tratara como a un perro.

Levanto un brazo, sin saber qué estoy haciendo, y mi mano sujeta su brazo. Se pone mucho más tenso, pero no se aparta.

—Sí. Deberías. Puede que no respetes lo que hizo, pero no estarías donde estás ahora ni tendrías lo que tienes si no lo hubiera hecho.

—Todo lo que tengo, lo conseguí solo.

—De lo que él te dio. Y de lo que Del te dio. Y lo que el resto de tu familia te dio. —Empiezo a sentirme algo tentado a sacudirlo—. No voy a menospreciar lo que lograste y no estoy diciendo que no eres un hombre notable que logró cosas increíbles en un ámbito bastante específico de ventas de camas y baños…

Jonathan me interrumpe con un sonido que nunca lo había escuchado hacer. Y entiendo que es una especie de risa.

—Qué halagador.

Suspiro.

—Pero es verdad. *Eres* un hombre notable. Pero llegar a donde estás tuvo un precio y no es un precio que todos estén dispuestos a pagar y no todos deberían.

—Las personas que tienen a otras personas que dependen de ellas deberían pagarlo. —Apoya una mano en mi muñeca, como si estuviera a punto de apartar mi mano, pero de algún modo no lo hace. Es un poco extraño sentir su mano y estar discutiendo a la vez. Aun así, aquí estamos—. Hice todo esto para poder ayudar a las personas que quiero de maneras que mi padre nunca pudo.

—Sí, pero lo hiciste decepcionándolas de maneras que él tampoco.

—Yo no…

—Sí, Jonathan. Mira a tu alrededor. —Le doy un momento para que lo haga, con la esperanza de que los restos tristes de la decoración de Navidad lo aclaren por mí—. Tu familia está bien. No necesita tu dinero.

—Pero ¿y si pasa algo? —pregunta, con su voz tensa y urgente.

—Ya pasó. Pasó hace quince años y todos lo superaron. Porque se tienen los unos a los otros. Y tú siempre los tendrás a menos que los alejes. Lo que, para ser sincero, es lo que estás

haciendo.

Por una vez, Jonathan no me responde, como si le restara importancia o solo por maldad.

Entonces continúo.

—Lo único que querían era pasar tiempo contigo y lo fastidiaste. Quiero decir, imagina lo que debe sentir un padre cuando su propio hijo dedica toda su vida a parecerse lo menos posible a él.

—No es que —dice Jonathan con una voz muy baja— no quiera ser como él. Es solo que no quiero cometer los mismos errores que él cometió.

Y ahora lo sacudo ligeramente, aunque con su mano en mi brazo es más bien un apretón.

—No cometió ningún error. Un par de banqueros en Belgravia sí. Tu padre tomó decisiones. Y su decisión fue poner a su familia por delante de su orgullo.

Al final, Jonathan se libera de mí, cruza hacia el sofá, se sienta y apoya la cabeza en sus manos. Gollum salta y se sienta a su lado de esa manera astuta que tiene y que me gusta pensar que está siendo empático, pero probablemente solo ve una oportunidad de sentarse en un lugar cálido e inmóvil.

Me quedo ahí, sin saber qué hacer. Creo que finalmente logré calar profundo, pero también creo que lo haya derrumbado. Suponiendo que probablemente necesita espacio, empiezo a salir de la sala, pero entonces me mira. Sus ojos tienen ese leve destello rojizo que adquieren cuando técnicamente no estás llorando. Técnicamente.

—Sam —dice—. No te vayas.

—Está bien —digo.

Y no decimos mucho más durante el resto de la noche.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

Las cosas mejoran un poco después de eso. No a como eran antes, pero mejor. Jonathan sigue trabajando mucho, pero es como si estuviera genuinamente ocupado por las fiestas que por la necesidad de no estar cerca de ti. Y yo también tengo bastante en qué ocuparme y no solo para no estar cerca de mí. Tengo que hacer algunas cosas para la fiesta. Tengo que seguir siendo cuidadoso con eso porque Jonathan todavía no puede saber que sigo hablando con mi viejo equipo, pero si le digo que le voy a escribir a «una mujer por la decoración», técnicamente no le estaría mintiendo.

Aunque a medida que pasa el tiempo, no estoy seguro de que «técnicamente no mentirle» sea donde quiero llevar las cosas entre nosotros. Se está convirtiendo en un elefante en la habitación. Peor, toda la casa se está llenando de elefantes. El elefante de todavía-tengo-amnesia, que está junto al elefante de todavía-estoy-despedido frente al elefante de hace-falta-que- siga-quedándome-aquí. Y mientras, esas tres cosas miran de reojo al elefante no relacionado con nada de eso de cómo-están-las-cosas-entre-Jonathan-y-su-padre, y ese es un elefante enorme, mucho más viejo, con colmillos enormes, y no quiero volver a acercarme a él. Todos esos elefantes descansan sobre otro elefante enorme, colosal, llamado también-está-eso-de-que-nos-besamos-y-que-me-gustas. Los elefantes siempre me parecieron bellos. Pero ahora no tanto.

Honestamente, no termino de darme cuenta de si le toqué una fibra sensible o no. Quiero decir, no creo que sea un hombre que cambia de parecer de la noche a la mañana o, más bien, nunca. Pero debe sentirse de alguna manera porque llega a casa con un pollo y empieza a hacer algo agresivo en la cocina.

—¿Tengo que llamar a la sociedad protectora de las aves? —pregunto.

Jonathan está arremangado hasta los codos.

—Bueno, ya está muerto, así que creo que llegarían un poco tarde.

—Menos mal que está muerto, por cómo lo tratas.

—Lo estoy rellenando —me informa Jonathan con un tono de enfado que estoy empezando a creer que es el tono de estar divertido.

Miro a Jonathan con el pollo un rato más.

—No lo estás rellenando. Le estás metiendo la mano por el culo con un limón.

Y después de dos años de trabajar para él y más de dos semanas viviendo con él, su fachada finalmente se rompe y ríe como corresponde. No estoy seguro de si estoy más sorprendido yo o él.

—¿En serio? —le digo—. ¿Te he estado tratando con mi ingenio y mi encanto del norte desde el tres de diciembre y meterle una mano en el culo a un pollo es lo que te hace reír?

Jonathan me mira de reojo y las arrugas en la comisura de sus ojos son producto de una sonrisa y no por su ceño fruncido, lo que hace que toda su cara se vea diferente, aunque sigue siendo en gran medida cejas y mandíbula.

—¿Qué puedo decir? Soy una persona difícil, uso mi dinero como un sustituto del afecto y tengo un sentido del humor para nada sofisticado. Y no le estoy metiendo la mano en el culo a un pollo. Estoy cocinando.

—Eso no es cocinar, es profanar un cadáver.

Jonathan busca algo largo, delgado y verde.

—¿Qué haces ahora?

—Le meto romero.

—Jonathan —sin pensarlo, apoyo una mano sobre su muñeca y ahora estamos cerca, y él inclina el brazo para mantener sus dedos manchados con el pollo lejos de mi camisa—, no puedes mandar a este pollo a su tumba con un limón metido hasta la mitad y una rama de romero asomándose por el ojo del culo.

Ríe otra vez.

—Ah, vamos. ¿Te da risa la palabra «culo»?

Y otra vez.

—Claro que sí. Eres un gran agujero del culo.

Ríe tanto que empieza a llorar un poco, pero no puede secarse los ojos sin romper seis reglas diferentes de higiene gastronómica. Entonces se los seco yo, intentando no preocuparme por lo profundas y oscuras que son sus ojeras últimamente.

Jonathan se aclara la garganta y retrocede un poco.

—Mira —su voz sigue sonando un poco suave por la risa—, es lo que la receta me dijo que hiciera.

—¿Una receta te dijo que hicieras esto? —repito—. ¿De dónde la sacaste? ¿La revista *Odiadores de pollos*? ¿O la revista *Asesinos en serie*? ¿O una porno prohibida de los setenta?

—Está en mi teléfono. —Señala con su codo porque tiene las manos llenas de pollo—. Puedes comprobarlo si no me crees.

Me inclino y miro la pantalla. Dice: «Pollo al horno superfácil». También dice «las instrucciones en negrita son para niños».

—Jonathan, ¿es una receta para niños?

—Estoy seguro de que el niño es opcional. Además —añade a la defensiva—, también estoy siguiendo las instrucciones para adultos.

—En ninguna parte de esta receta dice «violar al pollo».

Retrocede, con un gesto levemente afeminado.

—Adelante. Muéstrame la manera respetuosa de meter un limón dentro del pollo.

Pongo el pollo en vertical, lo abro y, gentilmente, suelto las rodajas de limón en su interior.

—¿Ves? Entran solas. No tienes que meter toda la mano.

—Dice «rellenar». Rellenar, para mí, implica energía.

Y ahora es mi turno de reírme con el pollo muerto.

—Es bueno saberlo. Pero no en este contexto. De todas maneras, ¿por qué quieres hacer un pollo? Todavía tenemos el guisado de ayer.

Jonathan pone los ojos en blanco, pero parece en gran medida hacia él mismo.

—Creí que sería mejor que practicara. Para cuando venga mi familia.

Sinceramente estoy un poco sorprendido, no porque vengan, no podrías detener a ese montón de gente ni aunque les tendieras una trampa en el camino, sino porque Jonathan se está preparando de una manera que no implica comprar cosas y dar órdenes.

—Sabes que te ayudaré —digo.

—No quiero darlo por sentado. En especial después de… —Se encalla.

Aunque, francamente, no estoy seguro de estar en aguas más tranquilas.

Luego suena el teléfono de Jonathan y nunca agradecí tanto una distracción. Incluso si parte de esa distracción somos los dos corriendo de un lado a otro intentando encontrar una manera de contestar el teléfono con las manos llenas de pollo.

Al final, Jonathan toca la pantalla con sus nudillos y pone el altavoz.

—Estoy preparando un pollo —dice enseguida.

—Qué bien. —Es la voz de Les al otro lado—. ¿Sam está contigo?

—Sí —digo—. Voy a lavarme las manos, así que puede que se escuche un poco el lavabo.

Mientras hago eso, Les sigue.

—Solo llamo para decirte que tenemos un problema en casa, así que si necesitas ayuda para Navidad no vamos a poder estar aquí.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Jonathan, secándose los dedos con una servilleta.

Escucho la fuerte y metálica voz de Wendy al otro lado de la línea, sugiriendo que no tienen que molestarlo con los detalles.

—Tu madre dice que no deberíamos molestarte —dice Les.

—Dile a mamá que me preocuparé más si no me decís nada.

—Dice que se preocupará más si no le decimos nada.

Hay más voces de fondo.

—Hemos tenido un problema con una cañería —explica Les—. No es nada. Cerré la llave de paso antes de que siguiera haciendo más daño, pero tan cerca de Navidad es difícil conseguir que alguien venga a revisarla, así que no tenemos agua.

Más voces.

—Tu madre quiere que te diga que estamos bien.

Y más.

—Quiere decirte que Barbara Jane nos va a conseguir un hotel.

—Conseguid algo agradable —dice Jonathan enseguida—. Yo puedo cubrir… —Luego se detiene. No me mira, mira al pollo—. A menos que… Tengo varias habitaciones libres si queréis… Bueno, si lo preferís.

Les se queda en silencio. Luego escucho una conversación apagada. Empieza con un «Pregunta si…» seguido de un «No seas…» luego «Creo que, de hecho…» antes de que Les vuelva a hablar:

—¿Estás seguro, hijo?

—¿Por qué no iba a estarlo? —pregunta Jonathan y tengo que darle puntos por su descaro—. Estoy seguro de que podemos conseguir un hotel si es más fácil, pero como vais a venir por Navidad y tengo espacio de sobra…

—Barbara Jane también —dice Les.

—No hay problema. —Y suena como si lo dijera en serio o estuviera intentando con todas sus fuerzas sonar como si así lo sintiera.

Les hace una pausa un momento.

—Y Johnny.

—Creí que se quedaba con Kayla y Theo.

—Ya no tienen la habitación libre —explica Les—, con esto de que Anthea está creciendo.

Tarda un momento en contestar esta vez.

—No hay problema —dice. Y suena un poco menos convencido—. Estoy seguro de que tengo un cuarto para Johnny también.

—Gracias, hijo. —Podría estar imaginándolo, pero puedo jurar que escucho sorpresa en la voz de Les.

Y no es hasta que se despiden, mientras Wendy grita al teléfono que vendrán más tarde, que se me ocurre una idea.

—Sabes —digo—, podría ir a echar un vistazo si quieres.

—¿Un vistazo a qué? —pregunta Jonathan, que volvió al pollo, aunque ahora está intentando frotarlo con una mantequilla que no estuvo fuera de la nevera el tiempo suficiente, por lo que simplemente le está clavando pequeñas rocas amarillas.

—La cañería.

Casi puedo escuchar el archivo de Jonathan en su cabeza buscando «Becker, S.» de años atrás.

—Ah, sí, eras fontanero, ¿verdad?

—No tengo las herramientas, claro —digo, al darme cuenta de que debería controlar las expectativas y cruzar los dedos para que recordar mi experiencia como fontanero no haga que se derrumbe toda la historia de la amnesia como un castillo de naipes con una tubería reventada—. Y si necesitan una nueva cañería, hace tanto que no estoy en el negocio que no conozco ningún proveedor. Pero al menos podría echarle un vistazo al problema y asegurarme de que no los estafe quienquiera que lo resuelva.

Me mira de una manera que no reconozco, pero creo que es gratitud.

—Es muy amable por tu parte.

—No hay problema —digo.

Y es verdad. Aunque intento no pensar demasiado en el desastre enmarañado de motivaciones que obstruyen mi cabeza como pelo en una tubería. Porque si bien quiero hacer esto para ser agradable o porque los Forest y su familia fueron amables conmigo, también lo hago porque me siento culpable. Me siento culpable como la mierda. Por un montón de cosas. Además, se supone que tengo que ser útil para que Jonathan recuerde que valgo la pena como para que me tenga cerca. En el trabajo, claro, por el bien de mi equipo.

Y también quizás un poco… en general.

—Ahora. —Está mirando el pollo con una expresión que es en parte curiosidad y en parte lástima—. ¿Qué estoy haciendo mal esta vez?

***

El pollo sale bien al final, no excelente, pero tampoco completamente terrible. Las verduras quedaron un poco crudas y las patatas están un poco secas, pero para ser el primer intento de Jonathan con un plato casi sin ayuda siguiendo una receta diseñada para niños de seis años, podría haber sido mucho peor.

Estamos sentados en la mesa de la cocina comiendo y, como estoy mirando hacia la ventana, noto un resplandor plateado en el césped afuera.

—Por eso reventó la tubería —digo—. Probablemente se congeló.

Jonathan levanta la vista de sus guisantes.

—¿Disculpa?

—El césped está congelado —le digo—. Lo que significa que está bajo cero y probablemente lleve así un tiempo. Y si la casa de tus padres es vieja, lo cual sospecho que es así porque la mayoría de las casas por aquí lo son, entonces habrá lugares donde el aislamiento no es tan bueno y la cañería se congela. El agua se expande y se parten los caños.

—Puede ser —dice Jonathan, girándose para mirar el césped—. O quizás el tío Johnny tiró algo que no debía por el retrete.

Esto probablemente sea parte del viejo Jonathan, pero está bien porque creo que no quiero que se borre por completo.

—¿Acabas de decir que tu tío es una mula narco?

—Cuando tenía trece, rompió el jarrón favorito de mi madre e intentó tirarlo por el retrete para borrar las pruebas, así que no me sorprendería.

—¿Me estás diciendo que un adulto intentó tirar pedazos de cerámica por el váter?

—Lo que Johnny no tiene de sentido común le sobra de audacia. —Hay un rastro de afecto en la voz de Jonathan. Un rastro leve. Un rastro tan leve que si lo sirvieras en un pastel en *Bake Off* los jueces dirían «Lo siento, pero no me llega».

—No te preocupes —digo—, esconderemos la vajilla buena antes de que venga.

Y retomo mi cena, pero Jonathan se queda mirando por la ventana, lo que significa que su pollo se enfría y eso no le hace ningún favor a su plato.

—Solo es escarcha —señalo—. Pasa todos los inviernos.

—Lo sé, es solo que… —nunca creí que Jonathan Forest pudiera quedar tan sumido en sus pensamientos. No lo hace realmente, pero está cerca— me gusta esta época del año. Cuando exhalas neblina. Cuando era muy pequeño, fingía ser un dragón.

Lo miro de un modo que espero sea alentador.

—Todavía puedes.

—No tengo seis años, Sam.

—Lo sé. Pero ¿acaso los adultos no podemos divertirnos también?

Jonathan se gira y clava el tenedor en un trozo de pollo, como si el pobre no hubiera sufrido suficiente.

—No voy a jugar a los dragones contigo.

Jonathan ha hecho un buen trabajo evitándome últimamente y siento como si tuviera que aprender a estar cerca de él otra vez. Porque no es la clase de hombre con el que creerías que disfrutarías pasar tiempo.

Como él técnicamente cocinó, yo lavo los platos y, después, lo encuentro tirado en el sofá con

Gollum sobre su regazo, ambos mirando por la ventana, observando el sol del atardecer que se refleja sobre el césped cubierto de escarcha. Me siento con ellos y también observo. Es mágico, en cierto modo, si no piensas mucho en lo duro que es para el césped.

La magia se desvanece un poco cuando su familia entra torpemente, pisoteando el césped de una manera que realmente será perjudicial para el paisajismo, y las primeras palabras de Barbara Jane cuando Jonathan abre la puerta son:

—Maldita sea, por qué hace tanto frío, ¿quién pone la tetera?

Jonathan la saluda con un seco «Buenas noches, BJ» que queda ahogado por los saludos, comentarios y exigencias de todos los demás que vienen detrás de ella.

—Johnny, chaval. —Es el tío Johnny, que se supone que es el único de la familia que puede llamar a Jonathan Johnny sin generar ninguna confusión—. ¿Puedo meter un par de cajas en tu garaje?

—Llevan en nuestra sala de estar una semana —agrega Wendy, entrando con aire de superioridad con una blusa de amapolas bajo un cárdigan a rayas multicolor que parece tejido a mano.

—Y nuestra sala de estar —agrega Les.

Jonathan mira con cautela a los tres.

—Suena como si fuera más de un par.

—Sí, bueno —dice el tío Johnny y levanta las manos, sabiendo que hizo algo malo—, probablemente sean doce.

—¿Y qué hay dentro exactamente? —pregunta Jonathan, exhibiendo esa atención a los detalles que lo lanzó a la cima de la industria de los baños y las camas.

Con más autosatisfacción que la que probablemente sea adecuada para un hombre en sus sesenta, el tío Johnny sonríe.

—Porquerías de Halloween.

Ahora me interesa.

—¿Porquerías de Halloween?

—Sí —asiente—. Las compras en esta época del año cuando es más barato y luego lo vendes en octubre.

Les mira a su hermano de manera sombría.

—¿De verdad tenías pensado dejar toda esa mierda frente a nuestro cuarto durante diez meses?

Johnny levanta los hombros.

—Iba a resolverlo.

—¿Cuándo?

—Ahora —dice el tío Johnny mirando a Jonathan con una expresión entre expectante y esperanzada—. ¿Qué dices?

Jonathan entrecierra los ojos debajo de su ceño fruncido que, por primera vez, parece adecuadamente serio.

—¿Y todas estas cosas están ahora en la casa de mamá y papá?

El tío Johnny asiente.

—Debo admitirlo —dice Jonathan, sonando casi tranquilo, lo cual es algo nuevo en él—, no es un plan horroroso. Al menos… —y ahora suena un poco menos gentil—, no es un plan terrible si puedes evitar pagar por un almacén.

—Eso haré —dice el tío Johnny—, porque tengo contactos.

Barbara Jane, que hace mucho concluyó que, como nadie más iba a poner la tetera, ella tendría que hacerlo, entra bailando desde la cocina con una taza.

—Por «contactos», tío Johnny, te refieres a alguien que tiene un garaje y es demasiado educado como para mandarte a la mierda.

—Vamos, BJ —dice Jonathan, levantando la vista con una sonrisa—. Nunca me habían acusado de ser demasiado educado.

En eso, al menos, Barbara Jane tiene que estar de acuerdo.

—Puedes usar el garaje hasta enero —concluye Jonathan—. Después de eso más te vale que consigas un trastero.

El tío Johnny parece decaído.

—Si es un buen negocio como dices, podrás sacar ganancias. Si no lo es, entonces *quizás* deberías haber elegido una mejor inversión.

—Hablando de cajas —Wendy se levanta aunque apenas se había sentado y se estira la espalda intencionadamente—, deberíamos mover nuestras cosas. ¿Dónde nos ponemos, Jonathan?

—Si vais arriba —dice Jonathan, levantándose y señalando hacia la escalera como si estuviera dirigiendo a un grupo de turistas—, supuse que tú y papá podíais coger la segunda a la derecha y BJ y Johnny la primera a la izquierda.

—Entendido —dice Wendy cogiendo una maleta con ruedas llena de cosas junto a la puerta —. Vamos Les, cuanto antes empecemos, antes terminaremos.

El tío Johnny también está ahí plantado, pero Barbara Jane tiene una expresión muy intensa que grita espera-un-segundo.

—No *puedes* —dice— esperar que comparta la habitación con él.

—¿Qué tengo de malo? —pregunta Johnny con el tono de alguien que es consciente de que hay muchas respuestas posibles.

Barbara Jane simplemente lo mira.

—¿Qué tienes de *bueno*? ¿Y cuántas mujeres divorciadas de treinta y dos años que conoces querrían compartir la habitación con su tío de sesenta y algo?

Jonathan sonríe de una manera que solo se guarda para Barbara Jane.

—No estoy seguro de que una mujer divorciada de treinta y dos años pueda elegir tanto.

—Bueno, hijo —dice Les, viéndose condicionalmente desaprobador—. No estoy seguro, pero creo que eso es sexista.

—Lo es —confirmo.

Barbara Jane lo sigue mirando furiosa.

—No creo que ninguno de vosotros dos seáis autoridades. Y, de hecho, Johnny, yo *sí* puedo elegir porque siempre reservo un hotel y, si tengo que elegir entre pasar la noche con él —señala al tío Johnny— e ir a un lugar con servicio a la habitación, sé muy bien cuál elegiría.

Con un gesto exagerado, Jonathan coge su teléfono del bolsillo de su pecho.

—Entonces déjame que te llame un taxi.

—Por mí está bien —dice el tío Johnny—. Significa que no tengo que compartir la cama.

Las cejas de Barbara Jane hacen algo muy expresivo.

—Disculpa, asumo que al menos dormirías en el suelo.

—¿Con este dolor de espalda?

—Dejadme decir algo —dice Wendy levantando su maleta y sentándose sobre ella. Probablemente espera que esta conversación siga durante un largo rato—. ¿Por qué no vienes con nosotros y Johnny puede tener la habitación para él solo?

—Así que en lugar de compartir la habitación con mi tío molesto, ¿la comparta con mis padres?

—Bueno —Wendy parece tener toda una estrategia planeada—. Entonces quédate con la habitación y Johnny viene con nosotros.

—Olvídalo.

—Está bien —dice el tío Johnny, que suena más furioso de lo que parece—. Yo tampoco estaría muy contento de dormir contigo. Roncas.

—Claro que no —dice Les con firmeza.

Wendy le esboza la que es en parte una sonrisa y en parte una mueca de incomodidad.

—Sí, cariño.

Mientras tanto, Barbara Jane ha estado pensando algo.

—Estoy confundida. ¿No tienes cinco habitaciones? Debería haber una para ti, una para mí, una para nuestros padres, una para Johnny y una para Sam, asumiendo que… —Nos lanza una mirada sugerente a los dos.

—Sí, ese *sería* el caso —coincide Jonathan—, pero quizás recuerdes que alguien sugirió que pusiéramos un tercio del árbol en la vieja habitación de Sam para recrear una ilusión navideña mágica.

—Para ser justos —digo—, fui yo quien lo sugirió, así que quizás debería renunciar a mi

habitación.

—No puedes pedirle que comparta habitación —insiste Wendy, espantada—, es un invitado.

—¿No sois vosotros también invitados? —pregunto.

Barbara Jane sacude la cabeza.

—Es diferente con la familia. Podemos tratarnos todo lo mal que queramos, pero *tú* tienes que fingir ser un alma bondadosa.

—Estás a punto de mudarte a mi casa, BJ —dice Jonathan—. ¿Quieres que sea todavía más generoso?

—¿Podrías habernos ofrecido un té cuando llegamos? —El tono herido en la voz de Barbara Jane es en gran parte fingido, pero solo en parte.

—Y *tú* podrías habernos preparado algo a nosotros —dice Johnny, mirando la cocina de un modo acusador.

—Lo hice.

Wendy no está dispuesta a dar crédito falso a nadie por hacer té, ni siquiera a su propia hija.

—No lo hiciste, solo dejaste unas tazas con saquitos de té.

—Así os lo podéis hacer como más os gusta.

—Ah, pero qué atenta. —Prácticamente puedo escuchar a Jonathan poner los ojos en blanco.

Siento que todo este asunto del té nos está distrayendo, así que intento retomar el tema de las habitaciones.

—No es un problema —digo—. Estoy aquí hace rato, así que si hay alguien que debería ceder su habitación soy yo, y puedo volver a dormir en la habitación del árbol.

—Tenemos que mover la cama —me recuerda Jonathan—. Está apoyada contra la pared.

—Entonces dormiré de lado.

—No. —Creo que Wendy sabe que estoy bromeando, pero es difícil de decir—. No lo harás. Jonathan, no vas a dejar que duerma de lado. No te hemos criado para que permitas que un invitado duerma de lado.

Jonathan suspira.

—No va a dormir de lado, mamá.

—Le dolerá la espalda —dice. Luego, de inmediato, me habla a mí—. Te dolerá la espalda.

—De acuerdo. —Abro las manos, rindiéndome—. Lo prometo, no voy a intentar dormir como si tuviera una férula de tracción. Probablemente coja algunos almohadones del sofá y me monte algo en el suelo.

Wendy mira a Jonathan.

—En serio —digo—, está bien.

Sigue mirando a Jonathan.

—Qué tal si —dice Jonathan finalmente, sonando un poco como si estuviera leyendo un guion

— Sam se queda en mi cuarto y yo duermo en el sofá.

—En serio —empiezo—. No hace falt…

—Listo —dice Wendy, sonriendo—. Todo resuelto. Vamos, Les, échame una mano con esto.

No estoy seguro, pero creo que Les mira a su hijo de modo aprobador mientras cruza la habitación para ayudar a Wendy con la maleta. El resto de la familia hace movimientos similares para coger sus cosas y subirlas, excepto el tío Johnny, que se va a buscar una docena de cajas de adornos de Halloween en liquidación.

***

Instalar a toda la familia lleva un rato, en especial cuando se dan cuenta de que una de las habitaciones, de la que me acabo de mudar, es mucho más pequeña que las otras, pero como Johnny cometió el error de salir de la casa hace veinte minutos, termina quedándose con esa por ser el último y se encuentra con una Barbara Jane muy engreída.

Cuando todos terminan de deshacer las maletas, nos encontramos en la sala de estar y nos sentamos alrededor de un árbol de Navidad en gran parte verde.

—Qué lástima que no hayamos terminado de decorarlo —murmura Wendy, mirándolo. Y ni bien lo dice hay una especie de tensión en el aire entre Les y Jonathan. Porque uno de los elefantes acaba de entrar y está bajo el árbol como un enorme regalo que nadie quiere abrir.

—Si soy sincera —dice Barbara Jane, que ha renunciado al té y ha comenzado con la ginebra que la tía Jack dejó la última vez que estuvo aquí—, probablemente fue un poco ambicioso de todos modos.

Pero Wendy no es alguien que suelte algo una vez que lo agarra.

—Sigue siendo una lástima. Dejarlo ahí medio desnudo…

—No voy a ir a buscar la escalera —protesta Jonathan—. No a esta hora de la noche.

Su padre asiente en silencio.

—Así son las cosas, y a mí me parece bien.

—La verdad —dice Barbara Jane, agitando su vaso en un pequeño círculo—, ¿qué puede ser más navideño que algo abandonado por una pelea sin sentido? O sea, básicamente es como todas las partidas de *Monopoly* que jugamos.

—Eso es porque tú haces trampa —la acusación viene del tío Johnny, que acaba de volver del garaje.

—Bueno, es tedioso si no lo haces.

—No, BJ —dice Jonathan, suspirando—. Es tedioso si lo haces, porque lo único que pasa cuando robas dinero del banco es que el juego se hace eterno.

—Y además —añado—, ¿porque hacer trampa está mal?

Barbara Jane deja su bebida cuidadosamente en el suelo.

—No está tan mal como hacer que la gente juegue al Monopoly en primer lugar.

—Tengo una idea —dice Les y me sorprende un poco que vuelva a hablar. Por lo general, suele tener una sola contribución por conversación—. ¿Qué os parece si buscamos la caja familiar y ponemos esos adornos? Así queda oficialmente terminado.

Wendy se pone de pie antes de que nadie pueda decir si es una buena idea o no, y cuarenta y cinco segundos más tarde asoma la cabeza desde la primera sala, desconcertada.

—¿Qué hiciste con la caja, Jonathan? No me digas que la perdiste.

Jonathan la mira con severidad.

—Claro que no. Está en mi cuarto.

—¿Qué hace ahí arriba? —pregunta Wendy.

—Quería que estuviera en un lugar seguro.

En privado, me pregunto si no le resultaba simplemente reconfortante tenerla cerca.

De cualquier manera, sube a buscarla y nos sentamos con ella entre nosotros. Por un momento, simplemente la miramos, como si fuera algo sagrado. Lo que supongo que, en cierto modo, es verdad. Luego Les la abre.

—Por lo general, este es el trabajo de Del —comenta.

—Bueno —dice Wendy con firmeza—, ya era hora de que alguien lo reemplazara.

—En especial cuando probablemente no esté aquí el año que viene —agrega Barbara Jane, sonriendo.

Con una reverencia que casi podría hacerte olvidar que es una baratija, Les levanta el copo de nieve de cartulina y se lo entrega a su hija, quien pone una cara de visible disgusto.

—Sabes que al final tendrás que dejar de darme este.

Wendy se cruza de brazos.

—Esa fue la primera cosa que trajiste de la escuela cuando eras pequeña y estuvo en el árbol durante casi treinta años, así que ahora también va a estar.

Barbara Jane lo sostiene y lo inspecciona.

—Mierda, tenía muy poca coordinación, ¿verdad? Esto ni siquiera parece un copo de nieve, solo es un papel con agujeros.

A pesar de sus quejas, lo pone en el árbol con cuidado, manteniéndolo bien apartado de cualquier cosa que pudiera hacerle daño.

Luego es el turno de Jonathan. Y suya es la manzana. Su reacción es tan exagerada como la de su hermana, pero hay cierta resignación.

—¿Cuándo *exactamente* vais a dejar que me olvide de esto?

—Nunca —declara Wendy.

—Lo siento —pregunto—, ¿qué es exactamente lo que quiere olvidar?

Jonathan parece avergonzado. Lo cual es una reacción bastante normal ante tus padres, pero no es algo que normalmente asociaría con Jonathan Forest.

—Digamos que solíamos tener una más de estas, pero cuando era mucho más joven me dio hambre.

Miro la manzana. No es exactamente realista.

—Espero que fueras *muy* pequeño.

—Tenía veintiséis —dice Barbara Jane.

—Tenía cinco —la corrige Jonathan.

Este sería un buen momento para levantar una ceja, pero nunca tuve esa habilidad.

—¿Y tus padres te han estado recordando una experiencia potencialmente traumática de comer vidrio desde entonces?

Wendy sonríe complaciente, un gesto que solo puedo describir como típica de una madre.

—Las tradiciones tienen que empezar en algún lugar, Sam.

Mientras tanto, Jonathan se acerca y cuelga su manzana, luego Les vuelve a meter la mano en la caja de humillación nostálgica.

—Hola —dice—, este es nuevo.

Y saca el pequeño conejillo de indias con el gorro de Papá Noel.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

Bueno, esto es raro.

Raro bien, supongo. No raro mal.

Quizás raro mal.

Pongo mi conejillo de indias en el árbol junto a los demás adornos y Jonathan y yo nos aseguramos de no decirle a nadie que pagamos doce libras por esta cosa. Y toda la noche es simplemente… agradable. Tranquila, o tan tranquila como puede ser con este grupo de gente, y todo fluye y encaja, y tiene sentido de una manera a la que no estoy acostumbrado, o a la que no estoy acostumbrado desde hace un tiempo.

Ahora estoy en la cama. En el cuarto de Jonathan mientras él está abajo intentando ponerse cómodo en un sofá que no es lo suficientemente largo y que, honestamente, parece que lo eligió un diseñador de interior excesivamente caro por cómo se veía y no por la comodidad que podría darle a alguien que realmente esperaba sentarse en la cosa.

No puedo dormir.

No estoy seguro de si me siento culpable o es solo… No sé qué puede ser. Quizás la cama de Jonathan sea algo incómoda, aunque claro, no es el caso porque es el dueño de una cadena que vende camas y baños, y nunca vendería un colchón defectuoso y nunca usaría un colchón que no vendería. Cambió las sábanas para mí, pero tengo la sensación de que aún puedo sentir su aroma, ese gel de ducha Radox que también sirve como champú para hombres que están demasiado ocupados para usar dos productos distintos en la ducha, y las notas limpias y punzantes de su colonia. Sea lo que sea, no puedo ponerme cómodo. Y al final me termino levantando y bajo las escaleras, intentando no despertar a nadie.

Cuando llego al pie de la escalera, escucho voces. Pero no son voces familiares. En gran medida son voces con acento *geordie*. Voces *geordie* apenas reconocibles, del televisor.

Luego escucho a Les.

—Vas a tener que ponernos esta tele digital.

—Ya tenéis una.

—Sí, pero no podemos hacerla funcionar. Tienes que venir a enseñarnos cómo hacer eso de —hay una pausa en la que creo que es muy probable que Les esté haciendo gestos sobre su incapacidad con la tecnología—, ya sabes, eso de las aplicaciones.

—Estoy muy ocu… —pero Jonathan se detiene—. Pasaré cuando arreglen la tubería.

—O podrías enviar a Sam si lo prefieres —dice Les—. Estoy seguro de que no le molestará, es un buen muchacho.

—No voy a enviar a Sam. No es mi… No puedo enviarlo a todas partes.

—Igualmente creo que no le molestará.

Otra voz suena del televisor. Es un acento *brummie* e inconfundiblemente Timothy Spall, y lo tomo como mi oportunidad de aparecer y actuar como si no los hubiera estado espiando.

—No quiero interrumpir, pero ¿estáis viendo *Auf Wiedersehen, Pet*?

—Puedes unirte si quieres —me ofrece Les.

Ahora que estoy en la sala, puedo verlos. Los dos están en el sofá, comiendo de un enorme tazón de frutos secos que Wendy insistió en traer. Porque aparentemente no es Navidad si no hay un tazón de frutos secos.

Me quedo vacilando en el umbral de la puerta en pijama como un niño que está despierto más allá de lo que tiene permitido.

—No quiero entrometerme. Es solo que no podía dormir.

—Ha sido un día movido —dice Jonathan. Y miro su cara, intentando descifrar si sus ojos dicen «entra» o «déjame solo con mi padre», pero no dicen nada. Entonces al final tomo mi propia decisión y, como no quiero ir a acostarme arriba inquieto y alterado, entro y me siento en el sillón libre.

—No veo esto desde hace años —digo—. Solía mirarlo con mi abuela.

—Hace mucho, ¿eh? —dice Les.

—Falleció —explico. Lo cual es verdad y lo suficientemente lejano como para no arruinar mi historia de la amnesia.

Les y Jonathan dicen «lo siento» instintivamente y les aseguro que ya pasó mucho tiempo y que de todas formas tuvo una larga vida. Porque eso es lo que se dice, ¿verdad? Y fue así.

Nos quedamos viendo el episodio. Y si bien es la primera vez que veo a Les y a Jonathan pasar más de seis minutos juntos sin que las cosas se compliquen, me resulta familiar. Quizás sea que estar sentado frente al televisor viendo una serie de los ochenta mucho tiempo después de los

ochenta es una cosa tan de padre que parecería normal sin importar quién fuera yo y sin importar quiénes fueran ellos. Estoy bastante seguro de que podría estar en la estación espacial internacional con un extraterrestre y el padre ciborg del extraterrestre y, siempre y cuando estuviéramos viendo episodios antiguos de *'Allo 'Allo!*, sería la cosa más natural del mundo.

De vez en cuando, me inclino hacia delante y cojo algunos frutos secos.

—Es divertido —digo en el siguiente corte publicitario—, ver esto después del Brexit. No se suele pensar en los británicos como trabajadores migrantes.

Les se encoge de hombros de esa manera imperceptible que es lo más cercano a tener un lenguaje corporal.

—Conocía muchos tipos así en aquellos tiempos. Más cerca de principio de los noventa. Mucha demanda en la construcción con la reunificación.

—¿Alguna vez fuiste? —pregunto.

—No. Entonces estaba en… Bueno, estaba con British Steel en esos años. Y pagaban mejor que en la construcción.

No tenía intención de pasar de una serie de cuarenta años del creador de *The Likely Lads* a una conversación detallada sobre la historia laboral de Les, pero lo hecho, hecho está, y miro a Jonathan detenidamente para ver su reacción. El asunto es que no reacciona. Al menos no lo deja ver.

—Y supongo que no tuviste que vivir en una casucha con otros seis personajes divertidos —digo.

—Y volvías a casa por la noche —agrega Jonathan inesperadamente.

Por un momento, eso queda flotando en el aire mientras varios actores con distintos acentos regionales llenan el silencio con comentarios sobre el legado del thatcherismo. Luego finalmente Les dice:

—Sí. Yo me aseguraba que así fuera.

No decimos nada después. Simplemente terminamos de ver el episodio y luego, cuando acaba, Les se levanta y se estira.

—Puedo poner otro si quieres —sugiere Jonathan.

Pero Les parece satisfecho.

—No, gracias, hijo. No estoy seguro de que pueda hacer esas maratones que hacéis ahora. Significa que las cosas no duran. —Selecciona una nuez de Brasil con cuidado, la mastica y nos asiente a los dos—. Os dejaré solos.

No está del todo claro por qué lo hace, pero se va de todos modos. Miro a Jonathan por si acaso él sabe cómo manejar la situación de quedar abruptamente a solas con un tipo con el que está viviendo a medias y con una manada de elefantes. Lleva lo que creo que cuenta como ropa de dormir en la «Casa Forest», unos pantalones holgados y una de las camisetas de su montón de

camisetas de regalo, esta con la frase «I ❤ Napoli» y una bandera italiana y un perro de caricatura que, inexplicablemente, también está sirviendo una pizza. Ver a Jonathan así es un poco como encontrarte a tu dentista comprando leche. Es algo objetivamente común y corriente, pero, de algún modo, completamente alucinante.

—¿Qué? —pregunta, directo como siempre.

—Nada —digo—. Solo que es difícil tomarte en serio cuando tienes al Chef McPooch en el pecho.

Su ceño fruncido se pronuncia más, aunque no tan feroz como de costumbre.

—La abuela Barb tuvo unas vacaciones estupendas en Nápoles y me trajo esto como recuerdo. Además, ¿de verdad pensaste que me iba a dormir en traje para que mis almohadas sepan quién está al mando?

—¿Sinceramente? Sí. Un poco.

—Ah, cállate —dice, sin rencor.

Dejo que eso se asiente, porque ahora estamos en ese límite entre lo incómodo y lo bastante agradable, y no quiero inclinarlo en la dirección equivocada. Jonathan levanta una rodilla, mostrándose más relajado de lo que jamás lo había visto. En especial porque su pelo parece mullido con este nuevo peinado. Es imposible darse cuenta de cuándo se lo llenó del producto que sea que use, pero es la clase de cabello que te hace querer pasarle los dedos. O sujetarlo con fuerza.

No querer estropear el momento es una cosa. Pero siento que debería decir algo. Y si bien no puedo decir por qué, lo que elijo decir es:

—Es un detalle. Dejar que tu familia se quede.

Su boca hace algo que llego a la conclusión de que simplemente podría ser su sonrisa.

—Dejar que mi madre y mi padre se quedaran conmigo fue un detalle. Dejar que BJ y el tío Johnny se quedaran fue el detalle de un santo.

Creo que, de una manera retorcida, está en plan autocrítico. Que es lo mismo que decir que está siendo arrogante, pero con un tono de voz sarcástico.

—Podrías haberlos enviado a un hotel. De hecho, creí que lo harías.

—Y quizás todavía lo haga. —Se calma un poco, al menos para sus estándares—. Pero pensé en lo que tú… en la conversación que tuvimos y… —las palabras no parecen causarle ningún dolor físico, pero están cerca—, tenías razón.

—Lo siento, ¿qué has dicho? No te entiendo.

—Dije que… Ah, muy gracioso.

Estoy sonriendo. No estoy seguro de si *debería* estar sonriendo, pero es lo que hago.

—No, adelante, repítelo. Necesito recordar este momento.

—Tenías razón —repite con firmeza—. Y me molesta que se piense que de algún modo no

estoy dispuesto a darle crédito a otras personas.

—Estoy seguro de que crees que eso es verdad, pero para darle el crédito a alguien primero tienes que darle la libertad para que lo haga.

—Sí, sí, soy terrible.

Casi parece cruel seguir sorprendido de que Jonathan haya hecho algo agradable, pero no me sorprende. No es que crea que, ya sabes, es malvado o algo por el estilo. Es solo un maldito terco.

—Pero, en serio —digo—. No tenías que escucharme.

—Lo sé. Es que… tenías razón. A veces es importante saber cuándo estás derrotado.

Y ahora me siento un poco peor.

—No estaba intentando derrotarte. Yo solo… Estábamos hablando.

Jonathan rasca a Gollum detrás de sus orejas.

—Es una manera de verlo. Aun así, dijiste cosas sobre las que sentí que tenía que actuar.

Lo hace mucho peor. Fuera cual fuera el plan, más allá de lo bien que me parezca verlo relajado, no tenía intención de llegar ahí comportándome como un cretino con él.

—Esto no es por todo eso de «No me gustas», ¿verdad?

—Un poco. Pero no soy un niño, estoy acostumbrado a no gustarle a la gente.

En cierto modo, parece halagador. Por otro lado, me revuelve el estómago.

—Pero ¿te importa si lo hago? ¿Si te apruebo?

—Aparentemente.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—No tengo ni idea. —Baja la mirada—. Creo que culpo al gato.

Me sigo sintiendo como si hubiera comido una nuez podrida.

—Sabes que no lo decía en serio. Estaba enfadado, eso es todo.

—Pero estabas enfadado por cómo me comporté, porque te traté… Tenías tus razones para estar enfadado. —Ahora se concentra con mucha intensidad en Gollum—. Y no era algo que me gustara.

Mi estómago pasa de sentirse revuelto a retorcerse.

—Vale, pero supongo que tú también tenías tus razones para estar enfadado conmigo.

Por la manera en que me mira, Jonathan realmente no está seguro de qué quiero decir. O tal vez solo está fingiendo. Y si es así, tal vez debería dejarlo fingir. Solo que no quiero, porque entre la mampara, el despido y la conmoción, no quiero que nuestro beso sea otra cosa más que nunca ocurrió. Así que disparo al elefante.

—Ya sabes, por lo que… lo que hice —y luego me doy cuenta de lo que he hecho—. Con mis labios.

—No estaba enfadado por eso —confiesa, con algo peligrosamente cercano a la vergüenza—. Yo… Bueno, fue difícil para mí saber cómo reaccionar.

—Lo siento.

Jonathan se gira hacia mí tan repentinamente que asusta a Gollum de su complacencia de sofá y salta al suelo.

—No es necesario.

—Sí, la cagué.

—Estás herido. Y yo estoy en una posición de autoridad. Eso hace que mantener los límites sea mi responsabilidad.

Tiene algo de razón. Pero a la vez no la tiene.

—Estoy seguro de que eso es lo que dirá el departamento de recursos humanos. El asunto es que creo que es más complicado que eso. Realmente sabía lo que estaba haciendo. Y no me sentí, no sé, coaccionado ni nada por el estilo. Simplemente… me dejé llevar contigo.

—Lo cual no debería haber permitido que ocurriera.

Ya estamos otra vez. Y probablemente deje claro cuánto estoy perdiendo el control de la situación que estoy empezando a encontrarlo dulce en lugar de frustrante.

—No se trata de *permitir*. No puedes controlarlo todo, Jonathan, y claramente no me controlas a mí.

—No —dice Jonathan con sequedad—. Aparentemente no.

Y durante un tiempo nos quedamos sentados ahí, en silencio. Resulta que haberle disparado al elefante en la habitación solo te deja con un elefante muerto y un elefante muerto ocupa mucho más espacio que uno vivo, y tiene tendencia a apestar.

Finalmente, Jonathan rompe el silencio.

—En todo caso, no puede volver a pasar.

—No —coincido—, no puede.

Pero Jonathan Forest, fiel a su estilo, no acepta un sí por respuesta.

—Lo digo en serio. Tenemos que ser racionales. No podemos dejarnos llevar.

—No planeo hacerlo —protesto—. Yo no voy por ahí besándome con todos los que conozco.

—No sugería que lo hicieras.

—En serio —protesto otra vez, cada vez más consciente de que protestar no es algo que puedas hacer en exceso—. Ya sé que eres serio, gruñón y todo eso. Pero puedo mantener las manos lejos de ti —aunque ahora que lo digo, debo admitir que hay una pequeña voz en mi cabeza que dice «sí, pero ¿y si no?».

—Sam. —Pasa sus dedos por su encantador cabello ondulado—. Es *difícil*.

No es la reacción que esperaba. Esperaba que siguiera repitiéndome lo mismo nueve veces como si intentara venderme un plan de servicio y protección.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—No seas obtuso —dice entre dientes, recuperando al viejo Jonathan.

—No estoy siendo obtuso. Tú eres evasivo.

—Bueno, ¿qué se supone que quieres que diga? Que vivir contigo es… Que eres… Que no puedo. —Lo intenta otra vez—. Que esto es… —Y enseguida se rinde.

Me giro para mirarlo, no incrédulo, pero lo suficiente para hacerlo evidente.

—Jonathan, ¿estás intentando decir que te gusto?

—¿Cómo podrías no gustarme? —Se desploma hacia delante con sus codos sobre sus rodillas y la punta de sus dedos sobre su frente—. Llegaste a mi vida como un rayo de luz muy molesto. Hablas tanto que echo de menos cuando no lo haces. Intentas reparar cosas que ni siquiera sabía que estaban rotas. Tienes un sentido del humor horrible al que de algún modo me terminé acostumbrando. Te preocupas por la gente tan naturalmente que logras que los soporte. Y luego me besas y ahora yo… —deja que su cabeza se deslice más entre sus manos—… no sé cómo voy a seguir con el resto de mi vida si no me vuelves a besar.

Es muy típico de Jonathan Forest que, incluso cuando me dice que le gusto, me siento un poco insultado. O quizás mi cerebro fue ahí porque no sé cómo procesar esto. Cualquiera de estas cosas.

—Bueno, no tienes que hacerlo —digo—. Estoy aquí.

—Soy muy consciente de que estás *aquí* —responde Jonathan bruscamente—. Y también soy muy consciente de que eres un empleado.

También soy un empleado que estuvo mintiéndole sobre tener amnesia para conseguir tiempo para gustarle. Excepto que ha funcionado y ahora todo está revuelto de maneras que no pensé muy bien, aunque salve la sucursal. Peor aún, ha funcionado en ambos sentidos. Porque ahora también estoy de su lado. Se ha convertido en algo más que mi jefe cretino. Se ha convertido en mi jefe cretino de quien ahora conozco su historia, su familia, cuya risa he escuchado. Y tampoco estoy muy seguro de si quiero pasar toda mi vida sin volver a besarlo.

—¿Qué tal si decimos que no lo soy? —intento—. Solo por un minuto.

—No funciona así.

—¿Según quién?

Levanta la vista, sus ojos son oscuros y brillantes como el azabache.

—Según todos, Sam. Según la ley.

—Vale, pero no todo el mundo está aquí. Nosotros sí. Y ¿qué daño puede hacer? —Es increíblemente malo por mi parte. No debería estar haciendo esto. El problema es que no puedo evitarlo. Y entre una cosa y la otra, no he tenido tiempo para… para sentirme así. No desde hace mucho tiempo. Y ahora sí lo hago y no puedo evitarlo. No puedo rendirme—. Si solo es esta vez. —Sigo intentándolo—. Para sacarlo de nuestro sistema.

—No va a funcionar.

—Es mejor que la alternativa.

—¿Cuál? —pregunta—. ¿Comportarnos como adultos sensatos?

—Fuiste un adulto sensato toda tu vida, Jonathan. ¿Adónde te llevó eso?

Esboza una de sus sonrisas a medias.

—Supongo que este no es el momento de recordarte que tuve mucho éxito en un gremio altamente específico de venta de camas y baños?

—Sí, pero si no puedes dejar que te bese alguien a quien quieres besar, ¿qué sentido tiene?

—Sam —dice, y sale más como un suspiro y como si se estuviera rindiendo—. Esto no puede ser lo que quieres. No de verdad.

Estoy bastante seguro de que quiere decir que *él* no puede ser lo que yo quiero, pero es demasiado orgulloso para admitirlo.

—Lo es —le digo—. Lo eres.

Hay una pausa que se estira como masilla adhesiva. Y luego Jonathan Forest está encima de mí, besándome tan fuerte que me quita todo el aliento.

—Lo siento —dice—. No soy muy…

Deslizando una mano por su cabello, como siempre quise hacer, lo beso antes de que pueda terminar. Y es como si estuviera intentando besarme como jamás lo hizo y jamás lo volverá a hacer. Supongo que debería haber esperado que Jonathan Forest se tomaría demasiado en serio lo de «sacarlo de nuestro sistema».

—Ay —murmuro.

Y Jonathan retrocede, algo sonrojado y avergonzado.

—Te lo advertí. Yo… —aparta la mirada—. Perdí un poco la práctica.

—Sí, no dejas de mencionar lo ocupado que estás.

Sigue apartando la mirada. De hecho, es adorable ver cómo pasa de besarme como un camión que se estrella contra un poste a no poder mirarme a los ojos.

—La verdad es que no he tenido muchas relaciones largas y el sexo ocasional no me resulta particularmente interesante, así que yo… no… hago mucho eso.

Entiendo de dónde viene porque yo tampoco he sido exactamente el alma de la fiesta en los últimos años. Pero es como montar en bicicleta, ¿no? Lo haces al final de la adolescencia y se queda para siempre.

—Bueno —sugiero—, ¿qué tal si nos lo tomamos con calma?

—Dije que el sexo esporádico no me resulta particularmente interesante —el Jonathan reservado ha desaparecido del todo—, no que soy un adolescente de dieciséis años y nunca me han besado.

—Sí, pero no tienes que darlo todo como si estuvieras compensando el tiempo perdido, solo

digo eso.

Me mira furioso.

—Entonces, ¿cómo quieres que lo haga?

«Así no» suena demasiado duro. No es que estuviera mal. Es solo que fue un poco… demasiado. Además, si es mi única oportunidad para besar a Jonathan Forest, tengo que asegurarme de que sea lo más intenso posible.

—¿Qué te parece —sugiero— si respiras hondo y me lo dejas a mí?

—Haces que suene muy seductor.

Río.

—Cállate y déjame besarte.

Y, para mi sorpresa, lo hace. Aunque no lo beso de inmediato. Lo pongo cómodo sobre mi regazo y paso mis dedos sobre su mandíbula y su nariz.

Se aparta levemente.

—¿Qué estás haciendo?

—Apreciándote.

—Tengo un espejo. No hay mucho para apreciar.

—Ah, vamos —digo—. Me encanta mirarte.

El escepticismo se apodera de su rostro como escarcha sobre el césped.

—Quizás tengas que volver al médico.

—Lo digo en serio. No digo que seas Henry Cavill. Pero eso no significa que no haya nada. Ya sabes, visualmente.

—Sam. —Se pone tenso o intenta hacerlo ver. Creo que está avergonzado—. Es muy agradable y no quiero parecer desagradecido. Pero tenemos poco tiempo y no necesito que… —Sacude una mano entre los dos, confundido—. No necesito lo que sea que estés haciendo.

—¿No necesitas que alguien te trate bien?

—Si lo hiciera, me pasarían por encima. Por si no lo has notado, hay muy pocos voluntarios.

—Bueno, yo me ofrezco a tirarme encima de ti.

—Sí, pero… —Cierra los ojos, y parece genuinamente dolido—. Esto no puede durar. No puedo acostumbrarme a esto.

Siento como si alguien me hubiera clavado un sacacorchos en el corazón estuviera comenzando a retorcerlo, porque lo último que quiero es hacerle daño. Empecé a pensar que estaba siendo un poco egoísta, pero quizás estoy siendo muy egoísta. Incluso muy muy egoísta.

—Podemos parar si tú…

—No. —Sus manos agarran mi camiseta.

—No quiero hacerte sentir…

—No me importa.

Entonces lo beso otra vez. Lo beso de la manera que estaría asustado de que lo besaran y la manera que creo que merece ser besado. Lo beso suavemente, luego profundamente, dejando que todo fluya entre ambos, de un modo natural, con calor, esperanza y ternura, como si fuera lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Y Jonathan Forest se olvida, por un momento, por más de un momento, de que es un hombre difícil que no tiene tiempo para nadie. Porque en mis brazos es tan generoso, tan cariñoso, tan amable y tan abierto como necesito que sea.

Pero debería haberlo escuchado. No podemos acostumbrarnos a esto. Desafortunadamente, creo que ya me acostumbré. Y lo que me espera al otro lado parece muy desolador.



CAPÍTULO VEINTICINCO

Es mucho más difícil dormir en la cama de Jonathan ahora que nosotros, ya sabes, nos hemos vuelto a besar, y un poco menos ah-por-dios-esto-fue-un-error que la última vez. Eso sí, es un mejor insomnio que el que tenía al empezar la noche. Había bajado con la intención de decirle que no tenía que dormir en el sofá, pero nos separamos coincidiendo que definitivamente, definitivamente sí, porque, si bien podemos hacer una excepción de besarnos una sola vez, eso es todo lo lejos que las cosas pueden ir mientras lo de ser empleado y lo de la amnesia, entre otras cosas, sigan siendo, bueno, cosas.

Intento cerrar los ojos al menos un par de minutos, pero ni bien la luz del sol empieza a asomarse por la ventana decido rendirme y empezar el día. Que resulta ser el camino de menor resistencia porque los Forest, y debería haber anticipado esto, son la clase de personas que empiezan el día con el amanecer y tienden a comenzar sus días de forma muy muy ruidosa.

—Déjame que te diga algo —dice Wendy gritando desde una parte de la planta baja a otra parte diferente, aunque gritar en una parte de la casa sea como fumar en una parte de un restaurante o mear en una parte de la piscina—, la ducha está genial, ¿verdad?

—Como un maldito hotel —coincide el tío Johnny.

Escucho el sonido del agua del grifo abajo y luego la voz de Wendy.

—No hace falta. —Seguida de una voz que estoy bastante seguro de que es Agnieszka diciendo algo sobre que eso es su trabajo.

—Eh —dice la voz del tío Johnny otra vez—, ¿cuántos huevos quiere el joven Johnny?

—Jonathan, ¿cuántos huevos quieres? —repite Wendy.

—… están bien… —La respuesta de Jonathan se escucha menos, aunque no tan baja como

para no escucharla cuando voy a la sala principal—. ¿Y podéis, por favor, no gritar? Sam probablemente está durmiendo.

Aparezco por la escalera y me encuentro a toda la familia sumida en una operación de desayuno incomprensiblemente compleja que involucra varias sartenes, tazas que pasan de un lado a otro como *Alicia en el país de las maravillas* y un montón de gritos entre personas que están demasiado cerca como para estar gritándose.

—Ven —dice Wendy sonriendo de un modo triunfante cuando me ve—, está despierto como todos nosotros y quiere desayunar.

—¿Cuántos huevos? —pregunta el tío Johnny.

—Dos —digo. Por la expresión que pone, es la respuesta más baja que está dispuesto a aceptar.

—Prepárale tres —insiste Wendy—. Está creciendo.

—No creo —le digo.

Barbara Jane, que sujeta su café como si fuera el Anillo Único y parece ser el único miembro de la familia que no es una persona mañanera, asiente.

—Lo que hiciste, mamá, es confundir a Sam con Gastón de *La bella y la bestia*.

Wendy se siente insultada.

—¿Qué, el candelabro?

—Ese era Lumiere —dice Jonathan.

—¿Entonces quién era el reloj? —pregunta el tío Johnny.

Agnieszka levanta la vista del fregadero donde está teniendo una pequeña discusión con Wendy sobre a quién le corresponde el trabajo de lavar las tazas.

—La tetera era de la señora Potts. Creo que ningún otro mueble tenía nombre. Excepto Fifí, el plumero, que está implícito que tiene relaciones sexuales con Lumiere.

—Bueno, no sé —dice Wendy, sacudiendo tristemente la cabeza—. No puedo seguiros.

—No puede seguiros —repite Les—. Pero creo que Barbara Jane tiene razón, cariño, si quiere dos huevos, entonces debería comer dos huevos o el último terminará en la basura.

—¿Salchichas? —pregunta el tío Johnny.

Jonathan, mi caballero con el pijama reluciente, aparece para rescatarme.

—¿Qué tal si le das dos de todo?

El tío Johnny esboza una sonrisa que en cualquier otra persona se vería traviesa.

—Bueno, entonces dos huevos, dos salchichas, dos croquetas de patata, dos lonchas de tocino, dos rodajas de morcilla y dos judías cocidas.

—Una porción *normal* de judías —lo corrige Jonathan—. ¿Y quizás dos tostadas?

Acepto porque, a este nivel, aceptar es la opción más rápida.

—¿De dónde ha salido todo esto?

Jonathan suspira de un modo más resignado del que tiene permitido, dado que no está sufriendo mucho.

—Salieron esta mañana.

—Bueno, no tenías nada —le dice Wendy. Y enseguida me dice—. No tenía nada.

Agnieszka asiente con complicidad.

—Nunca tiene nada. Vengo limpiando esta cocina desde hace años. No creo que esa nevera se haya usado nunca.

—En nuestra defensa —digo—, no esperábamos compañía. Y la nevera sí se usa, está llena de cosas de Navidad.

El tío Johnny aparta la mirada brevemente del hornillo.

—Pero no es excusa para no tener morcilla.

Desde su lugar al final de la mesa, Barbara Jane sigue pareciendo que está resentida con cada segundo que pasa.

—¿Siquiera a alguien le *gusta* la morcilla?

—¿Ahora se cree demasiado para la morcilla? —pregunta el tío Johnny a la habitación en general.

—*Todos* somos demasiado para la morcilla —dice Barbara Jane y se acerca a la tetera y empieza a prepararse otro café, aunque no creo que la ayude mucho—. ¿Quién en su sano juicio comería una salchicha llena de sangre si tiene la opción de llenarla con literalmente cualquier otra cosa?

—Pero ¿no es casi todo lo que pones dentro de una salchicha algo horrible? —pregunto—. Al menos, con la sangre puedes reducirlo.

Barbara Jane parece genuinamente asqueada.

—Muy bueno. Solo una tostada para mí, Johnny.

—Come un poco de tocino —dice el tío Johnny, pinchando el tocino en la sartén, que chisporrotea de un modo tentador—. Tienes que comer.

—¿Por qué? —La expresión en el rostro de Barbara habría cortado la leche de su café si no lo tomara solo—. ¿Me vas a vender en una subasta?

De alguna manera, pasando por alto la oportunidad de especular cuánto podría obtener su hermana en el mercado abierto, Jonathan coge un plato y se dirige hacia los condimentos.

—Yo creo que también voy a por la tostada.

—¿Qué les pasa a tus hijos, Les? —pregunta el tío Johnny, aparentemente desconcertado por el deterioro de toda una generación—. ¿No les enseñaste a apreciar un buen desayuno?

Jonathan se detiene mientras unta la tostada con mantequilla.

—No sé qué le pasa a BJ, al menos sin que me lleve menos de una hora, pero yo tengo que ir a trabajar.

El tío Johnny no parece dejar pasar nada que atente contra su desayuno.

—¿No eres el jefe? ¿No puedes llegar cuando quieras?

Mientras Jonathan prepara su respuesta, intervengo.

—Tiene que dar el ejemplo. No está bien pedirles a tus empleados que lleguen a la hora si él no va a ser puntual.

Mi intención es ayudar. No lo hago.

El tío Johnny se gira hacia su sobrino con una expresión adecuadamente paternal.

—No, no, no. —Apoya sus manos sobre los hombros de Jonathan y lo gira para enfrentarlo. Como Jonathan sigue preparándose la tostada, esto significa que está muy cerca de apuñalar a su tío con un cuchillo para untar—. Lo que tienes que hacer, querido, es decir «Yo estoy al mando y vosotros no, haréis lo que yo os diga, no lo que yo haga».

Con una paciencia que, considerando con quién estamos tratando aquí, está al límite de la gracia, Jonathan asiente.

—Lo consideraré.

—Lo siento —dice Barbara Jane, acercándose, en gran medida para robar la mermelada—, ¿cuántos negocios tuviste, tío?

—Algunos.

—He dicho cuántos «tuviste», no cuántos «hundiste».

Aprovechando la distracción, Jonathan toma su tostada y camina hacia la puerta, pero Wendy lo detiene mientras se pone su abrigo.

—Eh —lo llama—, ¿cuándo vas a ir a buscar a Nana Pauline?

—Mañana. —Y luego se detiene y me mira. Es la primera vez que lo hace desde anoche (es difícil tener un momento de qué-significa-lo-que-pasó y qué-sigue-después-de-eso cuando un hombre de camisa a cuadros te pregunta cuánta morcilla quieres) y ahora hay silencio entre nosotros. Un silencio que queda interrumpido por personas que hablan sobre huevos, tocino y que Barbara Jane necesita meter un montón de judías en la boca, pero aun así hay un silencio—. Yo… Sam, debería haberte avisado, voy a tener que ir a Sheffield a buscar a mi abuela y, bueno…

—Quiere saber —dice Les— si prefieres pasar cinco horas en un coche con él o un día en esta casa con nosotros.

Barbara Jane volvió a su asiento en la mesa de la cocina.

—Ah, bien hecho, papá. Te das cuenta de que lo que sea que elija va a sentir que está insultando a la otra parte.

—Ah, no, no nos sentiremos insultados —grita Wendy—. No nos sentiremos insultados, ¿verdad, Les? Lo que sea que elija va a estar bien.

—Asumiendo —agrega Barbara Jane— que Jonathan confía en que nos quedemos en su casa

sin supervisión. Bueno —mira de un modo fulminante al tío Johnny—, «*nosotros*».

—Me siento insultado —contesta el tío Johnny.

—No vais a estar sin supervisión —agrega Agnieszka—. No se preocupe, señor Forest, los vigilaré. Aunque quizás le pida un aumento.

Jonathan ya se ha puesto el abrigo.

—No lo fuerces. No estoy totalmente convencido de que no estás de su parte.

—Escuchadlo —dice Wendy a nadie en particular—, hablando sobre partes cuando está involucrada su propia familia.

—Es un mal hijo, señora Forest —coincide Agnieszka.

—*También* —dice Jonathan, volviendo su atención hacia mí en un intento desesperado por cambiar de tema—, se me ocurrió que quizás… podríamos ver si tu memoria ha mejorado. Iba a aprovechar la oportunidad para pasar por la sucursal de Sheffield mientras estaba ahí y podríamos ver si reconoces a alguno de tus compañeros de trabajo.

Mierda. Si realmente tuviera amnesia, sería una idea fantástica. Una idea tan fantástica que si digo que no sonaré más ingrato que la mierda. Además, no estoy seguro de si *quiero* decir que no. Incluso con el riesgo de que se descubra la verdad, tener un momento a solas con Jonathan para… Aunque ahí es donde se desmorona todo. ¿Un momento para qué? ¿Para decir «recuerdas eso que dijimos de que fue algo de una vez, bueno, ¿qué tal si decimos que fue todo mentira?».

Mierda.

—Sí —digo—. Sí, te acompañaré. Podría ayudar.

—Y podrás conocer a Pauline —agrega Wendy—. Pauline es un encanto. Y estará muy contenta de conocerte.

Ya renuncié a seguir aclarando que Jonathan y yo no estamos saliendo. Porque, para empezar, empieza a parecer una mentira. Lo que es irónico, porque es una de las pocas cosas que les dije que de hecho era verdad.

***

Johnny vuelve a preparar el desayuno la mañana siguiente y esta vez Jonathan se queda para disfrutar de los huevos, las salchichas, el tocino, las croquetas de patata, las alubias, la morcilla, las setas fritas, los tomates a la parrilla, porque, a diferencia de la mayoría de los días, no va a la sucursal de Croydon a gritarle a sus empleados. En cambio, irá a Sheffield conmigo, para poder gritarle a mis empleados. Algo que les advirtió que planea hacer porque, si bien Jonathan Forest jefe es la clase de hombre que hace una inspección sorpresa, Jonathan Forest el cuidador de personas con conmociones cerebrales es un poco más considerado. Lo que es una buena señal para Claire y el resto. Pero no tanto para mí y mi creciente sensación de estar metido en todo este

lío.

Barbara Jane sigue con las tostadas y Wendy insiste en pasar la aspiradora por la sala.

—¿Debería preguntar por qué? —pregunta Jonathan por encima de todo el ruido mientras terminamos de desayunar.

—Bueno, Agnieszka viene más tarde y quiero asegurarme de que el ambiente sea agradable cuando llegue.

Jonathan sacude la cabeza.

—Es la chica que limpia, mamá. Hacer que todo esté perfecto es por lo que le pago.

No es suficiente para Wendy.

—No significa que le tengas que hacer creer que vives con alfombras mugrientas.

Sin querer presionar más en el asunto, nos despedimos de todos, mientras insisten en que le enviemos un saludo a Nana Pauline, aunque la van a ver dentro de unos días, y nos subimos al coche a eso de las diez, con la esperanza de llegar a Sheffield a eso de las tres de la tarde.

En cuanto me subo me doy cuenta de la mala idea que es. No es la primera vez que hacemos este viaje, pero es la primera vez desde que nos besamos, desde que nos peleamos porque lo besé y desde que lo volví a besar de una manera un poco más negociada. Así que no queda claro cómo se supone que tenemos que interactuar cuando estaremos atrapados en el mismo lugar durante cinco horas.

Tenemos que ir al sur para volver al norte porque conducir por Londres en invierno es como nadar en melaza, y no nos decimos nada hasta que tomamos la M25.

—Será agradable —digo— conocer a tu otra abuela.

—Sí. —No me mira. Quiero decir, obviamente no lo hace porque está mirando la carretera. Pero de algún modo mira la carretera con más intensidad.

Seguimos avanzando.

—Y creo que será agradable ver dónde trabajo —añado. Porque lo que espero es que una vez que lleguemos ahí, pueda empezar a recordar más algunas cosas y no parezca tan sospechoso. Y luego quizás puedo salir de este agujero horrible de la amnesia.

—Sí —coincide Jonathan.

Me muerdo el labio. Esto va a ser difícil.

—No pensé… No creí que… Acordamos que las cosas no iban a ser incómodas.

—No son incómodas —dice Jonathan mirando hacia delante de la manera más incómoda posible.

—Son un poco incómodas.

—Solo intento mantenerme alerta porque es un viaje largo.

Nos quedamos en silencio una vez más.

—Podemos hablar —intento—. No vas a chocar si hablamos.

Las manos de Jonathan se tensan levemente sobre el volante.

—Claro que no. —Mira con cautela en mi dirección—. ¿De qué quieres hablar?

Las conversaciones, en mi experiencia, no funcionan de esa manera. De todos modos, hago mi mejor esfuerzo.

—Vale, ¿podemos empezar reconociendo que nos besamos y que fue genial, pero como acordamos que no puede volver a pasar porque trabajo para ti, deberíamos intentar disfrutar del viaje?

Asiente levemente, pero no dice nada más.

Y sigue sin decir nada durante un rato. En mi desesperación, acudo a nombrar las cosas que veo por la ventana.

—Ahh, mira —intento—, vacas.

—Sí.

—¿Crees que son frisonas?

Al menos, se arriesga a girar la cabeza, solo para ver el ganado.

—¿Las frisonas no son blancas y negras?

—Puede ser. ¿Cuáles son las *beige*?

—¿Zapatos?

—¿Y las que tienen el pelo largo?

—Bistecs —dice Jonathan.

Eso me hace reír. Y él se ríe.

—¿De verdad —pregunta— vas a hablar sobre vacas —revisa el reloj en el salpicadero del coche— durante las próximas cuatro horas?

—Debo confesar —confieso— que soy muy malo para coquetear hablando de vacas.

—No te preocupes. Quizás veas una oveja.

—No estás preparado —digo— para mis anécdotas divertidas con las ovejas.

Me mira de reojo.

—Adelante. Diviérteme con una oveja.

—Bueno —pienso durante uno o dos segundos—. Creo que exageré con lo de «divertido» y también con mi cantidad de historias de ovejas. Porque crecí en Liverpool, donde hay pocas ovejas. No son animales muy urbanos. Tampoco son nativas del Mersey.

—Imagino que no. No aprendieron a respirar bajo el agua ni a comer kebabs.

—Eh —protesto—. No te atrevas a burlarte del Mersey. Yo no ando criticando al Támesis.

—Siéntete libre de hacerlo. Básicamente es una cloaca gigante.

—Sí, pero es *tu* cloaca. Deberías sentirte orgulloso de esa cloaca.

—¿Y tú te sientes orgulloso del Mersey?

—Claro que estoy orgulloso del Mersey.

—¿No es también una cloaca gigante? —pregunta Jonathan.

—No —digo con firmeza—. Su color oscuro es porque tiene corrientes fuertes que levantan la tierra del fondo.

—Pura mierda, Sam.

—No. El mejor río de Inglaterra es el Mersey. Podría darle batalla al Avon.

Frunce el ceño con desprecio.

—Cualquier río podría vencer al Avon. Es una mariquita pija del sur.

—Vale, pero podría ganarle al Támesis también.

—Bueno, claro. El Támesis es un abuelo. Es resistente, pero no tiene la fuerza que solía tener.

Este es un lado de Jonathan que no había visto antes. Aunque, siendo honesto, no estoy seguro de bajo qué circunstancias podrías ver el lado «qué río podría vencer a otro río» de una persona.

—Solo diré una cosa, creo que el Tyne le daría batalla. Tendría que hacer trampa, pero lo haría.

—Ah, el Tyne te partiría una botella en la cabeza en cuanto te viera.

Nos quedamos en silencio, pero es un silencio mucho más fácil. Y eso tiene ventajas y desventajas. Porque, por un lado, es menos tenso y eso es bueno. Pero, por el otro, me recuerda cuánto me gusta estar con él. Me hace desear que él pudiera ser este hombre más a menudo, con más gente. No quiero que se me malinterprete, sigue siendo un amargado. Es solo que ser amargo no es necesariamente malo. Por eso a todos les gustan los sorbetes de limón.

—¿Enciendo la radio? —pregunto.

—Adelante.

Me inclino hacia delante, presiono el botón y Heart FM se sintoniza de inmediato. Y no estoy del todo preparado para la ráfaga de nostalgia que me atraviesa de repente. Lo que pasa con Heart FM es que es la estación de radio más básica del país, incluso más básica que Radio 1, y es exactamente lo que quieres cuando estás conduciendo a Rainhill por trabajo y el clima le hace honor a su nombre. Me sorprende porque es música que te hace sentir bien, y hasta hace poco habría dicho que a Jonathan no le gusta sentirse bien. No me sorprende porque probablemente creció escuchándola igual que yo. En este momento, Bruno Mars está cantando sobre cómo soy increíble tal como soy, lo cual es muy dulce por su parte.

Jonathan tiene los ojos fijos en la carretera con una intensidad nueva.

—¿Estás bien?

—Sí. No. Quiero decir, ¿por qué no iba a estarlo?

—Pareces sorprendentemente afectado por Bruno Mars.

—Bueno, ya sabes. Es un hombre con mucho talento.

—Sam.

Suspiro.

—Solo me recuerda a casa, sabes. De una —a veces tener amnesia es muy conveniente— manera muy borrosa.

—¿Cómo está tu memoria?

Al menos, no pide detalles.

—Honestamente, creo que está mejorando. Vuelven algunas partes. Algunas cosas de la familia, algunas cosas del trabajo.

Hay una pausa. Luego Jonathan se aclara la garganta y entiendo que intenta tener tacto.

—Estoy bastante preocupado por que nadie te haya contactado.

Mierda, no quiero tener que hablar de nada de eso.

—¿No hablaste con la tienda desde que estoy de baja?

—No me refería al trabajo.

Le esbozo una sonrisa que espero que lo distraiga.

—Hay una primera vez para todo, ¿no crees?

—Hablo en serio. Esperaba que alguien te estuviera buscando. Si yo desapareciera durante quince días, mi madre personalmente habría visitado cada hospital, cada comisaría y cada funeraria en el sureste.

—¿Cada funeraria?

—Le gusta cubrir todos los frentes.

—Bueno, supongo que yo no tengo esa clase de… —No quiero ir por ahí, realmente no quiero ir por ahí—. Sabes, no todo el mundo tiene una relación cercana con sus padres.

Eso deja en silencio a Jonathan por un minuto.

—Lo siento —dice al fin. Quizás sea la segunda vez que lo escuché decir eso y, de una manera divertida, es un momento mucho más agradable para escucharlo—. Supongo que yo… Es como dijiste, cuando tienes una familia como la mía, lo das por sentado. ¿Tú…? Si hay algo de lo que quieras hablar…

—No puedo recordar mucho —digo. No es mentira, exactamente.

—Está bien.

Son extrañas las diferentes texturas que puede tener el silencio. Este se siente… Es extraño. No estoy seguro de poder ponerle un nombre. Cuidadoso casi. Quizás incluso comprensivo.

Jonathan toca la pantalla táctil del ordenador de abordo que sigo considerando una radio.

—Puedo cambiar de emisora si lo prefieres.

Es una oferta agradable y una sobre la que reflexiono antes de decidir si quiero aceptarla.

—No. No, está bien.

Bruno cede el paso a Katy Perry, que nos cuenta cómo consiguió el ojo del tigre y eso. Y Jonathan Forest, en lo que solo puedo describir como una titánica ruptura de carácter, comienza a cantar. No solo eso, sino que lo hace bastante bien.

—Te gusta, ¿eh? —pregunto.

Me mira de reojo, en parte sonriendo, en parte (y no estoy seguro de cómo sentirme al respecto) aún claramente preguntándose por qué nadie me ha buscado todavía.

—La pasan mucho y lo bueno de esta canción es que básicamente es todo estribillo.

Entonces me uno, aunque a diferencia de Jonathan, yo *no* soy muy bueno. No soy ni la mitad de bueno. Pero me gusta pensar que lo compenso con mi entusiasmo. Y entonces seguimos. Pasamos por Katy, por Justin Bieber, David Guetta, Olly Murs y The Script. Hago eso de cantar cuando te encuentras con dos frases que no conoces tan bien como creías y simplemente dices «murmurmur manana algo», y luego gritas a todo pulmón el nombre de la canción con la esperanza de que compense todo lo que fastidiaste el resto.

Seguimos así durante horas. Literalmente horas. Hasta que los dos nos quedamos sin voz y un poco hartos de música incansablemente alegre. Y Jonathan no me hace más preguntas sobre mi familia ni mi padre ni por qué no vinieron a buscarme o algo por el estilo. Simplemente me deja sentarme con él y cantar a dúo Rita Ora mientras cruzamos Nottingham por la M1. Y cuando hace la mímica de *I Will Never Let You Down* conmigo, extrañamente le creo.

Porque no creo que me decepcione.

Porque cuando estamos así, soy feliz.



CAPÍTULO VEINTISÉIS

Después de un largo, pero agradable viaje por carretera, llegamos a la sucursal de Sheffield y Claire nos recibe en la puerta.

—Señor Forest —estrecha su mano con firmeza, pero no mucha— y Sam —me mira de una manera que no podría ser más conspirativa si me hubiera guiñado un ojo como una caricatura—. ¿Me… recuerdas?

Bien, Sam. Hora de actuar.

—Quizás —digo—. Eres… Lo tengo en la punta de la lengua.

—Claire —dice Claire—. Soy extremadamente buena en mi trabajo y habías aceptado darme un aumento enorme justo antes de tu accidente.

No es diferente a una conversación normal con ella, pero ahora estamos en modo trabajo, lo que significa que el Jonathan divertido abandonó el edificio. No solo lo abandonó, sino que lo quemó detrás de él.

—Espero que no —dice—. Le había pedido a Sam que fuera a Londres porque esta sucursal tiene problemas presupuestarios bastante graves.

El asunto con Claire es que, si bien no tiene tiempo para los estúpidos, los idiotas o los imbéciles, sabe cuándo parar.

—Solo era una broma, señor Forest. Todos nos estamos quedando atrás de la inflación como en el resto del país. Y si bien fue un poco duro sin Sam, creo que estamos encaminados para alcanzar nuestros objetivos trimestrales.

—Me alegra escucharlo —dice Jonathan, asintiendo. Cuando está en este modo, palabras como «encaminados» y «trimestrales» lo calman como una taza de chocolate caliente. De hecho,

está tan tranquilo que pasa a su rutina de jefe que visita la sucursal—. Lo que va a pasar ahora —explica— es que voy a recorrer el negocio, luego tú y yo hablaremos sobre cómo abordaremos todo de ahora en adelante. —Se detiene y se gira para mirarme—. Y alguien tendrá que cuidar a Sam. Se cansa muy rápido.

—Ah, *¿sí?* —dice Claire con un escepticismo que no ayuda.

—Bueno, ya sabes —digo—, las heridas en la cabeza son cosa seria.

Acompaño a Jonathan durante la primera parte de la visita al negocio con la esperanza de poder apartarlo de las peores zonas y hacia los lugares que al menos son razonablemente presentables. Y Claire, a pesar de toda su irreverencia, tiene un plan similar. Y por eso probablemente la primera persona con la que nos encontramos de manera aparentemente aleatoria es el nuevo y entusiasta Chris.

Incluso a esta hora un martes, la planta de ventas está bastante ajetreada con personas que tienen un poco de tiempo libre y porque estamos en esa temporada que te incita a vivir más allá de tus posibilidades. Entonces no hay pocos clientes y el nuevo y entusiasta Chris lo está dando todo.

—Este —le está diciendo a una pareja joven que logró captar: él con gafas de media montura, ella con el pelo azul, los dos con la clase de ropa *vintage* que dice que tienes más dinero del que te gustaría admitir— debo confesar que no es nuestro modelo más popular, pero si bien no es para todo el mundo, *creo* que sí es para vosotros.

Los lleva hacia un rincón algo vacío del sector de camas y toca con el pie la cama Drift Gaming con marco abatible. Un televisor plano se eleva de un panel oculto.

—Viene en dos plazas, plaza y media si tenéis poco espacio o King si queréis algo lujoso. Podéis cambiar la pantalla de treinta y dos pulgadas por una de cuarenta y tres. Es una otomana, lo que significa que tenéis espacio para almacenamiento abajo, además de algunos compartimientos para consolas y puertos USB en cada lado.

Eligió bien a sus clientes. Más allá de todo lo que pueda decir del nuevo y entusiasta Chris, es muy bueno en su trabajo.

—O sea —dice la del pelo azul— es *bastante* guay.

—Lo que me preocupa —dice el de las gafas— es que nunca saldríamos de la cama.

Ella esboza una sonrisa.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—Sale por mil setecientos noventa y nueve —dice el nuevo y entusiasta Chris, restándole importancia al precio para pasar a otra cosa—, podemos instalarlas por un pequeño coste extra y además tiene una mesita de noche que hace juego por si queréis mantener todo el estilo. Y si necesitáis un nuevo colchón también podemos ver algún descuento por el paquete completo, y ahorraríais dinero en el envío y la instalación.

Hablan entre ellos un momento, pero puedo ver que están decididos a comprarla. Y lo tomo como una especie de milagro de Navidad porque, honestamente, la sucursal de Sheffield no vende demasiadas camas con televisores incluidos. En especial, no dentro de la tienda porque por definición la gente que quiere una cama *gaming* la compra directamente en la tienda *online*.

Y con el poder de su entusiasmo, el nuevo y entusiasta Chris les vende una cama *king size* y la pantalla de cuarenta y tres pulgadas.

—Ahora —dice mientras cierran el trato—, ¿puede interesaros un plan de protección y servicio?

Me arriesgo a mirar a Jonathan para ver cómo se está tomando esto y me siento casi celoso porque lo mira como si prácticamente quisiera besarlo. Más allá de eso, le da una buena imagen a la tienda, así que no puedo indignarme mucho.

No puede indignarme tanto como me molesta lo que pasa luego. Porque Brian aparece corriendo y gritando «Sam, Sam» y tardo un momento en recordar que al menos puedo responder a mi nombre sin fastidiar toda mi estrategia.

Me giro y él parece una mezcla de nervios y mortificación.

—Sam —repite.

Intento parecer convincentemente perplejo.

—Lo siento —le digo—. No estoy seguro de quién eres.

—Tiene *amnesia*, ¿lo recuerdas? —dice Claire moviendo las cejas de una manera que creo que no ayuda.

—Ah —dice—, es verdad. Pero el asunto es que, Sam, hay un problema con los baños.

Digo «qué tipo de problema» antes de poder evitarlo y espero que el cansancio en mi tono no le revele a Jonathan que estoy lidiando con esto desde hace años.

Brian se pasa dieciocho segundos poniendo su cara de no-estoy-seguro-de-que-lo-pueda-decir. Luego, finalmente, lo suelta:

—Un niño se ha cagado en uno de los modelos de exhibición.

***

No es, creo, el mejor momento de Sheffield. Pero decididamente no es *culpa* de la sucursal. Que la gente defeque en los inodoros es solo uno de esos hechos desafortunados de vender retretes.

Con lo que creo que es un gesto de caballerosidad, Jonathan insiste en que él se encargará del incidente de la caca personalmente y que yo debería aprovechar el momento para descansar por el largo viaje y el estado de mi cabeza. Entonces, mientras Jonathan y Brian se dirigen a encargarse del asunto de la caca, no literalmente, Claire me lleva a sentarme en la sala de recursos humanos.

Y cuando llego, veo que no hay mucho sitio para sentarse porque está llena de los adornos que Tiff consiguió para la fiesta.

—¿Qué hace todo esto aquí? —pregunto.

—Bueno, ¿en qué otro sitio querías que los pusiéramos? —dice Tiff, mirándome de un modo desafiante.

—¿En el almacén? —sugiero.

—El problema con el almacén —dice Claire— es que está lleno de cosas.

—¿Y cuando Jonathan entre y vea todo esto…? —pregunto.

Tiff se encoge de hombros.

—Le diremos que la empresa nos envió los adornos dos veces.

Durante un breve momento, me pregunto si debería preocuparme por la rapidez con la que se le ocurrió una posible mentira, pero no es un problema por el momento.

—¿Y cuando vea la misma decoración en la fiesta de Navidad?

—Le dirás que los adornos de Navidad se producen en masa en fábricas —sugiere Amjad, que se está terminando su té en un rincón.

Sacudo la cabeza.

—Jonathan es un tipo detallista. Se dará cuenta y empezará a sospechar, y después se dará cuenta de que lo he estado engañando la mayor parte del mes y estará extremadamente molesto y no podré culparlo.

La puerta se abre y por un momento se me detiene el corazón pensando que es Jonathan, pero no, es Brian. Lo que es casi igual de malo, pero no tanto.

—Ah, hola —dice—. Sam, ellos son Tiff, Claire y Amjad, quizás no los recuerdes.

—Lo sé —le digo—. No tengo amnesia de verdad.

—Ah, ¿no? —Parece desconcertado.

Claire suspira.

—Ya te lo explicamos, Brian. Sam no perdió la memoria, solo tiene que fingir para ganar tiempo para que Su Cretina Majestad no nos cierre.

—Ah, cierto —dice Brian, serio—. ¿Y por qué va a hacer eso?

Amjad se termina el té, lava su taza y la deja en el fregadero para que se seque.

—Por lo que he oído, Sam se niega a despedir a alguno de nosotros, entonces Jonathan lo amenazó con despedirnos a todos. Es la clásica política del borde del abismo. Como la crisis de los misiles con Cuba, pero con bidets.

Entendiéndolo lentamente, la expresión de gravedad de Brian se profundiza.

—No me parece justo. ¿Por qué el señor Forest quiere echarnos?

—Por mí —dice Tiff—, porque soy demasiado joven para tener derechos laborales. —Técnicamente no es la razón; la razón es que nunca hace nada en el trabajo, lo cual en

retrospectiva es un poco culpa mía—. Y por ti. —Sacude el cabello levemente en dirección a Brian—. Porque eres increíblemente espantoso trabajando.

Se lo piensa un momento y luego asiente entusiasmado.

—Tiene cierto sentido. Amjad, ¿me dejas pasar para que coja algunas servilletas y desinfectante? Problemas de caca.

Accediendo, o quizás no queriendo meterse en una situación cacosa, Amjad se aparta y deja que Brian coja útiles de limpieza de debajo del fregadero.

—Brian —digo cuando se levanta—, hablamos en serio, ¿sí? Ya sé que es una tarea enorme, pero Jonathan parece haberse calmado con todo esto de echar gente, así que es muy, muy importante que no la caguemos.

No me siento particularmente tranquilo por la manera en que sonríe. Sonríe como cuando le di el código de la alarma y le expliqué por qué llevar café por toda la planta de ventas era una mala idea.

—Hablo en serio —digo—. *Napadapa sopobrepe quepe nopo tenpegopo ampanepesiapa*.

Esto *definitivamente* lo empeora. Sacude la cabeza como un perro labrador confundido.

—Lo siento, Sam, creo que no te capto.

Suspiro.

—No dejes que Jonathan sepa que recuerdo cosas. Solo limpia la caca y mantén la boca cerrada.

—Probablemente sea un buen consejo para limpiar la caca en general, para ser sincero —comenta Amjad, cerrando el armario de la limpieza con la rodilla.

Y Brian vuelve a sonreír y tengo esa sensación de que va a *brianarlo* todo de algún modo. Si no es hoy, entonces mañana, si no es mañana, entonces cuando esté en el aeropuerto esperando un vuelo con Ilsa Lund.

Al final, se va, y me giro hacia los demás con la esperanza de que podamos tener al menos algunas cosas bien hoy.

—Vale, esa es la montaña de mierda literal con la que tenemos que lidiar…

Tiff hace una mueca.

—No hables así de Brian.

Es injusto que los adolescentes puedan hacer chistes de viejos sin verse como tontos.

—Sabes a lo que me refiero —le digo—. ¿Podemos concentrarnos en *esto?* —Sacudo las manos hacia la montaña de luces y guirnaldas—. ¿Qué vamos a hacer con todo esto?

Claire parece reflexiva.

—¿Lo tapamos con una manta?

—¿Tienes alguna manta por aquí? —pregunto.

Eso no impresiona para nada a Claire.

—¿Estás seguro de que no tienes amnesia? Es una supertienda de baños y camas. Tenemos paredes llenas de mantas.

—¿Entonces el plan es robar una Brentford Super de vellón ultrasuave del sector de camas y esperar que Jonathan no entre y diga «ey, ¿qué estáis escondiendo debajo de la Brentford Super de vellón ultrasuave?».

—No seas tonto —dice Claire con desdén—. La Brentford Super de vellón ultrasuave es demasiado pequeña.

—Sí —coincide Amjad—, es mejor la Luxury de Dreamscene con tejido de panal. Van de dos metros por dos metros y medio.

Tiff adopta una expresión dubitativa.

—Aplastará todas las guirnaldas.

—Aplastar las guirnaldas, Tiffany —digo—, no es mi mayor preocupación ahora. Mi mayor preocupación es que Jonathan descubra que lo hemos estado engañando y nos despida a todos.

—Bueno, si las guirnaldas quedan aplastadas —explica Tiff—, la fiesta de Navidad será una mierda y llegará a la conclusión de que siempre fuiste un pésimo encargado. Así que estamos jodidos de cualquier manera.

—Y, para ser justos —agrega Amjad—, si el plan es demostrarle lo bien que llevamos la sucursal de Sheffield, el hecho de que Jonathan se esté encargando de limpiar la mierda de alguien en un inodoro de exhibición probablemente no ayude.

—Eso estaba fuera de nuestro control —digo, con la esperanza de que el nuevo Jonathan razonable también lo vea de esa manera.

Amjad hace una mueca.

—Igual no se ve bien, ¿no crees?

No. Pero hay algo más que me está perturbando.

—Espera un momento. Si esto es para la fiesta de Navidad, ¿cómo lo vais a llevar a Londres?

Tiff se encoge de hombros de una manera que inspira menos confianza que la que ella tiene en sí misma.

—Ya se nos ocurrirá algo.

—¿Qué?

—Algo.

Cuando se trata de planes, no es uno en el que pueda confiar demasiado.

—¿Podéis al menos conseguir una camioneta?

Hay algo sobre el entusiasmo con el que Tiff dice «claro» que me hace sospechar que me estoy perdiendo algo.

—Espera —digo—, ¿cuántos años debes tener para poder alquilar una camioneta?

—Veintitrés —dice Amjad, y, por primera vez, estoy agradecido de que un día se sentó y se

memorizó literalmente todos los hechos.

—Aparento veintitrés —me asegura Tiff.

Claire le da una palmada suave en el hombro.

—Tiffany, cariño, ten cuidado de a quién le dices eso.

—Y no puedes —agrego—. No voy a dejar que engañes a una compañía de alquiler de furgonetas con dinero del trabajo. Tendremos que usar la mía.

—¿La tuya? —Ahora Claire me mira de un modo sospechoso—. Nunca me dijiste que tenías una camioneta.

No lo hice. Y hay razones por las que no lo hice, pero no quiero entrar en ese jardín, así que intento cambiar de tema riéndome.

—¿Cómo me perdonaréis haberos ocultado ese terrible secreto? No veo que tengamos otra opción. Avisaré a Jonathan de que no volveré con él mañana y me quedaré aquí, y os llevaré a Londres con… —sacudo las manos hacia la decoración— todo *esto*, y desde allí podemos ver qué hacer.

Nadie parece convencido con este plan y Claire parece haberse quedado colgada de la traición de nunca-dijiste-que-tenías-una-camioneta, pero no proponen más ideas.

—Bueno —junto las manos en un esfuerzo perdido por parecer decisivo—, voy a buscar a Jonathan. Alguien probablemente deba acompañarme, así no tengo que explicar por qué de repente me sé manejar por ahí y evitaremos que entre aquí por todos los medios necesarios.

—Ah —dice Claire con un nuevo entusiasmo—, volvemos a la operación de matarlo con la tapa de un retrete.

—No —digo firmemente. Si bien me gusta pensar que Claire no mataría a alguien tan rápido, la conozco lo suficiente como para no descartarlo—. Pero todavía hay una situación de caca en curso, y lo bueno de las emergencias de higiene es que a veces tardan un tiempo en resolverse, así que eso podría llevarnos al cierre.

—No hay caca que por bien no venga —dice Tiff, siempre en contacto con su filósofa interna.

Amjad sacude la cabeza.

—Si haces caca muy seguido, tienes que ver a un médico.

Dejando a los miembros más jóvenes de la plantilla discutiendo los matices más finos de un retrete tan lleno de mierda que yo era demasiado viejo y demasiado arraigado a mis costumbres como para siquiera considerarlo, llevo a Claire para interceptar a Jonathan.

Lo cierto es que el nuevo y entusiasta Chris e, incluso, tengo que admitir, Brian, controlaron la situación de una manera muy efectiva. Rodearon el área sucia con una cinta y agregaron algunos letreros amarillos de «limpieza en curso», para que los clientes se dirigieran sin problemas hacia otros módulos menos cagados que tal vez desearían comprar, y los aromatizadores fueron estratégicamente activados.

Brian retomó la limpieza con la misma leve ausencia con la que se lo toma todo. Y si bien eso limita su capacidad de vendedor, ahora que lo pienso, lo vuelve un excelente jugador en equipo. No hay muchos tipos que estarían dispuestos a ponerse de rodillas y frotar mierda con tanta calma como Brian. Aunque tampoco me hace sentir una sensación cálida de afecto, en todo caso me da una sensación cálida de quizás-podría-haber-usado-mejor-las-habilidades-de-este-tipo. Quizás si hubiera estado menos dispuesto a dejar pasar cosas de «solo es Brian siendo Brian», no estaríamos en este lío ahora.

Jonathan está lidiando con la clienta cuyo hijo hizo el asunto en cuestión.

—Lo único que digo —está diciendo ella— es que debería haber un letrero.

Se lo está tomando de manera profesional, pero después de haber vivido con él puedo ver que no lo está llevando muy bien.

—¿Un letrero que diga «no se cague en estos inodoros»?

—Hay uno en las camas —comenta ella.

—Hay un letrero que le pide a la gente que no se *acueste* en las camas —intenta con todas sus fuerzas mantener su tono de voz civilizado—. No consideramos que fuera necesario poner un letrero que diga que no se puede, bueno… en las camas.

—Bueno, las camas y los retretes son diferentes, ¿verdad? —El cliente siempre tiene la razón es una regla que está escrita sobre piedra en el mundo de las ventas, pero esta clienta, en mi opinión, la está poniendo a prueba—. Solo tiene usted la culpa.

El niño, que desde donde estoy parece como si estuviera orgulloso de andar cagándose en cosas por ahí, le sonríe a Jonathan de un modo travieso.

Tengo la horrible sensación de que Jonathan siente la presión, y entonces intervengo, intentando no recordar lo mal que salió eso la última vez.

—¿Todo bien? —pregunto, dejando que mi acento suene un poco más marcado.

—Le estaba diciendo al encargado que estas cosas *pasarán* si no tienen un letrero claro que diga que la gente debería mantenerse alejada de los retretes en exhibición.

Hay otra parte de la regla de que los clientes siempre tienen la razón que mucha gente suele olvidar. Es que siempre tienen la razón *incluso cuando se equivocan*. Entonces asiento y sonrío.

—No, tiene razón, es una buena observación. Déjeme decirle que sí hay un letrero ahí —lo señalo y claramente dice *Producto solo de exhibición*—, pero podría ser más grande —no podría —, y al final del día, así son los niños, ¿verdad?

El niño en cuestión me mira.

—Llevas una bufanda estúpida.

—Gracias, era de mi madre.

—¿Por qué llevas la bufanda de una niña? —pregunta el mocoso detestable que, desafortunadamente, siempre tiene la razón.

—Me mantiene el cuello calentito —digo. Luego miro a su madre—. Entonces, ¿qué estaba buscando y cómo podemos ayudarla?

Resulta que, de hecho, está buscando un nuevo juego de muebles para el baño, aunque este ahora tiene connotaciones negativas para ella. Entonces se la dejo al nuevo y entusiasta Chris, que me resulta la clase de persona con menos probabilidad de dejar que algo tan pequeño como un poco de excremento humano se interponga entre él y una venta.

Cuando ella y su hijo del demonio se van, Jonathan me mira de un modo casi agradecido.

—Lo llevaste muy bien —dice. Luego agrega—: ¿Cómo sabías lo del letrero?

Mierda.

—Siento que empiezo a recordar algunas cosas, ya sabes, de estar aquí. Además, *es* bastante grande de hecho.

Para mi alivio, es una explicación suficiente.

—Cierto —dice—. Si eso ya está resuelto, creo que debería hablar con el resto del equipo. ¿Puedes juntar a todos en la sala del personal?

—No —contesto demasiado rápido y demasiado insistente—. Quiero decir, no tiene sentido meterles prisa, ¿verdad? Y no queremos alejar a la gente de los clientes mientras están ocupados. —Y *estamos* ocupados, lo cual ayuda.

—Además —dice Brian—, están todas las cajas de los adornos ahí.

Por suerte, Claire interviene para salvarme.

—Ah, sí, cuando se confundieron con la entrega y después nos trajeron dos juntas y tuvimos que meter la mitad de eso en la sala porque no había lugar en el almacén.

—Espero que no nos hayan cobrado el doble —dice Jonathan, prácticamente en modo llamar-primero-a-su-abogada.

—No —dice Claire, mucho más rápido de lo que yo lo habría hecho—. Fue error suyo y, si quieren, pueden quedársela. Solo que tienen que coordinar la devolución.

—Pero… —empieza a decir Brian, pero un par de miradas fulminantes de Claire y de mí lo acallan.

—¿Qué tal si —dice Claire, agarrando a Jonathan del brazo de un modo despreocupado— hacemos otro recorrido por la tienda y te muestro el trabajo que hizo nuestro equipo con las decoraciones? Y si hay algo que quieras hablar, puedes contármelo y yo se lo comentaré a los demás cuando todo esté menos caótico.

Sorprendentemente, Jonathan acepta, aunque no haya sido idea suya. Y yo me empiezo a sentir un poco cansado con todo lo del viaje y el constante pánico discreto, entonces le pido a Brian que me lleve a la sala del personal, donde me siento junto a una caja llena de ramitas de acebo atadas con pequeñas cintas rojas. Tiff y Amjad volvieron al trabajo, así que solo estamos nosotros dos y me prepara un té mientras espero.

—Bueno, debo decir —me dice— que estoy muy confundido sobre quién es quién y dónde está ahora.

—Está bien, Brian —le aseguro—. Creo que todo está encajando. Claire parece saber lo que está haciendo.

—Ah, sí. —Asiente como un perro de plástico en el salpicadero de un coche—. Hizo un gran trabajo mientras tú no estabas aquí. Mejor que nunca, la verdad. —Parece un poco avergonzado —. No es que tú fueras malo. Es solo que, bueno, ella también es buena. De una manera diferente. También creo que los demás le tienen más miedo a ella que a ti.

Sin estar muy seguro de cómo tomarme eso, decido ignorarlo.

—No creo que quiera que la gente me tenga miedo.

—Bueno, eso es algo bueno. —Parece sabio—. Porque no queremos. Lo que quiero decir es que no deberías preocuparte mucho si necesitas tomarte más tiempo porque a Claire le está yendo bien.

—Ah —digo. Luego repito—. Bien.

—Tuvo una idea genial en la que yo no debería llevar café por la planta de ventas.

—Yo tuve esa idea —protesto—. Y ni siquiera es una idea. Es algo obvio.

Brian resopla como si fuera él quien está decepcionado.

—No recuerdo que lo hayas mencionado.

—Estoy bastante seguro de que sí.

—No pareció tan importante. En todo caso —y agrega con entusiasmo—, solo me pareció que te gustaría saber que estamos en buenas manos.

Y claro que me gusta saberlo. Aunque también me hace sentir un poco superfluo. No es que ser el encargado de una supertienda de camas y baños fuera mi sueño de toda la vida o mi única vocación o algo por el estilo, y… Quiero decir… no es que quisiera ser *esencial*. Como si quisiera regresar y que todos dijeran «ah, Sam, nos alegra tanto que estés aquí, todo se desmoronó sin ti». Pero esto es como si me hubieran reemplazado. Peor, es como si me hubieran reemplazado y todos estuvieran mejor. Y eso es un trago amargo.

Porque el asunto es que (y mientras estoy sentado bebiendo mi té, estoy pensando en esto, aunque no quiero pensarlo demasiado) el tema con el equipo, con la sucursal, era que yo era parte de algo. Y el hecho de que siguiera sin mí quiere decir que no era tan parte de eso. O peor, que nunca lo fui, no como creía. Y eso… bueno, al final del día, no deja de ser un trabajo. Es más grande que uno mismo y está bien cuando estás ahí. Pero cada contacto que haces está basado en dinero y conveniencia. No es un sustituto para…

Para nada.



CAPÍTULO VEINTISIETE

Después de recorrer el lugar, Jonathan lleva un rato largo con Claire, lo que me pone nervioso. Aunque no tanto como cuando recibo los tres mensajes cuarenta y cinco minutos más tarde que solo dicen:

Ya sale.

Sigue queriendo recortes.

Brian está jodido.

Como todavía no podemos dejar que Jonathan vea que la sala del personal está llena de las mismas decoraciones que adornarán el sótano en Shoreditch dentro de tres días, salgo con Brian para recibirlo y nos encontramos en medio del sector de las toallas.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Eso creo —dice Jonathan, mirándome de un modo más indescifrable que de costumbre. Y si bien no quiero hacerlo, empiezo a llenar los espacios.

Porque sé que acaba de estar con Claire hablando sobre despedir gente. Y no sabe que lo sé. Y *tampoco* sabe que sé que tuvo la misma conversación conmigo cuando fui a verlo y que fue lo que llevó a que se me cayera una mampara encima y empezara todo el asunto de la amnesia.

Así que ahora me siento culpable y enfadado a la vez. Culpable porque no me parece bien que haya estado fingiendo tener una condición médica seria para hacer que Jonathan reconsidere sus planes. Y enfadado porque aparentemente no funcionó una mierda. Estuve haciendo mi mejor esfuerzo para que me viera como un ser humano y que no tengo más que buenas intenciones, y aun así sigue siendo la misma mierda inflexible avara que era hace tres semanas. Pero lo peor es que creí que había cambiado. Pero quizás solo ha cambiado cerca de mí.

—Ah —digo, tragando saliva porque no puedo dejar que se note ni una sola palabra de esto—, bueno, entonces, ¿nos vamos?

Jonathan asiente levemente con cierta tristeza, como un niño cuyos padres lo estuvieran haciendo irse de Disney World antes de que se subiera por segunda vez a Space Mountain. No es que los encantos únicos de la sucursal de Sheffield lo hubieran cautivado. Es solo que él, ya sabes, es un adicto a la microadministración, y lo que pasa con mi equipo es que, para bien o para mal, necesita varias cosas.

Subimos al coche y vamos al centro de Sheffield al hostal Premier Inn y, si su versión de modo trabajo no me alertó de que esto no era «La salida romántica de Jonathan y Sam», entonces la elección de lugar sí. En parte porque reservó habitaciones separadas, ya que generalmente nunca llevarías a alguien a Premier Inn si no estuvieras intentando ligar con esa persona.

Dejo mi bolso y me siento a los pies de la cama sobre una cosa morada a rayas que la central de Premier Inn aparentemente decretó que debe estar en cada cama de la cadena. Después de un minuto o dos de quedarme sentado pensando sin que me lleve a ningún lado, me desplomo hacia atrás y me quedo mirando el techo intentando ordenar mis pensamientos, emociones e instintos completamente enmarañados.

No me lo estuve imaginando, ¿verdad? Jonathan realmente había empezado a *desjonathizarse*, o sea, volviéndose menos un pedazo de mierda. Saco mi teléfono y miro los mensajes de Claire otra vez.

Mierda, respondo. Luego, No ha funcionado, ¿verdad?

Compartimentación, ese fue el problema. Claramente desde la perspectiva de Jonathan la pregunta de qué hacer con la sucursal de Sheffield y la pregunta de si debería dejar de tratar a su familia como un trabajo molesto de administración eran dos cosas completamente diferentes.

¿Al menos parecía estar en conflicto…?, pregunto y aparecen tres puntos, lo que sugiere que Claire está escribiendo.

¿Cómo se comporta cuando está en un conflicto?, pregunta.

Lo gracioso es que probablemente podría contestar esa pregunta. He estado observando mucho a Jonathan Forest últimamente y, si bien parece estoico en la superficie, de hecho tiene un rostro bastante expresivo. Está en conflicto cuando sus ojos y sus labios no coinciden, cuando pone ese ceño fruncido cuando está pensando, aunque sea algo sobre lo que finge no pensar.

¿Cómo voy a saberlo?, escribo.

Y enseguida me entra un mensaje.

Estoy abajo, ¿quieres ir a comer algo?, pero no es Claire, es Jonathan.

Me siento tentado a decirle que estoy muy cansado. Es temprano, pero hemos tenido un viaje largo y mucho trabajo, y todavía creo que siento los efectos de la conmoción, así que tendría

sentido. Solo que es un poco como una excusa.

Fue simpático. Esta vez es Claire. Solo que no tan simpático como para considerar retener a Brian.

Siendo honesto, escribo, empiezo a pensar que tiene un punto. Luego escribo a Jonathan, Dame un minuto.

Digo que Brian solo causa pérdidas desde hace meses y No hay prisa, entonces escribo un Lo sé, lo siento y un ¿Tienes algún lugar en mente?

Lo que significa que los dos mensajes que recibo esa son Es tonto, pero hay un lugar al que suelo ir y Si pierdo mi trabajo porque me hiciste pelear por el peor vendedor de toda Inglaterra…

Pienso en responderle a Claire. Diciéndole «lo resolveré, te lo prometo».

Pero no sé cómo, ni qué puedo hacer, a menos que lo asesine golpeándolo con una tapa de retrete en la cabeza. Intentando no imaginar las muchas maneras en las que podría asesinar a Jonathan Forest comiendo un pollo con patatas en un restaurante de Sheffield, voy hacia la recepción para encontrarme con él. Él… no está cambiado, dudo que incluso se haya peinado, pero lo veo diferente de algún modo. Más familiar. El Jonathan frío de tu-trabajo-pende-de-un-hilo con el que Claire estaba hablando hace veinte minutos ha desaparecido por completo y ahora estoy junto a la mesa de entrada del Premier Inn con el Jonathan que veía *Auf Wiedersehen, Pet* con su padre.

—¿Tonto cómo? —le pregunto.

—¿Qué? —parece confundido.

—En el mensaje dijiste que querías ir a un lugar tonto.

Mira al suelo y luego nuevamente a mí.

—Me refería a que es tonto ir ahí, no que es… No vamos a ir a un restaurante de payasos.

—Ah, buu… —exclamo decepcionado—. Tenía ganas de ir a un restaurante de payasos. Podríamos haber pedido pasteles de crema para el postre y todo eso.

Hace movimientos de «vamos» con la cabeza, quizás porque no quiere seguirme hacia la madriguera del conejo con una cena con temática de payasos y quizás porque quiere, pero no frente a una recepcionista aburrida de una cadena de hoteles cualquiera. Mientras nos vamos, apoya una de sus manos muy naturalmente sobre mi espalda, y luego la aparta rápido. Y, mientras caminamos por la calle, con un espacio de veinticinco centímetros cuidadosamente calculado, se me ocurre que el esfuerzo de Jonathan por dejar que las cosas parezcan íntimas no está teniendo el efecto deseado. Aunque si una tarde en una supertienda de baños y camas seguida de una estancia en un Premier Inn no puede matar el espíritu, probablemente tenemos problemas serios.

Tengo, si soy sincero sentimientos ambivalentes sobre Sheffield. El lado bueno es que no es Londres, pero es una ventaja que comparte con cualquier otra ciudad del mundo. Y, de hecho,

puede que Croydon haya empezado a gustarme. Extrañamente, hice buenos recuerdos ahí, lo que, dado que los creé fingiendo tener amnesia, es bastante irónico. Pero me gusta que Sheffield esté más al norte, con sus edificios de ladrillos rojos y todo un poco más espaciado en lugar de estar apretujado como anguilas en una cubeta. Pero si vamos a lo esencial, es solo un lugar, ¿verdad?

Nos dirigimos hacia Ecclesall Road, pasamos por un Kwik Fit y un lavadero de coches hasta que llegamos a la zona de los restaurantes. Tengo que decir que me da mucha curiosidad saber a dónde me está llevando porque pasamos dos gastropubs y un lugar de comida india. Luego llegamos a la esquina y se detiene en la puerta de Uncle Sams Diner: un lugar pequeño con una fachada blanca y, siempre señal de un lugar de calidad, su menú en un marco de cristal en la pared de afuera.

Abro la boca para hacer una observación divertida cuando Jonathan levanta un dedo y me interrumpe.

—No empieces —dice avergonzado sin mucha inflexión en su voz—. Solía venir aquí con mi familia cuando era niño. Y me gustan sus hamburguesas.

Ah, mierda. No sé qué es peor. Que se ponga sentimental o que finja que no lo es. Y por peor me refiero a… adorable.

—¿Preparan batidos? —pregunto.

—Por supuesto que preparan malditos batidos. Es un lugar yanqui.

Entra, todavía no muy a gusto con rememorar su infancia con un *scouse* amnésico que debería haber despedido hace tres semanas. Resulta que hizo una reserva, siendo Jonathan, nunca dejaría nada a la suerte si puede hacer una reserva de antemano, y un tipo con una camiseta con el nombre del lugar nos lleva a nuestra mesa. Se siente como si fuera la clase de lugar que debería tener cubículos, pero no los tiene. Solo sillas de madera en mesas de madera con un menú en medio en un soporte de metal.

—Está aquí desde los setenta —explica Jonathan.

No puedo tenerlo así toda la tarde, así que paso una mano sobre la mesa como si estuviera esperando que me coja de la mano, aunque obviamente no lo hace.

—Está bien —le digo—. No tienes que seguir disculpándote. Es agradable que quisieras venir aquí.

—Es tonto —repite—. Hay un restaurante en el hotel. Podríamos haber ido ahí.

—Sí, podríamos. Pero nos habríamos perdido la… —reviso el menú en busca de algo que suene agradable— hamburguesa especial con salsa de queso blanco, beicon y ensalada.

—Bromeas, pero es muy buena.

—No bromeo. Probablemente pida eso a menos que me recomiendes otra cosa.

Sacude la cabeza.

—No, no, es una buena elección. ¿Quieres una entrada?

—¿Quieres que compartamos algo?

Tiene esa arruga de confusión mientras intenta descifrar si esto nos llevará por un camino oscuro. Algo así como si empezáramos con un combo de alitas y bastones de mozzarella y termináramos la noche teniendo sexo en un callejón detrás de Londis. Luego se tranquiliza.

—¿Qué te parecen unos nachos?

—Por mí está bien.

—¿No te molesta la comida extranjera?

Probablemente es lo más raro que podría haberme preguntado.

—No. Y además, son solo unos nachos. Y este lugar también es yanqui, así que técnicamente todo es extranjero.

Jonathan sacude la cabeza como si intentara sacarse una telaraña.

—Lo siento, es un chiste interno. Cuando solíamos venir aquí con mi abuelo John, siempre se negaba a pedir nachos porque eran demasiado extranjeros. Sentía lo mismo con la pizza.

—¿Porque las hamburguesas son inherentemente británicas?

—En su defensa, casi siempre se pedía un bistec. Pero en todo caso, no puede aclararlo porque, bueno, está muerto.

—Lo siento.

Por un momento, Jonathan mira sus cubiertos.

—Pasó hace mucho tiempo. Apenas lo recuerdo, para ser sincero.

—No deja de ser triste.

Asiente.

—Un poco.

—Entonces, ¿Pauline está sola desde entonces?

Solo intento sacarle conversación, pero me preocupa terminar en un lugar demasiado personal, porque Jonathan empieza a ponerse tímido e introspectivo.

—Intenté hacer que fuera a Londres, pero no quiere. Y la residencia es lo mejor que pude encontrar.

—Estoy seguro de que hiciste lo mejor para ella —digo, en parte para consolarlo y en parte porque estoy seguro de que es lo que hizo.

Siento el ambiente como si las cosas estuvieran a punto de volverse incómodas, pero nos salva el camarero. Es algo bastante sencillo, nachos para compartir, una hamburguesa para cada uno, un batido de fresas para mí y, después de un momento de duda, un batido de vainilla para Jonathan.

—¿Un batido de vainilla? —pregunto, cuando el camarero se va.

Jonathan frunce el ceño de una manera que aprendí a reconocer como un enojo divertido.

—¿Qué tienen de malo los batidos de vainilla?

—Podrías haber pedido otro sabor.

—Sí, pero no tengo seis años.

Río.

—Te has pedido un batido. La sofisticación prácticamente no existe.

—Me gusta la vainilla —dice Jonathan a la defensiva—. Es un batido en su… *batidez*.

—¿Qué demonios significa eso?

—No lo sé. Pero lo defiendo a muerte.

Todavía no me doy cuenta cuando Jonathan intenta ser gracioso. Más bien, creo que él tampoco lo sabe. Entonces le sonrío de todos modos porque, incluso cuando no lo está intentando, me hace feliz. Feliz de una manera que soy muy consciente de que no puede durar, pero me gusta de todos modos.

—¿Qué? —pregunta Jonathan, exigente.

—Nada —le digo. Y no es realmente nada. Es una mezcla compleja de cosas a las que no puedo ponerles nombre. Porque, al final del día, sigue planeando despedir a Brian. Lo que hace que sea un poco difícil estar sentado aquí disfrutando de las burlas sobre un batido. Aunque eso es exactamente lo que estoy haciendo.

Y quizás Jonathan tiene su propia mezcla de cosas porque este silencio invade toda la mesa. Finalmente, dice:

—No puedo creer que hayas vivido en Sheffield dos años y que nunca hubieses venido aquí.

Pienso en haber dicho que quizás sí, pero no lo recuerdo. El problema es que cada vez es peor mentirle, incluso sobre cosas que no importan. Aunque la verdad no es mucho mejor.

—No suelo comer mucho fuera —digo.

Parece considerarlo durante tiempo del necesario.

—¿Porque es caro? ¿O por algo de salud?

Está en plan misterioso, incluso para él.

—Simplemente quiero que se hunda la industria gastronómica por puro odio.

—Sam, ya sé que no soy bueno sacando conversación, pero lo estoy intentando genuinamente.

—¿Intentando qué? Solo vamos a comer. —Mierda, creo que le estoy mintiendo otra vez. Pero, en mi defensa, también me estoy mintiendo a mí mismo—. No es diferente a la vez que pedimos la pizza de carne de wagyu.

Y, una vez más, se queda en silencio.

—Aunque sí, ¿no?

—No tiene que serlo —intento transmitirle confianza—. Y si te preocupa que haya, ya sabes, una dinámica… —señalo las paredes rojas y el salón lleno de cosas sheffieldianas metidas en platos de churrascos y patatas—, entonces, no te lo tomes mal, pero es el lugar menos romántico

al que podrías haber llevado a un tipo.

—Bueno, en caso de que no lo hayas notado, no soy una persona muy romántica.

Ahora *él* es el que está mintiendo. No es la clase de tipo que regala rosas rojas y enciende velas, pero yo tampoco. Y lo que sí es él es alguien que te deja usar su cuarto cuando su familia te saca del tuyo, que te compra un conejillo de indias a sobreprecio para colgar en un árbol de Navidad, que te lleva a un restaurante que le recuerda a su infancia y te besa como si fueras la única persona del mundo.

—No sé, tienes tus momentos.

Se sonroja un poco al escuchar eso y me preocupa haber tomado la calle Coqueteo por accidente.

—La verdad es que no. La última vez que tuve una cita, saltamos en paracaídas y lo odio.

Vale, esto dice mucho.

—¿Qué? —Llegan nuestros nachos, una montaña gigante, con queso que se derrama por todos lados como un volcán, pero no dejo que me distraigan de lo que sea que Jonathan acaba de decir —. No, en serio, ¿qué?

Se lleva una mano a la frente.

—Era más joven que yo y yo quería parecer guay.

—¿Sabes —lo miro fijamente, un poco encandilado— cuando una respuesta solo te hace tener más preguntas?

—Ya te lo he dicho, no soy bueno para el romance.

—¿Y creíste que lanzar a un tipo de un avión haría que le gustaras?

Jonathan saca un nacho de la montaña con una precisión quirúrgica, aunque, honestamente, creo que está haciendo tiempo.

—Creí que habría menos oportunidades para cagarla si teníamos algo que hacer y no había nada bueno en el cine esa semana.

Intento no reírme, pero no lo logro. Y tampoco lo estoy intentando.

—¿Quién era ese pobre tipo? ¿Y era muy joven?

—Se llamaba Coby Nightingale. Juega para Croydon FC.

—¿Llevaste a un jugador de fútbol profesional a saltar en paracaídas?

—Supuse que le gustaba la actividad física.

—Jonathan, la actividad física que haces en las citas se llama sexo.

Cojo un nacho que resulta estar pegado a otro nacho que también está pegado a otro nacho y así sucesivamente hasta que Jonathan me ayuda a separarlos.

—Pero bien por ti, por hacerlo con un futbolista.

—Bueno, como quedó claro, no hicimos nada. Intenté llevarlo a hacer paracaidismo, resultó que tenía un enorme miedo a las alturas y vomitó en el coche camino a casa.

Llego al punto en el que no sé si estoy intentando calmarlo o burlándome de él.

—Vale, pero al menos lo invitaste a salir. Técnicamente, por un breve momento, saliste con un famoso.

—Mi abuelo Del estaba contentísimo. Es fan desde los setenta.

Me viene un pensamiento.

—¿Cómo os conocisteis? Sin ofender, pero no creo que tú y los futbolistas os mováis por los mismos círculos.

—Estaba negociando un acuerdo de patrocinio. Nos cruzamos en un par de almuerzos, se burló de mí por llevar una bufanda de Sheffield Wednesday, pero me invitó a salir de todas formas.

Casi siento lástima por él. Tan cerca y tan lejos a la vez.

—¿Y lo primero que se te ocurrió fue «apuesto a que este hombre quiere estar agarrado a un tipo que no soy yo y tirarse del cielo atado a una sábana»?

—Básicamente, sí.

El camarero nos trae nuestros batidos. Y son batidos bien hechos, vienen con un vaso de cristal con curvas y dos pajitas, incluso aunque no lo compartas. Le estoy dando un sorbo cuando se me ocurre otro pensamiento.

—Espera un segundo, ¿eso significa que tú también saltaste del avión?

—Con un profesional.

Lo miro fijamente.

—¿No te dio miedo?

Me mira.

—Dadas las circunstancias en las que estaba para saltar de un avión, ¿crees que el miedo era la principal emoción que sentía?

—¿De verdad estás diciendo que te molesta más tener una cita mala que estar acercándote al suelo a cientos de kilómetros por hora?

—Bueno, la cita mala fue culpa mía y no venía con paracaídas.

Es como si esto todavía lo acechara.

—No te preocupes —digo—. Es un problema que tiene solución. La próxima vez que tengas una primera cita, no lo lleves a tirarse en paracaídas.

—Ya me di cuenta.

Nos pasamos los siguientes minutos moviendo los nachos de un lado a otro. Son una buena opción para la ocasión muy inusual en que dos personas que abiertamente se gustan están comiendo juntas pero tienen que fingir que no se gustan. No da vergüenza comerlos porque no montas un desastre y solo requieren la cooperación justa para interactuar, pero no tanta como para que el asunto se vuelva sexy.

Finalmente, Jonathan levanta la vista de un plato de crema ácida y tortillas.

—Supongo que nunca has tenido una mala cita en toda tu vida.

—Jonathan, todo el mundo ha tenido una mala cita. Debo admitir que el combo del futbolista profesional que vomita después de tirarse en paracaídas pone el listón muy alto, pero yo también he tenido mi cuota de situaciones de mierda.

—¿Como cuáles? —Suena tan escéptico que es casi halagador.

Y, vergonzosamente, tengo que pensarlo un momento. No es que yo sea increíble ni nada. Es solo que normalmente hay algo bueno incluso en una mala cita. Bueno, a menos que seas Jonathan, aparentemente.

—Llevé a un tipo a ver *Dioses de Egipto*.

—¿Y?

—Y no le gustó mucho. Tampoco le gustó que a mí… —no estoy seguro cómo decir esto— no me molestara que fuera una película mala. Él no dejaba de decir que los diálogos eran horribles, que la trama no tenía sentido y que el Antiguo Egipto no era así. Y yo estaba más en plan «sí, pero pudiste ver al tipo de *Juego de tronos* con el torso desnudo, ¿qué más quieres?».

—¿Sinceramente? —dice Jonathan—. Ya veo por qué le molestó.

—No, claro que no. Si no te gusta una película, solo dices «no fue muy buena» y si yo digo «no sé, pudiste ver al de *Juego de tronos* con el torso desnudo», tú dirías «es verdad». No lo tomarías como un insulto personal y pasarías el resto de la noche intentando convencerme de que estaba equivocado mientras se suponía que estaríamos comiendo unas patatas.

—Sí, bueno… —me lanza una de sus miradas intensas que podría ser juguetona—, aprendí que intentar convencerte de que estás equivocado es algo completamente inútil.

Recuerdo lo que pasó hoy en la tienda.

—No más de lo que cuesta convencerte a ti.

—¿Por qué? ¿De qué intentas convencerme esta vez?

Ah, Dios. No puedo decir «no despidas a Brian». En parte porque no se supone que sepa que va a despedir a Brian, pero principalmente porque ahora está en la calle Coqueteo y, si bien no debería, no quiero mostrarle completamente cómo salir de ahí. Sin embargo, encuentro otra manera de alejarlo.

—Esa vainilla es un desperdicio de batido.

Desafortunadamente, la calle Coqueteo es mucho más larga y retorcida de lo que recordaba. Jonathan desliza su bebida hacia mí.

—Pruébalo.

Probablemente debería decirle que no. Pero no estar dispuesto a aceptar su batido sería como pasar de la calle Coqueteo al bulevar de los Cretinos. Entonces me inclino hacia delante y pongo mis labios sobre la pajita, tratando de que no parezca que estoy haciendo una felación, lo cual es

fácil en cierto modo porque las pajitas son mucho más delgadas que los penes, aunque también hay algo inherentemente sugestivo en succionar cosas delante de alguien que te gusta.

—Vale —digo—. Está bien. Pero solo sabe a batido.

Jonathan frunce el ceño, sintiéndose claramente protector de su experiencia de batido de vainilla.

—¿A qué esperabas que supiese? ¿Oro líquido y lágrimas de ángeles?

—Por cómo lo estabas bebiendo, sí.

—Bueno, discúlpame si mi batido sabe a batido y no a… —Hace un gesto desdeñoso con un nacho—. Rojo genérico.

—Pero el rojo es el mejor sabor. Todos saben que el rojo es el mejor sabor.

—No —insiste Jonathan—. Es solo publicidad de Big Red.

—¿En serio me estás diciendo que no crees que los M&M's rojos no son los mejores M&M's?

—Los M&M's de cacahuete son los mejores M&M's.

—Vale, pero dentro de una bolsa de M&M's de cacahuete.

—Todos tienen el mismo sabor porque el hecho de que sean de cacahuete es lo que importa, no el color.

—Tú —digo, riendo— no tienes alma.

Ahora Jonathan me mira otra vez con su expresión mitad confundida, mitad dolida.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada —dice—. Es solo que… siempre me sorprende cuando te ríes.

Lo que, en cuanto a comentarios, me deja sustancialmente más que medio confundido.

—¿Por qué? Soy una persona alegre. Además, la mayoría de las personas no necesitan tres semanas y un pollo deshonrado para esbozar una sonrisa.

El recuerdo de hacerle cosas innombrables a un ave muerta despierta una jovialidad inapropiada en la cara de Jonathan, pero enseguida se vuelve triste otra vez.

—Me refería a que me sorprende verte reír cuando estás conmigo.

—Jonathan —hablo con un tono bastante firme—, ¿puedes dejar de hacer esto? No eres un monstruo en un cuento de hadas. Eres una persona. Puedes ser divertido, la gente de hecho se ríe de las cosas que dices y no solo en un sentido negativo.

Ya casi nos hemos terminado los nachos y Jonathan los está picoteando sin mucho entusiasmo.

—Antes de que perdieras la memoria —me dice y suena tan vacilante que desearía poder decirle que no la perdí—, tú y Claire solíais llamarme Su Cretina Majestad.

Hago mi mejor esfuerzo para que parezca información nueva.

—Eres el jefe —digo—. Todos creen que su jefe es un cretino.

—También me dijiste que era un cretino contigo en general, después del accidente.

—Y lo eras. Pero dejaste de serlo. Y no tienes que ser —sacudo las manos en pequeños círculos que se supone que tienen que expresar todo lo que las otras personas piensan de Jonathan Forest y todo lo que él piensa de sí mismo— quien eres en el trabajo o quien la gente pensaba que eras en la universidad o lo opuesto a tu padre todo el tiempo. Simplemente, puedes ser tú. Ya sabes, el *tú* que eres cuando estás conmigo.

El camarero llega con nuestras hamburguesas y las deja en la mesa con un sonido audible. Jonathan mira su plato, pero no lo toca. Ni siquiera coge el cuchillo y el tenedor de la servilleta en la que están envueltos.

—Pero no puedo, ¿verdad, Sam? Por… Por todo. Porque estás herido. Porque soy tu jefe. Por… por un millón de otras cosas.

—Vale, pero… —Tiene razón sobre el tema de que es el jefe y, si no hubiera estado mintiendo, habría tenido razón sobre lo de estar herido. Pero no sobre el resto.

»Todavía puedes ser esa otra persona. Puedes tener lo que la otra persona puede tener.

Parece enfadado ahora.

—No quiero.

—Claro que sí. Vi que sí.

Y ahora es menos enfado y más… No tengo palabras para lo que es. Me mira como si fuese a covertirse en piedra si se detuviera, como una especie de medusa a la inversa.

—No lo quiero si no puedo tenerlo contigo.

Ah.

Debería decirle que está siendo tonto. Que puede encontrar a otra persona y, siempre y cuando no la haga tirarse en paracaídas, funcionará. Pero no estoy seguro de que quiera que tenga esto con alguien más. Para empezar, yo soy quien hizo todo el esfuerzo.

—Jonathan —intento, pero no sé cómo seguir.

Empuja su plato y se levanta.

—Solo… Lo que sea que vayas a decir, preferiría que tú… —Saca la cartera de su bolsillo. Quizás sea un vestigio de sus días de inversor, pero tiene una buena cantidad de dinero en uno de esos clips que ya nadie usa—. Creo que prefiero que lo dejemos aquí.

Arroja suficiente dinero para pagar la comida y un poco más, y antes de que pueda descifrar qué decir o qué es lo que él creía que iba a decir y estaba tan determinado a que no lo hiciera, sale por la puerta. Dejándome con dos hamburguesas que alguien se ha tomado la molestia de cocinar y que sería extremadamente raro comer.

No puedo decidir qué es peor: quedarme abandonado en una mesa llena de comida que nadie ha tocado o quedarme sentado aquí solo comiendo una hamburguesa con patatas como si estuviera acostumbrado a que la gente me invite a comer, tiren dinero sobre la mesa y luego se vayan.

Cojo una patata y la aprieto entre los dedos para que quede hecha puré. Y tampoco tiene una respuesta para mí.



CAPÍTULO VEINTIOCHO

Nunca iba a ser un buen momento para que las cosas se desmoronaran entre Jonathan y yo, pero la ventaja de que ocurra en Sheffield es que al menos es fácil ir a casa después de eso. Y me refiero a casa. Al apartamento. Donde no tengo a mi maldito gato porque sigue en Londres con la familia del tipo que en parte me acaba de abandonar, y probablemente estén malcriándolo.

Alquilé este apartamento cuando acababa de llegar a Sheffield y necesitaba un lugar donde vivir. No fue el primer piso que vi, pero puede que haya sido el tercero. En ese momento, no estaba de humor para… bueno. Que me importara. Nada. En especial si tenía una vista pintoresca o un ambiente acogedor. Desafortunadamente, eso significa que volver aquí realmente apesta bastante.

Hay un leve aroma a cerrado que espero que haya aparecido desde que me fui, pero que, siendo un poco más realista, quizás siempre estuvo ahí. Sin estar muy seguro de qué hacer, limpio la nevera. Incluso ahí, mantengo las cosas bastante ordenadas, pero al estar tres semanas lejos de este lugar la leche se ha estropeado y el zumo de naranja se ve lamentable. Francamente, sé lo que se siente.

Cuando termino con eso, pierdo las ganas y me siento en el sofá. Técnicamente, nada ha cambiado. Todo lo que ha ocurrido es que mi breve ventana de ser un invitado extremadamente inesperado en la casa innecesariamente elegante de Jonathan Forest llegó a un final prematuro y vuelvo a ser un tipo triste que está a cargo de una sucursal pequeña de una cadena de supertiendas de camas y baños y vive en su propio apartamento sobre una carnicería. Al menos, vuelvo a ser eso hasta que Jonathan me despida por ser una mierda en el trabajo, lo que parece cada vez más probable que haga si lo que dijo Claire se termina cumpliendo.

Claro, si me despide, entonces significa que renuncia a su excusa de no salir conmigo. Quiero decir, sería incómodo porque estaría saliendo con un tipo que acaba de dejarme sin trabajo. Pero supongo que lo superaría. Porque estar sentado en mi apartamento desagradable sin un gato me recuerda todas las razones que tenía para estar aquí en primer lugar. Y resulta que no tengo ninguna. Solo estaba buscando pagar las cuentas y alejarme de Liverpool. Y, pensándolo, es literalmente lo que hice. Y a menos que haga algo por lo que realmente quiero, será lo único que haga.

A la mierda.

Cojo mi abrigo y llamo a un taxi. Luego espero al taxi, lo que le quita un poco el aire de impulso romántico de ve-a-buscarlo-ahora-porque-es-tu-última-oportunidad. Y también, es un largo viaje y está en un Premier Inn. Y aparecer en una cadena de hoteles de bajo coste exhausto después de correr desesperado no es una buena manera de ponerse en contacto con tu Sandra Bullock interna.

—Eh, amigo —dice el conductor cuando me subo—. ¿Vas a Premier Inn?

—Sí —le digo.

Empieza a sonar Heart Radio mientras se aleja de la acera.

—¿Olvidaste tu cepillo de dientes?

Ahora que lo menciona, sí.

—Algo así. También mi ropa. También a mi jefe. Que quiero que sea mi novio.

—Eeh —dice—. Debes tener cuidado con eso. Trae consecuencias bastante graves tener relaciones en el trabajo.

—Fue una preocupación. —Empiezo a sentir que este va a ser un viaje muy largo.

—Lo que debes hacer —me explica el conductor cuando llegamos a la rotonda y empezamos a avanzar hacia el sur por la A630— es hablarlo con el departamento de recursos humanos.

—De hecho, esperaba que me despidiera.

El conductor sacude la cabeza.

—Ah, no. Eso no es bueno. Le podrías enviar a juicio por despido improcedente.

—No voy a hacerlo, ¿no? Porque podría salir con él.

—Sí, pero él no puede confiar en eso.

Miro su nuca con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo sabes tanto sobre las leyes laborales?

—Fui representante del sindicato de la industria del acero.

—Mentira.

Parece confundido.

—Es raro que te sorprenda. Había mucho trabajo de eso aquí.

—No es eso, es que el padre de mi jefe también solía trabajar ahí. ¿Conoces a Les Forest?

—Mierda. —El taxista asiente—. ¿Qué anda haciendo estos días?

—Ahí anda, está en Londres ahora. Pero su hijo tiene una cadena de tiendas de camas y baños, ¿Sueños & Salpicones?

—No es un buen nombre —dice.

—Pero es una tienda decente. Y creo que Jonathan debe venir de la escuela «debe decir lo que hace» en cuanto a la nomenclatura corporativa.

—Es verdad. Fui a comprar una escobilla para el retrete el otro día.

Entonces durante los siguientes veinte minutos hablamos como dos personas que tienen una conexión bastante extraña entre sí. Y al final me da su número y me pide que se lo pase a Les. Lo cual, ahora que lo pienso, es algo particularmente extraño cuando voy a decirle al hijo de Les que quiero, o sea, estar con él y eso. Estoy seguro de que esto no le pasaría a Sandra Bullock.

Nadie me presta mucha atención cuando entro a la recepción y subo. Es bastante fácil encontrar la habitación de Jonathan porque está al lado de la mía. Llamo a la puerta y, un poco tarde, me pregunto si debería haberlo llamado primero. Tanto por educación como porque quizás ni siquiera esté aquí.

Pero está. Abre la puerta, con un aspecto (y tal vez estoy usando la palabra incorrecta) desaliñado. Lleva una camisa con dos botones desabrochados y parece que aprovechó bastante el té de cortesía, ya que tiene una taza en la mano. Su cabello está algo despeinado, la parte del mechón blanco colgando sobre un ojo.

—Dimito —le digo.

Tiene una no-reacción calculada.

—¿Qué?

—Con condiciones —aclaro—, dimito.

—¿Qué condiciones? —Suena un noventa y ocho por ciento sospechoso y un dos por ciento esperanzado.

—Hablé con Claire en la tienda —Es medio mentira. Y si bien deseo que mi vida no haya llegado al punto en el que mido las mentiras en fracciones, es donde estoy ahora y tengo que lidiar con eso—. Y dijo que querías hacer algunos recortes. Recortes grandes. Solo por lo que vi les está yendo bastante bien sin mí y ahí tienes tu ahorro. —Y, si soy sincero, Claire los tiene controlados de una manera que yo nunca podría. De la manera que yo nunca querría—. Si pones a Claire a cargo y no contratas a nadie más, entonces te ahorrarás un salario completo y no tendrás que despedir a nadie.

—Es muy noble por tu parte. —Su nivel de sospecha pasó quizás a noventa y tres, pero sigue siendo más de lo que me gustaría.

—No —digo—. Es solo… Es lo correcto. Para todos. Puedo conseguir otro trabajo, la tienda claramente está en buenas manos —mejores manos, en realidad—, y si no trabajo más para ti

entonces…

Ese *entonces* queda flotando entre nosotros como el conejillo de indias en un sombrero de Papá Noel.

—¿Entonces? —Ochenta y cuatro por ciento.

—¿Entonces podríamos intentarlo y hacerlo funcionar? —Trato de hacer que no suene como una pregunta, pero es lo que me sale de todos modos—. Si quieres. Pero si no, creo que dejarme ir es lo correcto. Consigues lo que quieres y no lastima a nadie que no haya estado faltando al trabajo desde hace casi un mes.

—Sam —dice Jonathan, frunciendo el ceño con bastante intensidad—, intentar sacrificarte por el equipo no es noble ni bonito. Es solo…

—No intento sacrificarme por el equipo —grito—. Estoy intentando sacrificarme por… No estoy intentando sacrificarme por nada. Yo solo… quiero estar contigo y no puedo si trabajo para ti.

—Pero… —Lo intenta otra vez.

Pero nada. No voy a dejar que empiece con los «pero», entonces empiezo yo.

—Y sin ofender, creo que serías mejor novio que jefe.

Frunce el ceño.

—Entonces quizás debería salir con toda la sucursal.

—Deberías salir *conmigo* —le digo con seriedad—. Porque tú quieres. Porque yo quiero. Porque ambos tenemos derecho a cosas agradables incluso si nos decimos a nosotros mismos que no.

—No es tan sen…

—Lo es, Jonathan. Es exactamente así de sencillo. A menos que vayas a decirme que eres en secreto un alienígena del planeta Idiota y tienes que volver para informar a tu gente, pero incluso entonces, diles que se vayan a la mierda. No es un buen planeta en primer lugar.

No tiene el ceño tan fruncido ahora. Casi se permite parecer divertido.

—¿Por qué mi mundo se llama planeta Idiota?

—No sé. Puede que te sorprenda, pero la mayoría de las veces que invito a salir a un tipo no me pide que invente universos de ciencia ficción de la nada.

—Básicamente me estás llamando Idiota.

—Sí, muestra lo bien que te conozco.

—Excepto que no me conoces. —Agarra su taza con más fuerza que nunca. Y recuerdo, una vez más, que estamos teniendo esta discusión emocionalmente tensa en el pasillo de un Premier Inn—. Tienes amnesia. Si tu… si recordaras lo que pensabas de mí, no estarías aquí.

Realmente desearía no haber empezado nunca todo esto de la amnesia. Aunque supongo que si no lo hubiera hecho, no habría pasado tres semanas con nadie.

—Jonathan, por si no lo has notado, estás rodeado de gente que se preocupa por ti y quiere pasar tiempo contigo, aunque sean bastante conscientes del cretino que puedes ser a veces.

—Son mi familia. Tienen que hacerlo.

Suspiro.

—No tienen que hacerlo. Eligen hacerlo. Así como yo lo elijo. —Honestamente, es cruzar una línea de lo romántico a lo humillante. Si hubiera anticipado que iba a ser así de terco, habría traído un PowerPoint—. Porque, Jonathan, no eres mi jefe. Ya no. Considerando que he dimitido. Y no voy a retractarme, ya sea que salgas conmigo o no.

Ni bien lo digo en voz alta, me doy cuenta de lo real que es. No es solo lo mejor para el equipo, es lo mejor para mí, con Jonathan Forest o sin Jonathan Forest. Me había convencido de que no importaba qué trabajo hiciera. Pero, mirando hacia atrás, creo que era solo un síntoma de… de… que las cosas no importaban en general desde hacía rato.

Sigo sin recibir nada de Jonathan, lo cual es el peor rechazo porque es como si ni siquiera pudiera molestarse en mandarme a la mierda. Viéndole el lado bueno, al menos tengo una buena historia de cita mala. No es tirarse en paracaídas y vomitar, pero tiene su toque especial de tenebroso, frío y tosco.

—Bueno —digo. Porque no hay nada más que pueda decir—. Entonces adiós.

Mis cosas siguen en mi habitación, que está a solo dos metros. Entre coger un taxi para venir aquí y luego ir al cuarto de al lado, parece una competición por ver qué es más patético: mi momento de persecución dramática o mi dramática huida.

En cualquier caso, no importa. Porque solo logro avanzar un metro antes de que Jonathan me agarre, me dé la vuelta y me bese.

No diría que está más tranquilo que la última vez. Sino un poco más pulido. Lo que, considerando cómo lleva a cabo su negocio, no me sorprende. No es otra cosa sino eficiente, así es Jonathan Forest. Aunque en esto al menos está dispuesto a seguir a otro. Claro, el problema con un Jonathan Forest que toma impulso es que es un Jonathan Forest bastante imparable. Porque una vez que descubre cómo hacer algo, lo hace sin detenerse y ahora me está besando como si me estuviera despedazando. En el buen sentido. En el sentido de no-sabía-cuánto-necesitaba-esto. En sentido de los gemidos sin aliento y las manos aferradas a su cabello porque sientes las piernas débiles.

Nos presionamos contra la puerta de mi habitación y estoy intentando deslizar la tarjeta con una mano sin mirar. Me siento un poco como un tipo heterosexual que intenta quitar un sujetador. Por su entusiasmo general, tengo la impresión de que Jonathan está bien con donde estamos, pero como la última vez lo único que teníamos era un sofá, me gustaría llevarlo a la cama. Además, probablemente estaríamos desplomando la puntuación en Tripadvisor para este inocente hotel: «no pude pasar con mi maleta porque dos tipos estaban teniendo sexo en la

puerta, una estrella».

Claro, el problema con estar distraído con la puerta que intentas abrir y sobre la que estás apoyado es que cuando la puerta se abre, te pilla con la guardia baja. La puerta cede hacia dentro y caigo de culo con Jonathan todavía pegado a mí. Hace un intento valiente por atraparme de un modo romántico, pero, si bien no es exactamente flacucho y yo no soy exactamente robusto, la gravedad no es algo a lo que podamos enfrentar. Terminamos en el suelo uno encima del otro y parece que caernos, como meterle una mano en el culo a un pollo, es precisamente la clase de humor sofisticado e intelectual que hace reír a Jonathan.

—¿De verdad te estás riendo? —pregunto una vez que recupero el aliento—. Te perseguí por todo Sheffield, renuncié a mi trabajo, puse mi corazón y terminé patas para arriba en un Premier Inn. ¿Y eso es lo que te parece divertido?

Jonathan se levanta con sus codos para no aplastarme tanto. Me esboza una sonrisa.

—En gran medida solo estoy feliz. Aunque también, como quedó establecido, soy un idiota.

—¿Estás feliz por hacerme caer de culo?

Se sonroja y parece sincero. Y me gusta, aunque no estoy acostumbrado.

—Solo estoy feliz de que estés aquí. De que estemos aquí.

—Bastardo blando.

—Te estabas quejando de que me burlé de tu desgracia.

—Sí —digo—. Soy un hombre complejo con muchas emociones.

Durante un rato, me mira y sigo notando la misma expresión blanda, por la que aparento no sentirme atraído, pero ya parece saberlo. Lo que me resulta un poco desconcertante.

—Eso eres, Sam Becker.

No estoy seguro de cómo responder a eso. Quizás solo es raro que Jonathan esté de acuerdo conmigo. Entonces lo vuelvo a poner encima de mí y seguimos besándonos. La última vez que hicimos esto habíamos dicho que no volvería a pasar, lo cual le daba un cierto sentido de urgencia. Y fue algo excitante en su momento, pero también distractor, como cuando vas a uno de esos bufets de «todo lo que puedas comer por cinco libras» y sientes que tienes que hacer valer tu dinero, lo que significa que no puedes detenerte a saborear nada.

Ahora, sin embargo, sí estamos saboreando. Incluso tiene cierta sensación de los dos como si no pudiéramos creer lo que está ocurriendo. Y es… Mierda, quizás yo mismo me estoy volviendo un blandengue porque no se me ocurre ninguna otra palabra salvo mágico. Es agradable, ya sabes, que alguien te sostenga como si temiera que desaparecieras entre sus manos. Porque por lo general conmigo suele ser al revés.

Dejando la magia de lado, llego a la conclusión de que Premier Inn elige sus alfombras para que sean duraderas y no para que sean cómodas para tirarse al suelo, por lo que mis codos empiezan a rasparse un poco.

—¿Qué tal si —digo— llevamos esto a la cama?

Lo llevamos a la cama, me quito el jersey por el camino el camino. Jonathan se reclina contra el respaldo y, suponiendo que es mi turno, dado que a mí me estaba raspando la alfombra, me subo con entusiasmo encima de él. Estoy a punto de besarlo otra vez, cuando me doy cuenta de que me está mirando con un inesperado nivel de incertidumbre. Y se me ocurre que entre pensar que nunca seríamos nada y descubrir que vamos a ser algo, probablemente me dejé llevar un poco.

—¿Estás bien? —pregunto.

Asiente.

—Mucho.

Apoyo la palma de mi mano sobre la línea pronunciada de su mandíbula, donde está agradablemente áspera por una barba incipiente de un día. Y me hace sentir una pequeña explosión de placer, solo poder tocarlo. De esa manera casual, como si fuera mío. Lo que es así, ¿no? Mierda.

—¿Podemos volver a la alfombra si quieres?

Para mi sorpresa, es casi como si quisiera.

—Eh. No hace falta.

—¿Tienes una especie de fetiche con el suelo del que debería saber?

—¿Qué? No.

—Está bien si lo tienes. No te juzgo. Me sumo a la mayoría de las cosas.

—No tengo fetiches con el suelo —gruñe de una manera muy Jonathan—. Es solo que estar en la cama es muy… No sé, crea cierta expectativa.

—No tienes que hacerlo. Sé que me quité el jersey bastante rápido, pero no voy a presionarte a nada.

Resopla como si estuviera molesto. Lo cual también es muy Jonathan. Es muy típico de él tomar como un insulto personal que intente respetar sus límites.

—No soy un… Esta no es mi primera… No necesito que me consientas.

—Ah, genial —digo—. Quítate los calzoncillos. Empezaré a lubricar los quinotos.

—¿Dónde vas a conseguir quinotos a esta hora de la noche?

—Siempre tengo un par encima, solo por si acaso. Nunca sabes cuándo podrías tener suerte.

Gira la cabeza y me muerde en la parte carnosa debajo de mi pulgar.

—No eres gracioso, Sam.

—¿Me acabas de morder?

Se muestra inocente.

—No.

—Está bien. Error mío.

Esta vez, hace algo que se acerca peligrosamente a frotar con la nariz.

—Es solo que… —dice de mala gana—. Ha pasado mucho tiempo. Quizás haya perdido la práctica.

Francamente, también pasó mucho tiempo para mí.

—Vale, pero ¿cómo sería practicar?

—Creo que sería… —suena adorablemente confundido— ¿como tener sexo con alguien?

—Y luego le das una palmada en la pierna y dices «gracias, amigo, bien jugado».

—¿Qué harías tú? —Ahora suena adorablemente irritado—. ¿Ejercicio frente al espejo?

Inclinándome hacia delante, rozo mi boca con la suya.

—No creo que sea algo para lo que necesitas practicar.

Mierda, espero que no. De otro modo, estaría dolorido durante años.

—Me refiero… —su mano libre se tensa sobre la colcha— no deberías… Creo que no…

—Va a estar bien —le aseguro—. Como dice Mariah Carey en Navidad, lo único que quiero es a ti.

No sé si lo he pillado con la guardia baja porque se sonroja y se ve incómodo.

—Puedes ser muy dulce. —Se aclara la garganta—. Ahora ve a buscar tus quinotos.

—Sabes que de hecho no tengo ninguno.

—Contaba con eso cuando sugeriste que irías a buscarlos.

—Te tendrás que conformar conmigo.

—También contaba con eso.

Después seguimos besándonos y nos dejamos llevar durante todo el tiempo que sea necesario. Lo suficiente para que Jonathan deje de preocuparse por lo que sea que se está preocupando y quede deslumbrado y hambriento debajo de mí. Al final, resulta que yo tenía razón. No es la clase de cosa para la que necesitas práctica. Si confías, todo se resuelve solo.

Nos desvestimos por etapas y Jonathan tiene tan buen cuerpo debajo de su traje como había imaginado. No es el típico musculitos de gimnasio, pero nunca me ha atraído ese prototipo. Él tiene mucha vida, es real al tacto e imperfecto de la mejor manera posible. Me encanta sentirlo bajo mis manos, esa perfecta mezcla de cabello suave y músculos duros, y su manera de responder a eso, sin contenerse nada.

Hay una parte de mí que siente que no lo merece, no con, bueno, las mentiras y todo eso, pero también lo necesito. Y hasta ahora no me había dado cuenta de cuánto lo necesitaba. Cuán solo estaba. La verdad es que se podría decir que odio lo que los últimos años le hicieron a mi vida. Pero también me acercaron a Jonathan. Y agradezco que haya sido él. Que haya llegado a esto con él. Porque, mierda, por qué me negaría esto a mí. Hacer que alguien gima y tenga la respiración entrecortada y me sujete con fuerza. Y dejar que lo sujetes de la misma manera.

Había asumido que Jonathan sería igual de mandón en la cama que en el trabajo, pero no

podría haber estado más equivocado. Resulta que es capaz de estar muy relajado. Lo cual es exactamente lo indicado para mí en este momento. Hay tanto que quiero y dejé pasar, y recuperarlo me recuerda todo lo que he perdido y un puñado de otras cosas que dejé ir. Es bastante jodido cuánto mal tienes que superar para sentir algo bueno. Y luego eso bueno es tan abrumador que casi vuelve a doler. Pero Jonathan está ahí conmigo en todo el recorrido. Dándome su calor y su aliento y el latido de su corazón. Y el placer que compartimos está en todas partes entre nosotros y me eleva, me lleva hacia lugares mejores y cielos más claros.



CAPÍTULO VEINTINUEVE

Me despierto con Jonathan Forest a mi lado. Ninguno es de los que se acurruca el uno con el otro, pero tengo la cabeza apoyada en su almohada y una mano en el pecho, y él está inclinado hacia mí. Con los ojos abiertos.

—Buenos días —dice. Su voz suena más rasposa que de costumbre y el sueño la hace más rasposa. Es la clase de cosa que, cuando la descubres en una persona, hace que parezca íntimo y todo eso.

—Buenos días —respondo.

Nos quedamos acostados un par de minutos. Puedo sentir que los dos vamos a estar un poco preocupados dentro de un rato, pero, por ahora, es… no sé. ¿Agradable?

—¿Estás bien? —pregunta Jonathan.

—Sí —respondo.

—Anoche estuvo… —intenta.

—Sí —respondo.

Porque, tomando cierta perspectiva, anoche fue un poco embarazoso. Disfruto del sexo tanto como todo el mundo, pero por lo general no me pongo tan, bueno, intenso.

Lo intenta otra vez.

—Soy consciente de que fui un poco…

—Creo que yo también un poco.

—No suelo…

—Yo tampoco.

—Pero estuvo bien —dice con firmeza—. Muy bien.

—Ah, sí, definitivamente.

Se aclara la garganta.

—No creo que quieras…

Sí. Pero es divertido hacer que lo diga él. Y, francamente, me gusta sentirme querido.

Se aclara la garganta otra vez.

—¿Intentarlo otra vez?

Sí. Incluso con la luz fría que entra por detrás de la persiana y que los dos estemos un poco desorientados y recién levantados, no me siento tan expuesto como anoche. O quizás sí. Solo que de una manera diferente. Porque, si bien no voy a abrir mi corazón, te tiene que gustar mucho mucho alguien si estás dispuesto a hacerlo cuando todavía hueles a esta otra persona tras la noche anterior y cuando ninguno de los dos se ha lavado todavía los dientes.

En todo caso, va bien hasta que casi nos perdemos el desayuno.

—Puedes comer lo que sea —explica Jonathan, cuando bajamos a toda prisa.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Me refería al desayuno —dice de un modo juguetón. Y está bien, más que bien, es genial poder ver este otro lado de él. Este lado que se preocupa por cosas que no son del trabajo. Este lado en el que puede ser juguetón, sexy y generoso, y no solo se preocupa por pagar el bufet.

Y luego recuerdo el otro lado. El lado en el que técnicamente estoy saliendo con un tipo que cree que tengo amnesia cuando no es así. Cuando la razón por la que él cree que tengo amnesia es que fue lo único que se me ocurrió para evitar que me despidiera a mí y a todos los que trabajan conmigo. Solo que ahora he dimitido, así que eso ya no aplica y probablemente debería decírselo —probablemente debería haberse lo dicho antes—, pero no lo hice y no puedo y no pude y *mierda*.

En otro mundo, manejé mejor esta situación. Pero bueno, en ese mundo quizás Brian y Tiff no tendrían trabajo ahora. O quizás en ese mundo todo estaría bien porque encontré las palabras mágicas que harían que todo estuviera bien. Pero no vivo en ese mundo, vivo en este. Donde las cosas son más complicadas y desordenadas, y cometes errores y tienes compromisos y las cosas se van de madre bastante rápido.

Jonathan me empuja levemente hacia el bufet.

—Vamos, no va a quedar nada.

Y me concentro en juntar salchichas en un plato para no tener que pensar en nada más. Desafortunadamente, no funciona, entonces es Jonathan quien rompe el silencio.

—Entonces, ¿has dormido bien? —pregunta.

Lo que significa, por encima de todo lo demás, que me preocupa haber roncado.

—Creo que sí —digo—. Pero ¿cómo iba a saberlo?

Me mira de un modo sospechoso por encima de su beicon y su té con leche.

—¿A qué te refieres?

—Estás dormido, ¿no? Puede que estés durmiendo bien, pero no lo sabes. O puede que te muevas y gires de un lado a otro, mientras gritas «oh, diantres, quítame estos tejones de encima» y no lo sabrías.

—¿Oh, diantres, quítame estos tejones de encima? —Está sonriendo otra vez y es una sonrisa diferente a la que estoy acostumbrado. Sigue teniendo dos partes de gruñón y un cierto deje a «me gusta que parezcas estúpido», pero también hay cariño. Cariño real que creo que siempre mantuvo oculto, es solo que tardé un tiempo en verlo y que él lo quisiera compartir.

—Bueno, no sé, ¿lo hice? Considerando cómo funciona *estar dormido*. Solo estoy…, ¿cómo se dice? Improvisando.

—Oh, diantres —repite, completamente inexpresivo—. Estos tejones.

Decido mantenerme firme.

—Sí. Así son los sueños. Y los tejones son bastante aterradores.

Levanta la cabeza poco convencido.

—¿En qué sentido?

—Siempre traman algo.

—Mmm. —Mastica una loncha de beicon, pensativo—. Tienen esas marcas en la cara como si fueran del servicio especial del ejército.

—Exacto. —No sé cómo llegamos a los tejones que están en el servicio especial, pero agradezco la distracción—. Probablemente estén en una especie de operación encubierta. No confío en ellos.

Bebe un sorbo de su té.

—Siempre me parecieron bastante reconfortantes. Creo que vi una animación en arcilla de *El viento en los sauces* cuando era niño y el tejón ahí tenía como… —parece casi avergonzado— una fuerza sutil que me resultaba tranquilizadora.

—Sí, esa energía de padre es lo que te llega.

—No he dicho «energía de padre».

Le sonrío.

—No, pero lo estabas pensando. En fin, ¿cuándo vamos a buscar a Pauline?

—En una hora. Se levanta temprano.

—Parece que casi todos vosotros lo hacéis.

Jonathan asiente.

—Un rasgo familiar. Y dado el viaje largo que nos espera, probablemente sea lo mejor.

—Cuanto antes empecemos, antes terminaremos —coincido. Es la clase de sabiduría de abuela que parece apropiada dado dónde estamos y qué venimos a hacer—. Ah, por cierto —agrego, intentando sonar lo más despreocupado posible—, voy a quedarme aquí un rato. Tengo

una camioneta que no uso desde hace tiempo y sería útil para llevar las cosas de la fiesta, y no tiene sentido hacer dos viajes. Además, supuse que podría ver a mi médica, aprovechando que estoy aquí.

—¿Recuerdas quién es? —pregunta Jonathan. No hay sospecha, pero por un segundo me asusto de todas formas.

—Busqué en Google alguna doctora cerca y luego mi dirección y supuse que estaría en la clínica del NHS más cercana —digo, hablando algo más bajo que de costumbre—. Y una vez que vi el nombre, lo sentí, ya sabes, familiar y eso, así que probablemente sea una buena señal.

Y se lo traga. Y, en cierta manera, desearía que no lo hubiera hecho porque entonces tendría que confesarlo todo, y tal vez entonces estaría bien. Pero me preocupa que no fuera así. Entonces dejo pasar el momento y simplemente seguimos hablando. Y si no tuviera la sombra de una Nexa de MERLYN de ocho milímetros con puerta corredera flotando sobre mí, sería la mañana más placentera y sin complicaciones que Jonathan y yo jamás hayamos tenido.

Como somos adultos responsables, terminamos nuestro desayuno de bufet libre cuando ya hemos comido tanto como queríamos en lugar de llenarnos hasta explotar por principios, y salimos a caminar un rato por el centro de Sheffield, que con Jonathan al lado lo veo con una nueva luz. Quiero decir, no me malinterpretéis, es solo un pueblo y no uno con el que la austeridad fue especialmente amable, pero para Jonathan siente esa cosa de la infancia que yo siento cuando viajo a Liverpool.

El invierno pinta el cielo de muchos tonos diferentes de gris y el viento no es tan cortante como cerca de la costa, pero aun así tiene una frialdad intensa, entonces dejo que Jonathan me acerque a él y me siento… Me siento bien. Intento no dejar que me siente mal que lo sienta bien, y recordar que lo tengo permitido, y que las cosas no tienen que apestar siempre. Lo cual es más fácil ahora que estoy acostumbrado.

Giramos en la calle principal y Jonathan explica que estamos a pocos metros de la residencia de Pauline, lo cual tiene sentido ahora que lo piensas. Solo he estado en Londres tres semanas, pero fue suficiente para meterme en esa mentalidad de ciudad grande donde la otra punta de la ciudad está a un millón de kilómetros y un viaje largo, entonces me sorprende un poco estar en la clase de lugar en el que puedes caminar diez minutos y pasar de las calles de oficinas a la zona con paredes de piedra y un aire típicamente de pueblo.

La residencia donde está la abuela de Jonathan es una mansión victoriana reconvertida no lejos del centro y, honestamente, si mi nieto me metiera en un lugar así, estaría bastante complacido. Aunque también intento no pensar mucho en lo que le debe costar porque estos lugares no son baratos.

Nos recibe en la recepción una mujer muy risueña llamada Melissa que claramente nos estaba esperando y hace pasar a Jonathan enseguida hacia donde Pauline lo está esperando. Está en la

sala, una pequeña habitación bonita decorada de un azul inofensivo, con ventanas francesas que dan al jardín, solo que ahora no están abiertas porque es invierno y lo último que quieres en una residencia para ancianos es que entre una ráfaga fría y les vuele las pantuflas a todos.

No estoy seguro de qué espero de Nana Pauline. Es la única persona que conozco que viene del lado de la familia de Les y eso es más abrumador de lo que esperaba. Es alta y delgada de una manera que la hace parecer hecha de porcelana. También lleva dos cárdigans y está sentada junto a una ventana abierta.

—Jonathan —saluda a su nieto con una sonrisa y un abrazo. Digo eventual porque se pone de pie para, ya sabes, abrazarlo como si no lo viera desde hace mucho, mucho tiempo. Si hubiera sido yo, me habría inclinado para que fuera más fácil para ella, pero Jonathan solo se queda parado ahí y espera a que ella se acerque—. Me alegro de verte.

—Igualmente, Nana.

Hay una pausa. Luego:

—No voy a ir.

—Fantástico —contesta Jonathan—. ¿Tu maleta está en tu…? Espera, *¿qué?*

—Me voy a quedar. —Deja de abrazarlo y vuelve a sentarse, lo que no le toma tanto tiempo como levantarse.

Jonathan se ve casi personalmente traicionado.

—Claro que no.

—Claro que sí.

—Claro que…

Esto no parece que vaya a terminar.

—Disculpad —intervengo—, pero *¿por qué* no viene?

—¿Quién es él? —pregunta Nana Pauline—, ¿y qué le importa lo que haga?

Como si acabara de recordar que estoy ahí, Jonathan apoya una mano en mi espalda y me presenta.

—Él es Sam, Nana. Sam, ella es Nana Pauline.

—¿Es tu novio? —quiere saberlo de inmediato.

—N… —Me habría sentido insultado por la manera instintiva en la que Jonathan estaba a punto de negarlo, pero yo habría hecho lo mismo—. Sí. Algo así.

Dejo pasar el «algo así» yo también.

—¿Cómo que «algo así»? —pregunta Nana Pauline.

—Es todo muy nuevo —explica.

En general, estoy bastante entusiasmado por cambiar de tema.

—¿Podemos volver a por qué no quiere venir para Navidad?

Nana Pauline sacude una mano para restarle importancia.

—Bueno, es mucha molestia, ¿no?

—Sí, Nana, lo es —coincide Jonathan—. Por ejemplo, fue una *enorme* molestia venir hasta aquí solo para que nos digas que no nos tendríamos que haber molestado.

—Ah, ya *veo.* —La expresión en la cara de Nana Pauline es una especie de indignación alegre. Y es justo porque Jonathan cayó como Wile E. Coyote en su propia trampa.

Jonathan, sin embargo, no parece dejarlo pasar.

—Espera, te visito cada vez que estoy en Sheffield y estoy en Sheffield *bastante seguido*.

Mi impresión inicial de que Nana Pauline se ve como si estuviera hecha de porcelana se actualiza enseguida. Es una mujer que nunca se rindió por nada en su vida sin importar lo completamente inútil que fuera.

—Dices eso, pero me metiste aquí y me dejaste marchitándome. *Marchitándome*. ¿Sabes lo que es, Jonathan, marchitarse? Te despiertas por la mañana y piensas «qué haré hoy» y luego piensas «ya sé, me marchitaré».

—Corregidme si me equivoco —intento—, pero si te molesta quedarte aquí marchitándote, ¿no estaría *bien* que vinieras a Londres para Navidad?

Me equivoqué. Nana Pauline se gira hacia mí con el entusiasmo de una quejadora veterana.

—Ah, está bien eso, me dejáis aquí, *marchitándome,* y luego chasqueáis los dedos y esperáis que lo recoja todo y recorra todo el país solo porque es *Navidad.*

—O sea… *porque es Navidad* por lo general es una buena razón para hacer algunas cosas —digo, y luego deseo no haberlo hecho.

—Escúchame, jovencito. —Definitivamente no es de porcelana. Más bien un cuchillo de cerámica—. Soy lo suficientemente vieja como para ser tu abuela y…

—Creo que probablemente ya lo sepa —dice Jonathan gentilmente—, dado que eres *mi* abuela. Pero lo que *no sabe* es cómo *eres.*

—¿Cómo soy? ¿Cómo soy?

Jonathan la mira fijamente.

—Te encanta discutir.

—Claro que *no*.

La mira con mayor intensidad.

—Voy a dejarlo ahí. Ahora deja de decir tonterías.

—No estoy diciendo tonterías. —Reclinándose con firmeza en su sillón, Nana Pauline se cruza de brazos—. No voy a ir.

Esperando que el amor de Nana Pauline por una buena discusión signifique que presionarla hace que me guste más, entonces la presiono.

—De acuerdo, pero ¿cuál es el verdadero motivo?

—Ese es el verdadero motivo —insiste—. Me siento despreciada. Usada. Nada valorada.

No la miro furioso exactamente, pero muevo mis ojos de una manera algo irritada.

—¿En serio?

Por un momento, eso queda flotando ahí. Luego dice:

—Estoy viendo a alguien.

Justo cuando estoy a punto de preguntar quién es ese alguien, Jonathan, con un sentido de la ocasión y modales que llegué a conocer y adorar, me interrumpe.

—No, en serio, ¿por qué no quieres venir a pasar la Navidad con nosotros?

Le doy un codazo. Y tarda un momento en entender por qué lo estoy haciendo, entonces lo hago otra vez.

Al final, lo entiende, y para darle crédito, reacciona *en gran medida* sin quedar como un idiota.

—¿De verdad estás saliendo con alguien?

Los brazos de Nana Pauline siguen resueltamente cruzados.

—No hace falta que te sorprendas tanto, Jonathan.

Asombrado, desde mi perspectiva, no es suficiente. Se ve como si hubiera visto a un fantasma y el fantasma le hubiera dicho que las cobras reales no son cobras.

—Pero eres…

Le doy un tercer codazo.

—¿Soy *qué*, Jonathan?

—Bueno… —Nunca había visto a Jonathan nervioso y ahora no está precisamente nervioso, sino más bien inseguro sobre cómo proceder—. No es exactamente *normal.*

—Me casé con tu abuelo —comenta Nana Pauline—. Y tuve muchos hombres detrás de mí cuando era joven.

—Exacto. Cuando eras *joven.* —Tengo la impresión de que, si metes a Jonathan en un pozo, de inmediato te va a gritar que le lances una pala.

—¿Pero ahora soy vieja y fea?

Jonathan levanta la mano como si intentara protegerse.

—Espera, *no* he dicho que fueras fea.

—¿Solo vieja? —Tiene ese tono de «he ganado esta discusión» y no se equivoca.

Este parece ser el momento perfecto para hacer un esfuerzo por calmar las cosas.

—¿Cómo se llama? —pregunto.

—Ralph. Y ves, Jonathan, no ha sido muy difícil, ¿verdad?

Obligado a conceder que no, no es difícil, Jonathan procede con algunas otras preguntas de seguimiento.

—¿Es otro residente?

—No. —Empiezo a ver de dónde sacó Jonathan su lado sarcástico—. Es un repartidor de aquí cerca. Veintiséis años y sabe darme duro.

—No ayudas, Nana.

Miro a Jonathan.

—Para ser sincero, tú tampoco.

—¿De qué lado estás?

Nana Pauline me esboza una sonrisa.

—Sabes, me gusta. Puedes quedarte con este.

—¿Este? —pregunto.

—Así llama a todos mis novios —explica Jonathan.

Todavía no estoy acostumbrado a escucharlo y… me gusta.

Nana Pauline se ajusta uno de sus cárdigans de un modo condenatorio.

—Eres un sucio mentiroso, Jonathan Forest.

Dejando de lado la sordidez o no de las mentiras de Jonathan, empiezo a sentir que estamos llegando a algún lugar.

—Entonces, ¿Ralph no va a pasar la Navidad con su familia?

—Ja. —No ríe exactamente, sino simplemente dice «ja»—. Crees que la gente que deja a sus abuelos en un lugar como este…

—¿Como esta lujosa residencia asistida en una mansión reconvertida? —aclaro—. ¿Ubicada en su propio terreno, pero convenientemente cerca del corazón de Sheffield?

—En un lugar como este —repite—, *marchitándonos* como estamos, ¿crees que vienen y llevan a sus familiares a su casa para las fiestas?

Miro a los dos.

—Bueno, Jonathan sí.

Y eso parece poner a Nana Pauline en la imposible posición de tener que rendirse o admitir que Jonathan es mejor que los otros nietos.

—Y la familia de Ralph no. Entonces se queda aquí, así que me quedo con él.

—Puede venir con nosotros. —Por un momento, no puedo creer que Jonathan haya dicho eso. O sea, ya sé que tuvimos sexo y eso cambia las cosas, pero no creo que mi pene sea el fantasma de las Navidades pasadas. Pero bueno, supongo que va a estar menos tenso durante un tiempo.

—¿Qué? —pregunta Nana Pauline, sonando como si tampoco pudiera creerlo.

—Que venga con nosotros —repite Jonathan. Y no me pasa desapercibido que suena un poco menos seguro esta vez.

Nana Pauline sonríe.

—Iré a decírselo.

Empieza a levantarse muy muy lentamente y esta vez me acerco para ayudarla.

No sale bien.

—Ni se te ocurra ayudarme, jovencito —dice con brusquedad—. Yo puedo.

Y lo hace. Finalmente.



CAPÍTULO TREINTA

Ya veo por qué Jonathan quería empezar temprano porque, después de que Nana Pauline haya ido a darle las buenas noticias a Ralph, vuelve a subir a su cuarto para buscar sus cosas, después baja, después vuelve a subir porque se olvidó su abrigo, todo sin dejar que nadie vaya por ella o la ayude a cargar nada, lo que termina consumiendo bastante tiempo.

Ralph parece un tipo bastante agradable. Se hace llamar «juguetito» porque tiene unos buenos diez años menos que Nana Pauline, aunque sigue estando en sus setenta. Lleva puesto un cárdigan, lo que agradezco bastante porque de otro modo me habría empezado a sentir mal vestido, y puedo hablar un poco con él mientras esperamos que Nana Pauline vaya a buscar sus cosas. Fue el encargado de un almacén de alfombras en Rotherham durante treinta años y lo dejó con una buena reserva de anécdotas divertidas sobre las alfombras de *bouclé* de Fairfords.

Una vez que todos están listos para subirse al coche, haciendo lo mejor por disfrutar del día porque, si bien está a solo quince minutos, ir con dos personas mayores que no aceptan para nada que vayamos primero nosotros y después volvamos a buscarlos, toma un poco más de tiempo.

—Ehh, qué parte tan bonita de la ciudad. —Observa Ralph mientras volvemos caminando al centro—. Nada elegante, pero no necesitamos nada elegante, ¿verdad, Pauline?

—No —coincide Pauline.

—Nada de esas tonterías de Londres —agrega.

—Tonterías —repite Pauline—. Deberías agradecer que estamos yendo, Jonathan. Todo este viaje, hasta *Londres*. Te pregunto, ¿quién lo necesita?

—¿Quién lo necesita? —pregunta Ralph.

—Estoy a nada de girar y dar la vuelta —dice Nana Pauline, lo que no es precisamente lo que

queremos escuchar, en especial cuando llevamos caminando desde hace veinte minutos y solo estamos a mitad de camino.

Jonathan mira a su abuela, quien, a pesar de sus quejas, sigue alejándose valientemente de la residencia hacia el coche.

—Preferiría que no.

—Eh, qué descaro —dice Nana Pauline girándose hacia Ralph en busca de respaldo—. ¿Lo has escuchado?, qué descarado.

—No he dicho nada, Nana.

Con una mirada de leve reprobación, Ralph inhala.

—No deberías contradecir a una señorita, hijo, no es de caballero.

—Vamos, ahora te burlas. —Probablemente no sea lo que yo personalmente habría elegido decirle al nuevo novio de mi abuela, pero agradezco un poco que Jonathan lo haya dicho.

Nana Pauline, en cambio, no parece tan agradecida.

—Vaya, ¿lo has oído? Qué aires que tiene. —Se gira hacia Jonathan—. Qué aires que tienes. Londres se le subió a la cabeza y le dio esos aires.

Jonathan no dice nada sobre esto, lo cual respeto.

—No tengo aires de nada.

—Sí. Estás cubierto de aires.

—No puedes estar cubierto de aires. —Mientras lo miro, Jonathan empieza a pasar lentamente pero con firmeza de no tolerar esto a quedar como un tonto.

Nana Pauline entrecierra los ojos.

—¿A qué te refieres?

—A que los aires es algo que tienes.

—Lo sé —dice Nana Pauline, asintiendo enfáticamente—. Por toda tu cabeza para empezar.

Río.

Y Jonathan me mira.

—¿Es un chiste?

—Sí, claro —digo, dándole una palmada en la espalda—. Vamos, sigamos avanzando.

Llegamos al coche sin que Jonathan mande a su abuela a la mierda y sin que Ralph o Nana Pauline digan algo tan inaceptable como para que *tenga* que mandarlos a la mierda. Una vez que estamos ahí, les comento a todos el plan de quedarme en Sheffield para buscar la camioneta que, ahora que Jonathan y yo nos convertimos en, bueno, Jonathan y yo, me hace sentir bastante peor. En parte porque lo estoy abandonando la noche después de que estuvimos juntos y en parte porque todo el tema de la camioneta parece tan enmarañado como una red de mentiras amnésicas que parece que nunca desaparecerá.

Aunque espero que ahora sí. Porque mi médica podría darme el alta de la conmoción y la

amnesia. Entonces voy a poder volver a Londres y decir «sí, ya ha vuelto casi por completo, lo que explica por qué reconocí en parte a los chicos de la sucursal de Sheffield y eso».

Le doy un beso de despedida a Jonathan. No tan profundo como me gustaría, dado que su abuela está ahí mismo. Y entonces se van, así que solo quedo yo, sin ningún lugar a dónde ir excepto mi apartamento.

***

Una vez ahí, llamo a Claire para contarle lo que ha pasado. Luego llama al resto para poder contárselo a todos.

—¿Tú *qué*? —pregunta Amjad.

—He dimitido —explico.

—¿Para jodernos a nosotros? —pregunta Tiff—. Porque si soy sincera, parece *un poco* como si nos hubieras jodido.

—No os estoy jodiendo —insisto, esperando tener razón—. Llegamos a un acuerdo

—¿Un acuerdo? —pregunta Claire. Podría decir que lo *pregunta*, pero más bien lo *repite con un tono de incredulidad*.

—Sí, le dije que si dimitía podría ahorrarse mi salario y tú podrías hacer mi trabajo, ya que lo estás haciendo, y no echar a nadie.

Claire no suena particularmente convencida.

—¿Y estás seguro de que hiciste esto porque es lo mejor para el equipo y no porque quieres tirarte a la torre palpitante de carne que es Jonathan Forest?

A veces, Claire puede ser la peor.

—¿Qué tal si llegamos a otro acuerdo? —sugiero—. ¿Uno en el que no vuelvas a decir «torre palpitante de carne»?

—¿Pero es así? —pregunta Tiff—. ¿Una torre?

—Disculpa —escupo—, no puedes preguntarme eso. Soy tu jefe.

—No, claro que no —me recuerda Tiff—, dimitiste.

—Sigo trabajando hasta Fin de Año. Lo que significa que todavía puedo despedirte.

—¿Pero despedir a Tiff no contradeciría la razón por la que dimitiste en primer lugar? —comenta Amjad con su lógica exasperante.

No es el reconocimiento que esperaba.

—Mirad, ¿podemos tomarnos un momento para apreciar mi increíble heroísmo por salvar vuestros trabajos a costa del mío?

Suspirando, Claire reúne al equipo.

—Suena justo. Una gran ronda de aplausos para Sam, que con mucha valentía se dejó follar en

nuestro nombre.

—Sabes qué —digo—, te odio.

—Nosotros también te odiamos —dicen todos, y me refiero genuinamente a *todos*, al unísono.

Después de eso, termino de arreglar algunas cosas con Tiff para la operación «Mover un montón de cosas de Navidad en secreto» y resolvemos dónde va a pasar la noche, y le explico que no me importa lo que ella crea, no voy a dejarla dormir en la camioneta porque es una maldita adolescente y yo soy su maldito jefe y hay malditas leyes.

—Lo hago todo el tiempo cuando voy a festivales —se queja.

Decido ignorar eso.

—Claire, ¿puedes explicárselo?

—Le preocupa que lo denuncies —explica.

Si estuviera bebiendo café, lo habría escupido.

—Disculpa, claro que no.

—Parece eso —ofrece Amjad.

—No —protesto—. *Jonathan* estaría preocupado de que lo denuncie a él.

—¿Jonathan con quien te acuestas? —aclara Tiff.

—Jonathan, quien, si bien es un hombre complejo que descubrí que tiene muchas cualidades agradables, sigue siendo en muchos *otros* sentidos un cretino.

—¿Y no crees —dice Claire— que quizás te lo haya pasado un poco a ti después de frotarse contigo?

Ya es pura difamación, eso es.

—Espera un segundo, ¿cómo es que yo de repente soy el tipo malo porque no quiero que Tiff duerma en una camioneta?

—Es sobre respetar mi capacidad de tomar decisiones —me dice Tiff—. No respetar mis decisiones es algo muy patriarcal por tu parte.

Me rindo. Y resulta que es lo único que quiere porque Tiff no es tonta y aceptaría una noche gratis en un Travelodge si se la ofrecieran, en especial si viene con desayuno bufet.

Y después vuelven todos a trabajar y yo vuelvo a… a mirar mis paredes y ni siquiera tengo un gato para que me haga compañía. Dejando a un lado la falta de gato, no es muy diferente a cómo era mi vida hace un año. Pero sí que parece diferente. Más vacía. De una manera que casi la detesto.

No soy, espero, tan extremo como Nana Pauline y Ralph en mi aversión general por todo lo que está al sur de Coventry, pero sí me molesta que después de haber estado en Londres, todo en el norte sienta peor. Lo único a lo que me aferro, aunque no sea precisamente reconfortante, es que estoy bastante seguro de que no tiene nada que ver con la ciudad y tiene todo que ver con las personas. Sí, lo sé, en mayor medida lo que hice mientras estaba con Jonathan fue organizar una

fiesta, ver *Pointless* y cocinar de vez en cuando, pero no estaba solo. Incluso cuando solo, estábamos Jonathan y yo, y él estaba en su modo de estúpido insoportable, había alguien para tan solo… No sé, estar ahí, supongo. Porque cuando solo eres tú y el silencio es fácil sentir que no existes, como si nunca hubieras existido. Como si no fueras nada en absoluto.

Me acuesto en la cama con los ojos cerrados e intento dormir. Pero no funciona. La calefacción está encendida, pero sigo sintiendo un frío profundo en mi pecho y en mis brazos, y a veces parpadeo y creo que estoy llorando.

Entonces, el teléfono suena.

***

—Ehm. —Es Jonathan. Claramente, es Jonathan—. Hola.

—Hola.

—Lo siento, ¿estás ocupado?

Miro a mi copiosa nada.

—No, para nada.

—Yo solo, bueno, llegamos bien a casa.

—Ah. Qué bien. —Ojalá no fuéramos tan malos con las llamadas telefónicas porque no quiero que esta conversación termine, pero si sigue así solo será «ah/sí/bueno/exacto» sin parar durante dieciocho segundos hasta que cortemos la llamada incómodos.

Hay un momento de silencio cuando me parece escuchar un poco de vergüenza.

—Se lo he contado a mi familia, por cierto. Sobre… bueno… no en detalle… además Nana Pauline habría…

Se oye un ruido de forcejeo y después la voz de Barbara Jane suena tan clara como una campanada.

—Dijo que follasteis toda la noche y fue la experiencia más alucinante que tuvo en su vida.

En la distancia, escucho la voz de Jonathan decir «claro que no» y «BJ, devuélveme mi teléfono».

—Entonces, *queriiiido*, ¿cómo *estáááááás*? —pregunta Barbara Jane—. Entiendo que pasarás la noche en Sheffield porque Johnny es muy tacaño para pagar una furgoneta.

Me parece discernir un «mentira» en algún lugar en la distancia y un «Sheffield no tiene nada de malo».

—No es eso. —Me hubiera gustado defender a Jonathan de alguna manera, incluso si no lo estuviera culpando a él por algo que fue un ciento tres por ciento idea mía—. Es solo que tengo una camioneta y parecía un desperdicio, además está todo este asunto en el que le cobran un impuesto a la gente si nos pasamos del presupue…

—Sam, estás muy cerca de aburrirme —dice Barbara Jane, que no suena aburrida para nada, aunque sospecho que es más porque está disfrutando de molestar a su hermano que porque estoy diciendo algo que realmente le importa.

—Barbara Jane —escucho la voz de Wendy al otro lado de la línea, más baja que de costumbre, pero es algo relativo—, devuélvele el teléfono a tu hermano.

—No puedo.

Creo que luego escucho la voz de Les, pero no logro descifrar las palabras.

—*Está bien* —dice Barbara Jane—. Toma.

Tengo la vaga sensación de que lo están pasando de mano en mano hasta que luego escucho a Jonathan decir:

—Perdón por eso.

—No te preocupes, entiendo cómo puede ser.

—Por lo general, no son así. Creo que están demasiado entusiasmados.

El resto de su familia hace un comentario al respecto. No logro escucharlo, pero puedo imaginarlo bien. Jonathan en la cocina intentando hablar, Wendy y Barbara Jane merodeando lo más cerca posible de él mientras Les los mira desde el sofá.

—Está bien. Me alegro de escucharte.

—Sí, bueno… —Sigue siendo horrible para esto—. Creí que debería… ya sabes.

Hay más movimiento.

—Quiere decir que te echa de menos y espera que vuelvas pronto. —Es Wendy—. ¿Verdad, cariño?

Escucho un leve «sí, mamá» por parte de Jonathan, después alguien aparece de fondo seguido por Wendy que dice muy fuerte:

—Sí, genial, dos de azúcar, gracias. —Y luego recuerda que está al teléfono y vuelve a hablarme—. Bueno, ¿sabías que Nana Pauline tiene un novio y todo eso?

—*Por supuesto* que lo sabe —dice la voz de Jonathan apenas audible—, estaba ahí cuando los fuimos a buscar.

—Pero déjame decirte algo —sigue Wendy—, ahora la casa está bastante llena. Barbara Jane se tuvo que quedar con nosotros para hacer espacio.

—Qué felicidad —grita Barbara Jane para mi beneficio—. Es como si tuviera unos putos trece años.

Jonathan está diciendo algo de fondo, pero Wendy parece tenerme cerca de una tetera que está hirviendo, así que no tengo ni idea de qué está diciendo.

—Espera —dice—, Jonathan quiere hablar otra vez, así que te voy a poner en altavoz.

—No lo pongas en altavoz —protesta Jonathan, completamente en vano, cuando me ponen en altavoz.

Un coro de voces dice «Hola, Sam» al unísono y mi imagen mental de la escena se ajusta para darme cuenta de lo grande que es esa multitud.

—¿Estáis todos? —pregunto.

—Querían venir a saludar a Nana Pauline —explica Jonathan.

—Menos yo —grita Agnieszka, sonando apenas más distante que los otros—. Yo solo trabajo aquí. Señora Forest, *por favor,* puede dejar de limpiar las cómodas. Si sigue haciendo mi trabajo, su hijo me va a despedir.

—Claro que no lo hará —anuncia Wendy.

—Esto es muy raro para ti, ¿verdad? —pregunta una voz que tardo un momento en ver que me está hablando a mí y otro momento para darme cuenta de que es Anthea.

—Sí —confieso—. Sí, lo es.

—Ya te acostumbrarás —dice la tía Jack arrastrando las palabras—. Solo dale unos sesenta o setenta años.

—¿Sabéis qué? —Jonathan finalmente ha empezado a sonar decidido otra vez—. Creo que voy a llevarme esto arriba.

Hay un coro francamente juvenil de «ooooohh» por parte de su familia, que es interrumpido por Anthea diciéndoles «¿en serio?» a todos con un tono de desaprobación adolescente que se gana un momento de silencio.

Una ronda de «Adiós, Sam» se desvanece de fondo mientras Jonathan apaga el altavoz y, asumo, me lleva a su cuarto.

—Perdón por eso —dice otra vez.

—No pasa nada. Me alegro de escucharlos a todos.

—Y literalmente eran todos. —Ríe para sí mismo, más suave que de costumbre—. Dios, de verdad te he complicado la vida con todos estos, ¿eh?

En muchos sentidos, yo mismo lo hice.

—Ya me estoy acostumbrando.

Se queda en silencio otra vez. Luego dice:

—Entonces, nos vemos mañana.

—Sí.

—Bien.

Los dos seguimos siendo un asco respecto a las llamadas telefónicas.

—Bueno, supongo… —intenta.

Los dos seguimos siendo un superasco respecto a las llamadas telefónicas.

—Sí —digo.

—Estoy seguro de que tú…

—Y yo estoy seguro de que tú…

—En parte. Creo que el abuelo Del querrá jugar a las adivinanzas con mímica dentro de un rato y se va a poner insistente si no estoy ahí.

—Suena genial —digo. Porque así lo creo.

—Bueno, creo que así es.

—Sí.

—Me alegro de hablar contigo.

—Yo igual.

No cuelga. Y yo tampoco.

—Soy consciente —dice lentamente— de que es absurdo porque te he visto esta mañana. Pero te echo de menos.

Y entonces corta la llamada como si algo se hubiera incendiado. Ni siquiera me da tiempo a decirle que yo también lo echo de menos.



CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Al día siguiente, en el consultorio termino las pruebas de seguir el dedo y espero a que la doctora Singh revise algunas notas en su ordenador.

—Bueno, aquí dice —suena dubitativa— que tuviste algunas dificultades con la memoria.

Ah.

—Sí —digo—. Algo así.

—¿Cómo que «algo así»?

—Bueno, puede que haya habido un pequeño error de comunicación con todo el tema de la memoria.

Desliza las gafas sobre su nariz. Tiene unas gafas muy grandes con un marco ligeramente destellante. La doctora Singh es algo mayor que yo y, si bien soy lo suficientemente mayor como para que eso no me sorprenda, a veces siento que es muy joven para ser doctora.

—¿Cómo de pequeño?

Separo mis dedos a solo medio centímetro de distancia.

—No creo que eso sea un parámetro médico.

Los separo un poco más.

—Tampoco.

Abandono el método de los dedos y lo explico usando palabras.

—Bueno, cuando se me cayó la mampara encima, el doctor me preguntó si recordaba lo que había pasado y le dije que no, porque lo sentía todo un poco borroso, y Jonathan, que es mi jefe, bueno, mi novio, o sea, quiero decir que es mi novio ahora, pero era mi jefe en ese momento, aunque supongo que técnicamente sigue siendo mi jefe porque dimití, pero voy a seguir

trabajando hasta Fin de Año y…

—Sam, ¿esto va a alguna parte?

—Jonathan dijo «oh, no, tiene amnesia» y yo no lo corregí. Y creo que eso debió haber llegado al informe.

Deja que sus gafas se deslicen nuevamente por su nariz para poder mirarme por encima de ellas.

—Entonces ¿*no* tienes problemas con la memoria?

—No, estoy bien. Pero sí tuve una conmoción.

—Claro que sí. ¿Pero el hombre con el que estás saliendo, que solía ser tu jefe y con quien estuviste viviendo mientras tenías la conmoción, cree por completo que tienes amnesia como en las películas?

Asiento.

—Sí.

—Tal vez deberías hacer algo al respecto.

—Lo estoy haciendo —intento sonar tranquilizador—. Por eso estoy aquí. Una vez que me des el alta puedo ir y decirle «está bien, he recuperado la memoria» y todo estará bien.

—Sin contar la parte en la que le mentiste durante un mes.

Levanto las manos.

—Vale, vale, ¿eres doctora o psicóloga de parejas? Intento hacer lo mejor que puedo con una situación complicada.

Sin mostrarse especialmente molesta por mi disgusto, la doctora Singh vuelve a sus notas.

—Solo intento mostrarme interesada. Pero *médicamente* hablando, al menos, estás bien. Puedes ir con tu novio-barra- jefe y decirle que la doctora dice que estás fresco como una lechuga.

—Gracias.

—Una lechuga mentirosa.

Suspiro y me voy. Me sentiría menos agraviado si ella no tuviera razón.

Una vez que tengo el visto bueno, lo siguiente en la agenda es ir a buscar la camioneta. La tengo desde hace años, pero desde que estoy en Sheffield no la uso mucho, solo la metí en un garaje que le alquilé a un tipo que vive cerca de un lugar que vende *fish and chips*.

Saco la llave de mi bolsillo y la abro. Es uno de esos acuerdos privados en los que básicamente me quedo con el aparcamiento por cien libras al mes. Así que no me sorprende encontrar que, como no vengo desde hace rato, el dueño llenó todo el espacio alrededor de la camioneta de porquerías que no quería tener en su casa. Hay una diana de dardos por aquí y una mesa plegable por allá, y un montón de cajas que tienen escrito «Cosas de Scott», aunque no tengo ni idea de quién es Scott. Me siento un poco mal moviendo las cosas, pero algunas están en

el camino y me impiden sacar la camioneta, así que me dedico a revolver y mover cosas hasta que logro ponerlo todo cuidadosamente a un lado. Luego saco la camioneta a la calle.

Una vez que la camioneta está segura fuera, cierro la puerta del garaje y me doy la vuelta. Y veo el nombre a un lado, «Becker e Hijo, Fontaneros», y me detengo de inmediato.

No creo que haya pasado tanto tiempo, realmente, aunque en invierno, en la entrada de otra persona, en Sheffield, parece una eternidad. Solo estar parado ahí mirando el «e Hijo» y sintiéndome, de una manera que no puedo explicar, como si hubiera decepcionado a alguien. Sujeto mi chaqueta con un poco más de fuerza, me subo a la camioneta e intento no pensar tanto en, bueno, nada en realidad. Luego conduzco hacia la tienda.

***

Cuando llego, Tiff me está esperando junto a una inmensa montaña de adornos. Abro las puertas traseras de la camioneta y espero a que empiece a subirlas, pero no lo hace.

—Ah, no —dice—. Yo llevo mi *visión creativa*, no me contrataste para levantar cajas pesadas.

—No pesan —le digo—, hay plástico y cristal.

Se muestra engreída.

—Entonces no tendrás ningún problema levantándolas tú.

No estoy completamente convencido de su argumento, pero tampoco quiero ponerme a discutir. Entonces empiezo a cargar las cajas. Cuando todo está amontonado para la satisfacción de Tiff, nos subimos delante, la miro hasta que se pone el maldito cinturón y nos vamos.

Durante un rato, avanzamos en silencio porque si bien Tiff me *cae bien* y no creo que yo le desagrade tanto como a veces finge, tenemos una diferencia de edad abismal que dificulta un poco la conversación.

—¿Cómo va el curso? —pregunto como para romper el hielo.

Hace un sonido evasivo.

—¿Difícil? —intento, empezando a sospechar cada vez más que voy a estar solo en esta conversación.

—Simplemente no lo siento.

—Ah. —Golpeteo las manos sobre el volante un momento—. Bueno, quizás se resuelva cuando las cosas se estabilicen un poco.

—Quizás.

Nos quedamos en silencio otra vez. Se me ocurre encender la radio, pero si hay alguien que me va a juzgar de inmediato por mis gustos musicales, esa es Tiff y, además, no estoy completamente convencido de querer escuchar Heart FM.

Empieza a llover y el goteo de la lluvia contra el parabrisas al menos nos da un poco de

percusión para acompañar nuestra falta de conversación.

—En realidad —dice al final—, estoy pensando en dejarlo.

—Ah, ¿sí? —intento sonar neutral. Entiendo que se supone que tienes que animar a las personas a seguir con sus cosas, pero Tiff y yo no somos cercanos, no realmente, entonces por lo que sé podría ser la peor estilista y maquilladora que haya intentado hacer a alguien hermoso y peludo.

—Sí.

Dejamos que las gotas de lluvia hagan su *staccato* y le doy espacio para hablar o no según guste.

—Solo no lo siento —repite.

—Ya lo has dicho —digo.

—Ah, cierto.

El limpiaparabrisas limpia lo que gradualmente se está convirtiendo en una tormenta. Entonces, finalmente intento:

—¿No piensas trabajar a jornada completa en el mundo de los baños?

—No —dice con un rechazo absoluto.

—Vale, vale, no hace falta que suenes tan ofendida. Se puede ganar bastante dinero.

—Sí, si eres el dueño.

Una parte de mí bastante fuera de onda se siente obligada a decirle que puede lograr lo que quiere si lo intenta, aunque no es verdad más allá de las películas de Disney. Entonces le digo algo menos comprometido.

—Bueno, sabes, si trabajas duro, quizás algún día lo seas.

—¿Quizás algún día sea yo quien amenaza con echar adolescentes para poder ganar un par de libras más?

—Sí —digo, un sesenta por ciento avergonzado.

—Ya sabes —ahora está golpeteando las uñas sobre el salpicadero, siguiendo el ritmo de la lluvia—, ese es el problema con el capitalismo tardío. Les niega a las personas el marco conceptual para imaginar una alternativa, entonces incluso las personas que están excluidas o privadas de sus derechos no pueden imaginar un sistema alternativo y solo se quedan con una versión alternativa del mismo sistema donde tienen una mayor parte de la riqueza.

—Ah. —No estoy seguro de qué responder a eso—. Muy político por tu parte.

—No te preocupes, no puedo votar. Y para cuando pueda, voy a estar lo suficientemente destruida como para conformarme con la segunda peor opción como el resto de vosotros.

Nos quedamos en silencio una vez más.

—En realidad —dice. Luego se detiene.

—¿En realidad qué?

—Nada.

Dejo pasar un rato, pero como tenemos un viaje de cuatro horas, no me convence la idea de pasar todo el trayecto en un silencio incómodo.

—No, en serio, en realidad qué.

—En realidad estaba pensando en meterme en —sacude una mano—, ya sabes, *esto*.

—¿Quieres ser una mujer con una camioneta blanca?

Me mira como si fuera lo peor del mundo.

—Eventos.

—Ah, claro. ¿Cómo sería eso?

—Hay cursos. Es… No sé, fue interesante. Más interesante que el pelo o los baños.

Para ser justos, probablemente lo sea. Aunque no estoy seguro de que tengas que esforzarte demasiado por encontrar algo más interesante que los baños.

—Bueno, yo te contrataría —digo con mi mejor voz de apoyar las ambiciones de los jóvenes.

Se queda en silencio otra vez.

—Es gracioso que digas eso.

—Te contrataría *si necesitara que se hiciera algo.* Aunque no es el caso.

—No, pero, o sea, podría necesitar referencias. En especial porque, si abandono lo que estoy haciendo ahora, voy a parecer poco confiable.

—Entonces qué, ¿quieres que escriba algo que diga, no sé, «bajo mi atenta mirada, Tiffany descubrió su verdadera pasión por la organización y gestión de eventos y creo que será un activo muy importante para el sector»?

—Olvídalo, le preguntaré a Claire.

—«De verdad, nunca se planeó un evento tan bien como este, fue una revelación».

—Vete a la mierda, Sam.

La miro con desaprobación durante medio segundo en que no es totalmente irresponsable apartar los ojos de la carretera.

—Sigo siendo tu jefe, ¿lo recuerdas?

—Sí, pero no eras muy bueno.

—Disculpa, era increíble.

Se mueve algo inquieta en su asiento.

—Estabas bien. Pero… mira, dejando de lado las bromas, no me vas a despedir o a negarme una carta de referencia o algo de eso, ¿verdad?

—No. —Aunque ahora me preocupa. Lo que es tonto porque lo que Tiff piensa de mí no debería importar considerando que es una adolescente que trabajaba para mí en un trabajo al que ya renuncié.

—Bueno, no estabas mal, pero siempre estabas… No me malinterpretes, me alegra que no

fueras como el nuevo y entusiasta Chris. Habría *odiado* que hubieras sido uno de esos tipos que dicen «ey, todos, arriba el ánimo, estamos trabajando en la familia de Sueños & Salpicones». Pero siempre estabas un poco… no sé, ausente.

—¿Ausente?

Asiente.

—Sí.

—¿Ausente cómo?

Por un momento, no dice nada, lo que me parece muy preocupante, como si estuviera estudiando la clase de insulto devastador que solo una adolescente fundamentalmente bien intencionada puede decir.

—Existe relajado —dice al fin—, y luego existe nihilista.

—Disculpa —le digo—. No soy nihilista. Soy extremadamente alegre.

—También los que están en el corredor de la muerte.

—No, claro que no.

—Sí, claro que sí.

Me arriesgo a mirarla otra vez medio segundo.

—Conociste a muchos, ¿eh?

—He visto documentales. El punto es que siempre fuiste agradable, pero siempre era como si fueras agradable porque en el fondo sabías que el mundo era una broma y la muerte es el remate del chiste.

—Vale, ahora me estás haciendo sonar como un maldito asesino en serie. —Lo que supongo, para ser honesto, que sería otra cosa más que Jonathan y yo tenemos en común.

—Hicimos una apuesta sobre eso. Con Amjad.

—¿Qué?

—Antes de que descubriéramos que eras gay, apostamos sobre cuántas esposas tenías enterradas debajo del suelo de tu casa.

Mis manos aprietan con fuerza el volante.

—Disculpa, los gays también pueden ser asesinos en serie.

—Sí, pero especular sobre cuántos novios tenías enterrados debajo del suelo de tu casa era tenebroso. —Se queda pensativa durante un segundo—. Es extraño cómo funciona eso, ¿verdad?

Sacudo la cabeza.

—No puedo creer que esté escuchando esto.

—No digo que no fueras amable en el trabajo y me alegra mucho que hayas ido a Londres e hicieras toda esta —sacude las manos otra vez— mierda objetivamente absurda para salvar nuestros trabajos. Pero solo digo que, si *hubieras* resultado tener dieciséis cadáveres amontonados en el sótano de tu casa, habríamos superado la conmoción bastante rápido.

—Es una estupidez.

—Has estado mejor últimamente, claro —agrega.

—Solo lo dices porque quieres una referencia.

—No, en serio, creo que fingir amnesia te hizo bien.

A lo lejos, vemos las luces de un Welcome Break y, como estoy empezando a sentir que me vendría bien un descanso, entro con la camioneta.

—Solo para que lo sepas —le digo a Tiff—, *iba* a comprarte un batido, pero creo que ya no lo haré.

—Bien. —Esboza una sonrisa—. Seguro que lo ibas a envenenar de todos modos.

QUINTA PARTE

Contar la verdad y decir adiós





CAPÍTULO TREINTA Y DOS

El resto del viaje pasa tan bien como puede pasar un viaje largo con alguien que solo conoces del trabajo, y llego a casa por la noche (mierda, ¿cuándo empecé a llamar «casa» a la mansión de millonario de Jonathan Forest?), a un lugar lleno de ruidos y luces y caos y es… sí. Vale la pena acostumbrarse y creo que me estoy acostumbrando. Además, Jonathan está tan contento de verme como puede estarlo sin poner a su familia completamente en alerta, y creo que también vale la pena acostumbrarse a eso.

Al día siguiente nos tomamos el desayuno habitual y luego, cuando Jonathan se va al trabajo, paso a buscar a Tiff por el hotel barato en el que la dejé e intento que no parezca que estoy teniendo una aventura incongruente con una decoradora de fiestas.

La llevo al lugar del evento y, si soy sincero, empiezo a sentirme… «pesimista» no es precisamente la palabra, pero al menos abierto a la posibilidad de estar en una enorme caída. Porque mientras cargo las cajas hacia el laberinto de habitaciones y pasillos donde decidimos tener nuestra fiesta de Navidad, no puedo evitar sentir que es solo un sótano oscuro de Shoreditch y que, cuando la gente empiece a llegar de otros lugares, seguirá siendo un sótano oscuro de Shoreditch. Y entonces este será el año en el que Jonathan decida tener la fiesta de Navidad en un sótano oscuro de Shoreditch, que estará por debajo de «un barco» en la lista de lugares que ninguna persona sensata elegiría para celebrar una fiesta de Navidad.

Pero a medida que las horas (y son horas; resulta que convertir un sótano en un mundo de maravillas es un trabajo lento) pasan, empiezo a verlo. Y soy consciente de que Tiff lo vio claramente desde el principio. Con las luces, los adornos lo suficientemente incongruentes y los pequeños ornamentos colocados en todos los estantes vacíos y los extraños recovecos que había

visto la primera vez que vine, empieza a verse mágico a pura fuerza de terquedad. Porque una vez que notas que alguien se tomó la molestia de esconder pequeños renos de mimbre entre dos ladrillos en un pequeño clasificador en desuso, tienes que asumir que significa algo.

Para cuando dan las siete en punto, estoy bastante hecho polvo, y si apareciera el hada del autocuidado ahora y me dijera «está bien, Sam, puedes ir a la cama y todo irá bien», diría «gracias a Dios» y me desplomaría justo delante de ellos. Pero el hada del autocuidado no es real. Entonces le digo a Tiff que ha hecho un trabajo increíble y salgo para encontrarme con Jonathan, que técnicamente es el anfitrión.

La sincronización es increíble. Tiff se va hacia un lado de la calle para encontrarse con la gente de Sheffield y yo me encuentro con Jonathan que viene de la dirección contraria. Como Croydon está cerca, no tuvo que organizar un convoy y entonces puede llegar solo, que es lo que hizo, y temprano, que también es lo que hizo.

Como todo esto es una cosa del trabajo, lo recibo de una manera relativamente profesional, lo que significa que le doy un abrazo, no un beso.

—Sé que estás preocupado —le digo—, pero todo ha quedado bastante bien.

—Te creo —contesta, y suena extrañamente sincero. Como si fuera algo importante. Lo cual supongo que, viniendo de él, lo es, porque confiar en otras personas es una de las doce cosas menos favoritas de Jonathan Forest.

Claro que el impacto de su gran momento sincero, de confío-en-ti, queda levemente interrumpido cuando lo llevo hacia el lugar y mira todo lo que hizo Tiff: luces suaves en una variedad de colores, suficiente cantidad de adornos como para hacerte olvidar que estás en un sótano hasta que lo recuerdas de una manera agradable. Y entonces suelta el suspiro más largo en la historia de los suspiros y dice:

—Ah, mierda, gracias a Dios.

—Creí que dijiste que me creías.

—Lo hacía —miente—. De verdad. Es solo que… tienes que admitir que, dado el tema del presupuesto, era algo impredecible.

Asiento con timidez.

—Sí, supongo.

Recorremos el resto del lugar: una habitación para el bufet, una habitación donde estará el DJ para bailar, con varias habitaciones conectadas con sistemas de audio y otras habitaciones con *menos* sonido para tener un lugar donde hablar si quieres. Es bastante grande y complejo, y, para cuando dejamos de recorrerlo, la gente de la sucursal de Leeds empieza a llegar y Jonathan tiene que cambiar a su modo altamente específico de «jefe intentando verse relajado», que es lo bastante doloroso para todos los involucrados. Tan doloroso, de hecho, que lo dejo solo.

Debo haber hecho algo bien porque la fiesta empieza a llenarse bastante rápido. A la gente de

Leeds enseguida le sigue el primer grupo de Croydon, los que ya sea que tenían miedo de llegar tarde o estaban determinados a impresionar a su jefe, es decir, los equivalentes locales al nuevo y entusiasta Chris. Después llega Sheffield, en masa, y el resto de Croydon elegantemente tarde como siempre hace la gente que vive cerca a esta clase de cosas.

Por un rato, tan solo recorro el lugar, intentando deleitarme con un trabajo bien hecho. Saludo a algunas personas, pero hay una extraña sensación de intromisión, sabiendo que no estaré aquí el próximo año o, si lo llego a estar, seré el invitado de Jonathan. Y ese es un pensamiento con el que no sé qué hacer. Al otro lado del salón, lo veo manteniendo una conversación insoportable con alguien de otra sucursal. No debería ser la clase de cosa que te da ganas de querer acercarte o de cogerle la mano, o algo parecido, pero es así. Desafortunadamente, al estar medio despedido, al haber dimitido completamente, y al estar un poco más alejado de fingir amnesia de lo que me gustaría, no tengo las pelotas para hacerlo.

En la habitación siguiente, encuentro a la alta y honesta Pam, la encargada de Leeds, felicitando a Claire por reemplazarme finalmente, y no parece una conversación en la que yo pueda añadir algo de valor. En un rincón, Amjad está en medio de un muy muy largo debate con un tipo que no conozco. Y esa tampoco parece ser una conversación en la que yo pueda añadir algo de valor, pero me termina succionando de todos modos.

—… es básico —concluye el tipo con un leve acento de Leeds.

—No soy básico —insiste Amjad—. El hecho de que todos los que vale la pena escuchar estén de acuerdo conmigo no me vuelve *básico*, me hace tener *razón*… Mira, Sam, ¿puedes echarme una mano?

Me acerco sin mucho entusiasmo.

—No voy a saber cómo puedo echar una mano, ¿verdad?

—Solo repite después de mí —dice con una mirada abrumadoramente seria—. *No tiene puto sentido que Malekith resultara ser el verdadero Rey Fénix.*

No he entendido ninguna de esas palabras, pero hago mi mejor esfuerzo.

—¿Por qué discutís sobre el villano de *Thor*?

Amjad y el tipo de Leeds con el que está discutiendo me miran como si les hubiera escupido en la cara y hubiera llamado zorras a sus madres.

—¿No estáis discutiendo sobre eso? —pregunto.

—No —dicen los dos a la vez.

—Ves lo que tengo que soportar —dice Amjad.

—Es horrible —dice el tipo de Leeds, suspirando—. Estaba hablando con Pam sobre *El señor de los anillos* el otro día, y ¿sabes lo que dijo?

Amjad lo mira con un profundo dolor compartido.

—¿Deberían haber usado las águilas para volar hasta Mordor?

Mientras se lamentan por eso, me retiro y vuelvo a recorrer el lugar. Es agradable ver a todos, y la verdad parecen estar pasándolo genuinamente bien, o al menos mejor que la última vez en los últimos años, pero mi sensación de intromisión se ha asentado en saber que no pertenezco aquí. Por supuesto, también es demasiado pronto para decir que pertenezco al lado de Jonathan, solo que preferiría estar ahí antes que aquí. Y por ahí me refiero a estar en su sofá cómodo, viendo cómo intenta fingir que no se pasó la última hora haciendo que Gollum persiguiera una ratita en un cordel.

Es un pensamiento reconfortante, y me permito disfrutarlo. Me lo permito tanto que paso casi veinte minutos revisando mi álbum mental de fotos adorables de Jonathan. Y resulta que tengo muchas, incluso si tiene el ceño fruncido en la mayoría. Excepto que, mientras llego al final de la carpeta, empiezo a ser consciente de que mucha gente… me está mirando, y no solo en plan «¿por qué ese idiota está parado en un rincón con una expresión turbia?». Y probablemente no sea nada, probablemente solo dicen «ah, es el tipo que organizó esto, parece un buen tipo». Y luego la chica de Croydon me levanta el maldito pulgar, lo que me sienta mucho peor de lo que se tiene que sentir que te levanten el pulgar, porque uno no le levanta el pulgar a alguien para decir «buen trabajo con esta fiesta de Navidad apenas mejor que el promedio para la oficina».

Ah, mierda. Espero que no sea lo que creo que es.

—Disculpa —digo—. Pero ¿puedo preguntarte por qué me levantas el pulgar?

—Solo, ya sabes —no me explica—, bien por ti.

Su tono conspirador refuerza mi sospecha de que no me está felicitando por mi elección experta de decoración.

—¿Bien por mí por qué?

Me da un empujoncito con el codo.

—Por ganarle al príncipe de Imbecilvania.

Mierda. Mierda probable.

—¿Ganarle *cómo*?

—Bueno, lo que escuché —dice, aunque en este momento está intentando complacerme— es que Jonathan te estaba amenazando con despedir a todo tu equipo, entonces tú fingiste tener amnesia y…

Mierda confirmada.

—¿Quién te lo dijo?

—Todo bien. —Sonríe de una manera que desearía que no estuviera sonriendo—. Ninguno de nosotros le dirá nada a *él*.

Esto no me tranquiliza. La tranquilidad no va a llegar. Estoy inequívocamente intranquilo.

—¿*Nosotros* quiénes?

Se lo piensa demasiado tiempo, demasiado.

—Bueno, yo se lo escuché a Agnes, que se lo escuchó a Jim, que se lo escuchó a Mickey, que se lo escuchó a Liam…

No la dejo terminar. Me voy y empiezo a correr por todo el lugar como un galgo. No estoy seguro de qué intento lograr, pero creo que, si me quedo quieto, voy a tener un maldito colapso. Porque no hay manera de que esto no llegue a Jonathan y cuando lo haga…

Ni siquiera puedo pensar en eso.

Por desesperación o por una necesidad masoquista de recordarme a mí mismo lo jodido que estoy, empiezo a detener a gente al azar y a preguntarles si han oído algo, lo que no solo me hace quedar horrible en la fiesta, sino que también probablemente lo empeore todo, porque significa que los que *no* saben, y hay algunos, aunque no tantos, ahora saben que hay *algo* que tienen que saber y entonces hay una gran posibilidad de que lo descubran más tarde.

Veo a Liam, el tipo de Croydon que había estado ahí cuando se me cayó encima la Nexa de MERLYN de ocho milímetros con puerta corrediza y, sin aliento, y un poco incoherente, le pregunto de dónde escuchó lo que escuchó.

Para mi inmensa frustración, se encoge de hombros como si no fuera la gran cosa.

—Es algo que se sabe —dijo—. Pero no te preocupes. Todos creen que eres genial.

Si mi preocupación principal hubiera sido que las personas de las sucursales de Croydon y Leeds creen que soy genial, eso habría sido de gran ayuda. Pero no lo es. Me alejo de Liam y, al otro lado de un espacio de fiesta artísticamente lóbrego, iluminado solo por guirnaldas de luces, veo a Brian. Se está acercando a la mesa del bufet y corro a saludarlo.

—Brian —intento no parecer enfadado y, afortunadamente, estoy tan en pánico que solo sueno aterrado—. ¿Qué dijiste y a quién se lo dijiste?

—Bueno, tuve una charla estupenda con Jill de Leeds sobre un nuevo polvo para los pies que se compró y…

Fue culpa mía. Debería haber sido más específico.

—Sobre la amnesia.

Sonríe.

—No te preocupes, Sam. Recordé no decirle ni una palabra a Jonathan.

Ah. Cierto. También debería haber sido más específico sobre eso.

—¿Y a nadie más? —pregunto con un tono casi esperanzado.

—Ah, fui muy discreto —me asegura—. Solo se lo mencioné a una o dos personas, y me dijeron que no le dirían nada al señor Forest.

Entonces, se acabó. Quiero decir, sabía que se había acabado. Pero ahora se acabó de una manera definitiva. Porque alguien se olvidará y se lo contará a Jonathan. O decidirá que el jefe tiene derecho a saber que jugaron con él y se lo contarán. Y si es lo segundo, no estoy seguro de poder culparlos. Debería haberle contado la verdad hace varias semanas. Es solo que estaba

asustado de perderlo todo otra vez. Y ahora voy a perderlo igual. A él. Voy a perderlo a él.

Siento ese sudor frío humedecer mi traje mientras busco a Jonathan. En este momento, no creo que llegar antes que los demás suponga una mínima diferencia, pero ¿qué más puedo hacer?

Entonces aquí estoy, corriendo en ese sótano hermosamente decorado, sorprendentemente navideño, que se vuelve cada vez más claustrofóbico y confuso en Shoreditch como si estuviera en una especie de pesadilla festiva en la que todos mis colegas del trabajo hacen sus cameos.

Después de no sé cuánto tiempo, entro en una de las pequeñas habitaciones laterales y por fin veo a Jonathan. Está hablando con la alta y honesta Pam. Y si hay alguien que decidiría, por razones perfectamente honestas, que Jonathan Forest tiene el derecho a saber que no tengo amnesia, esa sería la alta y honesta Pam.

Ella parece realmente muy honesta.

No me acerco como en cámara lenta, pero sí me vuelvo muy muy consciente de todo lo que sucede a mi alrededor. El DJ está poniendo Slade y al otro lado de la pista de baile veo la expresión de Jonathan pasar de ese entusiasmo amable que los jefes adoptan al hablar con el personal a una suerte de incertidumbre de puedes-repetir-eso. Luego Pam repite lo que sea que haya dicho y él se muestra… no como hubiera esperado. Esperaba verlo furioso. Esperaba que se enfureciera como había hecho cuando le dije que no se tomaba bien las críticas. Pero simplemente parece como si nada.

Por los altavoces, Noddy Holder le está gritando «iiiiiiiiiiiit's Chriiiiiiiiiiiistmaaaaaaaas» a todos y al otro lado de la habitación Jonathan Forest se aleja de Pam y me mira directamente a mí. Me mira a mí, pero no me ve o no parece hacerlo.

Y de repente, me siento desconectado. Como si no estuviera realmente aquí. Como si él no estuviera realmente aquí. No estoy seguro, pero creo que extiendo una mano hacia él.

Pero ya se está alejando.

***

Si bien sé que Jonathan Forest puede armar un berrinche descomunal cuando quiere, también sé que no hay nada que se tome más en serio que su trabajo, así que no puede haber ido muy lejos. Apuesto que no pasó de la acera y es, justamente, donde resulta estar. Tiene las manos en los bolsillos y mira al cielo como si intentara contar las estrellas.

—Tengo que admitirlo, Sam —dice sin mirarme—. Funcionó.

No hay una respuesta posible que pueda darle a eso.

—Querías conservar tu trabajo y lo conservaste. Al menos, hasta que te fueras con tus propios términos. Querías salvar a tu sucursal y a tu equipo, y los salvaste. Y, claro, lo más importante de todo, querías bajarle los humos a Su Cretina Majestad.

No sé qué es peor: que piense eso o que, en parte, tenga razón.

—No quería…

—Claro que sí.

—Yo…

—Por favor, Sam, no lo hagas.

Resulta que no estoy muy acostumbrado a que Jonathan Forest diga «por favor». Resulta que me gusta menos de lo que creí que me gustaría. Hay tanto que quiero, que necesito, decirle. Pero intentar hacerlo después de que me dijera que no lo hiciera sería egoísta. Y ya hice suficiente. Desafortunadamente, esto significa que nos quedamos parados ahí en silencio en la puerta de un lugar para eventos excesivamente caro en Shoreditch.

Finalmente, Jonathan dice:

—La sucursal de Croydon me llama el príncipe de Imbecilvania.

—Lo sé —confieso.

—Leeds solo dice Idiota Forest. —Se encoge de hombros—. Me parece que le falta creatividad.

Es muy tarde en el día para empatizar, pero intento hacerlo de todos modos.

—Lo siento. Debe ser un asco para ti.

Sigue sin moverse. Parece una estatua llamada Sam, lo has jodido todo.

—Soy el jefe. Gajes del oficio. Lo único que ha cambiado es que no solía molestarme.

No estoy estrictamente seguro de que sea verdad. Porque solía enfadarse bastante cuando Claire lo llamaba Su Cretina Majestad. Pero bueno, supongo que reaccionar enfadado no es lo mismo que reaccionar dolido.

—Solo son personas que trabajan para ti —digo, siendo muy muy sensible por la ironía de ser yo quien esté diciendo eso—. No importa lo que piensen.

Frunce el ceño sin apartar la vista del espacio por un momento. Luego finalmente me mira, con esta cuidadosa inexpresividad que es en su propio sentido devastadora.

—Sí importa lo que tú pienses.

Debería haber estado preparado para eso, pero no lo estoy. Y me quita todo el aire. Me hace sentir como un pedazo de mierda.

—Lo que pienso es… Lo que intenté resolver el último mes, supongo. Y es que quién eres como jefe y quién eres como persona son dos cosas diferentes.

—Si eso fuera verdad, me habrías contado lo que estaba pasando. —Parpadea de esa manera tensa, como cuando intentas evitar llorar—. Si eso fuera verdad, habrías confiado en mí.

—Lo habría hecho —digo, un poco desesperado—. Pero estaba asustado y confundido y… y sé que esto probablemente no sea lo indicado para decir ahora, pero de verdad tenía una conmoción.

—Pero ¿me recordabas?

Un londinense que pasa caminando hace un ruido frustrado mientras pasa entre nosotros.

—Sí —digo—. Y no quería… no… no quería mentirte. Me enredé. Y no estaba intentando engañarte. Solo necesitaba tiempo para… No sé. Arreglar las cosas. —Me arriesgo a dar un paso hacia Jonathan. No retrocede precisamente, pero se mantiene muy rígido. Nunca había considerado que un par de baldosas pudieran parecer tan lejanas—. Pero entonces te conocí más y… —Por Dios, lo estoy estropeando—. Y… —Presiono, ya sabiendo que probablemente no tenga sentido—. De verdad… tú… me gustas. Eso no fue parte de… lo otro. Eso fue… eso fue real.

No se puede tener silencio en Londres. Pero hay silencio entre nosotros y es lo suficientemente enorme como para tragarse a la ciudad entera. Entonces Jonathan simplemente dice:

—Lo sé.

Que debería ser algo bueno. Pero no lo dice como algo bueno. La parte de mí que se está aferrando a un clavo al rojo vivo, sin embargo, no lo suelta.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Me gustas, yo te gusto, ya no trabajo para ti. Cometí un error y lo lamento, pero no es un error que vaya a cometer de nuevo.

—Te gusto —repite Jonathan como una sentencia de muerte—, pero no lo suficiente. —Pasa una mano por su cabello, su mechón blanco pasa entre sus dedos de la manera en que, unas noches atrás, pasó entre los míos—. Eres la persona que pensó lo mejor de mí… que más cerca estuvo de entenderme… que me hizo sentir que no era… que no era imposible de… que no era imposible. Pero todo este tiempo, en el fondo, cuando importó, lo único que veías era al cretino de tu jefe.

—No es así como te veo —le digo. Porque no es así. No es así desde hace un tiempo.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí, Sam? —Sigue sin parecer enfadado. En cierto modo, desearía que se enfadara. Desearía que me gritara y que se me cayera encima otra Nexa de MERLYN de ocho milímetros con puerta corrediza y volviéramos a intentar todo esto—. Lo único que tenías que hacer era ser honesto conmigo. Pero, en cambio, me tomaste por idiota.

—Sí, pero también a mí mismo. —Empiezo a odiar estas dos baldosas—. Eres lo mejor que me ha pasado en años.

Suelta uno de sus resoplidos menos placenteros.

—Mis condolencias.

Se está comportando como un cabrón, y tiene una razón para hacerlo, pero aun así me afecta en algún lugar sensible.

—No digas eso. No puedo soportarlo ahora mismo.

—Y se supone que yo tengo que soportar —hace un gesto de «todo esto a la vez»— esto.

—Solo estoy tratando de pedir perdón y de decir que me importas. Y odio la idea de haberlo

arruinado todo por… por nada.

—Yo también. Pero lo hiciste.

Bueno, eso parece jodidamente definitivo.

—Por favor, no hagas esto —empiezo a suplicarle y a quién le importa—. No sé. Por favor, no lo hagas. Solo necesito…

—¿Tiempo? —pregunta Jonathan. Y suena horriblemente triste.

—¿Una oportunidad? —intento.

—Sam —dice—. Estarás bien. Dale una semana y te olvidarás completamente de mí.

Me duele.

—No lo haré. No podría.

Pero Jonathan solo sacude la cabeza.

—Esto nunca habría funcionado. Yo soy demasiado… tú eres demasiado… Esto ha sido demasiado.

Y ahí es cuando sé que realmente se acabó. Porque no puedes tomarte a la ligera un beso con un hombre como Jonathan Forest. Y tampoco puedes lastimarlo sin consecuencias.



CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Empieza a llover mientras me voy caminando y estoy a mitad de camino de la parada del autobús cuando recuerdo que traje una camioneta y voy de camino hacia la camioneta cuando me percato de que estoy llorando y mi cara no está húmeda solo por el clima. Afortunadamente (bueno, afortunadamente por cómo salieron las cosas y no por estar en el mundo en el que me metió Brian), si bien dejé atrás mi chaqueta, todo el equipaje que necesito para volver al vacío que llamo vida está en los bolsillos de mis pantalones. Y con «todo» me refiero a mis llaves y mi teléfono. E incluso el teléfono es opcional.

Dejé la camioneta en un aparcamiento de larga estancia, no muy lejos del salón, aunque la estancia resulta ser mucho menos larga de lo que tenía pensado. Y estoy tan hecho trizas por lo de Jonathan que ni siquiera me detengo a sentirme doblemente destrozado por el *Becker e Hijo* de la camioneta. Que se supone que es una de esas pequeñas bendiciones por las que tienes que estar agradecido.

Abro la puerta, entro y empiezo a conducir.

Lo primero de lo que me doy cuenta es lo frío, húmedo y destrozado que estoy. El tema con caminar bajo la lluvia es que, en cierta medida, estás en armonía con el clima, así que, incluso si está un poco fresco, es soportable. Pero en el momento en que dejas de estar bombardeado por el agua del cielo y estás en un lugar menos cálido y acogedor de lo que podría ser, empiezas a sentir de verdad todas las maneras en las que estás temblando y cómo tu ropa está pegada en lugares en donde no debería estar pegada y metiéndose en lugares donde no debería meterse.

Lo segundo de lo que me doy cuenta es que no tengo ni idea de hacia dónde voy.

Quiero decir, sí. Obviamente. A largo plazo, tengo que volver a Croydon a buscar mi ropa y

mi gato (aunque quizás no esto último, quizás debería dejar que Jonathan se quede con el pequeño bastardo), y una vez que haga eso, tengo que volver a Sheffield, donde pertenezco.

Donde acabo de renunciar a mi trabajo.

Donde no era muy bueno en el trabajo al que renuncié de todos modos.

Donde nunca pertenecí en primer lugar.

Ahora estoy conduciendo en círculos, yendo de un lado a otro por Finsbury Circus, mirando todas esas casas londinenses enormes, intimidantes, arquetípicas, que se elevan cinco o seis pisos por encima de mí.

«Bueno, Samsagas Eoin Becker, tomaste algunas decisiones de mierda».

Esperando sentirme al menos como si estuviera yendo a algún lugar en vez de a la nada, empiezo a conducir en la dirección que creo que es el sur. Si bien ya pasó la hora punta, a Londres no le importa y el tráfico sigue estando tan atascado que tardo más de una hora en llegar a Croydon. Después, una vez que estoy allí, tardo otros veinte minutos en armarme de valor para entrar en la casa. Enfrentarme a Jonathan ya fue lo suficientemente malo, enfrentarme a toda su familia va a ser una carnicería. O sea, ¿qué les voy a decir? «Hola, Jonathan me ha dejado porque la verdad es que no tengo amnesia y no tuve las pelotas para hablar con él como cualquier ser humano en su sano juicio hubiera hecho».

Aparco la camioneta y me acerco lentamente a la puerta de la casa de Jonathan, esperando haber dudado lo suficiente como para que todos ya estén en la cama. Y casi funciona, excepto que encuentro a Wendy en la cocina con un salto de cama azul con rosas blancas y un par de zapatillas de regalo que tienen pequeñas focas leopardo en la punta.

—Hola, cariño —me saluda, aunque desearía que no lo hiciera—. No esperaba que volvieras.

—No —digo.

Aunque no digo mucho, Wendy suma dos más dos muy rápido.

—¿Dónde está Jonathan?

—Sigue en la fiesta. Yo… nosotros… Mira, no hay una manera fácil de decir esto, pero no tengo amnesia.

—Ah. —Mete las manos en los bolsillos de su salto de cama—. ¿Quieres una taza de té?

—¿No me has oído?

Pone la tetera al fuego.

—Bueno —dice—. No diré que no estoy confundida, pero, por cómo lo veo, lo que recuerdas es problema tuyo y todos tenemos cosas que preferiríamos olvidar. —Pone dos saquitos de té en dos tazas, vierte agua caliente y leche en cada una y luego las coloca, aún con los saquitos, sobre la mesa de la cocina. Después toma un plato y una cuchara para sacar el saquito cuando esté listo.

Cojo el té como por reflejo, aunque no se me ocurre que podría, ya sabes, no hacerlo.

—Sí, pero he hecho mucho daño a Jonathan.

—Bueno. —Ese «bueno» se queda flotando durante un rato y luego añade—: Eso es entre vosotros dos, ¿no crees? Siempre ha sido una persona sensible.

Estoy a punto de decir que no estoy seguro de que estemos hablando del mismo Jonathan, pero entonces me doy cuenta de que por supuesto que sí. Si no fuera sensible, no hubiera sido ni la mitad de cretino y yo no habría fastidiado tanto todo esto.

—Probablemente no debería estar aquí cuando regrese.

—¿Eso crees? —Es una táctica de madre. Quiere decir «te equivocas», pero sabe que decirlo directamente va a hacer que me ponga a la defensiva.

—Creo que es lo que él querría. Intenté pedirle disculpas, pero no funcionó.

Asiente, un poco tranquilizadora.

—No me sorprende. Estar enfadado siempre es más fácil que estar triste, en especial para los hombres.

—Pero no estaba enfadado. Solo triste.

—Ves —dice Wendy, picándome el brazo con un dedo—. Has sido bueno para él.

—Si hubiera sido bueno para él, no estaría enfadado ni triste.

Me mira como si dijera «¿eso crees?» con los ojos.

—No funciona de ese modo, Sam. Si vas por la vida esperando que los demás sientan lo que tú sientes que deberían sentir, vas a hacer que todo sea más difícil para ti.

Tardo un segundo en entenderlo, entonces digo «supongo» para llenar el vacío.

—No tienes que irte. —Arrastra su silla en mi dirección, deslizándola sobre el suelo de la cocina con un «burrdurr» de las patas de goma sobre la cerámica—. Jonathan lo va a entender.

—No creo que sea la clase de persona que lo entienda.

—Tampoco era la clase de persona que aceptaría que toda su familia viniera para Navidad y mira dónde estamos.

Intento no escuchar eso con mis oídos esperanzados. Porque, sin importar qué momento del año sea, ya dejé atrás lo de esperar milagros.

—No me parece bien quedarme. No después de… lo que hice.

—Estoy segura de que sabes lo que es mejor hacer. —Por supuesto que no está segura y yo tampoco lo estoy—. Pero seguro que no vas a conducir de regreso a Sheffield a estas horas de la noche.

Mierda, sinceramente no. Por muchas razones.

—Me las puedo arreglar.

—Sé que sabes qué es lo mejor —repite Wendy, bebiendo su té.

La miro desde el otro lado de la mesa.

—Sabes que sé de qué va este truco.

—¿Qué truco?

—Que tú me digas que apoyas mis decisiones para que empiece a dudar de mí y crea que estoy equivocado.

—Ah. —Con un tintineo, apoya la taza levemente a la izquierda del posavasos más cercano—. Ese truco.

Trago saliva con fuerza, intento prepararme psicológicamente para decir algunas cosas que no estoy seguro de si quiero decir.

—Sé que piensas que él estará bien —empiezo—, pero el asunto es que… creo que yo no. No sé cómo enfrentarlo.

Lo entiende. Me mira en silencio, comprensivamente, como nadie me mira desde que mi propia abuela se fue y en parte hace que se me seque la boca de una manera para la que no estoy preparado.

—Me parece justo —dice—. Hagamos algo.

Hacer algo, al parecer, es asegurarnos de que Gollum entre a su transportín y después intentar encontrar dónde rayos hay un hotel que acepte mascotas sin reserva en mitad de la noche. Dos cosas que toman más tiempo de lo normal.

—Bueno —dice Wendy, con esa expresión excesivamente satisfecha que tienen las madres cuando saben que te van a ofrecer exactamente lo que necesitas exactamente cuando lo necesitas —. Si no te molesta estar sin agua, puedes quedarte en nuestra casa.

—No podría —le digo, y de inmediato añado—: Quiero decir, puede ser, pero me sentiría mal.

—No seas tonto —me asegura. A su lado, Gollum suelta algunos gruñidos en su transportín—. Es lo mejor para todos. Además, alguien puede pasar a encender las luces para que los ladrones no sepan que no estamos.

—Mi madre solía pensar lo mismo —le digo—. Siendo sincero, a veces me pregunto si los ladrones se pasan tanto tiempo mirando las luces de las casas como creemos que lo hacen.

Se encoge de hombros.

—Bueno, lo único que puedo decir es que siempre dejo las luces encendidas y nunca me han robado. Así que debe servir de algo.

Mi té sigue caliente, así que no puedo bebérmelo de un trago, pero tomo un sorbo grande y luego dejo la taza.

—Debería… ya sabes.

—Sí —dice—, muy bien, cariño. —Me entrega mi bolso y mi mascota iracunda, y eso es todo. Me voy. Parado en la puerta miro una última vez la casa enorme, inútil, para nada vacía como solía estar en una parte agradable de Croydon.

Wendy me da un abrazo.

—Estamos en contacto, ¿de acuerdo?

—¿No sería un poco raro?

No parece importarle si lo es.

—Eres un muchacho agradable, Sam, lo cual es más de lo que puedo decir sobre la mayoría de los ex de Jonathan. Más de lo que puedo decir sobre Jonathan a veces.

—Aun así…

Me hace callar y luego me da un beso en la mejilla.

—Sabes dónde estamos si nos necesitas. Que tengas un buen viaje.

Y entonces me voy. Solo yo, mi gato y la camioneta de mi padre, listos para pasar la noche en la casa de los padres de mi novio durante un breve tiempo.

Fue dulce que Wendy me la ofreciera, pero, Dios mío, en la práctica es una mierda.

***

La casa de Les y Wendy está a solo trece minutos de la de Jonathan, pero es un estilo muy diferente de casa. Es una construcción de dos pisos y cuatro ambientes, dos arriba y dos abajo, con una terraza que probablemente fue construida para los trabajadores de las fábricas en la época victoriana o algo así. Entro, voy a servirme un vaso de agua y luego recuerdo que no hay. Pienso irme a dormir (para mi inmenso alivio tienen una habitación extra, lo que significa que no tengo que dormir en la cama de los padres de Jonathan), pero todavía estoy demasiado agitado como para siquiera cerrar los ojos. Entonces saco a Gollum y lo observo correr de un lado a otro como si estuviera buscando el tesoro perdido de un pirata, y me siento a descansar en la sala de estar y comedor, mientras intento no pensar en nada.

Fracaso.

Entonces me levanto, voy a la camioneta y regreso con un cortatubos, una sierra de mano, una lima de media caña, un poco de lana de acero y, bueno, al final digo a la mierda y cojo toda la caja de herramientas.

Localizar la tubería rota es bastante sencillo, está bajo el fregadero, justo al lado de la llave de paso, lo que facilita mucho el trabajo. Dejo correr lo que queda del agua en las tuberías, luego me tumbo en el suelo, corto el trozo que está roto, limo los bordes y pongo un acople. Una vez que termino de ajustarlo todo, lo aprieto todo bien, abro la llave de paso y trabajo terminado.

En los ocho segundos después de terminar el trabajo, paso por este extraño y emotivo tormento relacionado con la fontanería, como si me empezara a sentir satisfecho y sé que es porque he hecho algo útil, además de que tengo muchos buenos recuerdos asociados con la fontanería. Excepto que los buenos recuerdos pueden ser bastante difíciles a veces, razón por la cual hace mucho que no hago este tipo de trabajos. Pero… no lo son. No ahora. Y está bien hasta que recuerdo cómo la cagué con Jonathan. Y entonces vuelvo a acostarme en el suelo de la casa

de otra persona con la única persona cuya opinión me importa, pensando que soy una mierda mentirosa.

Y para empeorar las cosas, Gollum aparentemente ha decidido que le gusta más Jonathan que yo y, como los padres de Jonathan huelen más a Jonathan que yo, entonces se va a dormir al cuarto de Les y Wendy.

Haciendo una nota mental para pasar el rodillo quitapelusas por la cama antes de irme, lo dejo tranquilo.

Pero yo no paso una muy buena noche.



CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

En Nochebuena, me levanto temprano, vuelvo a meter a Gollum en su transportín y salgo al amanecer frío, gris y horriblemente ventoso de Croydon. Y me subo a la camioneta.

Salir de Londres siempre es difícil. No emocionalmente; emocionalmente Londres se puede ir a la mierda. Sino prácticamente. Estoy en el sur y quiero ir al norte, pero igualmente tengo que conducir al sur cerca de veinte minutos para tomar la M25, luego *rodear* toda la maldita ciudad durante casi una hora antes de siquiera empezar a alejarme de ella.

Me gustaría decir que siento algo parecido al alivio. Que la parte de mi vida que involucraba a Jonathan y la fiesta de Navidad y todo el asunto complicado de tener de verdad una conmoción y no tener de verdad amnesia y querer hacer lo correcto con todos y no hacer lo correcto con nadie y que todo se fuera a la total y absoluta mierda en el último segundo posible se desvanece en la distancia mientras avanzo a toda prisa por Watford Gap. Pero no. Todo sigue siendo una mierda.

Como me fui temprano, demasiado temprano probablemente, porque no dormí bien y no creo que sea una buena idea conducir, vuelvo a Sheffield apenas pasado el mediodía y me encuentro en medio de la ciudad en Nochebuena sin idea de adónde ir ni de qué se supone que debería hacer.

Voy a casa primero, dejo a Gollum, aunque ha estado fuera tanto tiempo que es como si se estuviera acostumbrando a un nuevo hogar otra vez. Y pensándolo bien, quizás debería haberme guardado una de esas camisetas de Jonathan para calmarlo.

—Lo siento —le digo, mientras hace un esfuerzo muy determinado a meterse en el espacio angosto detrás de la nevera—. Ya sé que te gustaba más él, pero ahora estás atrapado conmigo.

Me mira, sin entender, o posiblemente solo molesto; es difícil saberlo con cualquier gato, pero

mucho más difícil con uno que tiene la cara como Gollum.

Como está nervioso, me siento mal dejándolo solo, pero se mete en lugares donde yo no puedo meterme. Estar encerrado en un apartamento vacío, excepto por un gato, de ahora en adelante… No sé, hasta que consiga un trabajo, muera o tenga que salir a hacer la compra, supongo, es como una variante fría y húmeda del infierno. Además, los gatos no son animales gregarios; solo notará que no estoy cuando quiera algo.

Como no soy lo que mi madre llamaría una «persona coqueta», solo tengo una chaqueta y esa chaqueta está en un sótano en Shoreditch, o quizás en la caja de objetos perdidos en un lugar en Shoreditch, o, si tengo mucha mucha suerte, en las manos de algún miembro de mi equipo de camino a Sheffield, que podría haberla reconocido y olvidado de que no tienen ninguna manera de devolvérmela porque ya no trabajo con ellos. Sea como sea, hace que mi caminata por el centro sea increíblemente incómoda por el frío, lo que me parece desoladamente apropiado. Durante un rato, tolero esa sensación por un sentido erróneo de penitencia, pero al final digo «a la mierda» y me compro una chaqueta acolchada verde oliva de George at Asda.

Entre el frío, la tristeza y la nada, el día entero se escapa hasta que llego al punto en que me doy cuenta de que no he comido nada desde anoche y probablemente debería hacer algo al respecto. No sé con certeza qué ataque de desesperación masoquista me hace volver a Uncle Sams. Pienso en la manera en que me repito que solo quiero una hamburguesa, luego cuando estoy ahí me digo a mí mismo que es demasiado tarde para ir a algún otro lugar, aunque pasé por la puerta de al menos otros tres restaurantes.

Finalmente, admito que soy patético.

Me siento y pido una hamburguesa.

—Me gusta tu chaqueta —dice la camarera cuando me trae el pedido—. ¿Es nueva?

—Sí —digo—: veintitrés libras, George at Asda.

Si no fuera por la parte en la que tiene sabor a ceniza y miseria, sería una hamburguesa bastante decente. Pero es así. De todas maneras, dejo una propina generosa y finalmente regreso a casa.

Como no tengo nada que hacer el resto de la noche o, para que conste, el resto de mi vida, enciendo el televisor y navego por instinto hasta *Pointless* cuando me doy cuenta de que *incluso* eso me va a hacer recordar a Jonathan.

Pero a la mierda, estoy de bajón. Entonces me preparo para pasar un largo rato así. Quito *Pointless*, descargo UKTV Play y pongo *Auf Wiedersehen, Pet.*

Veo dos episodios completos antes de empezar a llorar por ninguna maldita razón.

***

Es Navidad y no tengo nada que hacer ni alguien con quién hacerlo, entonces visito a mi familia.

Una de las cosas engañosas sobre el norte, en especial cuando dejaste que te *londificara* un tipo gruñón de brazos peludos y cejas tupidas, es que empiezas a considerarlo todo como si fuera el mismo lugar, cuando en realidad es jodidamente enorme. Bueno, enorme para los estándares de Inglaterra, entiendo que los estadounidenses lo podrían ver diferente.

De cualquier manera, el viaje desde mi apartamento frío y vacío al lugar frío, vacío y apenas menos miserable de mis padres toma un poco más de dos horas si el tráfico acompaña.

Y ahí están. Justo donde los dejé.

Allerton es un cementerio agradable, en general. Verde y bien mantenido, y me gusta pensar que ahí es donde querrían estar si hubieran tenido remotamente la edad en la que empezaran a pensar que valdría la pena hacer planes para esa clase de cosas. Aunque no llegaron. En gran medida, habían estado haciendo planes para sus bodas de plata, lo que debería haber ocurrido dos semanas después de que los atropellara un idiota con un Bugatti camino a casa de su salida regular de viernes por la noche.

—Si es lo suficientemente bueno para Ken Dodd y Cilla Black —puedo imaginar decir a mi padre—, es bueno para mí.

Aunque nunca tuvo la oportunidad.

Están bastante cerca de Ken Dodd. Aunque tampoco fuera su clase de comediante. Mi abuelo era fan, aunque se fue hace un tiempo, al igual que mi abuela, con quien viví después. Fue su muerte lo que me hizo huir a Sheffield en primer lugar.

Entonces, ahí están todos en fila. Seis locos, mi madre y mi padre en el medio y sus padres a cada lado como si fueran la familia del novio y la novia en una boda. Que, en cierta medida… era la idea. Hay una razón por la que esa película de Hugh Grant tuviera un funeral, al igual que una línea torpe sobre la familia Partridge y algunos sombreros muy ridículos.

William Becker. Mary Becker. Thomas Becker. Louise Becker (era una mujer moderna, mi madre, pero era bastante raro que una mujer conservara su apellido cuando se casaba). Después de eso Bridget O’Brien, la última en irse, justo al lado de su hija, y Samuel O’Brien, que solía decirle a sus amigos que yo me llamaba así por él, aunque técnicamente no era el caso.

Está nevando.

Nunca nieva en Navidad. No tan al norte. Pero ahora está nevando. Y no creo realmente en Dios, pero si lo hiciera, pensaría que está tratando de jugarme una mala pasada. Eso o simplemente quería enseñarme una lección por ser demasiado orgulloso para traer mi chaqueta acolchada verde oliva.

—Bueno —digo a mis padres, y a mis cuatro abuelos—, aquí estoy ahora. Ha sido un mes bastante raro, si soy honesto.

No es solo Dios. Realmente no creo en muchas cosas, la verdad. Pero en momentos como este

desearía hacerlo. Desearía tanto hacerlo que me dan ganas de hablar con el cretino que haya inventado las reglas sobre que los hombres no lloran.

—Conocí a un tipo —sigo—. Bueno, conocí. Trabajaba para él desde hacía un par de años y, bueno, honestamente, no creo que os hubierais llevado bien. —Miro a mi abuelo William—. Vale, tú sí. Pero por lo que recuerdo, tú también eras un poco cretino cuando estabas con nosotros.

El viento arrecia, y me abrazo más fuerte a la chaqueta que no llevo puesta. Al menos tengo la bufanda de mi madre, aunque la eligió por cómo se veía y no por lo bien que espantaba el frío. Nunca fue una mujer práctica.

—El asunto es que —le digo al clan Becker-O'Brien— metí la pata. No sé muy bien en qué estaba pensando en ese momento, pero tampoco estoy muy seguro de qué debería haber hecho diferente además de… bueno… Mira, te culpo a ti por esto, papá, porque teníamos esa maldita película de Goldie Hawn en DVD y era una de tus favoritas. El asunto es que le dije que tenía amnesia.

Meto mis dedos en las mangas. Debería haber traído guantes. *Tengo* guantes. No lo pensé bien, lo que, dadas las circunstancias, podría ser más la historia de mi vida de lo que estoy dispuesto a admitir.

—Debes estar congelándote —dice una voz detrás de mí. Y si bien no creo en los fantasmas más de lo que creo en Dios, casi se me sale el alma de la boca porque, si bien es un cementerio bastante agradable y es temprano por la mañana y nada se ve tenebroso, *sigo* rodeado de gente muerta.

Cuando me doy la vuelta veo a Jonathan Forest. Está mirándome con cautela y no creo haberlo visto así antes. Pero eso es lo único que me resulta poco familiar en él. El resto podría haberlo completado sin siquiera girarme. La manera en que sus labios se curvan hacia abajo como si estuviera furioso, aunque en realidad no lo está. Esas cejas pesadas con las que, si fuera una clase diferente de hombre, habría hecho algo. El mechón de pelo que se ve incluso más blanco bajo la nieve. Tengo un poco de miedo de estar contento de verlo, pero no puedo evitarlo.

—Te olvidaste tu abrigo —dice, dándome mi chaqueta.

—Lo único que de verdad me olvidé. —Realmente espero que no sea demasiado pronto para hacer chistes al respecto.

—No me digas. —Avanza y me pone la chaqueta sobre los hombros. Y es como… ya sabes cuando entras del frío y no te quitas el abrigo de inmediato, y luego tu padre o tu abuelo dice que tienes que quitártelo ahora o no sentirás el beneficio cuando vuelvas a salir. Es eso, solo que a la inversa. Siento el beneficio más que nunca antes en mi vida.

Lo miro, luego miro la chaqueta, luego miro el cementerio en una ciudad en la que, por lo que sé, Jonathan nunca estuvo.

—¿Qué haces aquí?

Sus orejas se ponen un poco rojas.

—Ya te lo dije. Te olvidaste tu abrigo.

—¿Y eso te hizo venir aleatoriamente a este cementerio en Liverpool?

—No. Me hizo ir a Sheffield. Darme cuenta de que no estabas ahí. Y luego… —Sus orejas se ponen todavía más rojas—. Bueno, instalé un rastreador en tu teléfono.

Ah, es cierto. De todas las cosas arbitrarias, controladoras y de hecho dulces que hizo, esa probablemente fue la más arbitraria, controladora y de hecho un poco dulce.

—Sí, recuérdame apagarlo.

—Te pareció bien en su momento.

—Sí, pero he tomado malas decisiones últimamente.

Aparta la mirada.

—¿Yo fui una de esas malas decisiones?

—No —contesto, más rápido de lo que cualquier ser humano haya respondido nunca—. Mierda, no. Quiero decir, tomé malas decisiones que empeoraron las cosas contigo y desearía no haberlo hecho. Y desearía poder… pero no puedo.

—¿Y por eso te fuiste?

No suena acusador. No suena a nada. Lo cual es algo en sí mismo.

—No querías tener nada que ver conmigo, Jonathan. Ni siquiera me dejaste pedirte perdón.

—Pero no quería que te fueras. —Se gira hacia mí. La nieve sigue cayendo y empieza a asentarse, convirtiendo el suelo del mismo color que el cielo, y haciendo que Jonathan parezca lo único real en todo el lugar—. Me sorprendió. Y en un evento del trabajo. Y no estaba preparado para que tú… tú…

—¿Fingiera tener amnesia? —pregunto—. Para ser honesto, no es la clase de cosa para la que la gente está preparada en general.

Su mirada se oscurece y se ve firme.

—Para que me hicieras daño.

Es casi lo peor que alguien te puede decir. Porque no puedes lastimar a nadie a menos que le importes a esa persona. Y no deberías hacerlo si es así.

—De verdad —digo—, lo siento mucho.

—Lo sé.

—Y no estaba fingiendo que me gustaras.

—También lo sé. —Traga saliva chasqueando la lengua—. Después de todo, claramente tienes un gusto horrible.

—Eh. Claro que no.

—Conocí a tu gato.

—Amas a mi gato.

Jonathan se aclara la garganta.

—Supongo que sí. Y supongo que parte de la razón por la que estoy aquí sea, bueno, que quizás me gustaría volver a tener a tu gato en mi vida. Porque nunca quise que tu gato sintiera que se tenía que ir.

Esto es lo más cerca que voy a tener a Jonathan Forest de pedirme que me quede. ¿Y sabes qué? No me molesta.

—El gato estaba realmente triste por haberte decepcionado —digo—. Y se esforzará más confiando en ti en el futuro.

—De verdad entiendo por qué él… —dice Jonathan y parpadea, como si acabara de darse cuenta de en qué está participando—. Esto es absurdo. Por qué actuaste como lo hiciste. Y si bien no me pone… supercontento, no creo que quiera perderte por eso.

El hecho de que haya conducido seis horas la mañana del día de Navidad probablemente debería haberme hecho entender la posibilidad de que quizás estaría dispuesto a darme una segunda oportunidad. Pero escucharlo decirlo, en especial cuando estaba tan convencido de que se había acabado, me desconcierta un poco.

—¿De verdad?

—Sí, Sam, de verdad. Y hace mucho frío y estoy muy nervioso y te eché de menos más de lo que debería en las últimas treinta y siete horas, así que si puedes responder algo, te lo agradecería.

Mi respuesta es obviamente sí. Pero mi cabeza está revuelta por todas partes y me asusta decir la palabra en caso de que todo se rompa. Entonces, en su lugar, lo beso. Y enseguida me rodea con sus brazos, y está nevando, y es Navidad, y estamos en un maldito cementerio y yo tengo una chaqueta que no es adecuada porque solo está encima de mis hombros y mis dedos se están congelando y… cuando nos separamos, me doy cuenta de que estoy llorando, o sea, mucho.

—Lo siento —digo, honestamente, con muy poca claridad y absolutamente cero dignidad—. Estoy un poco… Es demasiado.

—Ahora que lo pienso, creo que debería haber esperado a… —dice Jonathan, secando algunas pocas lágrimas de mis mejillas. Me pregunto si llegará el día en el que deje de sorprenderme lo tierno que puede ser—. ¿A que no estuvieras en un cementerio?

Niego con la cabeza.

—No. Me… alegra que estés aquí. —Y como la realidad es que no hay una muy buena manera de presentarle a tu familia muerta, cojo su mano y lo acerco a las tumbas—. Ellos son… Quiero decir… parte de la razón por la que yo… Ya sé que debería haber sido claro contigo, pero no era solo el trabajo, sabes. Era… era esto. Como cuando me preguntaste si tenía a alguien que me estuviera esperando, dónde estaba mi familia y todo eso, fue mucho más fácil decir que no lo

recordaba. Porque entonces no tenía que hacerlo.

No dice nada. Simplemente asiente. Su mano en la mía es como una pequeña bola de calidez cuando todo el mundo alrededor está tan frío.

—Un accidente de coche —le explico—. Hace algunos años.

Estamos lado a lado ahora, de pie frente a ellos, observando cómo la nieve se acumula sobre las lápidas.

—¿Quieres hablarme de ellos? —pregunta.

Y resulta que, al final, sí.



EPÍLOGO

Ya vuelve a ser Navidad.

—¿Por qué no le hiciste las cruces a las coles? —pregunta la abuela Barb.

—Porque no hay que hacerlo —responde Jonathan—. BJ, por una vez en tu vida, puedes ayudarme. No hace falta hacerles cruces a las coles.

—Me duele admitirlo —dice—, pero tiene razón.

Las cosas estuvieron bien el último año. Al final, sí nos tomó un tiempo superar todo el asunto de fingir amnesia…

—¿Quién se ha terminado la salsa? —El abuelo Del está mirando una salsera vacía con una ira francamente desproporcionada—. No me llegué a servir nada.

—Claro que sí. —La tía Jack señala su plato con el tenedor—. Ahí está. Es solo que las patatas la absorbieron toda.

… pero al final llegamos. Y ahora podemos reírnos de eso. Así como nos reímos sobre la vez que Jonathan amenazó con despedirme a mí y a todo mi equipo semanas antes de Navidad. Creo que ayuda que los dos seamos personas horribles.

Al otro lado de la mesa, Ralph lee un chiste de una galleta.

—¿Qué coche usa Santa Claus?

—Un Re… —empieza Barbara Jane, pero Nana Pauline la señala con un dedo.

—Nada de adivinar. Barb, dile que no tiene que adivinarlo.

—No tienes que adivinarlo —coincide la abuela Barb—. No sé qué les pasa a los jóvenes de hoy.

—Se creen que lo saben todo —dice Nana Pauline, girándose hacia Ralph—. ¿Verdad?, se creen que lo saben todo.

—Sí —coincide Ralph y, de hecho, todos los que tienen más de sesenta años.

Barbara Jane pone los ojos en blanco.

—No creo que lo sepa *todo*. Es solo que creo que sé la respuesta a un chiste navideño viejo.

Desde que estoy con Jonathan, me he acostumbrado mucho a esta dinámica. Sigo sin ser parte como todos los demás, pero algunos de ellos me llevan una ventaja de cincuenta años y yo definitivamente ya llegaré ahí.

—Deja que lo lea él —nos dice la tía Jack—. Será más rápido a la larga.

Tengo la impresión de que no.

—Un reno —dice Ralph.

—¿Eso es todo? —pregunto.

Mira el trozo de papel que tiene entre su pulgar e índice.

—Sí.

—¿Estás *seguro*? —Hago mi mejor esfuerzo para darle un empujoncito sin sonar demasiado pesado.

La abuela Barb sacude la cabeza.

—Los chistes se han vuelto muy raros últimamente.

—¿Es… —dice Anthea levantando una mano desde la otra punta de la mesa— posible que sea *Renol*? —Solo la conozco desde hace un año, pero me sorprende lo mucho que ha cambiado entre los dieciséis y los diecisiete. No es mucho más alta, pero se cortó el cabello y se adentró en el mundo de la manicura artística y la psicodelia de los setenta.

Ralph baja la vista otra vez.

—Ah, esperad, tenía un pulgar sobre una parte. —Lo mueve—. Sí, es verdad.

—Bueno, no lo entiendo —se queja la abuela Barb.

—¿Qué no entiendes? —pregunto—. Es *Renol*.

—¿Es algo de la Biblia? —pregunta Les en voz alta—. Ya sabes, algún lugar o algo de eso.

—No —intento—, es porque suena como Renault.

Les parece contemplativo, lo que, siendo honesto, es prácticamente su cara la mayor parte del tiempo.

—Pero no suena parecido, ¿no?

—Debo admitir —admito— que no funciona muy bien con nuestro acento. O sea, la «L» prácticamente no suena en «Renol». Como, ya saben, «Renó».

—Sabéis, cuando Quincey contaba ese chiste —dice Barbara Jane (Quincey es su ex, el

petrolero)—, funcionaba bien. *¿Qué coche usa Santa Claus?* —pregunta con un acento que asumo suena más afrancesado—. *Un Renol*.

—Es un robo descarado —dice Nana Pauline a toda la habitación—, cobrándonos un montón por chistes que solo funcionan en un acento extranjero.

Jonathan se levanta de la mesa.

—Y con esto último, voy a darle al abuelo un poco más de salsa. ¿Alguien quiere algo de la cocina?

—Déjame ayudarte. —No creo que lo necesite, pero sería agradable tener un momento a solas a dos metros de la familia. Cuando entramos a la cocina, con la mano de Jonathan en la parte baja de mi espalda como si viviera ahí, suena mi teléfono.

—Mierda —digo—, lo siento, les diré que no molesten.

—No pasa nada —dice Jonathan sonriéndome—. Puedo con el peso de una lata de Bisto.

—Hola —digo con mi tono más profesional—. Servicio de fontanería Becker e hijo. —Por lo general no aceptaría una llamada durante Navidad, pero como estoy empezando un negocio de cero en una nueva ciudad, significa que tengo que construir una buena reputación.

Jonathan lleva la salsa a la mesa mientras yo le explico a la persona que me ha llamado que más le vale que sea una maldita emergencia (uso palabras más agradables) porque estoy teniendo una maldita cena de Navidad (también uso palabras más agradables para eso) y, si resulta que es solo una gotera, le voy a decir a todos los colegas en Croydon que no vale la pena molestarse con ellos (una vez más, más agradable en el momento).

—Lo siento mucho —les digo a todos—, hay un tipo que se quedó sin agua y está con toda la familia y, bueno, necesitan usar el baño. Está en Sandrock Place, espero hacerlo rápido.

Jonathan me da un beso de despedida y me dice que no tarde, le digo que no lo haré y le pido a toda la familia que lo cuide mientras no estoy. Es una especie de ritual, pero uno que a todos nos gusta.

—Lo cuidé toda su vida —dice Wendy—. Puedo hacerlo una hora más. Cuídate y abrígate.

Mientras cojo mi abrigo, escucho un estruendo y me giro y me encuentro con Gollum sentado en el suelo, junto a los restos de una salsera recién llena.

—Está bien —dice Ralph—, si necesitas que cambiar la alfombra, todavía tengo contactos.

Y realmente está bien. Salgo hacia la camioneta y, si bien preferiría no aceptar el trabajo, no me molesta. Porque sé que cuando regrese, todos estarán esperándome.

El gato. La familia.

Y el maldito Jonathan Forest.

Índice

Nota del autor
Primera parte. Perder el trabajo y perder la memoria
- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro
- Capítulo cinco
- Capítulo seis

Segunda parte. Ir a casa y conocer al novio
- Capítulo siete
- Capítulo ocho
- Capítulo nueve
- Capítulo diez
- Capítulo once
- Capítulo doce
- Capítulo trece

Tercera parte. Cortar el árbol y enfrentar el pasado
- Capítulo catorce
- Capítulo quince
- Capítulo dieciséis
- Capítulo diecisiete
- Capítulo dieciocho
- Capítulo diecinueve
- Capítulo veinte

Cuarta parte. Conservar la cabeza y conservar el corazón

Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Quinta parte. Contar la verdad y decir adiós
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Epílogo



¡QUEREMOS SABER
QUÉ TE HA PARECIDO!

Nos puedes escribir a
hola@vreuropa.es
con el título de esta novela en el asunto.

Encuéntranos en:

instagram.com/vreuropa/

twitter.com/VREuropaYA

tiktok.com/@vreuropa

COMPARTE
tu experiencia con
este libro con el hashtag
#Diezcosasquenuncapasaron

Título original: *10 things that never happened*
Traducción del inglés: Julián Alejo Sosa
Maquetación: Estudio Olifant (@be.olifant)
Diseño e ilustración de portada: © Elizabeth Turner Stokes
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: octubre de 2024

© 2024 Alexis Hall
© 2024 , VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Publicado bajo acuerdo con Sourcebooks LLC a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ISBN 978-84-19873-79-8

EUROPA

Seguinos

VReuropa

Índice

- Cubierta
- Sobre este libro
- Sobre Alexis Hall
- Portada
- Nota del autor
- Primera parte. Perder el trabajo y perder la memoria
  - Capítulo uno
  - Capítulo dos
  - Capítulo tres
  - Capítulo cuatro
  - Capítulo cinco
  - Capítulo seis
- Segunda parte. Ir a casa y conocer al novio
  - Capítulo siete
  - Capítulo ocho
  - Capítulo nueve
  - Capítulo diez
  - Capítulo once
  - Capítulo doce
  - Capítulo trece
- Tercera parte. Cortar el árbol y enfrentar el pasado
  - Capítulo catorce
  - Capítulo quince
  - Capítulo dieciséis
  - Capítulo diecisiete
  - Capítulo dieciocho
  - Capítulo diecinueve
  - Capítulo veinte
- Cuarta parte. Conservar la cabeza y conservar el corazón
  - Capítulo veintiuno
  - Capítulo veintidós
  - Capítulo veintitrés
  - Capítulo veinticuatro
  - Capítulo veinticinco
  - Capítulo veintiséis
  - Capítulo veintisiete
  - Capítulo veintiocho
  - Capítulo veintinueve
  - Capítulo treinta
  - Capítulo treinta y uno
- Quinta parte. Contar la verdad y decir adiós
  - Capítulo treinta y dos

Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Epílogo
Índice
Créditos